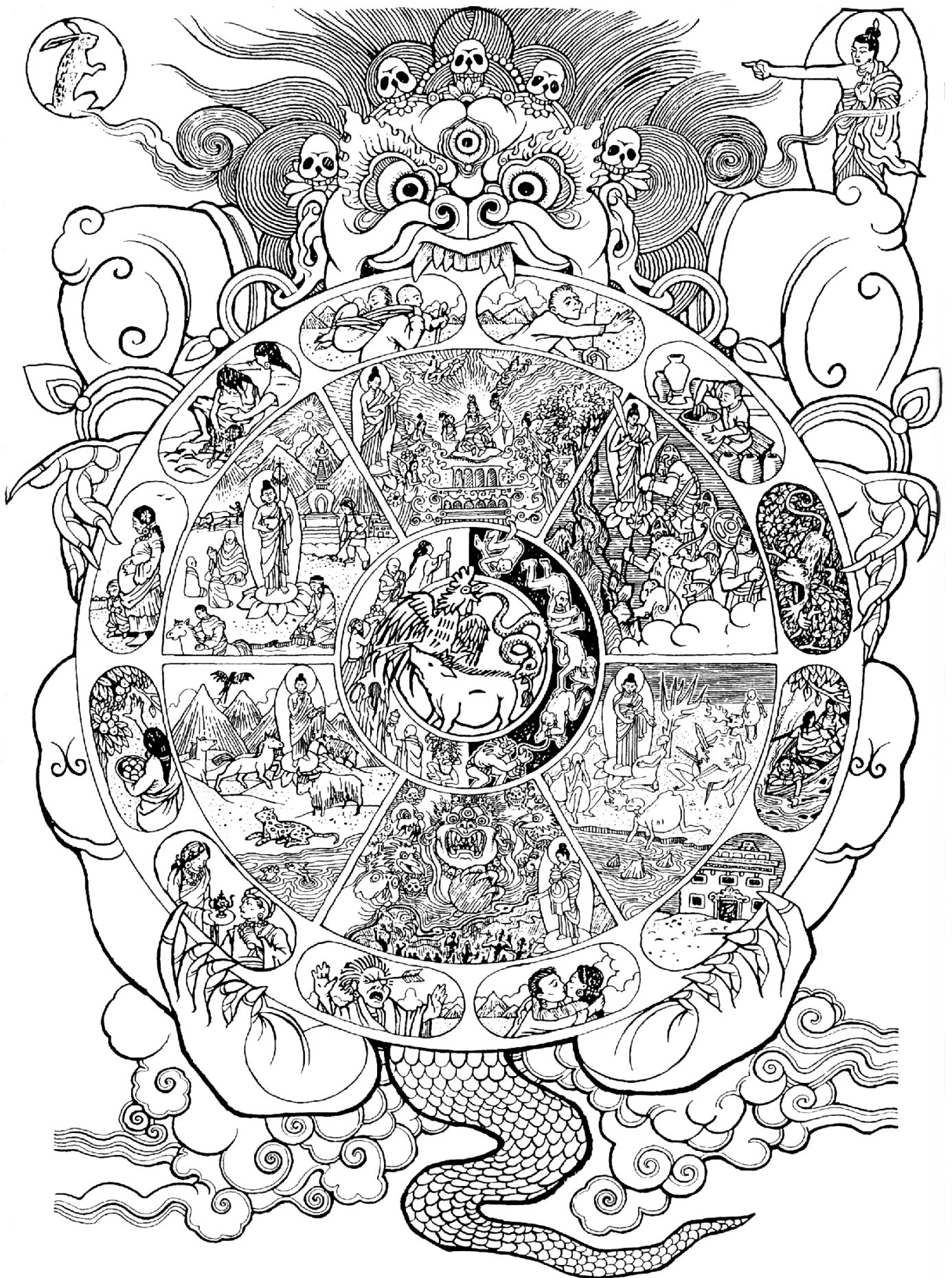


EL BHAVACAKRA:
LA RUEDA DE LA VIDA
Y RENACIMIENTO

ÍNDICE

1.	LA RUEDA Y EL SENDERO.....	5
2.	EL EJE DE LA RUEDA.....	13
3.	ANILLO DE LUZ; ANILLO DE SOMBRA EN LA RUEDA.....	25
4.	LOS SEIS MUNDOS DE LA RUEDA DE LA VIDA.....	37
5.	LOS DOCE ESLABONES DE LA RUEDA.....	59
6.	SALIENDO DE LA RUEDA; LOS DOCE ESLABONES POSITIVOS.....	79
7.	ANEXOS: LAS MEDITACIONES Y POSTURA.....	96



LA RUEDA Y EL SENDERO

Los orígenes de la Rueda de la Vida

Los orígenes de la Rueda de la Vida, como un símbolo de la visión budista de la existencia mundana, se encuentran en las fases más tempranas del budismo en la India. Un texto perteneciente a la importante escuela Sarvastivada nos cuenta que el Buda mismo pidió que se pintara la Rueda de la Vida en la entrada de cada monasterio, especificando los detalles que debería poseer.

De acuerdo con este texto, Maudgalyayana, uno de los dos discípulos más sobresalientes del Buda, solía visitar de vez en cuando a los seres de todas las diferentes esferas de la existencia. Todas las tradiciones budistas dan testimonio del dominio de los poderes psíquicos que poseía Maudgalyayana. Era capaz de ver a los seres de los estados infernales o los mundos celestiales, así como a todas las otras posibles fases del ser. Podía ver la causa que había llevado a dichos seres a esa condición, cuáles eran las imperfecciones y los sufrimientos de cada estado, y a dónde los conducía éste. Parece que poseía una extraordinaria capacidad de empatía con los demás, pudiendo incluso llegar a ver sus mentes y corazones, sentir sus sufrimientos, sus alegrías y así entender cómo habían llegado al estado en que se encontraban. Con esta habilidad para entender y percibir la vida de otros con tanta profundidad, no es sorprendente que Maudgalyayana fuese capaz de comunicarse de una manera muy efectiva. El texto nos cuenta que, si alguno de los monjes de mayor experiencia tenía problemas con un discípulo que perdía su inspiración, el monje lo enviaba a ver a Maudgalyayana, quien lo “exhortaba y enseñaba bien”, con tan buen resultado que el discípulo empezaba a llevar una vida espiritual llena de fervor y entusiasmo, hasta alcanzar grandes logros. Parece ser que tenía el poder de vigorizar el entusiasmo que había empezado a flaquear, y de compartir su propia experiencia profunda de la Visión Clara en todas las diferentes condiciones de la existencia. Se le solicitaba tanto que se encontraba constantemente rodeado de monjes y monjas así como de personas laicas. El Buda, al darse cuenta de esto, comentó que no había suficiente gente con la capacidad de Maudgalyayana para enseñar a todos aquellos que lo necesitaban y, por lo tanto, propuso que se hiciera una pintura de las enseñanzas de Maudgalyayana, instruyendo a sus seguidores para que pintaran la Rueda de la Vida a la entrada de cada monasterio, representando las diferentes esferas de la existencia y los procesos que se encuentran en la base de ésta. En cada monasterio se escogería un monje para explicar las imágenes a visitantes y novicios.

Esta historia es interesante desde varios puntos de vista, no sólo porque muestra el uso de las artes visuales como un medio para comunicar el Dharma en los primeros tiempos del Budismo -la fuente es un texto que se dice fue recopilado durante el primer siglo a.E.C., el cual también incorporaba tradiciones mucho más tempranas-. No obstante, su interés principal yace en el mensaje espiritual; puede que algunos no encuentren fácil creer en el elemento “milagroso” de la historia. (El budismo siempre ha sostenido que no hay nada milagroso en dichas cuestiones, en el sentido de quebrar las leyes de la naturaleza por medio de un poder psíquico superior. Considera que más que eso, nuestras propias facultades y poderes están limitados por nuestros limitados puntos de vista, y que si expandemos nuestra mente podemos llegar a hacer cosas que por el momento parecen imposibles de lograr.) Aún así, si no podemos aceptar que Maudgalyayana realmente visitaba esas otras dimensiones del ser por medio del ejercicio de los poderes psíquicos, es posible ver que tenía una especie de visión interior de los estados mentales de la gente, y de la forma en que ésta vivenciaba las cosas. Su visión no era simplemente teórica: conocía a la gente por lo que ésta era, ya través de su propia percepción inmediata. De este modo la base de tal representación simbólica, es decir de la Rueda de la Vida, partió de su experiencia directa. La imagen es un intento por comunicar su Visión Clara de una forma visual. Siempre debemos tener esto presente y tratar de ir más allá de los confines de la estructura del símbolo, hacia la Visión Trascendental en la cual se encuentra basada.

El otro punto de interés inmediato acerca de la historia es el efecto que Maudgalyayana tenía en los discípulos insatisfechos. Muchas personas que se esfuerzan por seguir el Sendero saben que hay momentos en los que no se sienten inspirados por alguna de las prácticas que los ayudan a crecer. En esos momentos quizá sienten muy poco interés por el crecimiento personal. Todo parece demasiado pesado y conflictivo, con resultados poco tangibles. En dichos momentos, a pesar de que podemos ser capaces de dar perfecta cuenta de la enseñanza budista y estar de acuerdo con las conclusiones intelectuales de ésta, no contamos con suficiente entusiasmo para ponerla en práctica. Nos hace falta un compromiso emocional y el Sendero Espiral no nos entusiasma mucho. El mundo se ha aplanado y vuelto bidimensional, y sólo en las pequeñas gratificaciones de la vida diaria podemos vislumbrar ciertas esperanzas de felicidad. Aun así, Maudgalyayana era capaz de reavivar el fuego de la inspiración en las cenizas frías. A pesar de contar con escasa información con respecto a esta historia, queda claro que Maudgalyayana no lo hacía dando una lúcida y racional descripción racional. Tal descripción podría haber hecho surgir alguna curiosidad intelectual, pero difícilmente hubiera “conducido a la vida espiritual con renovado ardor”, al grado de distinguirse por la excelencia de sus logros. Lograba contactarlos de tal manera que no sólo les profundizaba el entendimiento, sino también les encendía el corazón. En otras palabras, Maudgalyayana hacía un llamado a la imaginación de la gente.

La Facultad Imaginativa

Como hemos visto, el surgimiento de la facultad imaginativa acompaña el surgimiento de la conciencia del yo. En su forma más general, es simplemente la capacidad de llevar imágenes a la mente, a partir de lo que se encuentra presente en los sentidos. Esta definición general lo cubre todo, desde las fantasías sobre la comida o el sexo, pasando por los sueños sobre la dominación del mundo y alcanzando la sublime visión del artista o el místico. Claro está que esta capacidad imaginativa puede usarse mecánicamente para producir imágenes que son una descripción de nosotros mismos, de nuestros fantasiosos deseos egoístas, o lo que Freud denominó “el deseo de satisfacción alucinatorio”. Cualquiera que ha probado la meditación sabe que este tipo de imaginación ocupa buena parte de nuestra actividad mental; al aprender a meditar se experimenta un constante flujo de fantasías antes de poder asentar la mente a través de la concentración. Este tipo de actividad imaginativa es parte de la mente reactiva, es decir de la Rueda.

La imaginación cuenta además con una función creativa por medio de la cual desplegamos los mayores potenciales que parten de nuestro interior. Sus imágenes son, en este caso, la proyección de nuestras propias profundidades, de nuevos niveles de conciencia, más allá de los que comúnmente experimentamos. Desde otro punto de vista, la imaginación creativa es la facultad por medio de la cual respondemos a un nivel superior de la realidad. Las verdaderas obras de arte pueden tener un fuerte efecto en nosotros, estimulando nuestra imaginación, y es con la facultad de la imaginación creativa que respondemos a la verdad y la visión espiritual. En este sentido, la imaginación creativa no es diferente de la facultad “Imaginativa” a la que la se refieren los críticos literarios cuando hablan de los románticos ingleses, especialmente de Coleridge. La Imaginación o “facultad Imaginativa” como poder creativo de la mente humana debe distinguirse claramente de la imaginación como fantasía reactiva.

Razón y Emoción Trascendidas

La facultad Imaginativa une y trasciende el pensamiento y los sentimientos. En contraste, la psique de algunas personas, sino de la mayoría, se encuentra profundamente dividida en las sociedades industriales modernas. Nuestras facultades intelectuales se encuentran diferenciadas y desarrolladas hasta cierto grado, sin embargo no es posible suponer que se encuentren en un alto grado de desarrollo. Nuestras emociones, asimismo, se encuentran lamentablemente inmaduras. Es como si el hombre moderno tuviera dos personalidades: en la superficie una que es capaz de razonar con una compleja comprensión intelectual, y por otra parte una personalidad semiconsciente o subconsciente, que se constituye de emociones antiguas o incluso infantiles. Se ha desarrollado una especie de alienación entre ambas, que las mantiene en pie de guerra continua. A causa de esta división, tenemos una concepción muy estrecha de la inteligencia, ya que al mismo tiempo está llena de sentimientos y emociones encubiertos por la inteligencia. La facultad Imaginativa es de este género; es una función de la personalidad total, integrada y con un entendimiento que incluye sentimientos y emociones. Cuando la Imaginación se encuentra viva dentro de nosotros, somos individuos completos, alcanzando las refrescantes altitudes de la conciencia más allá de nosotros mismos. Lo triste es que, no teniendo un nombre para esto, no lo podamos vivenciar. Pero la facultad imaginativa está latente dentro de nosotros como una habilidad para aprender y apreciar dimensiones superiores de la realidad. Sin dicha facultad el arte no existiría ni el Sendero de la Espiral tampoco. Es esta facultad la que Maudgalyayana invocaba, y con la que tuvo tanto éxito con aquellos cansados discípulos.

La facultad Imaginativa une y trasciende a la emoción y el pensamiento. Los une de tal manera que éstos no operan como subpersonalidades autónomas dentro de la totalidad de la persona. Son dos aspectos de un todo. Se han trascendido de tal manera que ya no son pensamiento y emoción, como normalmente les conocemos. Las emociones ya no consisten en esos toscos arrebatos ansiosos, frecuentemente ciegos e impulsivos, que caracterizan gran parte de nuestra vida emocional: van más allá de nuestros intereses puramente personales, no son emociones negativas ni ego céntricas, sino positivas y expansivas. Son experiencias emocionales que nos elevan y exaltan, formando parte de la experiencia estética, como cuando nos encontramos inmersos en una pieza de música, o absortos en los flamantes tintes de un bello atardecer. y debido a que nuestras emociones se encuentran en comunión con nuestra razón y entendimiento, están impregnadas de sensibilidad, claridad y concienciación.

El pensamiento, como componente de la facultad Imaginativa, no implica únicamente la capacidad de inferir conclusiones válidas a partir de ciertas premisas, sino que es más bien la penetración y cognición de la verdad en un nivel superior. La poesía nos ofrece un claro ejemplo de este tipo de intelección. A los niños en la escuela se les pide con frecuencia que comenten el significado de un poema, sin embargo ni siquiera el mejor de los poemas puede ser reducido a un análisis conceptual de este tipo. Existen niveles y modalidades en los significados que se pierden al querer traducir dichos poemas a la prosa de la razón. Por otro lado, hay algo en nosotros que es capaz de entender lo que el poeta está expresando, aún y cuando no podemos explicarlo adecuadamente. El poeta ha podido destilar en sus líneas su propia percepción de un nivel superior de verdad, que el lenguaje común no puede transmitir. Nuestra aprehensión del significado del poema no es unilateralmente cognoscitivo, ya que el poeta está hablando con la facultad Imaginativa. Lleva su significado hasta nosotros, a través de nuestra respuesta a la belleza y la verdad. Las cualidades sensuales de un poema, el poder de las imágenes, el flujo de las palabras, el ritmo y la rima le hablan a nuestras emociones. El significado de las palabras y el simbolismo de las imágenes hacen un llamado a nuestro intelecto. Pero aquí, en la facultad Imaginativa se trasciende el pensamiento y la emoción para unirlos: la belleza es verdad y la verdad es belleza.

Este es el momento de enfatizar que el budismo no subestima la razón. Es un atributo esencial de la vida, así como una herramienta indispensable para el crecimiento humano. Tenemos que ser capaces de pensar claramente ordenando nuestros asuntos mundanos, de otra manera nuestras decisiones y predicciones tan sólo estarán basadas en conjeturas, y en la así llamada intuición ... con frecuencia un proceso dudoso, equivalente a poco más que un prejuicio subjetivo. Debemos ser capaces de reunir evidencia, para examinada y poder trazar conclusiones razonables a partir del conocimiento de que disponemos. La razón no es únicamente esencial para el funcionamiento de cada día, debemos usarla para clarificar el enredo de ideas confusas que tan frecuentemente obstruyen nuestra mente; esos falsos enfoques y opiniones infundados que pueden tener desastrosos efectos en nuestra vida. Mucha de esta confusión surge debido a que nunca hemos examinado nuestras propias suposiciones a la luz de la razón. A través de la razón podemos lograr una comprensión preliminar de la visión budista, como se ha formulado conceptualmente, y podemos investigarla para ver si tiene sentido. Hasta que no podamos establecer un contacto más profundo con otra gente, la razón será el medio a través del cual podremos establecer una conexión con los demás. Una persona incapaz de razonar se encuentra inmersa en la penumbra de los sentimientos instintivos, y sólo puede hacer conexiones mágicas, como en un sueño, entre las diferentes cosas. Como se ha mencionado antes, la razón distingue al hombre de los animales. A pesar de todo, la esfera de la razón se encuentra estrictamente limitada.

El término razón, como lo estoy usando aquí, es la facultad por medio de la cual ordenamos conceptos, para así poder llegar a las conclusiones correctas acerca de nuestro mundo; es una función de nuestra conciencia del yo. Al haber dividido al mundo entre lo que es el yo y todo lo demás, dividimos lo que consideramos el resto del mundo en unidades cada vez más pequeñas, a las que etiquetamos con nombres y palabras. Las palabras nos ayudan a considerar y retener en la mente los objetos a las que éstas se refieren. De este modo, somos capaces de pensar acerca de los constituyentes de nuestro mundo y sus interrelaciones. Al establecer así lo que se encuentra fuera de nosotros como objetos, inconscientemente seguimos una serie de reglas que determinan como desintegrados. Por ejemplo, si una porción de lo que percibimos exhibe consistentemente las mismas características durante un período, entonces interpretaremos que éste es un objeto diferente a todos los demás.

Estas reglas son suposiciones básicas, de las que generalmente no estamos conscientes al aplicarlas. Se encuentran enterradas en nuestro lenguaje, nuestra cultura y la estructura de nuestra mente. Así la razón es una parte de la forma que nosotros escogemos de ver el mundo; es una función de una percepción dominada en términos de sujeto-objeto, y orientada al mundo material. No necesitamos decir que no determinamos la forma en que vamos a percibir al mundo, sino que la heredamos de nuestros congéneres.

El hecho de que la razón resida en suposiciones que son parte de la forma con la que estructuramos nuestra experiencia, no significa que esto sea una ilusión. Dentro de su esfera propia, estas suposiciones producirán conclusiones válidas que nos permitirán funcionar de una forma eficaz en el mundo. La mayoría de nosotros necesita desarrollar aún más la facultad racional, así como usarla más consistente y concienzudamente. Los problemas tan sólo surgirán cuando tratemos de usar la razón más allá de sus propios límites. La razón no comprende la naturaleza fundamental de las cosas, ya que la realidad se encuentra más allá del marco sujeto y objeto que imponemos sobre ésta, y que forma el basamento desde el que opera. Para poder razonar acerca de nuestro mundo tenemos que reducirlo a un orden que seamos capaces de manejar, pero al reducirlo y simplificado perdemos la complejidad indescriptible de las cosas, su riqueza total y su maravilla. La naturaleza última de las cosas está más allá del alcance de la razón.

El Rol de la Imaginación

Ya hemos visto que la razón común y corriente no puede proporcionarnos el entendimiento con respecto a un poema lleno de inspiración, a pesar de que puede formar la base del entendimiento desde el que podemos echar a volar nuestra Imaginación. No se puede entender completamente un símbolo o un mito por medio de la facultad racional, ya que el símbolo puede ser una cosa y al mismo tiempo otra cosa opuesta, desafiando la Ley de la No Contradicción. La razón tan sólo nos brinda un modelo de trabajo acerca del mundo, eficaz para los propósitos más prácticos, en tanto que no se la tome en sentido textual. Un modelo no es la realidad misma, y para acercarnos más a la realidad necesitamos hacer uso de otra forma de cognición, la que forma parte de la facultad Imaginativa.

La imaginación puede expresarse a través de conceptos y es capaz de responder a éstos, siempre y cuando sean un producto de la inspiración y la lucidez. Parte de la filosofía budista es de este tipo. El sistema mismo puede estar articulado de una manera racional sin ser un constructor especulativo erigido puramente en base a la razón. Es un intento por transmitir, en forma de conceptos racionales, la visión percibida por la imaginación, usando los conceptos como metáforas en una verdad que va más allá de la razón. Encontrar una filosofía de este tipo puede estimular de por vida la facultad Imaginativa propia. Sin embargo, existe el riesgo de que este tipo de expresión filosófica degenera rápidamente y se convierta en un dogma racional, el que las generaciones sucesivas pueden leer de una manera cada vez más textual, fracasando al tratar de ir más allá del simple nivel de las palabras, hacia la visión que se suponía las palabras expresaban.

Este proceso de decadencia es por demás evidente en ciertas corrientes budistas. Por esta razón, otras corrientes han preferido confundir al intelecto con paradojas y negaciones que la mente racional no es capaz de encerrar en conceptos, solidificándolos en un modelo fijo. Quizás el punto central aquí es que el estudiante del Dharma nunca debe confundir un entendimiento logrado a través de las palabras, con la visión clara en la verdad. Debe estar siempre esforzándose por lograr una experiencia directa del significado que hay detrás de cada palabra.

En las artes es donde estamos acostumbrados a presenciar el funcionamiento de la facultad Imaginativa. Un arte que sea más que algo simplemente decorativo, meramente interesante o torpemente didáctico nos elevará a un nivel superior de conciencia, el que podemos compartir con el artista por lo menos momentáneamente. Si nos conmueve de esta manera, la forma en que percibimos el mundo se verá afectada, y puede que experimentemos una nueva sensación de integración y propósito. Imágenes, símbolos, mitos, ya sea en el arte o en nuestros sueños y visiones, forman el lenguaje común de la Imaginación, al ser éstos capaces de comunicar muchos niveles de significados diferentes y, al mismo tiempo, lograr evocar una poderosa respuesta emocional.

Finalmente la facultad Imaginativa va más allá de las imágenes, por finas o sutiles que éstas sean. Las imágenes son también una refracción de la realidad, más no la realidad misma. La imaginación puede elevarse hasta lograr un estallido a través de todo lo que encubre la verdad; al hacer esto se produce la Visión Clara, la percepción directa de la naturaleza de las cosas en su perfección, la concienciación individual. Es el surgimiento de esta Visión Clara lo que nos hace Entrar en el Flujo, y su total florecimiento lo que conduce a la Iluminación.

Las imágenes son el lenguaje común de la facultad de Imaginación, y esta facultad, como hemos visto, tiene el poder de estremecer el corazón así como de alumbrar la mente. Es por estas razones que el Buda pidió que la visión de Maugalyayana fuese reducida a las imágenes visuales de la Rueda de la Vida. Y es por estas mismas razones que se han escogido a la Rueda de la Vida y otros símbolos, como el marco de referencia de esta exposición del Dharma. Hasta cierto punto, las imágenes hablan a esa facultad Imaginativa que se encuentra dentro de todos nosotros. Quizá debamos abandonar todo análisis, y los diferentes elementos del simbolismo descrito comunicarán su propio mensaje. Pero esa tarea requeriría de un Milton o un Dante budista en espera

de otra pluma. En lo que resta de este capítulo describiremos brevemente la Rueda, la Espiral y el Mandala de los Cinco Budas. En los siguientes capítulos examinaremos sus diferentes significados. Debemos tratar de recordar todo el tiempo los supuestos orígenes de la Rueda, como una representación del Buda con respecto al iluminado entendimiento de Maudgalyayana. Estaremos ocupándonos de ésta como una visión de inspiración y tendremos que abrir nuestra Imaginación para entender las imágenes que se nos presentan.

Una Breve descripción de la Rueda y el Camino

Hemos visto una versión acerca del origen de la Rueda en la historia de los viajes de Maudgalyayana a otras esferas de la existencia. Otras fuentes nos cuentan una historia diferente. La mayor parte de lo que sabemos acerca de la Rueda proviene del budismo tibetano; a excepción de un solo ejemplo en los antiguos templos de las cuevas de Ajanta, ninguna otra pintura de la Rueda ha sobrevivido en la India, debido a la exhaustiva lucha de brahmanes y musulmanes por destruir y hacer desaparecer el budismo de su tierra de origen. Pero en el Tíbet, al heredar las ricas tradiciones del budismo indio, la Rueda sigue usándose hasta la fecha como imagen edificante a la entrada de muchos templos. Una conocida leyenda tibetana atribuye su origen al Buda mismo, pero describe a éste perfilando la Rueda para sus seguidores con granos de arroz sobre un arrozal. Los detalles de la Rueda han sido hasta cierto punto complementados en el Tíbet, y este relato se encuentra basado en una Rueda de la Vida de tipo tibetano.

La Rueda consiste de cuatro círculos concéntricos. En el eje o círculo central se encuentran tres animales: un gallo, una víbora y un cerdo, cada uno de los cuales muerde la cola del que le sigue, quedando de esta manera unidos en una cadena circular. El siguiente círculo forma una banda delgada alrededor del eje, dividida de manera vertical en dos segmentos, siendo el de la izquierda de color blanco, mientras que el de la derecha es negro. En el lado negro hay unos seres desnudos cabeza abajo, acosados por demonios y con sus caras crispadas en agonía, mientras que sus brazos se agitan tratando de evitar la caída. En la sección blanca se encuentran unos seres que llevan a cabo todo tipo de acciones meritorias: meditan, distribuyen dinero, veneran al Buda. Se mantienen de pie con alegría en sus rostros.

El siguiente círculo se encuentra cerca del borde, de tal manera que la tercera área ocupa casi la mitad de la Rueda. Se encuentra dividido en seis segmentos de igual tamaño. En el segmento de abajo se muestra la esfera del infierno, conteniendo todas las torturas convencionales al estilo de las representaciones del cristianismo medieval: seres que están siendo asados, hervidos, azotados, aplastados, prensados y disecados, víctimas de los demonios que presiden este mundo de horror. El intenso calor del fuego incandescente llena la esfera del infierno, a excepción de la sección más profunda, en donde reina un frío absoluto, como en el infierno del Dante. En el centro del infierno se encuentra una figura enorme, con extremidades macizas, la cara llena de ira y un halo ardiendo en llamas. Es Yama, el Juez de la Muerte, que sostiene un espejo en donde se reflejan todos los actos de aquellos que se encuentran con él.

En el segmento inferior de la izquierda se encuentra la esfera de los espectros hambrientos. De color humoso e insustancial, estas criaturas tienen un vientre enorme y la boca del tamaño de la punta de un alfiler. Cualquier cosa que cogen se convierte en fuego, y lo que comen en espadas. En la sección correspondiente de la derecha está el mundo de los animales, a punto de ser cazados por el hombre.

El segmento superior de la izquierda nos muestra la esfera humana, en la que hombres y mujeres llevan a cabo sus asuntos diarios. A la derecha se encuentran los titanes o dioses celosos, unas feroces y horribles criaturas de poderosa complexión para quienes la vida es una guerra constante: luchan contra los dioses, que ocupan la parte superior de la esfera, por la posesión del árbol de la realización, que concede cualquier deseo. Los dioses viven en un mundo de gran belleza y felicidad, en donde todos sus deseos son satisfechos al instante.

En cada una de las esferas aparece la figura de un Buda en colores diferentes, sosteniendo un implemento. En los infiernos hay un Buda de color azul oscuro, con un tarro de ungüento; en la esfera de los aspectos hambrientos, un Buda rojo sosteniendo una jarra de néctar; en la de los animales aparece un Buda azul claro con un libro. Un Buda amarillo envuelto en un hábito naranja y con los implementos de un monje errante es el que está en la esfera humana; un Buda verde con armadura y una espada en llamas hace pastorear a los titanes; y un Buda blanco toca el laúd para los dioses.

El anillo de afuera de la Rueda se encuentra dividido en doce segmentos que representan los doce eslabones de la cadena de la Coproducción Condicionada, como se revelan en el proceso del nacimiento humano y la muerte. En cada segmento hay una imagen, representando una etapa en el flujo de los factores condicionados. Arriba, un invidente avanza tambaleante, buscando su camino con la ayuda de su bastón.

Después, siguiendo el orden de las manecillas del reloj, la figura de un alfarero moldeando jarros en un torno; un mono salta de una rama de árbol a otra; cuatro hombres en una barca, uno de los cuales es el que rema; una casa con una puerta y cinco ventanas; una pareja abrazándose; un hombre con una flecha clavada en el ojo; una mujer ofreciendo bebida a un hombre sentado; una mujer cogiendo fruta de un árbol; una pareja en el acto sexual; una mujer pariendo; un cadáver es transportado a la pira funeral. Con el siguiente eslabón, la Rueda ha dado la vuelta entera, en donde encontramos una vez más al invidente con su bastón.

Sobre el borde superior de la Rueda se encuentra una figura de cara feroz, tres ojos rojos y una corona de calaveras. Este es el monstruo de la impermanencia, que no permite que nada permanezca estático. Devora la Rueda con sus colmillos y la destroza con sus garras.

Si se considera de manera aislada, la Rueda no representa más que un lado de la Realidad: la condicionalidad de tipo cíclico. Pero por otro lado, el proceso de moverse de la existencia condicionada hacia la iluminación puede ser simbolizado por el Sendero Espiral, representada por los Budas que aparecen en cada una de las esferas, aunque esto no refleja el énfasis correspondiente. A pesar de que es indispensable conocer al enemigo y el aspecto sombrío de nuestra situación, también necesitamos una fuerte apreciación de las posibilidades positivas de la vida humana, si es que queremos tener una visión completa de la realidad. En muchas de las versiones de la Rueda de la Vida tibetana, la figura del Buda aparece en la parte superior derecha, arriba de la Rueda, indicando el camino a la Iluminación. Aquí pasamos de la Rueda a la Espiral.

Si imaginamos que la Rueda se encuentra situada sobre el suelo, girando tan rápidamente en las garras del monstruo de la impermanencia que muchos de sus detalles se pierden y viendo sólo una impresión confusa, podemos representar la Espiral surgiendo de la periferia, ascendiendo circularmente a niveles cada vez más superiores. La Espiral está dividida en dos partes por el puma de Entrada en el Flujo. Antes de ese punto vemos seres que parecen dioses, de una belleza y resplandor que aumentan en tanto que ascienden hacia el Sendero. Arriba, encontramos seres cuya belleza ha crecido en intensidad, aunque ahora cuentan también con un brillo de sabiduría en los ojos.

Finalmente la Espiral se conviene en un Mandala, un casto círculo simétricamente ordenado. En el centro del Mandala se encuentra la deslumbrante figura blanca llamada Vairocana, el Iluminador, que se sienta en la postura del loto sobre un trono con forma de loto blanco, al que sostienen dos leones majestuosos. Está vestido con sedas preciosas y joyas, girando con sus manos una rueda dorada con ocho radios que brillan como el sol. Otros cuatro Budas están sentados a su alrededor, en los cuatro puntos cardinales, y de la misma manera, elegantemente ataviados. En el este se encuentra la figura azul, Akshobya, el Imperturbable, sentado en un trono sostenido por elefantes, la mano derecha tocando el suelo frente a él, en tanto que la izquierda se apoya en su regazo, asiendo un rayo dorado. En el sur se encuentra el Buda amarillo, Ratnasambhava, la “Joya naciente”, en un trono de caballos, la mano derecha extendida en un gesto de generosidad y la izquierda sosteniendo una joya. Al oeste, Amitabha, el Buda rojo, la “Luz infinita”, posado en un trono de pavos reales, con las dos manos enlazadas sobre su regazo, en el gesto de la meditación, y con un loto rojo sobre la palma de la mano de arriba. Amoghasiddhi, “el del Éxito infalible”, ocupa la parte norte y sostiene un rayo doble con su mano izquierda, mientras levanta la mano derecha en un gesto de confianza.

En tanto que en conjunto estas figuras representan la culminación del Sendero, en cierto sentido (en este nivel hemos trascendido la Rueda por completo) el proceso Espiral se encuentra en despliegue. Las figuras arden vivamente y laten con energía, desprendiendo centellas y rayos de luz. Desde su interior comienzan a manifestarse más figuras y más formas, en un proceso de infinita revelación creativa. La perfección supera a la perfección, sin alcanzar un final o encontrarse con límite alguno.

EL EJE DE LA RUEDA



EL EJE DE LA RUEDA

Un eje es la fuerza motora que mueve a una rueda; de la misma manera, en el eje de la Rueda de la Vida, el gallo, la víbora y el cerdo son las fuerzas motoras que la hacen girar. A estas fuerzas se las conoce como “las Raíces Nocivas”, debido a que de ellas surgen todos los males de la vida; o como los “Tres Venenos”, porque a partir de éstos nos podemos corromper. El gallo representa la ambición o avidez, la víbora el odio y el cerdo la ignorancia, y estos tres forman las bases de todas las ataduras y miserias humanas.

Se considera apropiado que estas tres fuerzas se encuentren representadas por estos animales, ya que al mismo tiempo representan las necesidades que existen bajo el supuesto exterior civilizado de muchas personas. Al usar imágenes de animales como representantes de la avidez, el odio y la ignorancia, no les hacemos justicia, puesto que éstos no poseen dichas emociones, que son por lo demás comunes entre los humanos. Muy pocos animales, por ejemplo, lucharían con sus semejantes hasta la muerte, o matarían a miembros de otras especies caprichosamente. Experimentan hambre y deseo, pero muy raramente se complacen comiendo en exceso, o realizan cualquier otra conducta neurótica ... a menos de que hayan estado en cercano contacto con humanos. El hombre, en cambio, puede albergar odios profundos y fatales que lo llevan a la destrucción de otros humanos, aún y cuando éstos le puedan ser cercanos en afecto y parentesco. Como sabemos, la destructividad humana puede ocurrir en gran escala; el hombre además es capaz de poseer intensa avidez que lo llevan a acumular fortuna y poder a lo largo de su vida, a pesar del terrible sufrimiento que produce en otros. La avidez y el odio en los humanos son de un orden diferente al hambre y la agresión de los animales. Son fallas específicamente humanas, y para entender su naturaleza, tendremos que observar más de cerca la conciencia del hombre.

El ser humano es consciente de sí mismo. Ha surgido de la matriz de la naturaleza con una identidad separada que le diferencia del mundo que lo rodea. Inicialmente, ese yo diferenciado es bastante frágil y sólo se mantiene con algo de dificultad. Al surgir, como lo hace a partir de los oscuros antecedentes de la naturaleza, es tosco y rígido, identificándose mucho con su cuerpo físico, sus posesiones materiales, sus relaciones con otras personas y sus fijos enfoques con respecto al mundo. Este yo insustancial es constantemente arrastrado, desde su interior, por las fuerzas preconscientes que van creciendo bajo la superficie de la conciencia del yo. También se encuentra amenazado desde afuera por la continua decadencia y muerte de los objetos y la gente de su mundo. Todo aquello que al principio se deriva del sentido de identidad se encuentra sujeto a la ley de la impermanencia, y constantemente fracasa al tratar de proporcionar una seguridad duradera y fehaciente. El sentido de seguridad es el acompañante inevitable del surgimiento de la conciencia del yo, al verse golpeado una y otra vez por los procesos transitorios de la vida.

El yo del ego maduro trata de obtener seguridad, haciendo uso de los mismos instintos que ayudan a la preservación del animal.

De la misma forma que el animal caza para comer y alimentar su organismo, el ego trata de poseer aquellas cosas que, considera, asegurarán su identidad. Y así como el animal atacará y destruirá todo aquello que amenace su supervivencia, el ego tratará de destruir cualquier cosa que socave su integridad. Con ayuda de la imaginación y amplificadas por el poder humano, estas reacciones pueden alcanzar monstruosas proporciones: despiadados deseos por construir imperios y destrucciones masivas a través de las guerras. Aunque la avidez y el odio son reacciones fundamentalmente defensivas, no siempre aparecen de esa forma. Pueden ser temerosos y desesperados impulsos de aquellos que se sienten arrinconados al final de la vida, pero que, además, se pueden manifestar con todo el brío y vigor de alguien que cree que tiene éxito en la puja de asegurar su identidad.

Avidez

El engreído gallo con su brillante plumaje representa la avidez. Sin duda su proverbial vanidad y lujuria convierten a esta pobre ave en un símbolo apropiado de esta falla humana. La palabra “avidéz” no hace realmente justicia a la emoción simbolizada por medio del gallo, la cual además incluye el espectro completo de deseos nocivos, desde la vaga añoranza, hasta la avidez más intensa por poseer algo o alguien, y las que no permiten que nada se interponga en nuestro camino para satisfacer estos deseos. Ambición egoísta es otro nombre que podría dársele, sugiriendo su poder potencial y sus elementos de ilusión, así como la enfermedad en la que está basada. La avidez es el deseo de poseer cosas, de tal manera que uno las pueda hacer parte de sí mismo, en la creencia que nos ayudarán a asegurar la identidad. Puede que codiciemos objetos de esta manera; este tipo de codicia puede observarse cuando, por ejemplo, perdemos algo y no sólo nos lamentamos o enfadamos al saber que ya no lo tendremos, sino que experimentamos un sentimiento de pérdida más profundo, incluso hasta una especie de pánico. Es como si no solamente hubiésemos perdido el objeto, sino también una parte de nosotros mismos. Pueden ser ideas a las que nos aferramos, construyendo nuestra seguridad en base a ellas. Esto aflora si nos sentimos menospreciados a nivel personal, cuando atacan o minusvalúan esas ideas. No obstante, son los otros con quienes experimentamos el mayor grado de avidez. Ansiamos su amor y aprobación, su admiración, tan sólo su presencia, como factores estables de nuestro universo. Cuando esta avidez está conectada con nuestras necesidades biológicas y sociales, como el sexo o el apoyo familiar, se pueden desarrollar situaciones particularmente dolorosas y poco placenteras.

Debe distinguirse la avidez y la ansia del sano deseo. El hambre, por ejemplo, no es una avidez neurótica; podemos sentir el estómago vacío y el deseo de comida, y cuando comemos quedamos satisfechos. No surge ninguna molestia emocional, ni ninguna sensación de inseguridad. La comida se convierte en un objeto de gula únicamente cuando el sano deseo se encuentra preso en una personalidad neurótica. Entonces tiene que erradicarse esta gula por medio de la práctica espiritual, en tanto que los sanos deseos no representan ningún problema. Para diferenciar uno del otro, debemos preguntarnos si el deseo causa un efecto emocional molesto, y si la satisfacción del deseo conduce a su saciamiento. No sólo existen deseos físicos sanos que necesitan satisfacerse, siempre y cuando en su satisfacción no causemos daño a uno mismo o a los demás, sino que también existen algunos que es aconsejable cultivar. Existe el deseo de la amistad, de la belleza, así como de otras cualidades ideales, y existe el deseo del desarrollo de nuestra persona como individuos. Estos deseos deben ser fortalecidos tanto y como sea posible, y mucha de la práctica budista se encuentra dirigida a este propósito. El gallo únicamente representa la avidez neurótica, más no el deseo sano, ni la aspiración hacia el ideal.

Odio

Se escogió la víbora para representar el odio por su sangre fría y su picadura venenosa. Con su mirada helada y su piel escamosa, la cola erguida, su veneno, y agitando su lengua ahorquillada, parece el arquetipo de la maldad. Sin embargo ninguna víbora ataca a otro animal excepto para comer o para defenderse de lo que considera una amenaza física. El odio humano, por el contrario, puede llevar a acciones de crueldad sin sentido en contra de gente totalmente inocente. El motivo puede ser sólo una ligera antipatía y unos modales de conducta fríos. Cualquiera que sea el grado o la intensidad, odiamos todo lo que sentimos que amenaza o subestima nuestro sentido del yo. El instinto animal de auto preservación queda usurpado para defender al ego débil. Y aunque puede descargarse en objetos inanimados casi siempre dirigimos el odio hacia otra gente. Ya sea que ésta, de una forma objetiva, esté en nuestra contra o no, sentimos que los queremos eliminar para que así dejen de hacernos daño. Si percibimos una amenaza profunda en nuestra identidad propia, puede que sintamos que la única forma de ganar seguridad nuevamente es destruyendo la amenaza por completo.

Ignorancia

Existe una tercera forma por medio de la que el ego maduro trata de hallar estabilidad. En el centro de la Rueda se encuentra un cerdo negro y gordo, con el morro escarbando en la suciedad, las orejas caídas sobre los ojos, sin poder ver nada más que una mancha de suciedad enfrente de él. En Occidente se considera al cerdo el epítome de la glotonería, pero aquí representa la ilusión y la ignorancia. Su vista, al estar obstaculizada por las orejas, está consciente solamente del barro en el que está enterrado su morro; de la misma manera que una persona ilusa se encuentra limitada en sus perspectivas de vida. La limitación no es el resultado de la simple falta de información, sino una estrategia defensiva. Se rehúsa a ver cualquier cosa que amenaza nuestra identidad, buscando seguridad a través de la ceguera. El avestruz, con su cabeza enterrada en la arena para evitar la percepción, podría servir de imagen para ejemplificar a la persona ilusa. En su ignorancia, se refugia en un mundo estrecho, ignorando todo aquello fuera de éste. No distingue los hechos básicos de la vida: que el mundo decae y que morirá sin poder evitar esta decadencia.

Algunas veces podemos darnos cuenta súbitamente de cómo usamos la ignorancia como medio de defensa. Un amigo puede llevar nuestra atención a ciertas verdades poco placenteras, quizás acerca de nuestras propias motivaciones o conducta. Puede que comprendamos lo que se nos ha dicho, pero entonces, al mismo tiempo, alejamos nuestra mente de todo esto. Este tipo de distracción ocurre de forma deliberada y es una manifestación de la ignorancia. También puede suceder, con enfoques estrechos y fijos con respecto a la vida, los que muchas personas adoptan y se rehúsan a examinar o admitir, cualquier cosa que esté fuera de los confines de los que ellos piensan que saben.

No siempre se manifiesta la ignorancia por medio de conductas exageradamente tontas o poco inteligentes; sino en formas altamente sofisticadas, y hasta puede dar surgimiento a sistemas de pensamiento bastante complejos. La ignorancia es el veneno principal, la raíz de las raíces, y se encuentra presente hasta el momento de la Iluminación. No es nada más que nuestra negativa a abrir nuestro ser a una esfera más amplia de la realidad. Si somos completamente felices o no, en nuestro nivel de conciencia hasta ahora alcanzado, por lo menos contamos con un sentido de nuestro ser relativamente estable, tan frágil y como éste sea. Sabemos quienes somos, o pensamos que sabemos; para ir más allá de nosotros mismos como ahora somos, hacia una dimensión de conciencia más extensa, tenemos que pisar un terreno desconocido y dejar atrás el yo que conocemos. Esta es una especie de muerte, y es profundamente amenazante para el ego. Así, nos alejamos, rehusándonos a reconocer la verdad que siempre ha estado allí y que ahora presenta nuestra atención. Algunas veces, la gente que está aprendiendo a meditar puede observar esa reacción en sí misma, en tanto que comienza a tocar un nivel de conciencia superior. Por muy claro y feliz que ese estado de ser parezca, es poco familiar y no nos ofrece nada a través de lo que nos podamos identificar. Llenos de miedo, buscamos el suelo firme de nuestra conciencia común y corriente. La persona ignorante prefiere el encierro conocido, que las misteriosas posibilidades que trae la libertad. Hasta que no hayamos alcanzado la Iluminación, seguiremos siendo ignorantes.

Esencialmente, nuestra vida se encuentra dominada por dos fuerzas contradictorias: el deseo de evolucionar, que nos ayuda a alcanzar niveles de conciencia superiores, y la fuerza mortal de nuestra ignorancia, que nos empuja a los horizontes más limitados. Nuestra tarea, al abordar el Sendero espiritual, es permitir, de una manera consciente, que la fuerza de la evolución nos lleve adelante, y prevenir que la ignorancia se apodere de nosotros. Nos encontramos en medio de dos cuerpos gigantescos, la naturaleza y la Budeidad, cada una ejercitando su propia fuerza de atracción gravitatoria. El Sendero Espiritual nos lleva de una hasta la otra. En la etapa temprana de nuestra carrera espiritual, nos encontramos trabajando todo el tiempo en contra de la fuerza gravitatoria de la naturaleza. La fuerza de atracción de la Budeidad, que es la necesidad evolutiva, se encuentra dentro de nosotros, pero el peso de la ignorancia es mucho más fuerte. Para lograr progresar tenemos que esforzarnos constantemente, superando la fuerza de atracción de la ignorancia que nos tiene prisioneros en estados inferiores del ser. Hay un punto en el que pesan lo mismo las dos fuerzas gravitatorias, de la naturaleza y de la Budeidad. Después de este punto, la fuerza evolutiva tiene mayor peso que la de la ignorancia, y entramos en el flujo evolutivo que conduce a la Budeidad. El curso Espiral trabaja de una manera tan efectiva en el que ha Entrado en el Flujo, que a pesar de poseer cierto grado de ignorancia es capaz de trascender continuamente cualquier limitación que encuentre en su camino, en cada nuevo nivel, y ya no retrocede. Hasta ese punto sin retorno tenemos que esforzarnos incesantemente por superar nuestra propia tendencia de contracción y estancamiento, que simboliza el cerdo de la ignorancia.

Reconociendo los tres venenos dentro de uno

El gallo, la víbora y el cerdo están unidos en un círculo, al encontrarse mordiéndole la cola al que le antecede; esto ilustra la forma en que la avidez, el odio y la ignorancia se encuentran entrelazados de modo ineludible. La ignorancia forma la base de las otras dos y está presente, en cierto grado, en todos los estadios previos a la Iluminación. Es posible encontrarla en estados altamente positivos, en donde no existe ni avidez ni odio. Si se frustra el deseo, rápidamente éste se convierte en odio, y casi todos los odios contienen elementos de deseo frustrado. La mayoría de los estados mentales negativos se componen de complejas mezclas de estos tres. Y de esta manera estos tres animales se tuercen y retuercen, haciendo girar la Rueda de la Vida. Es muy raro encontrar al odio, la avidez y la ignorancia en su forma pura. El egoísmo al desnudo generalmente se encuentra disfrazado y refinado por los acuerdos mutuos de la vida social, cuyos convencionalismos amortiguan a los tres animales en nuestro interior. Una educada apariencia los esconde de los otros y puede que no estemos conscientes de su existencia en nuestra persona. Esto puede observarse en una persona que habla con educación y amistosamente, mientras que lo que su cara expresa y la manera en que su cuerpo se mueve revelan hostilidad y miedo, de las que esta persona no está consciente. Si nuestro contacto con otros amenaza la presencia de dichos sentimientos fundamentales negativos, los evadimos. Sin embargo, en alguna gente el tieso nudo del ego defensivo se encuentra relativamente cerca de la superficie y no nos cuesta mucho trabajo precipitar reacciones bastante extremas. En personalidades más sanas y con más confianza en sí mismas, ese nudo se encuentra

más profundo, sin mostrar su cara al desnudo, ya que la persona se encuentra adaptada a un nivel social. No obstante, los tres animales permanecen siendo la fuerza motora. Con frecuencia, en las cercanas relaciones de la vida, el amortiguamiento se desmorona. En el amor y la familia existen tensiones y riñas, las expectativas imposibles y sus decepciones inevitables revelan la fragilidad del ego y sus desesperados intentos por sentirse seguro.

Es de suma importancia que aprendamos a reconocer al gallo, la víbora y el cerdo que hay dentro de nosotros, ya que si los traemos a la conciencia podemos evitar que dominen nuestras vidas, y finalmente seremos capaces de eliminarlos por completo. Debemos observar nuestras acciones con profunda honestidad y tratar de admitir que es lo que realmente nos motiva, así como nuestras racionalizaciones y nuestra cara social. Estar con otra gente frecuentemente nos ayuda, puesto que la gente es el blanco primario de nuestras emociones, y el contacto cercano con ellos tenderá a enfrentarlos con estos sentimientos. Si esta gente no está tratando de cultivar una mayor honestidad al mismo tiempo, simplemente nos confundiremos más. Pero si se halla seriamente interesada en conocer lo que hay en su corazón y está tratando de seguir el Sendero de la Evolución Superior, entonces nuestros esfuerzos se verán realzados en gran medida. Podremos admitir abiertamente con nuestros amigos lo que pensamos y éstos serán capaces de animarlos y aconsejarlos, o simplemente nos escucharán. El comunicar abiertamente nuestros pensamientos y sentimientos con las personas en quienes confiamos, no sólo es un alivio emocional, sino una ayuda para percibir con más claridad lo que pensamos y sentimos. Para que exista esta confianza, debemos sentirnos seguros de que nuestros amigos comparten nuestro deseo básico de crecer. Al final, esta apertura puede existir únicamente entre dos amigos que se encuentran comprometidos en la Evolución Superior, y que son por lo tanto miembros de la comunidad espiritual en su único sentido significativo. Una de las características primordiales de la Sangha verdadera es la franqueza que existe entre sus miembros. En ella sus integrantes son capaces de admitir abiertamente cualquiera de sus pensamientos y emociones. Nadie aparenta ser lo que no es, porque se siente culpable o para sacar ventaja de los demás. Además, dado que esa apertura tiene lugar dentro del contexto de un ideal superior, nunca llega a convertirse en un mero desenfreno de humores y rabietas; nadie impone sus propios estados a los demás. Cada uno trata de conocer lo que tiene en su mente, por bueno o malo que sea, y está preparado a revelar su interior con sus amigos. Cada uno está listo a escuchar los comentarios y puntos de vista de los otros, ya escuchar a aquellos que quieran abrir su corazón.

La mayoría de la gente encontrará estos tres animales dentro de sí misma. Sin embargo, uno de éstos predominará, y de acuerdo al temprano sistema budista, los seres humanos se pueden clasificar conforme al “veneno” que tiende a determinar su conducta. Averiguar si uno es del tipo avaro, odioso o ignorante puede ayudar a conocerse a sí mismo, a pesar de lo general de esta teoría. Se dice que cada tipo delata su personalidad en cada una de sus acciones: el de conducta avariciosa es cómodo y educado en sus maneras.

*El de conducta odiosa es rígido en sus formas y el de conducta ignorante es inquieto, preocupado, algo que se nota en su manera de sentarse. El avaro prepara su cama con serenidad y sin apuros, se acuesta apaciblemente y duerme tranquilo, encogido sobre sí mismo, durmiendo de una manera sosegada. Al despertar no se levanta abruptamente, sino como quien no quiere la cosa. El odioso prepara su cama apresuradamente, sin seguir una forma en particular, y se duerme frunciendo el ceño con todo el cuerpo rígido; al ser despertado, se levanta abruptamente y responde como con enojo. El ignorante prepara mal su cama y duerme con el cuerpo extendido, principalmente boca abajo; y al ser despertado se levanta perezosamente, con un bostezo de indecisión.**

Eso es lo que dice Buddhagosha, el gran erudito budista indio del siglo V, en su Sendero de la Pureza, y de la misma forma, da las características de cada tipo en el trabajo, al comer, vestirse y al desempeñar otras actividades diarias. También describe los equivalentes positivos de los tipos odioso, avaro e ignorante. El tipo avaro es con el que nos entendemos mejor, ya que su propósito básico es encontrar objetos que le proporcionen placer. Disfruta la vida y desarrolla un fuerte apego con la gente. El tipo odioso, por otra parte, es bastante crítico todo el tiempo, ve el lado desagradable de las cosas y lo que le importa principalmente es evitar el dolor. El tipo ignorante no es ni lo uno ni lo otro; aturdido, distraído y perplejo, vive en una neblina grisácea y no se decide por nada en particular; sufre vaguedad crónica pero no clarifica sus pensamientos. La mayoría de las personas no caen en alguna de las categorías de una forma exacta; más bien, cada uno de nosotros poseemos una combinación y una mezcla personal de los tres venenos. En tanto que podemos hallar útil este enfoque, lo importante es que nos lleguemos a conocer a nosotros mismos. Esto no es fácil de lograr y se requiere de muchos años antes de que podamos descubrir cuales son nuestros motivos e inclinaciones reales, nuestros vicios y virtudes. Se necesita un tipo de trabajo dirigido a un fin positivo y amigos que también se encuentren comprometidos en el conocimiento de su persona, y que tomen en cuenta lo que es mejor para nosotros.

* Visuddhimagga, iii.89 (The Path of Purification, p.105)

El Individuo Sano

La avidez, el odio y la ignorancia no son las únicas fuerzas motivadoras posibles, y por lo tanto sus tipos correspondientes no son tampoco los únicos. Los tres venenos son esencialmente mecanismos de defensa de un ego inmaduro. A pesar de que algunos residuos de la avidez, el odio y la ignorancia permanecen aún en niveles altos de desarrollo alcanzados, y que la ignorancia se encuentra presente hasta el momento mismo de la Iluminación, es posible alcanzar una sensación de identidad personal más madura y estable.

El ego embrionario, en sus estadios iniciales de separación del sueño de la naturaleza, es bastante débil y experimenta una vulnerabilidad propia. No sólo es frágil sino tosco: ve al mundo entero como si existiera para éste y trata de imponer sus demandas a su entorno. Este proyecto tiránico, con raras excepciones, se desbarata rápidamente a causa de la resistencia del medio ambiente. Las cosas nunca llegan a someterse a nuestra voluntad por completo, ni suceden totalmente de acuerdo a nuestros deseos. Estamos frecuentemente en conflicto directo con la vida misma. Las demás personas se resistirán a nuestra voluntad, ya que en sí mismas tienen una voluntad propia. Con el objeto de hacer frente a esta tensión básica en la vida, debemos elegir una superestructura de personalidad que se adapte a los imprevistos y decepciones de la vida humana que encuentran sus raíces todavía en la avidez, el odio y la ignorancia, o debemos tratar de evolucionar para alcanzar un sentido del yo más maduro.

El ego madura al desarrollar una genuina confianza en su identidad propia. El sentido de identidad del yo, que se encuentra dependiendo de objetos o personas externas, es cada vez menor y se encuentra más en el interior. Este ego más maduro es lo que se podría definir como la individualidad real, ya que, hasta este punto, se ha alcanzado la individualidad tan sólo parcialmente. La maduración es en gran parte el resultado del esfuerzo personal, aunque también recibe auxilio de un historial de antecedentes seguros y alentadores, que fomentan un sentido de bienestar sin restringir ni suprimir al yo en proceso de surgimiento. Los padres, maestros y amigos deben proporcionar apoyo y una guía solidaria, en tanto que van reconociendo la individualidad en proceso de cristalización. Una persona que ha madurado de esta forma posee una seguridad natural y sencilla. Es capaz de apreciarse y respetarse, de amarse y procurar bienestar para sí misma. Esta no es una obsesión narcisista o una presunción egocéntrica que se manifiesta únicamente por medio de la inmadurez del ego. Sino que es parte de una auto estima saludable, que no envidia a otros que son capaces también de valorarse a sí mismos. En Occidente muchas personas hallan difícil amarse a sí mismas, debido al efecto que la cultura cristiana ha tenido en ellas; en muchos casos las personas quedan marcadas con sentimientos irracionales de culpa y sintiéndose indignos pecadores. El amor para consigo mismos es indispensable para poder alcanzar una evolución mayor, ya que de otra manera nuestro intento por crecer será solamente una manifestación de automortificación y represión. El crecimiento sólo puede surgir de un enfoque sano, del deseo de ser feliz y de lograr un estado de realización.

La persona madura y segura de sí misma se encuentra relajada y abierta a nuevas experiencias, ya que su sentido de identidad no se ve amenazado fácilmente ni minusvalorado. Esta persona es, en particular, más abierta hacia la demás gente, puesto que ésta ya no representa un peligro para su identidad, ni tampoco objetos de posible deseo neurótico. En este momento crucial de la Evolución Superior, uno ya no es un “yo” en un mundo que es el “otro”. Uno es un yo interactuando con otros yoes. Uno se da cuenta que otros sienten de la misma forma que uno, y así puede entrar, con comprensión, en la vida de ellos, deseándoles bienestar, como con uno mismo. Entonces, basados en el amor por nosotros mismos, somos capaces de reconocer que los otros son seres, y así podemos sentir un amor desinteresado hacia ellos. Además, al sentir una seguridad personal, el individuo es independiente, encontrando confianza en su interior. Sin embargo, esto no es el estereotipo del seudohéroe, que declara en una forma arrogante el haber hecho las cosas a su manera y que tan sólo establece interrelaciones humanas en sus propios términos egoístas ... niega efectivamente el sentido de identidad de los demás. No es un individuo, sino un individualista. El individuo real es capaz de relacionarse con los demás de una forma amistosa y cooperativa. Es capaz de aprender de ellos, y puede aceptar su conducción, si ésta es apropiada, sin perder la autoestima. Sustituye la avidez, el odio y la ignorancia por la generosidad, la amistad y la concienciación. De la misma manera que el gallo, la víbora y el cerdo son las fuerzas motoras de la Rueda, estas tres: la generosidad, la amistad y la concienciación, nos elevan al Sendero Espiral.

De la Avidez a la Generosidad

La generosidad reemplaza la avidez. El ansia o avidez es el deseo de poseer, con la creencia de que uno puede fortalecer su ego que se desmorona. La individualidad no requiere de semejantes apoyos, ya que el individuo cuenta con seguridad en sí mismo. No sólo tiene confianza en sí mismo, sino que está lleno de una riqueza interior que reboza en los demás. En contraste con la egoísta actitud codiciosa del avaricioso, éste es generoso a

manos llenas y vive dando felizmente. Dicha generosidad no se limita a la caridad material, el dar una porción de los bienes propios es toda una actitud y una forma de abordar la vida. El individuo es generoso con sus bienes, pero también con respecto a su tiempo y energía; es generoso en su valoración de los demás y los perdona cuando son injustos con él. Cualquier cosa que posee fluye hacia los otros, ya que sobre todo se da a sí mismo. No da con la finalidad de recibir nada a cambio, ni para poner a nadie en deuda, da simplemente a partir de su propia riqueza interior. Al mismo tiempo, no agota sus propios recursos a través de su generosidad; esto sería una conducta autodestructiva, de odio. Sino que la superabundancia de su autoestima le permite ver las necesidades de los otros. Su generosidad lo lleva a establecer relaciones de cooperación con los demás, y a trabajar con ellos en una asociación amistosa, equilibrando sus necesidades propias con las de los demás. No es competitivo, ni le molesta seguir el consejo o guía de alguien más, ni obtiene una satisfacción neurótica al darlo. Su deseo es simplemente el de compartir con sus compañeros cualquier cosa que posee.

Debido a que existe semejante cambio radical de la Rueda a la Espiral, la práctica de la generosidad ha tomado un lugar muy especial en el budismo. Todos pueden dar algo y es la actividad espiritual menor en la que todos los budistas pueden tomar parte. La actitud de generosidad debe cultivarse asiduamente, ya que al igual que todas las cualidades positivas, raramente brota por sí misma. Independientemente de que nuestro deseo sea incondicional o no, debemos tratar de dar, para así poder empezar a establecer una actitud generosa. Nuestras acciones nos ayudan a conformar nuestra mente, y al dar regularmente fomentan una actitud de generosidad. Siempre que sintamos un impulso de dar algo, debemos dejar que se manifieste totalmente, aún y cuando más tarde la sensata reflexión nos aconseje lo contrario. De esta manera nos apartaremos gradualmente de la tacañería y desarrollaremos un espíritu de generosidad.

Nuestros familiares y amigos, compañeros de trabajo y conocidos, todos ellos serán los destinatarios de nuestra generosidad, así como todos aquellos que lo necesiten y aunque no los conozcamos. Además es importante que mostremos gratitud y generosidad a aquellos que se encuentran más avanzados que nosotros en el Sendero Espiritual, y que están dedicados de tiempo completo a la práctica del Dharma. Son nuestros maestros y guías en el Sendero, y si no nos damos a ellos, entonces no estaremos apreciando su mérito y no podremos beneficiarnos de sus experiencias. En nuestra gratitud por la ayuda que hemos recibido sentiremos, asimismo, el deseo de difundir el Dharma, ya sea directa o indirectamente. A pesar de que la generosidad tiene que ser cultivada por medio del esfuerzo consciente, nunca debemos olvidar que estamos tratando de alcanzar un espíritu generoso o sentimiento de dar, y no el dar forzosamente con un corazón indispuerto. Estamos esforzándonos por despertar en nosotros mismos una generosidad natural, del individuo sano y maduro que da a partir de su riqueza interior.

Del Odio al Amor

El amor reemplaza al odio como fuerza inspiradora del Sendero Espiral; la palabra “amor” es demasiado ambigua para describir con precisión la emoción en cuestión, ya que normalmente puede significar, desde un interés grande, hasta el deseo por una relación romántica. La palabra amistad carece de fuerza en el uso moderno, como el término “cariño”, el que también de alguna manera suena un tanto romántico. Probablemente es mejor utilizar una palabra del lenguaje budista canónico, incorporándola a nuestro lenguaje sin traducirla. La palabra más común es metta en pali, maitri en sánscrito. Metta es un deseo fuerte, e incluso intenso, por el bienestar de los otros, que además implica acción. Es imparcial, sin importarle si éste es recíproco o si obtiene algo de la otra persona -no es un amor interesado-. Cuando es recíproco hace florecer la amistad. Al igual que la generosidad, metta está basada en la satisfacción interior. Uno siente tal riqueza en sí mismo, o metta para sí mismo, que puede empatizar fácilmente con el yo de los demás, y les desea el mismo bienestar que desea para sí mismo.

Metta debe distinguirse cuidadosamente de otras emociones que parecen compartir las mismas características. Se dice que metta tiene un enemigo lejano y un enemigo cercano. Al ser el opuesto directo de metta, el odio es el enemigo lejano. El enemigo cercano es un amor que posee intereses personales. Uno puede parecer interesado en el bienestar de la otra persona, pero este afecto realmente depende de si se obtiene el mismo afecto a cambio. En realidad, uno demanda de contrato o un pacto, y tiene muy poca apreciación genuina con respecto a la individualidad del otro. La relación está apoyada finalmente en el deseo neurótico, ya que lo que uno quiere de la otra persona -aceptación, afecto, aprobación- es lo que cree que nos ayudará a afianzar nuestra identidad. Dichas relaciones, basadas en la necesidad, frecuentemente se encuentran ligadas a ataduras biológicas de parentesco y sexo. Las familias con frecuencia se encuentran ligadas con este tipo de aidez neurótica mutua, y es bastante común en las relaciones sexuales de pareja. El amor romántico es de este tipo. Lo que empieza como una fascinación altamente idealizada y se hace llamar amor, muy a menudo descubre una natural aidez neurótica. Metta no incluye lo que normalmente se conoce como “amor”.

Al igual que la generosidad, metta tiene que cultivarse de una forma activa. Hemos visto que una de las principales técnicas de meditación de la mayoría de las escuelas budistas es el “Desarrollo del Amor Universal”, o como ahora lo podemos llamar “Desarrollo de Metta”; en pali su nombre es “Mettabhavana”. Esta práctica consiste en sentarse tranquilamente en un lugar apartado, para tratar de traer a nuestro cuerpo y mente el sentimiento de metta sistemáticamente. El principiante hará esto una vez al día, o dos, por un período de media hora aproximadamente, y el meditador avanzado lo hará varias veces al día por períodos de una hora o más. Uno comienza tratando de sentir metta por sí mismo, ya que no podemos amar a otros a menos que nos amemos a nosotros mismos. Y repite para sí mismo: que yo esté bien, que sea feliz, que me encuentre libre de cualquier sufrimiento. Al principio, estas palabras parecerán más o menos vacías, pero después de un tiempo empezará a fluir un sentimiento de metta. Uno deja que este sentimiento de metta se acumule y, entonces, en el segundo estadio, permite que éste se expanda hacia un amigo cercano y querido, alguien por quien sentimos afecto genuino. Para evitar sentimientos confusos en la práctica, se recomienda que ese amigo esté vivo, sea alguien por quien no sentimos atracción sexual; en la mayoría de los casos será alguien del mismo sexo que uno y de aproximadamente la misma edad. Una vez más repetimos las frases de buenos deseos. Entonces se pasa a un sujeto un poco más difícil, un conocido hacia el que tenemos sentimientos neutrales; y después a una persona difícil -alguien con quien tenemos dificultades y hacia quien sentimos antagonismo-. En el quinto y último estadio, uno pone a las cuatro personas juntas: a sí mismo, al amigo, la persona neutral, la persona difícil, y trata de sentir metta por igual hacia todos. Esto nos ayudará a superar cualquier tendencia a preferir a uno más que a otro y, por lo tanto, eliminara cualquier indicio de avidez neurótica que contaminaría nuestra metta. Entonces se extiende metta, desde el punto donde nos encontramos meditando, hasta incluir un círculo de gente cada vez más grande, hasta llegar a abarcar al mundo entero, y al universo en su totalidad. Se extiende hasta abarcar, no solamente a los humanos, sino a todas las criaturas vivientes, a la evolución entera. Desde los seres de este planeta, se difunde metta hacia todas las criaturas sintientes de cualquier tipo, en cualquier parte del universo que se encuentren. La cosmología budista siempre ha concebido que en la infinitud del espacio hay muchos otros mundos y sistemas en los que está tomando lugar el mismo drama de la evolución, como ocurre en la Tierra misma. Dentro de cada uno hay muchos niveles y dimensiones, en los que la conciencia se manifiesta. La meditación de Mettabhavana culmina con nuestra metta extendiéndose por todos estos mundos y dimensiones. Si se practica regularmente, nuestras actitudes con respecto a nosotros y a los demás mejorarán. De hecho, puede tener el extraordinario efecto de disolver enemistades, cuando uno logra ver a su adversario con la nueva luz de metta.

A pesar de ser básica, la Mettabhavana no es el único medio para desarrollar metta; también habremos de trabajar sistemáticamente en nuestras relaciones con los demás, y en todas las situaciones diferentes de la vida. Cuanto más sean las personas con las que nos encontremos en contacto, que estén tratando de hacer lo mismo que nosotros, será más probable que resultemos exitosos. Mucha gente, por esta razón, escoge vivir y trabajar con otros que comparten su deseo de desarrollarse, y hay budistas que, con este propósito, han establecido comunidades residenciales y negocios de supervivencia ética, en países tradicionalmente budistas, así como en Occidente. Si la gente con la que estamos en contacto no tiene interés de trabajar en su persona de esta manera, no habrá unas bases seguras sobre las que podamos resolver las dificultades que surjan en nuestras relaciones con ellas. Si, por otro lado, todos se encuentran comprometidos al ascenso del Sendero Espiral, entonces, podrán crecer amistades genuinas que trasciendan los gustos y disgustos, en medio de un profundo sentido de apreciación e interés mutuos. Amigos de este tipo no se encuentran atados con lazos de exclusividad, como frecuentemente es el caso en el amor romántico. El interés de uno por el bienestar de su amigo, no disminuye su interés por los demás, y no hay riesgo de que surjan celos neuróticos. De hecho, la amistad real no puede existir si este tipo de maduración no tiene lugar, ya que la amistad tan sólo puede desarrollarse cuando no existen necesidades neuróticas. Las relaciones de personas poco maduras no se encuentran basadas en metta, sino en la coincidencia de intereses y necesidades personales. La capacidad para la amistad desinteresada, una de las alegrías principales del Sendero Espiral, es la marca de la individualidad madura.

De la Ignorancia a la Consciencia

La concienciación reemplaza a la ignorancia. Ya no existe ese retroceso ignorante a una esfera estrecha de entendimiento, ya que el individuo llega a abarcar una nueva visión más extensa. Está más consciente, en primer lugar, de sí mismo en sus diferentes aspectos. De alguna manera, está en entera posesión de su cuerpo propio: sabe la postura en la que se encuentra, lo que está haciendo, la dirección y el propósito de sus movimientos. Actúa con cuidado y decoro, nunca torpe u olvidadizo, y es capaz de gozar de buena salud, al estar consciente de sus necesidades físicas, atendiéndolas de una manera sana. Está consciente de sus emociones; se da cuenta si experimenta avidez, odio o ilusión, metta, generosidad o claridad. Sabe lo que piensa: conoce los pensamientos e imágenes que le pasan por la mente, y además sabe de donde vienen. Es capaz de distinguir en su mente lo que es tan sólo el producto de su condicionamiento pasado, y lo que es creativo, en una forma genuina. Piensa

por sí mismo, al usar su mente para desenmarañar las diversas dificultades y problemas que la vida le presenta. Es inteligente, capaz de elevarse ante los desafíos y de abordarlos con imaginación e inventiva. Su mente no es pasiva, ni sosa, sino ingeniosa y alerta, interesada en la vida y preparada para sacar conclusiones de las diferentes lecciones que ésta le brinda. Está consciente de sus alrededores, es decir de su medio ambiente natural y de la cultura humana. Ve las cosas con una apreciación estética y no en forma de una apropiación egoísta. Se deja estremecer profundamente por la belleza y el arte. Está consciente de las personas como entidades separadas de sí mismo, con una individualidad propia, y no proyecta en otros sus propios deseos subjetivos. Está consciente de las necesidades de ellos y es capaz de encontrar un equilibrio objetivo entre éstas y las suyas mismas. Siente metta y amistad por la gente y posee una sensibilidad natural con respecto a lo que hiera o beneficia a los demás. Por encima de todo, ha desarrollado la facultad Imaginativa. Es capaz de ver que hay dimensiones más altas de la realidad, y está consciente de la tendencia de la evolución en su totalidad. Está consciente de que el significado de la vida consiste en sobrepasar sus límites presentes, y sabe que del punto en el que se encuentra el Sendero se sube cada vez más en espiral.

La Transición de la Rueda a la Espiral

Una vez que las fuerzas de la generosidad, metta y concienciación se han convertido en los motivos que dominan nuestras acciones, surge el individuo verdadero. Desde el primer alborear de la autoconciencia, hasta este punto, existe un largo trayecto, precedido por la avidez, el odio y la ignorancia. En esta media luz, el protoindividuo, con su rudimentaria conciencia del yo, funciona como miembro de un grupo. Apenas se diferencia de cualquier otro de sus miembros, y deriva sus valores y opiniones del grupo al que pertenece. La familia, la banda de cazadores, la tribu, el clan, el estado, son las formas más tempranas del grupo, cuyas manifestaciones modernas son la nación, la secta religiosa, el partido político, las clases sociales, etcétera. Los miembros del grupo poseen muy poca identidad, aparte de la del grupo. Algunos pueden parecer que funcionan en libertad, pero son tan sólo los miembros más poderosos, igualmente dependientes del grupo para su seguridad psicológica, a pesar de ser lo suficientemente fuertes dentro de éste para seguir sus propios caprichos, aun a costa de los otros miembros. Otro tipo de pseudo individuo es el que se encuentra distanciado culturalmente, separado de forma prematura de la nutrición de su grupo. Al refugiarse en una frágil seguridad en sí mismo, este tipo permanece poco receptivo, de un modo notable, a toda influencia o cooperación. Este tipo de individualismo a menudo resulta del rápido cambio social y del consecuente rompimiento de las culturas tradicionales, las que, cuando son estables y positivas, son las bases necesarias para el surgimiento de la individualidad real.

El individuo se ha diferenciado del grupo y no está sujeto a las presiones de éste. No siente la necesidad de pertenecer al grupo pues su seguridad se encuentra en su interés y, por lo tanto, no tiene que pagar el precio de la conformidad con las creencias del grupo. Aprecia la necesidad de mucha gente para su apoyo y, dado que él no es susceptible a su influencia, no se siente amenazado. El grupo, sin embargo, es muy frecuentemente el enemigo del individuo y puede, incluso, destruirlo para reforzar su supremacía.

El individuo ha aceptado la responsabilidad para consigo mismo y sus acciones. Ya no deja su destino al azar, y no culpa a otros por los contratiempos de su vida. Toma iniciativa con respecto a su desarrollo propio ya las situaciones en las que se encuentra. Sabe que tiene una vida y se compromete totalmente a la tarea de la Evolución Superior.

La transición de la avidez, el odio y la ignorancia, al amor, la generosidad y la concienciación es la transición de la Rueda a la Espiral, y del grupo al individuo. Además es la transición de lo que se llama “el funcionamiento basado en la fuerza” al “funcionamiento basado en el amor”. La persona cuyo ego es inmaduro, ve el mundo entero sólo en términos de sus necesidades propias. Trata de dominar e imponer su voluntad, ya sea de forma directa o artificial, manipulando a otros para obtener sus propios fines. Funciona en términos de poder, viéndolo todo, incluso la gente, como objetos para su propia gratificación. Este es el funcionamiento basado en la fuerza. El que se basa en el amor, contrariamente, consiste en ver a los otros como seres independientes y en tratados con metta. Sobre las bases del funcionamiento basado en el amor, existe la comunidad espiritual. Sus miembros no se unen para explotar o manipularse unos a otros. Así, la transición del funcionamiento basado en la fuerza, al funcionamiento basado en el amor, es la transición del grupo a la comunidad espiritual.

En esta crucial transición, el Sendero espiral comienza a desplegarse. La avidez y el odio tienen cada vez menor control sobre la mente y se depuran las formas mayores de la ignorancia. Sin embargo, todavía permanece una ignorancia básica; la experiencia está limitada por la polarización de la conciencia en términos de sujeto y objeto. Los dos lados de la dualidad están ahora en mayor diálogo armonioso y el sujeto ya no los considera una amenaza o una fuente de permanencia. Se le ve con aprecio, y cuando el objeto es otra persona, la comunicación y la metta fluyen hacia ésta. No obstante, ver las cosas en términos de un sujeto y de un objeto, desde un punto

de vista último, es un obstáculo para la perfecta concienciación no dual de la realidad. Al final, la división de sujeto y objeto es sólo la forma en que estructuramos nuestra experiencia; ésta no se corresponde con la realidad misma. Gradualmente, el funcionamiento basado en el amor deberá intensificarse, en tanto que la metta y la generosidad deberán irradiar poderosamente cada vez más, deberá haber una concienciación más profunda, la individualidad deberá llegar a ser más fuerte y se experimentará a la comunidad espiritual en una forma más vívida. Cuanto más metta sintamos por otros, más disminuirá esa tensión entre el yo y los demás. Pero la metta todavía está basada en el amor hacia uno mismo, altamente refinado. En un punto dado metta traspasa la barrera del yo y los demás, y no siente una diferencia esencial entre uno mismo y éstos. Se libera la conciencia de las limitaciones impuestas por el marco de la dualidad, una metta perfectamente equitativa impregna todo y, con el fin de la identificación del yo, la generosidad se convierte en la efusión de la compasión. Este es el punto de la Entrada en el Flujo y, a pesar de que la Rueda y la Espiral todavía coexisten en este nivel Transcendental, la Rueda ya no puede ser otra vez la influencia decisiva. La avidez y el odio pueden brotar de vez en cuando, y una ignorancia refinada puede persistir aún, pero el amor, la generosidad y la concienciación han sido bañadas de visión clara en la verdadera naturaleza de las cosas. Lentamente los tres venenos se consumen, hasta que con la Iluminación completa, desaparece el último vestigio de la ignorancia.

ANILLO DE LUZ; ANILLO DE SOMBRA EN LA RUEDA



ANILLO DE LUZ; ANILLO DE SOMBRA EN LA RUEDA

Condicionalidad (Pratītya samutpāda)

Para la mente Iluminada, la realidad en su totalidad es un proceso de “llegar a ser”. Es tan intrincado este proceso, y los diferentes aspectos están tan entrelazados, que no se les puede describir o explicar adecuadamente con palabras. Sin importar lo que digamos, nunca podremos hacer justicia a la complejidad de las cosas. Con la finalidad de entender la vida, para así dar forma a nuestras acciones, tenemos que simplificar este proceso, descomponiéndolo en sistemas más pequeños, acerca de los cuales es posible hacer generalizaciones y formular leyes ... pero al simplificarlo de esta manera, lo falsificamos de un modo inevitable. Este procedimiento es necesario para nuestra supervivencia, sin embargo hace surgir problemas cuando pensamos que, habiendo comprendido las generalizaciones y leyes con las que diseñamos nuestra experiencia, hemos entendido la realidad. El entendimiento real, de acuerdo con el budismo, sólo puede obtenerse a través de la experiencia directa llamada Visión Clara, la cual trasciende al intelecto. No obstante, un entendimiento intelectual del proceso de condicionalidad nos puede ayudar a orientar nuestras vidas. Hemos visto que la formulación más básica de la Visión Clara del Buda dice así:

Esto que es, que se transforma; del surgimiento de esto, que surge.

Esto que no es, que no se transforma; por el cesamiento de esto, que cesa.

Cada elemento de la realidad depende de las condiciones, sin las que no podría ocurrir. Este principio gobierna todo fenómeno. Nuestras generalizaciones y leyes están interesadas en las relaciones entre condiciones específicas y sus efectos, dentro del total proceso condicionado. Esa totalidad puede descomponerse en diferentes niveles de desarrollo evolutivo. En cada nivel existe una nueva serie de leyes.

La filosofía budista distingue cinco niveles u órdenes de condicionalidad. El primero de todos es el físico-orgánico, cuyas leyes son más o menos aquellas de la física y la química. El orden orgánico es, de igual forma, el interés de la biología. El orden mental inferior involucra funciones mentales de un tipo ajeno al libre albedrío, tales como la percepción. El orden kármico es el nivel del libre albedrío. El orden dhármico es el transcendental. Los objetos inanimados están sujetos a los órdenes físico y orgánico. Estas dos categorías, aunadas con la del orden mental inferior, gobiernan a los organismos con las facultades de los sentidos desarrollados. Los seres humanos están sujetos a los tres órdenes inferiores, junto con el orden kármico, y pueden estar sujetos al orden dhármico cuando se aproximan a la Entrada en el Flujo.

Estos órdenes se pueden correlacionar con nuestra jerarquía de la evolución de la conciencia, previamente establecida. El orden físico corresponde a la no conciencia; el mental al de la conciencia de los sentidos; el kármico a la conciencia del yo o conciencia espiritual; el dhármico a la conciencia Transcendental. Los niveles superiores de conciencia, como veremos más adelante, no siempre están asociados con las ordenes inferiores: la conciencia del yo no siempre está asociada con los niveles físico y orgánico, por ejemplo. La conciencia del yo en el ser humano, sin embargo, combina el total proceso evolutivo, incluyendo el orden kármico, y tiene la capacidad de desplegar los niveles más altos desde su interior, para formar un puente, yendo desde la no conciencia hasta la superconciencia. Este esquema del lugar humano en la evolución, además de brindarnos inspiración, deja claro que es difícil hacer cualquier análisis de la conducta humana. Cada uno “de estos ordenes, los que juntos gobiernan el funcionamiento humano, es un complejo de leyes. Aún más, cada orden se encuentra entrelazado con todos los otros, influyéndolos y recibiendo influencia de éstos. El ser humano es el nexo de todos estos órdenes, y no podemos hacer generalizaciones fácilmente o juicios rápidos, acerca de la gente, ni siquiera de

nosotros mismos. Además de una profunda comprensión de la naturaleza humana en general, necesitamos un conocimiento de la persona a fondo, para poder desenredar todos los diferentes procesos condicionados, en todos los diferentes niveles. El orden kármico, que es el que ahora nos interesa en este capítulo, está, por lo tanto, en el nivel de la condicionalidad, dentro de la sutil mezcla de procesos que componen al ser humano. Debemos tener cuidado al interpretar esto rígidamente, como lo han hecho algunos exponentes del budismo, y no debemos olvidar que estamos tratando con el corazón humano, una cualidad esquivada, y no con un robot mecánico.

El Principio del Karma

El segundo círculo de la Rueda de la Vida ilustra el funcionamiento de los principios del karma. Se encuentra dividido en dos segmentos, uno negro y otro blanco. En el negro están las figuras desnudas de seres cayendo de cabeza, en tanto que son acosados por los feroces demonios. En el segmento blanco, las figuras son de hombres y mujeres de pie, sonrientes, vestidos con trajes brillantes, realizando acciones meritorias. El mensaje de la imagen, es que nosotros inevitablemente cosechamos el fruto que le corresponde a nuestro karma. Karma es una palabra en sánscrito (en pali es kamma) que significa acción de la voluntad. El orden kármico corresponde al nivel de la conciencia del yo, a las acciones deliberadas de un individuo, por parcial o distorsionada que sea su conciencia del yo, o por superficial que sea su individualidad. La ley que gobierna el funcionamiento del orden kármico es la que toda acción a voluntad produce un efecto que es, finalmente, vivenciado por el agente. La naturaleza del efecto está determinada por la intención con la que el acto se ha realizado.

Una acción a voluntad o intencional es la que un individuo lleva a cabo conscientemente para lograr un fin deseado. Dichas acciones deben distinguirse de la conducta involuntaria, tal y como parpadear, caerse al ser empujado o tirar una taza sin querer al tratar de alcanzar la tetera. El grado de conciencia involucrado en un acto deliberado puede ser, sin embargo, relativamente mínimo. Frecuentemente actuamos en un estado dividido, prestando tan sólo parte de nuestra atención a lo que hacemos. Esta puede ser la consecuencia de una distracción habitual, muy común entre los muchos diversos estímulos de la vida moderna, o puede ser el resultado de nuestra falta de inclinación a reconocer completamente lo que estamos haciendo. En casos extremos, esto resulta en el tipo de conducta patológica, generalmente etiquetada como “freudiana”. Tenemos el deseo de algo, pero al mismo tiempo tenemos la sensación intensa de que no debíamos querer eso; entonces estamos a pugna de expresar el deseo, en la forma en que podamos, en tanto que al mismo tiempo no reconocemos que queríamos eso. En los márgenes de la conciencia se ha prohibido dicho deseo y de esa manera hacemos de cuenta que no lo sentimos. Esta situación es un tanto compleja y puede disfrazar el hecho de que las acciones que hemos realizado, bajo la influencia de dichas intenciones poco deseadas, no han sido, por lo tanto, intencionales, por periféricas que éstas sean con respecto a la conciencia. Los términos motivación subconsciente o inconsciente son engañosos, porque donde existe motivación existe conciencia. Las acciones de la voluntad son todas aquéllas que se encuentran dirigidas hacia un objetivo que se ha formulado claramente y que queremos un cien por ciento, hasta las conductas vagas o incidentales, cuyas intenciones no nos hemos permitido clarificar.

La acción intencional no es únicamente la acción corporal; para los propósitos del principio del karma, el discurso y el pensamiento son acciones que producen un efecto en el agente. Es la intención, el acto de querer algo y el tomar la decisión de conseguirlo, lo que establece las condiciones kármicas. Una intención intensa que se ve frustrada por las circunstancias produce más o menos las mismas consecuencias kármicas y posee el mismo grado de intencionalidad que el que ejecuta su objetivo. Desde el punto de vista del principio kármico, la consecuencia es primaria, y así, el estatus kármico de los actos corporales o del discurso, está determinado por el estado mental del que provienen.

Los Efectos del Karma

Las acciones intencionales producen efectos que el agente experimenta. La ley del karma gobierna la relación entre la conciencia del yo del sujeto y su mundo objetivo. Se puede decir que el yo está en una interacción dialéctica con el otro. El orden kármico puede ser visto como una especie de “sistema de retroalimentación” entre el sujeto y el objeto, que siempre regresa al punto de equilibrio cuando se le perturba. Cada vez que el sujeto actúa, el equilibrio es perturbado y el sistema entero tiene que adaptarse, con la finalidad de restaurar su equilibrio. Las acciones del sujeto dentro de este “sistema retroalimentatorio universal” modifican al objeto, que entonces se adapta para absorber la modificación. A su vez éste retroalimenta el efecto en el sujeto. El tipo de ajuste necesario para restaurar el énfasis del sistema depende de la naturaleza de la acción que lo perturbó inicialmente, y así los efectos que retroalimentan al agente, dependen de la intención con la que se actuó.

Los efectos del karma se experimentan subjetiva y objetivamente. Lo que pensamos, hacemos o decimos refuerza cierta tendencia en nuestra vida mental, y en ese mismo grado modifica nuestra conciencia. Las imágenes y recuerdos mentales que se nos ocurren y los estados de ánimo que tenemos están formados por lo que hemos pensado, dicho y hecho en el pasado; éste es el efecto subjetivo. En el plano objetivo, el efecto de nuestras acciones pasadas pueden verse en las situaciones en que nos encontramos y en las experiencias que vivimos. Debido a que el orden kármico no está basado en una simple causación mecánica, es difícil de discernir la forma en que nuestras acciones pasadas condicionan nuestra experiencia objetiva presente. Lo que une a la conciencia y la experiencia es un tipo de afinidad. Cuando algo es atraído, es atraído por algo de tipo semejante, y las intenciones que se forman en la conciencia atraen a las experiencias correspondientes. Para dar un ejemplo simple: cuando me interesé en el budismo por primera vez, repentinamente empecé a notar al budismo por todas partes; los encabezados en los periódicos hacían referencia de éste, en los estantes los libros de budismo parecían resaltar, conocí a gente que me contaba anécdotas relacionadas con el budismo. Si esos fenómenos estaban allí anteriormente o no, mi conciencia ahora había hecho una conexión con ellos, y hasta parecía atraerlos.

La naturaleza del efecto se encuentra determinada por la naturaleza de la intención con la que la acción se realiza. Las intenciones pueden analizarse de acuerdo a si éstas están basadas en la avidez, el odio o la ignorancia, o ya sea en metta, generosidad o concienciación. Las acciones realizadas con las motivaciones nocivas de la avidez, el odio y la ignorancia son denominadas acciones torpes y aquéllas basadas en metta, generosidad y concienciación se denominan acciones perspicaces. Estos son los términos básicos de la ética en el budismo. Bajo el principio del karma las acciones perspicaces producen efectos placenteros. La consecuencia de actuar a partir de motivaciones nocivas es que al final sufriremos. Cuando actuamos desde un estado mental positivo, estamos edificando estados de felicidad para nosotros mismos.

La Complejidad del Karma

Los principios básicos de la ley del karma son expuestos de una manera simple, pero es muy difícil atribuirle a una experiencia particular los funcionamientos de la condicionalidad kármica con certeza. Es aún más difícil conectar una acción volitiva con un efecto particular. En primer lugar, el orden kármico es uno de los cinco órdenes diferentes de la condicionalidad, y es posible explicar un efecto de una forma satisfactoria sin usar ningún orden, o usándolos todos. Para citar un ejemplo clásico, una fiebre puede ser la consecuencia de un repentino cambio en la temperatura y, por lo tanto, pertenece al orden de la condicionalidad física; puede haber sido causada por una infección viral, operando de esta manera desde el orden biológico; un esfuerzo mental pudo haberlo producido, bajo el orden mental inferior; algunas acciones torpes pasadas pudieron ser la causa, dentro del orden kármico; o pudo deberse a una reconstrucción del sistema entero del cuerpo y la mente, como resultado de la Visión Clara, bajo el orden Transcendental. La única forma en que podemos saber si una experiencia es el resultado del karma pasado, es por medio de la eliminación de todas las otras explicaciones posibles. Si ninguna de las otras explica el fenómeno en cuestión, entonces las fuerzas kármicas pueden estar operando, aunque no existirá la seguridad de que sea así. Entonces, en el caso de una fiebre, uno debe tratar de curarla usando los remedios apropiados para cada orden de causación; sólo si éstos fallan podremos llegar a la conclusión, de manera tentativa, que las acciones pasadas han sido la causa de ésta.

El hecho de que haya muchos niveles de condicionalidad operando en nuestras vidas, dificulta el discernimiento de cuando se encuentra en operación el orden kármico. La complejidad de la motivación humana oscurece la escena aún más. Ya que estamos pensando, hablando y actuando todo el tiempo, estableciendo tendencias con cada acto del libre albedrío, el que modifica nuestra experiencia directamente, a través de la mente e indirectamente a través del medio ambiente. Es muy difícil aislar acciones particulares de esta gran corriente volitiva. La condicionalidad kármica es, más bien, una cuestión de amplias tendencias e inclinaciones. Todas nuestras diferentes acciones intencionales se mezclan, algunas de ellas estableciendo temas dominantes, otras reforzando patrones establecidos, algunas diluyendo los efectos de otros, mientras que otras los cancelan. No todas las acciones poseen la misma fuerza y el grado de sanidad y enfermedad varía de acción en acción. Se dice que algunos karmas tienen mayor peso, como el homicidio por un lado, y, por el otro, elevados estados de conciencia. Estos tienen una influencia muy poderosa en los patrones generales de la actividad kármica. Algunas acciones son habituales y moldean nuestro futuro por inercia, ya que cuanto más nos comportamos de cierto modo, éstas se convierten cada vez más en partes de nuestra personalidad. Algunos karmas simplemente tienen un efecto acumulativo en conjunción con otros. El peso de una acción en particular y su relación con el flujo total de la voluntad determinará la duración de la maduración del efecto o, de hecho, si éste madurará o no. Por lo tanto, no podemos atribuirle a una acción pasada un efecto en particular tan fácilmente. El nivel kármico dentro de nosotros es como una poderosa corriente de energía, que se alimenta de cada pensamiento, palabra o acto. El ímpetu total de esta corriente moldea nuestra mente y el mundo en que vivimos. Con nuestras acciones propias nos estamos recreando constantemente.

La Ley Natural del Karma

La operación del karma es enteramente natural y de ninguna manera depende de un poder superior divino. No hay autoridad exterior que nos imponga sufrimiento o felicidad. Nuestras propias acciones determinarán el que obtengamos placer o dolor, ya que experimentaremos sufrimiento o alegría de acuerdo a cómo vivimos nuestra vida. El ímpetu generado con nuestras acciones nos conducirá al sufrimiento o el dolor, de acuerdo a la ley del karma, de la misma manera que una piedra cae en el suelo cuando la soltamos, de acuerdo a la ley de la gravedad del orden físico.

La enseñanza budista acerca del karma no es de ninguna manera fatalista: No nos está enseñando o diciendo que cualquier cosa que nos pasa es el resultado del karma, ya que los demás ordenes de condicionalidad pueden explicarlo. A pesar de que todos los actos intencionales tienen efectos en el agente, no todos los efectos que uno experimenta son la consecuencia de nuestras acciones pasadas. Por otra parte, aun cuando hayamos engendrado un karma torpe de mucho peso es posible contrarrestarlo por medio de acciones perspicaces, aunque, claro está, éstas deberán ser de una intensidad correspondiente o mayor. El hecho de que nuestras acciones pasadas moldeen nuestra experiencia presente no significa que tengamos que aceptar la situación pasivamente. Debemos hacer todo lo que podamos para evitar el dolor y el sufrimiento que sean consecuencia de los otros órdenes de condicionalidad, y debemos tratar de establecer un patrón de conducta más perspicaz que invalide cualquiera de los efectos negativos de nuestros propios actos pasados. Un budista trabaja infatigablemente para eliminar el sufrimiento en donde quiera que lo halla, ya sea en sí mismo o en los otros. Puede que la pobreza, la privación cultural y las enfermedades invalidantes sean un resultado del karma o no, pero debe ponerse todo el esfuerzo para aliviar estas condiciones. La acusación de pasividad que se le hace al budismo a veces no es justa, ya que el Dharma, sobre todo, enfatiza la responsabilidad personal y el esfuerzo como prerrequisitos para cualquier desarrollo subsecuente.

Para evitar cualquier mala interpretación cabe aclarar lo siguiente: al principio de este estudio acerca del karma vimos que las acciones involuntarias no estaban sujetas a la condicionalidad kármica, y dimos el ejemplo de cuando tiramos una taza al tratar de alcanzar la tetera. Bien, uno no tenía la intención de tirar la taza y no se nos puede acusar de malicia premeditada. Pero se nos puede culpar de no ser lo suficientemente cuidadosos. Para citar un ejemplo bastante conocido y menos trivial, tenemos que cierto monje, en tiempos del Buda, fue de visita a una casa. Al no encontrar a los dueños entró y se sentó en lo que pensó era un banco cubierto con una manta; aunque de hecho esto era un pesebre con un bebé dentro, al cual asfixió al sentarse sobre él. Se le pregunto al Buda si el monje había cometido un homicidio y éste contestó que no, ya que el monje no había tenido la intención de matarle. Sin embargo, el monje había sido culpable de un acto de extremo descuido, por el cual sufriría las consecuencias kármicas. El descuido es la manifestación de un estado mental nocivo.

La segunda esfera de la Rueda de la Vida nos muestra la forma en la que opera el principio kármico. En la mitad de color negro, bajo la influencia de los estados mentales nocivos, algunos seres realizan acciones torpes y sufren las dolorosas consecuencias, al ir girando en la Rueda. En la mitad de color blanco, bajo la influencia de los estados mentales sanos, los seres realizan acciones perspicaces, experimentando felicidad y placer, en tanto que ascienden la Espiral. Esta Espiral, finalmente, rebasa la Rueda y, una vez alcanzado el estado de la Iluminación, ya no produce más karma. Aunque actúa de una forma sutil pero efectiva, las acciones del Buda no tienen consecuencias para sí mismo. Dotado de una concienciación no dual, por así decirlo, no hay un sistema de retroalimentación que pueda perturbar. .. se podría decir que se ha convertido en el sistema total. El Buda se conduce con perfecta armonía con todo lo que se encuentra a su alrededor, sin verse restringido por ninguna condición.

El entendimiento y la apreciación de este principio de condicionalidad kármica es de primordial importancia, debido a que forma la base de la vida ética y espiritual. Si no existiera dicho principio, serían impredecibles las consecuencias de las acciones torpes y perspicaces, y éstas no tendrían ninguna relación con las intenciones con las que se han realizado. Tendría poca importancia la manera en la que actuamos porque las experiencias dolorosas y placenteras se obtendrían de una forma arbitraria, sin ningún significado o patrón discernible. No tendría sentido tratar de sostener nuestro esfuerzo en ninguna práctica espiritual, como la meditación, ya que no estaríamos seguros de sus efectos positivos. Al igual que los órdenes físico y biológico están sujetos a las leyes estables, por medio de las que el efecto es seguido de la causa, así lo está el orden kármico. La ley del karma garantiza que nuestras acciones tengan consecuencias apropiadas, para así poder crecer. El budismo considera algo fatal el escepticismo a este respecto, es decir, dudar que nuestro esfuerzo personal tiene un efecto y que, por lo tanto, no existe la Evolución Superior. Si esto fuera así, los seres humanos serían víctimas de un destino inescrutable, sin ninguna coherencia lógica. El rechazo de este principio es, en sí mismo, parte de una acción torpe de gran peso, debido a que niega la moralidad y el Sendero Espiral.

Generalmente no es difícil ver que las acciones tienen consecuencias de acuerdo con la ley del karma, aunque nos suceden cosas que parecen frustrar todos nuestros esfuerzos, para las que no es posible discernir la causa en nuestro pasado; algunas cosas que nos suceden pueden parecer arbitrarias. Incluso muchos de nosotros que nacemos con ciertas ventajas o impedimentos ¿cómo podríamos tomar responsabilidad kármica por nuestro propio nacimiento? El budismo declara que la ley del karma no opera dentro del contexto temporal de una única vida, ya que nacemos una y otra vez de acuerdo con nuestro karma.

Muchas Vidas

Antes de poder explorar más de lleno la teoría budista del renacimiento, necesitamos un esquema del trasfondo cosmológico en el cual hemos vivido muchas de nuestras vidas. El Buda negó la creación del cosmos, enseñando que el principio cíclico no tiene ni principio ni fin posible de discernir. Dentro de las limitadas dimensiones del espacio, el juego de condiciones perennes de vez en cuando construye innumerables mundos y sistemas que nacen y perecen una vez más en el curso de los inconmensurables eones. En algunos de estos mundos y sistemas se establecen las condiciones para el sostén de la vida, y comienza la larga marcha de la evolución inferior.

Al mismo tiempo, una y otra vez, dentro de los diferentes mundos y sistemas, toman cuerpo los flujos de la conciencia del yo bajo la fuerza de las voliciones pasadas. Este proceso tampoco tiene principio, tan sólo termina si se emprende la Evolución Superior y se alcanza la Budeidad, el punto en el que la conciencia va más allá de nuestra comprensión. De esta manera, ya no habrá ningún renacimiento subsecuente dentro del plano mundano.

Entonces tenemos dos procesos paralelos: la evolución de formas de vida inferior dentro de los mundos y sistemas, y los errantes flujos de la conciencia del yo, que van de nacimiento a nacimiento dentro de esos mundos. El continuo de la conciencia del yo intercepta la evolución biológica inferior, en el punto donde han evolucionado organismos capaces de expresar la conciencia del yo. El renacimiento continúa ocurriendo dentro de las diferentes esferas y niveles, mundos y sistemas, hasta que se alcanza la Iluminación.

El organismo que asocia la conciencia consigo mismo y el mundo en que habita refleja su propia naturaleza. Cada vez que ocurre la muerte, ese continuo de conciencia forma para sí mismo un cuerpo nuevo, en dependencia de sus acciones pasadas. Son nuestras propias intenciones y voliciones las fuerzas que unen al cuerpo y la personalidad a partir de los burdos materiales de los órdenes físico, biológico y mental. El tipo de cuerpo que poseemos y el tipo de mundo en que vivimos son los adecuados para nuestro propio estado de conciencia, que los moldea a su imagen y semejanza. Este flujo de energía volitiva, el cual ha sido modificado con nuestras nuevas acciones de cuerpo, habla o mente nos conforma en lo que somos fundamentalmente, y así moldea nuestra vida una y otra vez para ajustarse a sus mutaciones propias. Hemos estado haciendo esto todo el tiempo y seguiremos renaciendo de esta manera, a menos que escojamos evolucionar a un nivel superior.

No sólo existen innumerables mundos y sistemas capaces de sostener vida, sino que tales sistemas, de acuerdo con la cosmología budista, contienen a su vez diferentes dimensiones. Cada mundo consiste de planos estratificados, en paralelo con la jerarquía evolutiva. El grupo de planos inferiores es denominado la esfera del deseo sensual. Consiste, primero que nada, de los cuatro lugares desagradables y dolorosos del renacimiento: las esferas del infierno, los espectros hambrientos, los animales y los titanes. El mundo humano y los cielos menores completan la esfera sensual, la que corresponde a la Rueda de la conciencia del yo y los sentidos. Las dos esferas siguientes, la de la forma arquetípica y la que va más allá de la forma, contiene a los cielos mayores de los dioses, y corresponden a lo que llamamos la conciencia espiritual y trascendente, y a la Espiral hasta el punto de la Budeidad. La esfera de los Budas está fuera de todos los mundos y sistemas, y corresponde al alborear de la conciencia Absoluta.

Dentro de las esferas mundanas -la de la experiencia sensorial, la de la forma arquetípica y la que va más allá de la forma-, con sus muchos subplanos, toma lugar el drama del renacimiento. Las acciones torpes que se realizan a partir de estas voliciones nocivas tienden a dirigir nuestra conciencia hasta la dolorosa esfera inferior de la experiencia sensorial. Las acciones perspicaces nos conducen a todas las otras esferas sensoriales, a las esferas de la forma ya las que van más allá de la forma. La Visión Clara de la realidad sólo conduce a la esfera más alta de todas, a la Transcendental. Hasta ese punto de Visión Clara nos encontramos en un sube y baja, dando vueltas dentro de todos los mundos diversos, de acuerdo al estado mental que tengamos. No hay ningún mundo que sea permanente y no existe una condena o salvación eterna. Uno permanece en un estado particular, dependiendo de lo fuerte que sea el ímpetu-momento de nuestras intenciones previas, para mantenernos conectados con ese mundo y no contrarrestando la tendencia que se ha establecido.

Los conceptos de renacimiento y de un universo de configuraciones múltiples son quizá poco familiares para la gente. Examinaremos la enseñanza budista de los mundos múltiples y las mecánicas del renacimiento en capítulos posteriores, pero por el momento debemos prestar atención a la base de la creencia budista en su teoría del renacimiento.

En Occidente los dos enfoques que se sostienen más comúnmente con respecto a la muerte dicen que ésta es la terminación absoluta de la conciencia, o que es sucedida por un estado de felicidad eterna en el cielo, o de sufrimiento eterno en el infierno (a pesar de que pocos sostienen este enfoque de una forma categórica). La posición que se considera más razonable hoy en día es la posición materialista, de que la conciencia humana termina con la muerte. No tiene probablemente mayores pretensiones que cualquiera de las otras tres creencias acerca del nacimiento y la muerte. Las cuatro posturas serían: que no hay vida antes del nacimiento ni después de la muerte; o si la hay después de la muerte pero no antes del nacimiento; o antes del nacimiento pero no después de la muerte; o antes del nacimiento y después de la muerte (esta última forma parte de la teoría budista del renacimiento). Si uno aborda estas cuatro posturas con una mente abierta, como si fuera la primera vez que las escuchamos, no hay una razón inmediata por adoptar cualquiera de ellas, ya que todas ellas son consistentemente lógicas. Como dijo Voltaire: "Nacer muchas veces no es un milagro mayor que nacer una sola vez". El materialista sostiene que su enfoque es el más razonable porque no existe evidencia de ningún otro. No existe una evidencia concluyente, sin embargo, de que no hay vida antes del nacimiento o después de la muerte: sólo existe la negativa evidencia de la no evidencia. Alguien que cree firmemente en el enfoque materialista, lo sostiene a través de una posición de fe, una posición tan válida como las de las creencias opuestas. Si de hecho no existiera evidencia basada en la razón, entonces uno tan sólo podría ser un agnóstico cauteloso, declarando que con el conocimiento presente no hay nada que sugiera que la vida se extiende más allá del nacimiento y la muerte, permaneciendo con un criterio abierto acerca de cualquier evidencia nueva que pueda surgir.

No conozco a nadie que sostenga la creencia de que existe vida antes del nacimiento pero no después de la muerte -aunque esta posición no es menos absurda que la de declarar que existe vida después de la muerte pero no antes del nacimiento-. Ambas posturas generan problemas al postular una entidad con un principio eterno y un término finito, y un fin eterno en el segundo caso. Parece que, frente a esto, es más probable que si la existencia está sucedida por la muerte, también precede al nacimiento, y viceversa. Seguramente aquellos que sostienen cualquiera de estos enfoques no hallarán difícil considerar la posibilidad del renacimiento en el sentido budista.

‘Evidencia’ del Renacimiento

Si no hubiese evidencia acerca del renacimiento tendríamos que permanecer escépticos. Sin embargo existe amplia evidencia, y hay otras razones de apoyo que nos permiten aceptar, por lo menos provisionalmente, la creencia acerca del renacimiento. Ninguna de estas evidencias dan una prueba completa; en este tópico en particular es muy difícil encontrar pruebas concluyentes, ya que muchos de los fenómenos ofrecidos como evidencia se pueden explicar de una forma diferente. Si se toman en conjunto, todos los diferentes hechos construyen un caso de gran peso acerca de la teoría del renacimiento.

Es interesante observar, en primer lugar, que la creencia en el renacimiento se ha extendido ampliamente en la historia humana. De ninguna manera es una peculiaridad de las grandes religiones de la India: budismo, hinduismo y jainismo. Muchas tribus del mundo, como los indios de Norteamérica, los polinesios y los miembros de algunas tribus africanas sostienen dicha creencia. De acuerdo a un relato griego, los antiguos egipcios creían en el renacimiento, aunque algunos eruditos modernos lo han cuestionado. Antes de que fueran cristianizados, los celtas consideraban que todas las personas vivían muchas veces. Entre los griegos se extendió esta teoría a través de las escuelas místicas de Orfeo, y los pitagóricos la heredaron. Es probable que de ellos Platón haya derivado el famoso "Mito de Ur" en La República, que nos cuenta las experiencias posmortem que conducen al renacimiento. Muchos gnósticos y neoplatónicos creían en la reencarnación, y lo más sorprendente de todo es que en el cristianismo temprano la creencia no era algo raro. Se sabe de dos padres de la Iglesia: Orígenes y Justino, que daban enseñanzas con respecto a la preexistencia del alma. No fue sino hasta el siglo VI que se declaró anatema a la teoría de Orígenes con respecto a la metempsicosis. En los siglos XII y XIII los cátaros del sur de Francia e Italia reconocían la reencarnación como uno de sus dogmas principales. Y fue para erradicar esta herejía que se iniciaron las primeras Cruzadas europeas, y que se estableció el Santo Oficio o Inquisición. Se continuó sosteniendo la creencia a través de Europa a pesar de la fuerte oposición de la Iglesia, la que reforzó su ortodoxia con violencia cada vez que lo consideró necesario. En conexión con esto, es interesante ver que, a pesar de que los budistas nunca han llegado a perseguir a aquellos que estaban en desacuerdo, nadie ha desafiado seriamente la enseñanza del renacimiento de su tradición, mientras que muchos cristianos han estado dispuestos a morir por esta creencia. Gente como Voltaire, Benjamin Franklin, Napoleón, Henry Ford, por

nombrar a los más prominentes, declararon haber tenido una vida anterior. La creencia repetida y extendida no prueba de ninguna manera la verdad del renacimiento. Debe notarse, sin embargo, que muchas versiones independientes de la creencia en la reencarnación muestran fuertes similitudes.

Puede hallarse evidencia a través de gente que sostiene haber renacido. En muchas tradiciones hay personas que han contado supuestos recuerdos de una vida pasada. El Buda mismo, se dice, tuvo la capacidad de recordar muchas de sus vidas pasadas y les habló de ellas a sus seguidores. En la tradición budista tibetana hay una detallada enseñanza contenida en lo que se conoce como el Libro tibetano de los Muertos, acerca del proceso de la muerte y el renacimiento, y se dice que se derivó de la experiencia directa.

Relatos históricos de éste tipo no son susceptibles de ningún tipo de verificación. Parece ser, no obstante, que algunos niños declaran recordar haber vivido anteriormente. En Occidente se rechazan declaraciones de este tipo y se consideran fantasías, o algo peor aún. En Oriente, donde la creencia en el renacimiento es más aceptada, se toman estas declaraciones más seriamente. Algunos investigadores académicos modernos han llevado a cabo estudios directos, en Oriente y Occidente, con respecto a casos de este tipo, y sus hallazgos han sido sorprendentes. Algunos niños han declarado recordar una experiencia pasada en lugares que nunca habían visitado en esta vida; han dado detalles de ese pasado que nadie allí pudo haber conocido, y el que, al ser verificado, ha resultado extraordinariamente preciso. A pesar de que los diversos casos provienen de culturas bastante diferentes, existe una vez más una considerable concurrencia en los detalles generales de las historias, y ciertas escenas parecen repetirse. Se necesita llevar a cabo mucha más investigación, pero por el momento la evidencia de que por lo menos algunos niños han tenido vidas anteriores está aumentando. Es imposible lograr una prueba absoluta en esta área, ya que no se puede controlar un medio ambiente, en la naturaleza de las cosas, que regule todas las otras fuentes potenciales de información, como los recuerdos de una vida pasada. Algunas veces se desechan estas historias, calificándolas de supercherías o confabulaciones, de influencias inconscientes de experiencias olvidadas, o como casos de telepatía. No obstante, estas historias constituyen una evidencia adicional.

Se conocieron casos similares en Tíbet antes de la invasión china. Se sostenía ampliamente que aquellos que se encontraban en un avanzado desarrollo en el Sendero podían escoger el lugar y el tiempo en el que nacerían. Algunos lamas -maestros espirituales tibetanos- indicaban, en su lecho de muerte, el tiempo y lugar de su siguiente nacimiento, y se mantenía cierta vigilancia para llevar a cabo un seguimiento de la realización de dichas predicciones. Se examinaban a los niños que nacían bajo las circunstancias apropiadas, para ver si éstos mostraban algunos de los signos que sugerían ser los de la reencarnación del lama. Generalmente ni a los padres ni al niño se les contaba de que se trataba, para así minimizar la posibilidad de fraude. Finalmente, y una vez que el niño era seleccionado como el candidato más probable, se le enseñaban varios utensilios que habían pertenecido al fallecido lama, mezclados con otras pertenencias similares. Parece ser que, en muchos casos, el niño no sólo reconocía los objetos del lama sino que además mostraba señales de reconocer a sus amigos anteriores, e incluso tenía intensos recuerdos de sus vidas pasadas. Una vez reconocido el niño como una reencarnación, se le entrenaba para continuar el trabajo de su vida anterior. Algunas veces se abusó de este procedimiento a causa del poder y prestigio que podía traer consigo el reconocimiento de la familia; y, algunas veces, no cabe duda, este procedimiento se realizó de forma supersticiosa e ingenua. Es muy poco probable que todos, o incluso la mayoría que han sido considerados la reencarnación de maestros anteriores, lo hayan sido realmente. Sin embargo, algunos de estos “tulkus” -lamas encarnados- eran bastante notables y su selección parece haber tenido lugar bajo estricto control científico.

Puede encontrarse evidencia adicional de apoyo acerca del renacimiento en ciertos casos de hipnosis y anestesia. Algunos practicantes de hipnoterapia han podido llevar a sus pacientes al momento de su nacimiento, y después a lo que se presenta como su vida pasada. A veces se han obtenido detalles acerca del pasado, que se han verificado independientemente y que el sujeto era poco probable que supiera en su vida presente. Bajo anestesia, mucha gente ha informado haber visto en retrospectiva su cuerpo a distancia, lo que parece indicar que la conciencia puede existir independientemente del cuerpo. Hay casos de personas que estaban muertas clínicamente y han regresado a la vida; es decir, en las que su corazón se había detenido, y su respiración había cesado temporalmente durante una cirugía. Estas personas también han informado la experiencia de haber estado fuera de su cuerpo y relatado experiencias más extrañas, muy similares a las que han contado personas que dicen recordar lo que les sucedió después de la muerte en su vida anterior.

La doctrina de que hemos nacido muchas veces nos puede ayudar a explicar varias cuestiones difíciles. Por ejemplo, algunos de los fenómenos del espiritismo parecen ser auténticos y pueden relatarse en términos similares. Veamos, un niño recién nacido no es solamente el resultado de factores hereditarios y el medio ambiente, sino la suma total del momento de la fuerza de la conciencia, al ser transportada desde una vida

anterior. La genialidad musical en la niñez de Mozart, Beethoven y Haendel son bastante conocidas, y existen muchos ejemplos de la manifestación de conocimiento y talento a una edad temprana en campos diferentes. El budista sostiene que dichos talentos fueron adquiridos y desarrollados en una vida previa.

Budismo y Renacimiento

Para el budista, la verdad acerca del renacimiento no encuentra apoyo en evidencias científicas. Tales evidencias son, por supuesto, interesantes, y pueden hacer que otros presten al Dharma una atención favorable; finalmente, la verdad de la teoría se encuentra basada en la experiencia. En primer lugar, se dice que es posible recordar las vidas pasadas y que esto constituye una marca del alcance de niveles superiores de desarrollo. Algunas prácticas de meditación están dirigidas, incluso, al específico desarrollo de esta habilidad; sin embargo, estas técnicas se usan muy poco. Una de éstas establece que, para comenzar, se requiere un poderoso estado de tranquilidad y concentración, y entonces, de una forma sistemática, se tiene que ir de regreso desde la experiencia presente en que nos sentamos a meditar, hasta el recuerdo del nacimiento y entonces, a las experiencias anteriores a éste, a la vida anterior. Sin embargo, para el Buda el recuerdo de vidas pasadas no fue sólo una proeza de la concentración prodigiosa, sino una derivación de la misma naturaleza de su mente Iluminada. Alcanzó una concienciación que fue más allá de la dualidad y el tiempo, y de esa manera tuvo acceso a cualquier punto en el tiempo. No es que haya recordado sus existencias pasadas, sino que las contemplaba directamente desde un punto de vista intemporal.

La verdad acerca de la teoría del renacimiento puede encontrarse también en los estados de meditación más altos. Ahí se experimenta la conciencia de una forma mucho más pura, que trasciende la experiencia física. Llega a estar claro que el cuerpo depende de la conciencia y no la conciencia del cuerpo. Uno se da cuenta de que no se puede destruir la conciencia, ya que es un poderoso flujo de energía no contenido únicamente dentro del período de una vida.

Muchos budistas no poseen la habilidad de recordar sus previas vidas, ni tampoco han experimentado esos elevados estados de conciencia, donde vemos que la conciencia trasciende el cuerpo. Su creencia en el renacimiento está basada, no en evidencia directa propia sino, por el momento, en el respeto que sienten por otros. Tienen fe en el Buda y en la tradición budista, en sus maestros espirituales y amigos. Al igual que creemos en la existencia de países que nunca hemos visitado, basados en lo que nos han contado aquellos que hallamos dignos de crédito en otras cuestiones, así ponemos nuestra fe razonada en quienes consideramos que podemos confiar en un plano espiritual. De ninguna forma se trata de una fe ciega, supersticiosa o incuestionable; es tan sólo provisional, hasta que la experiencia más adelante la confirme o refute.

A pesar de que algunos budistas racionalistas modernos han tratado de rechazar la enseñanza del Buda con respecto al renacimiento, para hacer que el Dharma se ajuste a los enfoques “científicos” modernos, dicha teoría es una parte integral del budismo. No se puede realmente ser budista a menos de que se tenga fe en ella. Esto no significa que aquellos que no sean capaces de darle crédito no podrán desarrollarse como individuos, o que no podrán hacer un buen uso de la enseñanza y prácticas budistas. Pero debido a que su perspectiva de la existencia se encuentra limitada al período entre un único nacimiento y la muerte, y debido a que su concepción de la conciencia es esencialmente materialista, desde un punto de vista budista su desarrollo se encontrará restringido. No obstante un poco de desarrollo es mejor que nada y, en tanto que esta persona mantenga una mente abierta, la experiencia de niveles de conciencia superiores probablemente le convencerán de que la conciencia es capaz de trascender el cuerpo físico, y que, por lo tanto, el renacimiento es posible. El escepticismo que surge de un intelecto honesto de ninguna manera representa una barrera para el crecimiento. Sólo el dogmatismo rígido y el obstinado criterio cerrado son barreras constantes para la verdad.

El principio del renacimiento tiene aplicación fuera del circuito del nacimiento y la muerte. El llegar a ser y fallecer es el destino de todas las cosas condicionadas. El pase de todo fenómeno da surgimiento a uno nuevo en dependencia de éste mismo. Esto es tan cierto en el plano psicológico como lo es en el natural. Igual que las flores y los árboles, nuestro cuerpo muere con la finalidad de renacer en sustancias y organismos nuevos; así nuestros pensamientos y sentimientos surgen y decaen en una secuencia sin fin. En este sentido, nacemos momento a momento, siendo recreados por nuestro propio pasado. Aquellos que no pueden aceptar provisionalmente las enseñanzas del renacimiento, con su aplicación para la vida humana, podrían verlo en una forma simbólica, como un principio básico de todos los fenómenos. Mi propio maestro les ha dicho a escépticos: “¡Aquellos que se dicen budistas pero que no creen que renacerán, tendrán que asegurarse de alcanzar la Iluminación en esta vida!”

Un tiempo sin límites y un espacio sin medida forman los antecedentes de la visión budista de la existencia humana. La conciencia del yo se desliza en un poderoso flujo de la voluntad, construyendo cuerpos para sí misma, y mundos que expresan más apropiadamente su naturaleza propia. Si es de carácter nocivo, formará vidas de dolor y frustración. Si es sano ascenderá la escalera de la Evolución Superior. Puede recorrer el Sendero durante incontables eones, emergiendo lentamente, vida a vida, o puede ser que con dotes excepcionales y esfuerzo prodigioso, pase de la autoconciencia a la conciencia Transcendental en una sola vida.

Ética

Es contra estas vastas perspectivas que ahora tenemos que considerar la ética budista, ya que si actuamos de una manera perspicaz o torpe, eso determinará nuestros renacimientos futuros, en dependencia de la ley del karma. Dentro de la cristalización de la conciencia del yo, nuestro nuevo sentido correspondiente de lo que debemos hacer o no está conectado con el hecho de que advirtamos que nuestras acciones tienen un efecto en nosotros mismos y en los otros. Cuando vemos que nuestros estados mentales nocivos dan surgimiento a algo más desagradable nos empezamos a dar cuenta, a través de la ley del karma, del efecto que esto tiene en nosotros. Si consentimos la ocurrencia de estados negativos nos empezaremos a sentir peor, y puede que la consecuencia sea que nos enfrentemos con dificultades y obstáculos mayores. Por el contrario, cuando actuamos a partir de estados saludables positivos, encontramos que nos sentimos más claros y más felices, y de que la vida fluye más afablemente. Cuanto más saludables sean nuestros estados mentales, más felices seremos. Al principio las cosas no parecerán así de simples como esto, ya que podemos cargar influencias kármicas malas desde el pasado, que todavía se encuentran operando en nuestras vidas y nos dificultan ver la ecuación entre nuestras acciones y sus consecuencias. Para mucha gente, en los estadios más tempranos de su vida espiritual, esto puede parecer un proceso de purgación de hábitos y corrientes mentales del pasado, que continúan afectándola aún cuando ya no sigue comportándose de la manera anterior. En el presente, las actividades más sanas ayudan a contrarrestar esas tendencias pasadas, y puede que pase algo de tiempo antes de que maduren los beneficios directos. En algunos casos puede ser que las torpes voliciones anteriores no permitan que fructifiquen las acciones presentes en esta vida, si el proceso de purgación no es lo suficientemente profundo. Se dice que nuestra actividad perspicaz produce méritos; almacena un buen abastecimiento de karma potencial positivo, que experimentaremos en el futuro -en un renacimiento futuro incluso-. Al producir méritos, reunimos las condiciones que nos ayudarán a alcanzar un crecimiento futuro: salud, bienestar y buenaventura.

Es posible que nuestro primer interés con respecto a la moralidad sea un interés personal, sin embargo la ética budista alcanza niveles más avanzados que el egoísmo inteligente. Al empezar a desarrollar una sensibilidad natural hacia otros, ésta empezará a guiar nuestras acciones. El individuo maduro es capaz de empatizar con el ser de otros, y es capaz de interesarse y sentir metta por éstos. Cuando ellos sufren, siente compasión y trata de hacer todo lo que está en su poder para aliviar dicho dolor. Cuando éstos son felices, se regocija en sus alegrías; va más allá de un amplio interés en su propia familia, nación o grupo social, y experimenta sentimientos positivos intensos por cualquier otro ser. Sus acciones encuentran una motivación sana de metta y generosidad. Es incapaz de hacer daño a nadie, y trata de prestar ayuda en todo lo que puede. Por lo que podemos decir que la vida ética está basada en la modalidad del amor.

Nuestra vida ética puede empezar como un intento consciente por cultivar mejores estados mentales para nosotros mismos, pero debe florecer en un sentido natural de lo que es perspicaz o torpe, basados en nuestra empatía con los otros. Este sentido ético natural es lo que se podría llamar la buena conciencia. Sin embargo no lo es en el sentido de un superego freudiano o una autoridad internalizada que nos ordena lo que debemos o no debemos hacer. Más bien está constituida por los escrúpulos de la concienciación propia y de metta, así como la resonancia de uno con todo lo que vive.

La moralidad budista no es de carácter autoritario; no proviene de un Dios que ha escrito en tablas lo que se debe hacer o no, ni tampoco es una moralidad concebida de acuerdo a la ley. La ética verdadera no puede ser reducida a un sistema de reglas, ya que una acción no es la que determina su estatus ético, sino la intención de la que proviene. Como hemos visto, aquellas acciones realizadas a partir de voliciones nocivas, con sus raíces en la avidez, el odio y la ignorancia, son denominadas torpes, y aquellas que surgen de los estados mentales saludables de la generosidad, el amor y la concienciación se llaman perspicaces. Si se dice que un acto se ha realizado perspicazmente, esto implica que se ha hecho con inteligencia y cuidado, con una especie de habilidad ética, o, usando una metáfora, puede compararse con la pericia de un artesano al diseñar sus piezas. Queda claro que el actuar de un modo perspicaz no significa seguir una serie de reglas, sino que tenemos que madurar una sensibilidad hacia los demás y desarrollar sentimientos positivos para con ellos, así como estar conscientes de cuáles son las posibles consecuencias de nuestras acciones. Es sólo de esta manera que estaremos en una posición en la que podremos actuar de un modo perspicaz, para beneficio propio y de los demás.

Los Preceptos

Mientras que todavía estemos aprendiendo a actuar de modo perspicaz, es difícil mantener una suficiente atención mental que nos ayude a considerar todo el tiempo las consecuencias de nuestros actos, así como los sentimientos y las necesidades de los demás. Necesitamos algún tipo de guía con la que podamos comparar nuestra conducta. Los preceptos nos proporcionan esta guía, debido a que perfilan el tipo de conducta de alguien, quien al haber desarrollado un sentido ético natural y espontáneo no es capaz ni siquiera de considerar acciones hostiles o egoístas, que estropearían su solidaridad perfecta con todo tipo de vida. Los Budas son los únicos seres cuyas acciones son totalmente perspicaces, debido a que han erradicado de su mente hasta el menor rastro proveniente de la Rueda. Los preceptos perfilan lo que no harían los Budas, y son para nosotros un modelo o un ideal, con el que podemos comparar nuestra conducta. En este punto todavía nos encontramos motivados a actuar de forma torpe, pero queremos desarrollar formas perspicaces. Los preceptos actúan como una especie de continua revisión de nuestros actos y como recordatorio de lo que es realmente perspicaz. Nosotros tomamos los preceptos como principios de adiestramiento en la ética:

- 1) Me comprometo, como principio de práctica, a no hacer daño a seres vivientes.*
- 2) Me comprometo, como principio de práctica, a no tomar lo que no ha sido dado libremente.*
- 3) Me comprometo, como principio de práctica, a no tener una conducta sexual dañina.*
- 4) Me comprometo, como principio de práctica, a no hablar con falsedad.*
- 5) Me comprometo, como principio de práctica, a no tomar sustancias que omnubilen la mente.*

Al ser de carácter negativo, también existe una serie de cinco preceptos positivos para mostrar que la ética no consiste únicamente de abstenerse de hacer algo incorrecto. Así, la siguiente lista corresponde a cada uno de la serie anterior:

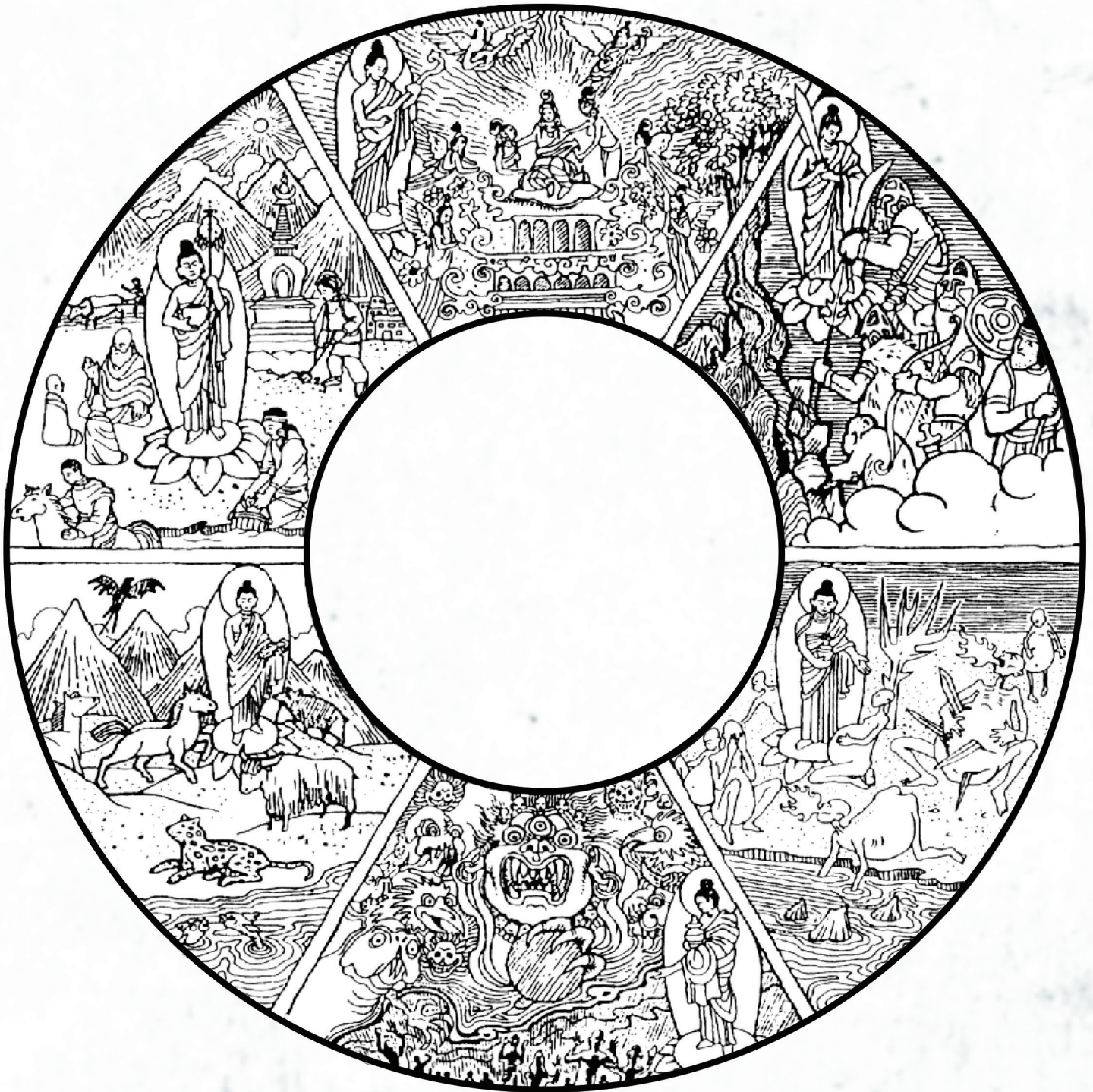
- 1) Con acciones de amor y bondad, purifico mi cuerpo.*
- 2) Con generosidad sin límite, purifico mi cuerpo.*
- 3) Con tranquilidad, sencillez y contento, purifico mi cuerpo.*
- 4) Con comunicación veraz, purifico mi habla.*
- 5) Con conciencia clara y lúcida, purifico mi mente.*

Los dos primeros preceptos incitan la supresión de la violencia hacia cualquier ser viviente y exhortan el desarrollo de metta. Esto constituye la base de los demás preceptos, debido a que la vida ética se encuentra edificada en el funcionamiento basado en el amor. Sus implicaciones tienen alcances lejanos, regulando cualquier forma de violencia, coerción, manipulación o explotación. Cualquier budista serio incluye el vegetarianismo dentro de esto, y descarta las profesiones que involucren la matanza o el maltrato de animales y, por supuesto, de seres humanos. Si aceptamos este precepto en su total profundidad, significa que deberemos evitar por completo funcionar basados en la fuerza, así como el desarraigo de la avidéz, el odio y la ignorancia. Significará vivir en armonía con todos los seres vivos, yendo más allá de todos nuestros intereses egoístas de una vez por todas. Los preceptos restantes establecen, en mayor detalle, las implicaciones del vivir en base a la modalidad del amor. El no tomar de otros lo que no nos pertenece, el no abusar de ellos sexualmente, o el no mentirles, ya que esto sería actuar violentamente hacia ellos, sería negar su yo. El último precepto es más específico y nos previene contra la pérdida de la claridad mental por medio de la embriaguez, ya que al embriagarnos retrocedemos a un estado de conciencia inferior, en el que es más probable que actuemos sin darnos cuenta de lo que estamos haciendo, y dejemos de funcionar basados en el amor.

Los preceptos sirven de auxilio para el cultivo de un sentido moral natural. El mejor medio para desarrollar una conducta más perspicaz es asociarse con gente cuya forma de vida y acciones son perspicaces; a través de la compañía de éstos nos embeberemos de un mayor sentido moral. Cuando sentimos respeto y amistad por esta gente, los tomamos como ejemplo de lo que es perspicaz, en tanto que madura nuestra conciencia. Sentiremos que no queremos decepcionados actuando mal ... no es que sintamos miedo de ser castigados, sino que es tal el respeto que sentimos por éstos, que no queremos perder importancia ante sus ojos. Es como si ellos se convirtieran en los guardianes del idealismo y el surgimiento de nuestra conciencia nueva, por lo que nuestra dignidad no nos permitirá actuar de una forma indigna.

Este segundo círculo de la Rueda de la Vida nos muestra la forma en que la ética determina nuestra experiencia futura, bajo la ley del karma. Los principios esenciales del Dharma están concentrados aquí, en términos de la moralidad. De alguna manera todo lo que necesitamos saber se encuentra aquí, o sea que tenemos que desarrollar estados mentales sanos que nos ayuden a elevarnos cada vez más alto, en el ascenso de la Espiral del desarrollo espiritual.

LOS SEIS MUNDOS DE LA RUEDA DE LA VIDA



LOS SEIS MUNDOS DE LA RUEDA DE LA VIDA

El tercer círculo de la Rueda de la Vida, entre el círculo del karma y el de los doce eslabones, muestra los seis mundos de la existencia condicionada. Los cinco mundos inferiores de los seres en los infiernos, los espectros hambrientos, los animales, los titanes y los humanos, estos cinco mundos se encuentran contenidos en la esfera del deseo sensual. El sexto mundo, el mundo de los dioses, se encuentra estratificado por muchas capas, las cuales se extienden desde el punto más alto de la esfera sensual a través de la esfera de la forma arquetípica y culmina en la esfera que va más allá de la forma. Cada una de las tres esferas contiene un número de subesferas, de tal manera que la existencia, como un todo, se encuentra constituida de muchos mundos diferentes, de los que las seis esferas son los tipos genéricos. Estos mundos no se encuentran distribuidos espacialmente -aunque se dice que existen muchos otros sistemas mundiales en todas las regiones del espacio, aparte del nuestro (un sistema mundial es una especie de “isla del universo”, constituido por todo tipo de planos y subplanos diferentes, desde los infiernos al cielo más elevado)-. Además, no sería posible alcanzar otros planos dentro de nuestro sistema mundial en una nave espacial por sofisticada que ésta fuera, ya que los mundos, en el sentido de planos, existen en dimensiones diferentes. El acceso a éstos tan sólo puede lograrse por medio de una modificación de la conciencia.

Un mundo es el equivalente objetivo de yo. Al cristalizar nuestra individualidad, desde el campo que infiere de la conciencia de los sentidos, dividimos al yo del resto. El resto es el mundo; es lo que se experimenta, en tanto que el yo es el que lo experimenta. El mundo es todo aquello “allí afuera”, y el yo es todo lo que está “aquí adentro”. La naturaleza del sujeto perceptor determina la naturaleza del objeto percibido. En primer lugar, la percepción efectiva que tenemos del mundo apreciable es una interpretación de los datos en bruto de las impresiones sensoriales. Nosotros detectamos formas y colores, y las montamos en los objetos visibles basándonos en nuestras experiencias pasadas de tipo similar, así como de lo que hemos aprendido de la cultura en que hemos crecido. Nuestros prejuicios y predilecciones propias, al igual que nuestros intereses y puntos de vista, modifican nuestras interpretaciones y, por lo tanto, el mundo que percibimos. No es tan sólo lo que hacemos con los datos de la experiencia sensorial lo que está determinado por el tipo de conciencia que tenemos, también lo son las impresiones mismas. Nuestras propias actividades volitivas establecen el tipo de campo experiencial que encontraremos. Nuestro patrón kármico atrae hacia sí mismo impresiones del mismo tipo. Nuestra propia personalidad nos lleva a renacer en un mundo que corresponde a éste.

Este concepto de realidad, el que cuenta con muchas dimensiones que dan acceso a estados de conciencia cambiantes, puede sonar poco familiar; sin embargo es algo común, en el sentido de que hay grandes diferencias en la forma en que la gente percibe al mundo. El clima y la geografía, la estructura político-económica, la historia, la cultura y el lenguaje, incluso los factores genéricos pueden señalar las perspectivas de las diferentes naciones y gentes hasta el grado de determinar, de hecho, que viven en mundos diferentes. Incluso, dentro de un mismo país, hablamos de mundos: del submundo, del mundo del teatro, el mundo de las altas finanzas, etcétera. Las personas de estos mundos diferentes, algunas veces, no llegan a entenderse en lo absoluto unas a otras. Una vez más, la gente cuenta con disposiciones y temperamentos muy distintos, y ve su ambiente de maneras bastante diferentes. En este sentido, cada uno de nosotros es único, con una experiencia, historia y puntos de vista propios. Se podría decir que cada uno de nosotros tiene un mundo propio, a pesar de que los mundos que ocupa la gente pueden superponerse.

Aún en la vida de un solo individuo, los estados mentales que se pueden experimentar son tan diferentes entre sí, que lo que se percibe puede equivaler a mundos diferentes. Las fluctuaciones del estado de ánimo pueden alterar la apariencia de las cosas en un grado sumo, a pesar de que haya un hilo común lo suficientemente fuerte para ir a través de todos ellos, de tal manera que no llegamos a pensar que pertenecen

a mundos diferentes. No obstante, en el momento de una experiencia muy intensa como, por ejemplo, bajo cierta inspiración poética o cuando estamos profundamente impresionados por el arte, la naturaleza o la comunicación humana, decimos que hemos sido transportados o elevados, y vemos al mundo transfigurado o renovado. Algunas veces, la diferencia entre dichos momentos y la conciencia normal puede ser tan grande, que la gente dice haber habitado un mundo diferente. Sin duda, en el otro lado de la escala, los momentos de depresión y desesperación pueden, de igual manera, transportarnos, pero esta vez al infierno. Algunas personas poseen una mayor fluidez en la conciencia que otras y están bendecidas (o quizás, en ocasiones maldecidas) con una facilidad para deslizarse a mundos proféticos o visionarios muy diferentes. Experiencias inducidas por una droga, las cuales frecuentemente resultan bastante dañinas, son una ilustración adicional del acceso de la conciencia a formas de ver las cosas de una forma radicalmente diferente. Las experiencias de cualquiera de estos tipos -extática, profética o psicodélica- no son extrañas y mucha gente reconocerá, ya sea en su experiencia propia o a través de las de otras personas, que la gama de estados mentales posibles es mucho más extensa de lo que normalmente pensamos.

Quizás un gran número de personas no se encuentran familiarizadas con los estados visionarios o de inspiración, a un nivel profundo. Sin embargo, existe un estado, el cual todos habitamos regularmente, que nos conduce a otros mundos: el mundo de los sueños. A pesar de que los sueños generalmente se encuentran reunidos, si no es que siempre, en los datos de la vida despierta, el mundo de los sueños obedece a la lógica propia del sueño. Frecuentemente calificamos nuestros sueños como irrelevantes, como un sistema de archivo mental que es mejor dejarlo a solas, o los consideramos como proveedores de mensajes con respecto a nuestro funcionamiento inconsciente, el cual, si los decodificásemos, nos beneficiaría en nuestra vida diaria. Nos identificamos casi por completo con nuestro estado de vigilia y si acaso le damos un valor a los sueños, éste es en relación al primero. En tanto que es una verdad indudable que los sueños cumplen la función de acomodar las experiencias ocurridas durante el día, y de que es posible que puedan ayudarnos a entendernos mejor, estaremos seriamente menospreciando a los sueños si eso es todo lo que hacemos con ellos. El mundo de los sueños no es menos real que el estado de vigilia, y se le debe disfrutar y valorar como tal. Los mundos a los que somos transportados en el sueño están tan “allá afuera” como el mundo que ahora nos rodea, a pesar de que en un instante pueden cambiar o ser dos cosas contradictorias al mismo tiempo. Aun en esas ocasiones en que estamos conscientes del sueño que estamos teniendo, todas nuestras impresiones son tan lógicas y convincentes como lo son las sensaciones de la vida despierta. Desde el punto de vista de nuestra experiencia propia en cada mundo, no podemos decir que un mundo es más real que otro. Generalmente, estamos totalmente convencidos del mundo onírico mientras permanecemos en éste, y es más tarde que, con un prejuicioso punto de vista, lo relegamos al estatus de subproducto psicológico.

Este es, por tanto, el discurso del budismo que nos dice que las modificaciones en nuestra conciencia nos da acceso a mundos diferentes, que son tantos como las posibles variaciones de la conciencia. Algunos de ellos difieren mucho más radicalmente de la conciencia humana normal que cualquiera de los mundos de la inspiración, la depresión o los sueños. Todos ellos son, no obstante, realidades objetivas, experimentadas como algo “allí afuera”, ya que un mundo es simplemente cualquier cosa que experimentemos. A pesar de que cada mundo es igualmente real para aquellos que lo habitan, los mundos están ordenados jerárquicamente conforme al refinamiento de la conciencia que éstos reflejan. Cuanto más elevado sea el estado de conciencia, el mundo será más puro y hermoso. En tanto que los mundos superiores son refracciones más sutiles de la dicotomía sujeto-objeto, éstos se encuentran más cerca de la naturaleza última de las cosas.

Estos mundos diversos se encuentran habitados por aquellos cuyos patrones volitivos son correspondientes. El campo elevado de los dioses de la esfera de la forma arquetípica y de la que va más allá de la forma puede ser visitado, además, por aquellos que practican la meditación a un nivel profundo, debido a que los estados de conciencia de que gozan en la meditación corresponden a esos mundos. Hasta después del momento de la muerte física, sin embargo, siempre regresarán a su estado humano. Ciertos individuos altamente dotados, como Maudgalyayana, de quien ya hemos hablado, tienen acceso a todos los planos diferentes y pueden visitar a voluntad cualquiera de los mundos.

No todos los mundos funcionan de acuerdo con las mismas leyes. En los sueños, por ejemplo, lo que percibimos es mucho más maleable y el medio ambiente, así como la secuencia de los eventos, puede cambiar con extremada rapidez. De manera similar en el cuerpo hecho de la mente, entre la muerte y el renacimiento, lo que experimentamos cambia a la velocidad del pensamiento. En otros mundos, como el nuestro propio, existe una mayor estabilidad en lo que percibimos y el centro de la experiencia persiste, a pesar de nuestras propias funciones mentales. Podríamos decir que algunos mundos tienen un contenido objetivo más estable y que otros mundos se perciben como influidos más inmediatamente por factores subjetivos. Así que, en algunos mundos el nacimiento tiene lugar por medio del parto, mientras que en otros aparecemos instantáneamente,

completamente maduros, por medio de un proceso conocido como “nacimiento aparicional”, de la misma manera que en un sueño simplemente nos hallamos allí. Ya sea que estos mundos estén contruidos de un proceso más estable y cohesivo o que estén cercanamente influidos por alteraciones subjetivas del estado de ánimo y la perspectiva, de cualquier manera, todos ellos representan mundos diferentes.

Un mundo es el campo de la experiencia del sujeto. No obstante, un mundo contiene generalmente a otros seres, los que son, a su vez, quienes lo experimentan. Existen mundos de la experiencia común que están habitados por aquellos que comparten patrones volitivos similares. Los mundos personales de cada cual son idénticos (la identidad del objeto implicaría la identidad del sujeto), pero se intersepan en mayor o menor grado. Quizás esto nos proporciona el significado más útil de la palabra “mundo”; así, lo podríamos definir como el área de la coincidencia de la experiencia de dos o más sujetos que lo perciben. En el grado que compartimos un mundo con otros seres, en el que nuestra experiencia personal superpone la de ellos, es que podemos interactuar con éstos. El hecho de que existen otros seres dentro de nuestro mundo, con quienes podemos interactuar, ayuda a reforzar la solidez de nuestro mundo. Somos educados para ver las cosas de una manera particular al comunicarnos con otros. Los habitantes de cada mundo poseen cuerpos que son la manifestación apropiada de su conciencia. En unos, los cuerpos son sólidos y pesados, tan estables como los objetos a su alrededor. En otros, éstos no están hechos de una materia sólida pero consisten de una sutil sustancia luminosa. En los infiernos el cuerpo es indestructible, hasta que la fuerza entera del patrón kármico que los mantiene en el ser se consume, sin embargo el cuerpo está sujeto a una destrucción y desmembramiento continuos.

Esta visión budista de un universo con múltiples capas no es una que se ajuste fácilmente con las opiniones modernas. No obstante, muchas otras culturas cuentan con tradiciones concernientes a seres que no son humanos, frecuentemente con sistemas de clasificación bastante elaborados. Si aceptamos las dos premisas, de que la conciencia sobrevive después de la muerte y de que el mundo es el equivalente de la conciencia, es fácil ver que tiene que haber muchos otros mundos, sobre todo cuando consideramos el grado en el que los estados mentales de la gente varían de persona a persona. Pueden ofrecerse muy pocas pruebas convincentes para la existencia de estos mundos, más allá del testimonio de aquellos que declaran haber explorado la realidad en sus diversas alturas y profundidades. Para los que no puedan suspender su incredulidad, y a pesar de que no serán capaces de apreciar la total extensión de la visión budista, hay un principio subyacente a esta enseñanza que es igualmente relevante al mundo humano de nuestra experiencia común. Diferentes personas se encuentran en estados mentales muy diferentes, y lo que ven es en alto grado una proyección de su propia mente y no algo inherente en los objetos percibidos. En un sentido más restringido, se puede decir que hay diferentes mundos, los que corresponden con los diferentes estados psicológicos. Las seis esferas que estaremos examinando ahora se pueden entender, ya sea como dimensiones objetivas de la experiencia en la que literalmente podríamos renacer, o como símbolos para los estados psicológicos que los seres humanos experimentan.

El concepto de proyección puede ayudarnos a entender mejor los seis mundos. La proyección es el mecanismo psicológico por medio del cual atribuimos a nuestro mundo circundante y a otras personas sentimientos y pensamientos que son los nuestros propios; depositamos en el mundo lo que, de hecho, se encuentra en nosotros. En casos extremos de disturbios mentales, por ejemplo, el mundo está tan sobrecargado de contenido subjetivo proyectado que se convierte en un mundo totalmente diferente al que otros ocupan. La escena más inocente puede llenarse con demonios horribles y espantosos peligros, en el que un saludo amistoso puede contener una amenaza oculta. A pesar de que la proyección es un aspecto común en la mayoría de las personas, no vemos lo que nuestros sentidos nos presentan, sino aspectos de nosotros mismos. En ninguna otra parte esto es más evidente que en nuestras relaciones con las demás personas. Les atribuimos nuestros propios motivos, o vemos en ellas cualidades altamente idealizadas que no poseen realmente. Dado que en nuestro mundo humano el elemento objetivo es relativamente estable, es más fácil tolerarlo que discernir la discrepancia entre la proyección y la realidad, aunque es cierto que no siempre hacemos eso. Existen otros mundos, de acuerdo a la enseñanza budista, sin embargo, donde el objetivo contenido está determinado más directamente por el estado subjetivo. Somos capaces, por así decirlo, de dar rienda suelta a la alucinación en la que vivimos e interactuamos con otros seres que tienen una alucinación correspondiente.

La condicionalidad kármica en sí misma es un proceso de proyección, puesto que estamos creando constantemente un mundo para nosotros mismos, que viene a ser la proyección de nuestras propias voliciones. En primer lugar, proyectamos al interpretar los datos de nuestras impresiones sensoriales en términos de nuestros propios estados mentales, y al fracasar en distinguir apropiadamente al sujeto del objeto. Una persona con una mente dominada por el miedo, ve a un inocente extraño como una amenaza hacia su persona. Un timador supone que todos los demás están tratando de engañarle. Una variante de este tipo de proyección se encuentra en los casos en que las personas reprimen una serie de fuertes sentimientos que, por una razón u otra, no pueden admitir para sí mismos. Como esos sentimientos son energía, la cual tiene que hallar alguna

expresión, la atribuyen a otras personas para sentirse libres de reprobar con severidad que dichas personas manifiesten esos sentimientos. La mayoría de las personas tienen en su personalidad un lado oscuro que está constituido por todos aquellos aspectos que no aprueban o de los que tienen miedo. Esta “sombra”, como la llama el psicólogo C. G. Jung, la proyectamos o atribuimos a los demás.

El segundo tipo de proyección no surge a través de la proyección de nuestras cualidades negativas, reales o imaginadas, sino a través de nuestro propio potencial que todavía no hemos realizado. Cuando la concienciación del yo se diferencia primeramente de sus alrededores, lo hace en una forma cruda y rígida; el ego resultante es estrecho y desproporcionado, ya que sólo contiene algunos aspectos de la individualidad. Lo que nosotros concebimos como nosotros mismos, no es más que una pequeña porción de la energía total posible de la personalidad. Esos aspectos de una individualidad madura, que todavía no surgen a la luz total de la conciencia, se proyectan a otros en una forma idealizada. De esta manera, si carecemos de confianza personal, veremos a otros como fuentes de aliento y seguridad; si hemos desarrollado el intelecto a expensas de las emociones, entonces veremos en alguien más la calidez y la espontaneidad de que carecemos. Este tipo de proyección ocurre frecuentemente en las relaciones de pareja, cuando “nos enamoramos”. También está presente en el culto a los héroes, donde el objeto de la proyección -un campeón deportivo, una estrella de cine, incluso una figura política- es visto como si poseyera características casi sobrehumanas. Estas son realmente cualidades latentes que aquellos que las proyectan podrían realizar en sí mismos si llegaran a estar plenamente conscientes de sí mismos. Este tipo de proyección es el resultado del aislamiento de las diferentes energías que conforman a la personalidad íntegra. El cultivo de un ego maduro es la primera tarea en la Evolución Superior y tiene que superarse este aislamiento por medio de lo que se conoce como la integración horizontal: la unión de todas las energías de la personalidad madura en la conciencia. Y sólo cuando hemos resuelto estas proyecciones, y cuando las hemos integrado dentro de la conciencia, podemos decir que somos seres humanos en un sentido pleno y verdadero.

La proyección de las cualidades internas va más allá del plano horizontal, ya que la conciencia rudimentaria del yo no está únicamente aislada de las características de la individualidad plena, sino además de la entera gama de la conciencia, hasta la concienciación Transcendental, incluyendo a esta última. La conciencia del yo contiene a la conciencia Transcendental en la forma del deseo apremiante por alcanzar niveles superiores. Las cualidades espiritual y transcendental latentes también se manifiestan con la proyección, aunque ahora ésta será de tipo vertical. El Sendero Espiritual entero conduce a la Budeidad, y se podría ver como el proceso de integración vertical de nuestro potencial superior en proyección.

La proyección, con frecuencia, tiene consecuencias desafortunadas, pero podemos proporcionarnos el medio por el que contactaremos o integraremos aquellas cualidades que no hemos realizado en nuestra persona. Mientras están inconscientes no tenemos ningún conocimiento de éstas, pero si llegamos a reconocer nuestras proyecciones como tales, entonces éstas pasarán a ser conscientes aunque todavía nos encontremos separados de ellas. Entonces es posible apartar la proyección gradualmente y llevarla de regreso hacia nosotros mismos. Generalmente fracasamos en darnos cuenta que estamos proyectando y permanecemos enredados con el objeto. Cuando el objeto es una persona, a menudo surgen problemas, ya que ésta tendrá planes y propósitos propios. Puede ser que nos sintamos débiles e impotentes, por ejemplo, y que por lo tanto proyectemos nuestro propio poder potencial en una figura de autoridad, pero ésta podría abusar de la confianza que le hemos brindado.

Si hemos de tomar ventaja de la proyección, como un medio por el que podamos recapturar cualidades de las que nos encontramos aislados, entonces debemos ser cuidadosos de no permitir que nuestra proyección llegue a estancarse en eventos reales. De otra manera, puede ser que encontremos, incluso al apartar la proyección, que estamos atrapados en sus consecuencias, nos guste o no. El arte con frecuencia ha proporcionado un espacio de tipo neutral donde pueden expresarse plenamente las pasiones, sin tener el riesgo de perderse en la maraña. El artista usa su medio para dar forma entera a las cualidades ideales que siente dentro de sí. Y al darles expresión se convierten en partes de su propio ser. El budismo proporciona varios medios para la proyección vertical de las cualidades en nuestra persona, destacando la veneración a la imagen del Buda, que es una representación de nuestra propia naturaleza Transcendental. Si dicho proceso no toma lugar, no hay nada con lo que se pueda ocupar la fuerza plena de nuestras emociones y nuestro desarrollo será un ideal abstracto y exangüe, sin un fervor al cual nutrir.

Ahora examinaremos, uno por uno, los seis mundos y los seres que los habitan. Empezaremos en este capítulo con los desdichados lugares del nacimiento, donde predomina el sufrimiento. Estos son la proyección de una conciencia inmadura dominada por la avidez, el odio y la ignorancia. Desde un punto de vista evolutivo representan los callejones que una mente enferma y distorsionada puede visitar, produciendo para sí la realización concreta de su propia naturaleza.

El Mundo Infernal

Algunas pinturas del infierno, en la tradición budista, muestran ciertas similitudes con las del infierno cristiano de la Edad Media y los posmundos dolorosos de muchas otras culturas. Se muestra como un lugar de dolor y tormento intensos, donde se somete a sus víctimas a las torturas más penosas, las cuales son infligidas y presididas por demonios. Todo este mundo está lleno de llamas, por lo que es insoportablemente caliente, aunque abajo hay regiones que alcanzan un frío amargo que produce los peores sufrimientos. El infierno consiste de subplanos, y cada uno se especializa en un tipo particular de sufrimiento adecuado para cierto tipo de acción torpe. En el budismo popular, estos subplanos se describen con frecuencia con lujo de detalle. Hay, por ejemplo, el infierno de la inmundicia, en el que se revuelcan en el lodo los corruptores de inocentes, mientras que son devorados por monstruosos gusanos. Los torturadores y asesinos son atravesados con un pincho para ser asados, y sus intestinos son picoteados por pájaros con picos de acero. Quizá debemos tener cuidado del literalismo de dichas historias, las que algunas veces no se concretan a nada más que una burda superstición. A pesar de que el budismo nunca ha descendido a la predicción de las llamas del infierno, algunas veces se ha dibujado la imagen en gran detalle. Dicho énfasis puede tener un efecto saludable, haciendo que alguna gente considere las consecuencias de sus acciones más cuidadosamente, sin embargo tan sólo puede inducir sentimientos de culpa y temor irracionales. En tanto que para el budismo la existencia de estados infernales es un hecho evidente e inevitable, nunca usa la imagen para manipular o inducir estados mentales nocivos de lobrete, pesimismo y desesperación, que afectan a mucha de la gente que ha sido educada bajo la influencia de la Iglesia, donde se enfatiza detalladamente la existencia del infierno, aun entre los más jóvenes. Un sentido moral genuino proviene de la confianza en uno mismo y de la madurez, no del miedo. El infierno probablemente no es tan metódico como frecuentemente se presenta en la tradición budista, con un tormento particular que se asigna a cada acción torpe. No debemos tomar las representaciones tradicionales de una forma demasiado literal. Los rasgos básicos del infierno, son el sufrimiento constante y el dolor inexorable, impuesto por seres furiosos y vengativos. Este tipo de experiencia se puede encontrar incluso en la tierra, hay gente que ve el mundo de esta manera habitualmente. Todos los que se encuentran a su alrededor parecen estar tratando de hacerles una mala pasada y se sienten constantemente amenazados. Su motivación primaria es la de eliminar o evadir esta amenaza, y están en un estado de enemistad, ya sea abierta o cubierta, con casi todas las personas que conocen. Sufren agonías de inseguridad y sienten el dolor y la humillación de todo agravio, leve o imaginado. Ven este tormento como si les fuese impuesto por sus enemigos, quienes, ellos sienten, están tratando de menospreciarlos constantemente. En muchos casos, debido a la forma en que se comportan con otros, llevan a la existencia los enemigos que, inicialmente, eran tan sólo imaginarios. Dichas personas están dominadas por las raíces del estado mental del odio y ven al mundo entero a través del velo de sus sentimientos proyectados. Viven en un infierno terrenal y hacen un lugar de tormento para sí mismos en cada situación en la que se encuentran. El infierno de la Rueda de la Vida no es más que el mismo estado mental que se manifiesta en todos sus dolorosos detalles después de la muerte. Sin duda, el infierno ha sido modernizado para ajustarse a las mentes más sofisticadas, aunque éste todavía será un mundo de tormento, que representará la objetivización de una mente llena de odio.

Ya hemos visto que el odio es el intento por asegurar la identidad del yo por medio de la exclusión de esos objetos que se consideran como amenazadores. El odio humano es bastante diferente a la agresión de un animal. Cuando un animal le hace daño a alguien, lo hace para preservar su supervivencia inmediata y esto no puede considerarse odio. El odio es alimentado por la imaginación y el deseo de causarle dolor y sufrimiento a otra persona, incluso de destruirla, porque representa un amenaza para nuestra persona, que no es tan sólo física, sino que toca las raíces de nuestro sentido del yo. Ya sea que en efecto nos hayan hecho algo, o que tan sólo nos imaginemos que nos lo han hecho, sentimos que todo nuestro ser se debilita. De la única manera que podemos reafirmar nuestra identidad propia es tomando represalias. Puede que empecemos experimentando cierto resentimiento hacia algo, a causa de incidentes particulares, pero tarde o temprano se puede desarrollar una actitud de odio permanente. El desquite acerca de dichos incidentes ya no es suficiente. Independientemente de lo que esa persona haga o diga, sentimos que nos gustaría verla sufrir, y puede ser que hasta estemos preparados para causarle dolor.

En algunos casos el odio se convierte en un estado de ánimo habitual, como si la persona llevase en sí misma una carga permanente de resentimientos almacenados que fueron reprimidos en el pasado. Al no expresarlos en los eventos particulares, se convierten en una actitud permanente, que busca un canal de salida. La queja y la protesta, el cotilleo y la murmuración son formas en las que dichos residuos de los sentimientos negativos se descargan, e incluso se puede llegar a ser más pernicioso que eso. Es tan común esta negatividad subyacente, que la mayoría de los grupos humanos tienen establecido un enemigo o disidente, en contra del que los sentimientos mencionados pueden descargarse. En el grupo, las personas se encuentran unidas en su odio hacia una persona en particular o hacia una clase de personas. Dentro de las familias y otros pequeños

grupos, una persona puede convertirse en el chivo expiatorio y tendrá que soportar la carga de los residuos de odio de los otros. De modo similar, mucha gente encuentra que siempre hay alguien que parece menospreciarle o enfadarle. Sin embargo, cuando el enemigo actual se aleja, siempre surge uno nuevo, como si todo el tiempo necesitarán tener a alguien que les desagrade, independientemente de sus cualidades personales.

La eliminación del odio en nuestras mentes no es una tarea fácil. Al alcanzar una concienciación mayor, restringimos su expresión de una manera gradual y nos percatamos de nuestros estados negativos habituales. Al vivir de una forma más feliz, y al realizarlos más con quienes compartimos nuestros buenos sentimientos, sentiremos mayor confianza y satisfacción, y por lo tanto estaremos menos propensos al odio. Al practicar activamente Metta Bhavana daremos expresión gradual al amor que erradicará el odio. Sin embargo, tenemos que ser cuidadosos al tratar de deshacernos del odio, de tal forma que no simplemente perdamos vitalidad. Debido a que el budismo es una enseñanza en contra de la violencia, algunas veces se piensa que cualquier expresión vigorosa, ya sea en palabras, en hechos, o en desacuerdos, es incompatible con el Dharma. Al contrario, el vigor y la energía, incluso un tipo de coraje, son esenciales para el crecimiento humano. Necesitamos ese tipo de fuerza para atravesar las muchas barreras internas y externas que encontremos en el transcurso de nuestra vida. Esta cualidad agresiva nunca deberá dirigirse con el fin de herir a alguien, sino para alcanzar nuevos niveles de claridad y verdad. Por ejemplo, en la amistad tenemos que estar preparados a decir lo que pensamos con franqueza, aún con cierto acaloramiento, si sentimos que nuestro amigo está equivocado, o que algo se interpone entre él y nosotros. Este “coraje positivo”, surge de la frustración de la energía saludable que se acumula entonces, y explota a veces de una manera empática y acalorada. Naturalmente, con mayor destreza y madurez aprenderemos a expresar este impulso positivo de forma menos espectacular. El punto aquí es que el principio de la erradicación del odio no significa que tenemos que ser mansos y dóciles, de una manera más o menos sosa.

La vida espiritual requiere de todo el vigor y aún de cierto espíritu de destrucción. Tenemos que destruir en nosotros todo aquello que nos lleve de regreso a formas inferiores de conciencia, la fuerza de atracción de la evolución inferior, la inercia de la ignorancia: todas estas tendrán que resistirse y superarse. Estas fuerzas no sólo se encuentran dentro de nosotros sino que además se encuentran en nuestro mundo circundante. Aquí, por supuesto tenemos que ser cuidadosos, ya que se encuentran incorporadas en la gente. Nuestra batalla contra las fuerzas de la ignorancia nunca deberán ser batallas en contra de la gente, ya que esto sería totalmente opuesto al espíritu entero del Dharma. En toda la historia del budismo no existe ninguna lucha que se haya hecho en nombre de éste, y cualquier tipo de persecución ha sido por completo ajena al budismo. El budismo enseña que el mal debe ser combatido sin hacer uso de la violencia. Debemos luchar en contra de todo aquello que arrastre al hombre, usando la crítica, la exhortación, el uso de cualquier método ético y que no cause daño alguno a los demás.

La necesidad de una aguda perspicacia en nuestra vida espiritual nos da la oportunidad de sublimar el odio que llevamos dentro. Usando las palabras de un budista sabio, debemos usar el odio para destruir el odio. A pesar de que las verdades que podamos decir sean incómodas para alguna gente, el objetivo nunca debe ser herirlos, y debemos de evitar cualquier acción que pueda causar violencia, ya sea directa o indirectamente. También será importante luchar tajantemente contra lo que limita y ata al hombre, restringiéndolo a estados mentales inferiores. De esta manera, podemos desahogar y amansar nuestras fuerzas destructivas de odio latente mientras éste permanece, al mismo tiempo que atacamos activamente las fuerzas de la oscuridad en el mundo. Si no aprendemos a sublimar el odio en nosotros, éste continuará ejerciendo una fuerza controladora en nuestras vidas. Si lo dejamos que nos domine puede creamos un infierno aquí y ahora, así como en los estados posteriores a la muerte. El ardiente calor de los infiernos corresponde con la apasionada intensidad del odio, que ha ido más allá de las erupciones volcánicas de la pasión común y corriente y se ha convertido en malevolencia fría -el gozo de imponer dolor y sufrimiento a otros, sin importar si las víctimas son inocentes-. Este es, probablemente, el estado más torpe en que podemos caer, puesto que todo sentimiento positivo para los demás ha cesado. Los helados infiernos, por lo tanto, están en el fondo de todo el sistema de los mundos.

A pesar de que las representaciones budistas tradicionales del infierno guardan un cercano parecido con aquellas del cristianismo, el concepto del infierno difiere de su equivalente cristiano en dos aspectos importantes. El infierno no es un castigo y su duración no es infinita. Cada mundo es la objetivización de la propia mente del individuo, de acuerdo con el funcionamiento natural del principio del karma; nadie juzga y nadie condena. La figura del Señor de la Muerte, en la mitología budista, es la personificación de la muerte misma, y el espejo que está sosteniendo es nuestra propia conciencia -nuestra sensibilidad hacia los sentimientos de los demás-, la cual suprimimos con frecuencia, pero que es descubierta en el momento de la muerte. (De acuerdo con algunas tradiciones budistas, el Señor de la Muerte es Avalokiteshvara, el Ser Transcendental que personifica el aspecto Compasivo de la Budeidad. Esto significa que incluso la muerte, que la mayoría de la gente percibe como

una gran catástrofe, cuando se la observa bajo su luz verdadera, revela la naturaleza real de las cosas. Si tan sólo logramos enfrentar a la muerte por completo, no veríamos los deslumbrantes ojos rojos de un monstruo horripilante, sino la sonrisa compasiva de Avalokiteshvara.) Mucha gente que ha estado cercana a la muerte, informa haber visto que su vida transcurría ante sus ojos. De similar manera, con la muerte, vemos acciones de nuestra vida pasada reflejadas en el espejo del Señor de la Muerte.

El ímpetu que hemos establecido determinará el tipo de mundo en el que renaceremos. El budismo no cuenta con una concepción de un ser creador o juez divino -esto se considera parte de nuestras propias proyecciones, con respecto a nuestras esperanzas y temores, que se encuentran basadas en nuestra necesidad por una figura paterna alentadora, que organice al cosmos-. El universo está hecho de procesos que contienen las leyes que gobiernan su funcionamiento propio. El principio del karma es la ley inherente en la conciencia individualizada y determina los efectos de las voliciones propias que experimentará.

Todo proceso es impermanente, y un estado particular continúa tan sólo en tanto que las condiciones que lo han traído se encuentren presentes. Las voliciones basadas en el odio llevan la experiencia del infierno a su existencia. Cuando han sido agotadas o contrarrestadas por voliciones perspicaces, entonces dejaremos el infierno y apareceremos en algún otro estado que se ajuste a nuestra nueva configuración kármica. Permaneceremos en el estado de tormento por tanto tiempo y como hayan energías kármicas sin descargar que nos mantengan allí. La tradición sostiene que una vida en el infierno puede extenderse al cabo de muchos eones ... quizás esto corresponde con la bien conocida experiencia del tiempo corriendo lentamente cuando nos encontramos sufriendo.

Budas; el potencial de la Iluminación y su comunicación en cada reino*

La imagen de los seis Budas, que aparece en los seis mundos de la Rueda de la Vida, es de profunda significancia y nos proporcionan un símbolo apropiado alrededor del que podemos sintetizar todo lo que hemos discutido hasta ahora. En primer lugar, las imágenes de los Budas en cada uno de los reinos nos dicen algo acerca de las necesidades espirituales de los seres en los diferentes mundos. En cada mundo las necesidades son diferentes y los Budas responden de una forma apropiada. Aún dentro del mundo humano la gente varía en personalidades y tipos, por lo tanto tienen diferentes necesidades espirituales. En principio sólo existe un Sendero basado en los mismos Ideales y los mismos valores éticos; se sostienen las mismas verdades para todos. Pero la forma exterior que tomará ese Sendero principal variará de individuo a individuo. El budismo siempre ha aplicado esta verdad y ha desarrollado formas nuevas para la expresión del eterno Dharma, dependiendo de cada cultura y era nueva. Más aún, el budismo presenta muchos enfoques diferentes, incluso dentro de una misma escuela forjada en un tiempo y lugar particulares, para que así cada persona avance desde su propio punto particular de contacto con el Dharma. Algunos responden mejor a la meditación, otros al estudio y para otros es el trabajo lo que los atrae hacia este. Mientras que al final tienen que armonizarse todos los aspectos de la vida espiritual, inicialmente es probable que uno u otro sea el que nos arraiga. El Dharma, a pesar de ser universal en su invitación, es individual en su aplicación. No es un juego abstracto de teoremas cuasi matemáticos, sino una comunicación viviente entre la mente Iluminada y el ser individual que no está iluminado. Los Budas no imponen sus nociones preconcebidas del crecimiento a los seres que encuentran, o tratan de ajustarlos al encaje determinado de sus dogmas. Ven a los seres tal y como son y les da lo que necesitan, con la finalidad de ayudados a desplegar su propio potencial interior.

La oportunidad para salir del reino infernal

El Buda les lleva a los seres infernales el bálsamo curativo para aliviar sus sufrimientos. Alguien en semejante estado de odio necesita de un gran cuidado, y dada su fuerte tendencia a sentirse amenazado, si es posible, tiene que ayudársele a contactar cierta objetividad en su experiencia. De esta manera serán capaces de reconocer su propio odio como la fuente de su dolor y frustración, pero antes que nada, el Buda lo alivia de su agonía. Dondequiera que haya sufrimiento, cualquiera que sea su fuente, él trata de aliviarlo, porque el dolor excesivo domina la mente tanto, y atrofia la conciencia de tal forma, que es casi imposible subir a un nivel superior. Tan sólo cuando se haya abatido la agonía será posible absorber el Dharma. Así, el Buda tranquiliza la furia del demonio, aleja los tormentos que lo tortura y, entonces, le enseña el Dharma.

* En el original del libro de donde surgió este material se equipara a cada Buda y a todos los que aparecen en los reinos con el Boddhisattva de la compasión Avalokiteshvara reverenciado en el budismo Mahayana como Kuan yin, Avalokita o Chenrezig. Ya que no se ha introducido ésta figura arquetípica en este material describimos a los Budas que están en cada reino como se representan en la imagen: emanaciones de Siddhartha Gautama el Buda. Estas seis representaciones del Buda Shakyamuni no se deben confundir con los Budas de la mandala de los cinco Budas puesto que es otro símbolo independiente a la rueda de la vida.

El Mundo de los Espectros Hambrientos

Un paisaje solitario de un desierto arenoso y rocoso, se extiende tan lejos y cómo nos lo permite la vista. Unos cuantos árboles sin hojas son la única protección en contra del viento que azota, y un débil sol pálido produce una calidez lastimosa. Un gran río de agua salobre corre lentamente a través del vasto plano.

Grupos de criaturas desgarradas se amontonan debajo de los esqueléticos árboles buscando calor. Sus cuerpos hinchados, de color humo, parecen insustanciales, como si estuvieran hechos de niebla. Tienen brazos y piernas largos, delgados y quebradizos, la cabeza con un cuello largo y delgado, en tanto que el vientre parece abotagado, como una masa atroz que sus piernas apenas pueden sostener. Tienen boca pequeña, no más grande que la cabeza de un alfiler, con ojos redondos y llenos de espanto, dolor y avidez.

Una insaciable sed y un hambre perpetua causan obsesión a estas criaturas patéticas. Se tambalean sobre sus débiles piernas hasta la orilla del río, pero tan pronto como su boca se aproxima al agua ésta se aleja de ellos. Aún aquellos que permanecen en medio de la corriente no consiguen llevar ni una sola gota a su boca. La tortura de Tántalo es la misma que la de ellos. Los pocos que de casualidad alcanzan a consumir unos escasos bocados pronto lo lamentan, ya que el agua, al llegar a sus intestinos, se convierte en fuego líquido. En los árboles próximos crecen una o dos frutas esparcidas, pero éstas se encuentran más allá del alcance de cualquiera de las criaturas que, enloquecidas por el hambre, se arrastran con sus enormes vientres entre las ramas. Cualquier fruta que llegan a comer se convierte en una espada, que rebana y destroza el interior de su estómago. Motivados por hambre y sed atormentadores, los espectros hambrientos van por la vida sin otro propósito que comer y beber. Sus débiles miembros y bocas diminutas casi les imposibilitan ingerir algún sustento. Todo lo que logran llevar hasta su estómago, les causa más dolor que el tormento del deseo que les condujo hacia eso. Y así viven hasta que consumen la gula y la avidez que los llevaron a ese mundo.

El mundo de los espectros hambrientos es un tipo de infierno constituido no tanto por la tortura física, aunque parte de ésta lo es, sino por el dolor causado por el deseo insatisfecho. De la misma forma que el infierno es la objetivización del odio, esta esfera es el reflejo de una mente en la que predomina la avidez. En nuestro mundo humano hay gente que se encuentra tan poseída por la avidez y el deseo vehemente, que únicamente vive para acumular cosas para sí misma. E incluso al conseguir lo que quería sigue insatisfecha. No importa cuanto ha logrado poseer, aún continúa sintiendo la falta de algo más. La esfera de los espectros hambrientos está construida a partir de esta actitud.

La avidez es el deseo por poseer cosas bajo la creencia de que éstas harán más seguro al ego. En la base subyace un sentimiento de vacío interior y la falta de sustanciabilidad. El ego es inmaduro, débil e incompleto, y no tiene una experiencia muy fuerte de sí mismo, dejando un incómodo sentimiento de vacuidad y pobreza. Para sentirse real y sustancial el ego anhela ciertas experiencias, ya que la experiencia absorbe la conciencia, dando la ilusión de un lleno interior, lo que distrae esa escasez interior momentáneamente.

El fracaso total por experimentarse a sí mismo subyace a la avidez y es el resultado de la deformación psicológica, en tanto que emerge la conciencia individualizada. De una forma o de otra, la emoción es minimizada o excluida de la autoconciencia. Algunas veces, esta es la conciencia de la represión, como cuando alguien se rehúsa a dar sitio total a ciertos sentimientos en la conciencia, porque ha aprendido que éstos son “incorrectos”. Ciertos tipos de educación, la cristiana por ejemplo, puede imbuir un sentimiento de culpa con respecto al cuerpo y sus sensaciones, particularmente las relacionadas con la sexualidad, y los que han sucumbido a este condicionamiento se rehúsan a reconocer lo que sienten. Por lo tanto se empuja la emoción correspondiente fuera de la conciencia, dejando un espacio en blanco en el interior. Otros pueden haber sufrido tanta infelicidad y dolor, en algún momento de su vida, que anulan sus emociones.

Un desarrollo que es unilateralmente intelectual puede tener el mismo efecto. De esta manera la persona no tiene mucha vida emocional y anhela algún tipo de experiencia sólida que la haga sentir. La riqueza interior de la que carece es, entonces, proyectada en el mundo exterior. Se imagina que al poseer ciertos objetos, al tener ciertas experiencias o al contar con cierto tipo de relaciones, obtendrá la satisfacción que desea. Las sensaciones placenteras pueden acompañar la adquisición de lo que éste desea, lo cual puede cubrir el sentimiento de vacío, pero sólo temporalmente, tarde o temprano el sentimiento regresará y comenzará un nuevo ciclo de avidez.

El espectro hambriento humano es el avaro que vive por su dinero, el coleccionista que nunca está contento con lo que tiene y quiere más, o el adicto. El drogadicto es, quizás, el arquetipo del espectro hambriento, apenas vivo en el mundo y pensando solamente en su próxima dosis, cuyos efectos pronto se desvanecerán, y así estará deseando otra. El espectro hambriento es el adicto, ya que la adicción es un estado de la mente, y

podemos ser adictos a cualquier cosa que veamos como fuente de paliación para ese inquietante deseo interior. Cualquiera que sea el objeto de la adicción no podrá brindarnos satisfacción, porque lo que anhelamos es una plenitud interior, no el objeto mismo. Tan pronto y como la prórroga termina, la “droga” trae el comienzo del desvanecimiento y así necesitamos aún más.

La adicción puede contar con muchos objetos, aunque el más común es la otra gente. La persona adicta depende de otros en una forma neurótica, buscando en ellos el alimento emocional que debería de encontrar en sí misma. Esta dependencia es infantil y repetitiva en carácter, ya que aún y si consigue el tipo de atención que ansía, pronto quiere más. El aliento, la aprobación, la atención, la seguridad, puede buscarse a todos éstos en las relaciones neuróticas. El apego poco natural entre padres e hijos mayores, a los que se les guarda en un estado de infancia prolongada, es un ejemplo común de la dependencia neurótica. Esto puede verse con especial frecuencia en las relaciones sexuales de pareja. Atados, no por el respeto mutuo y la cooperación para formar una familia, la pareja está atada en la adicción de sus necesidades neuróticas y cada uno busca en el otro la satisfacción de su propio vacío interior. Cuando no puede encontrar lo que busca, en lugar de aprender la lección, frecuentemente se culpa uno al otro, por no dárselo, añadiendo resentimiento a su avidez. Algunos psicólogos han sugerido que esta forma de relación adictiva es cada vez más común y la consideran un aspecto de la “generación del yo”; de los niños del período de la posguerra, en los que la afluencia ha fomentado el apetito, ya quienes el rápido cambio social ha hecho inseguros e inquietos. Dichas personas inmaduras y egocéntricas buscan perpetuar con su pareja sexual la relación infantil que tenían con su madre. Es un fenómeno horrible e infeliz que dos personas débiles traten de conseguir del otro algo que la otra persona carece.

Las circunstancias de la vida moderna, quizá, fomentan la actitud del deseo neurótico, porque de muchas maneras el sentimiento es minusvalorado. La felicidad y la velocidad de la comunicación han hecho a la gente altamente móvil, reduciendo su estabilidad y continuidad sin tener mucha oportunidad de realizar conexiones profundas con otra gente y con los lugares que la rodea y, por lo tanto, carece de una satisfactoria profundidad de sentimientos, que un historial con fuertes raíces le puede proporcionar. Una vez más, la vida moderna ofrece tantas sensaciones y distracciones que impulsa a la gente a disipar sus recursos emocionales. El resultado es un vaciamiento en los sentimientos, que produce una búsqueda neurótica de experiencias.

El deseo neurótico tiene que distinguirse claramente de las necesidades sanas. Los deseos del cuerpo no son, en sí mismos, avidez. El hambre y la sed son necesidades objetivas, que surgen de la carencia de alimento y la deshidratación, y cuando comemos o bebemos éstas son saciadas. Como cualquiera que se ha sometido a un ayuno sabrá que es posible permanecer perfectamente feliz, a pesar de la privación de la comida y de sentir hambre. El caso del sexo es un poco más complicado, ya que se encuentran unidos varios elementos diferentes en este deseo. El deseo inmediato de sexo, sin embargo, no es diferente del hambre y la sed, ya que se deriva de nuestra constitución fisiológica. Si somos capaces de satisfacer nuestros deseos de una forma sencilla, la cual no causa daño alguno a nadie, entonces, éstos no son neuróticos. Desgraciadamente con frecuencia se distorsiona y se abusa de la comida y el sexo, convirtiéndolos en objetos de deseo neurótico. En este tipo de casos existe un intento neurótico por llenar una carencia interior, al contaminar ciertos deseos que en sí mismos no son dañinos.

Las necesidades sanas van más allá del plano fisiológico. Nosotros contamos con necesidades sociales, las cuales no son neuróticas. Necesitamos, por ejemplo, recibir cierto reconocimiento por parte de otros. Es muy difícil vivir en contacto con otras personas si éstas nunca muestran ninguna señal de que nos ven como individuos separados. Esta necesidad del yo por los demás difiere bastante de la necesidad neurótica de atención. Esta última no puede ser satisfecha, puesto que entre más atención se brinda, más es devorada sin ninguna dimensión en el deseo neurótico. Como un vampiro o una sanguijuela, una persona succiona la energía de aquellos que le permiten apegarse a ellos. Alguien que recibe el reconocimiento humano que necesita, muy rápidamente se siente más animado y alegre.

A pesar de que la persona neurótica puede abandonarse al placer sensual, no es capaz de disfrutarlo mucho. La pobreza emocional se lo obstaculiza, ya que la capacidad de disfrutar las cosas viene de una riqueza interior. El gozo es el elemento de contacto entre el objeto y las propias emociones sanas de uno. Cuando nos sentimos más satisfechos somos capaces de disfrutar la belleza de los sentidos; quedamos satisfechos con placeres muy simples y no ansiamos la saturación sensorial que la neurosis demanda con frecuencia. Puesto que el crecimiento espiritual es un crecimiento de plenitud interior, está marcado por una creciente capacidad para disfrutar. Hay una forma final de deseo sano por diferenciar de la forma neurótica: la atracción hacia ideales espirituales y hacia la gente que los personifica. Ese deseo por evolucionar, por ir más allá de nuestro actual nivel de conciencia, tiene que estimularse e intensificarse. En ocasiones la gente tiene una actitud neurótica posesiva con respecto a lo que considera es la Evolución Superior. Ve la vida espiritual como un medio para obtener poder o como un escape de su persona y de sus responsabilidades. Pero la necesidad de desarrollo no es

algo personal y estrecho, sino expansivo, libre de cualquier egoísmo. Este deseo se encuentra latente dentro de todos, aunque puede estar cubierto en diferentes grados por la avidez, el odio y la ignorancia. Y sólo al seguir este deseo encontraremos el almacén de riqueza interior que disipará toda avidez.

La oportunidad para salir del reino de los espectros hambrientos

El espectro hambriento está lleno de deseos neuróticos, sin embargo los objetos que ansía no son capaces de alimentarlo y, de hecho, aumentan su dolor. Sufre una sensación de vacío interior que trata de llenar con gratificaciones externas. El Buda en este reino le lleva comida sustanciosa que lo alimenta. Le ayuda a enfrentar ese vacío y a reconocer que es lo que quiere realmente; si sus deseos son simplemente necesidades instintivas reprimidas, entonces las puede satisfacer de una forma saludable, y si son de una naturaleza más profunda, hallará su satisfacción en el Dharma.

El Mundo de los Animales

En la esfera de los animales la vida es la vida del cuerpo. Todo esfuerzo está dirigido hacia la satisfacción de los deseos físicos y la autopreservación. El mundo es la objetivización del rehusamiento ignorante por ver más allá de las necesidades del cuerpo. Los animales del campo y la selva no son ignorantes en este sentido, ya que al no contar con una conciencia del yo, no son responsables de sus limitaciones de entendimiento. Su ignorancia es la ignorancia de la naturaleza, no la de los individuos. El animal humano, sin embargo, hace sus horizontes estrechos de una manera forzada y se rehúsa a ver el significado y el propósito de la vida.

El humano que parece un animal no es neurótico como lo es el espectro hambriento, y lo que lo motiva no es un hambre insaciable. Sus necesidades corporales de alimento, sueño y sexo son sanas, y obtiene satisfacción y gozo de éstas. Sin embargo, el satisfacerlas se convierte en su único fin. Para él, la vida humana no tiene ningún otro significado. A pesar de ser ignorante, ya que fracasa en vislumbrar un destino humano superior, no es tonto en un sentido práctico, necesariamente. Puede vivir una vida bastante sofisticada, realizando un trabajo complejo y rodeado de elaborada tecnología. Puede tener una inteligencia práctica muy bien desarrollada, pero no cuenta con ideales ni nada más allá de sí mismo y el grupo para el que vive.

Un animal vive sin visión y sin cultura, en el sentido de intereses y ocupaciones, a través de las que puede cultivar su mente. Gran parte de la sociedad moderna pertenece a este tipo; a pesar de que nunca antes ha habido una sociedad tan organizada y con semejante avance tecnológico, sólo existe un pequeño número de personas que cuentan con amplias perspectivas de vida y con una visión común. En la mayoría de las otras civilizaciones del pasado, la religión ha estado en el corazón de todo acto público, y ésta ha proporcionado las suposiciones sobre las que la vida se ha edificado. Ya no ocurre esto, el cristianismo en Occidente y otras tradiciones religiosas en otros lados están en decadencia ante el ataque violento del consumismo, el cual podría denominarse “la filosofía del animal”. De alguna forma, esta decadencia de viejos valores no es algo malo, dado que bastante de lo que estaba pudriéndose o resultaba inapropiado está siendo desalojado. No obstante, en la actualidad mucha gente vive en un mundo de horizontes drásticamente restringidos y tan sólo tienden a perderse en la búsqueda animal de gratificaciones corporales.

En tanto que si los seres humanos pueden renacer, literalmente, como gatos, caballos, incluso peces o moscas es una cuestión discutible en los diferentes círculos budistas; el Buda parece haber enseñado que esto es posible (en una escritura habla de que el renacer como un animal es el resultado de un esfuerzo sistemático y continuo de actuar como tal). Frente a esto, parece poco posible que un ser humano pueda adormecer su conciencia tan drásticamente como para renacer con forma animal. Es, por supuesto, posible sufrir una regresión permanente de una fase adulta a una infantil, así que también puede ser posible sufrir una regresión aún más drástica a uno de los estados evolutivos anteriores.

En tanto que si los humanos pueden renacer como animales, hay seres humanos que parecen animales. Hay áreas en el planeta en donde el nivel de cultura es por demás pobre y en donde existe muy poco entendimiento con respecto al potencial del hombre. Ni las artes, ni una filosofía superior elevan la vista más allá de los asuntos superficiales de la supervivencia diaria. Dichas áreas no sólo pueden encontrarse entre la gente “primitiva”, en la periferia del mundo civilizado; también pueden encontrarse en medio de muchas de las grandes ciudades. Renacer en alguna de esas sociedades es renacer como animal.

La oportunidad para salir del reino animal

El animal se encuentra totalmente inmerso en su cuerpo, y su perspectiva en la vida no va más allá del comer, aparear y dormir. El Buda en este reino le brinda un libro, representando la cultura; lo despierta a la vida de la mente y el corazón, de la belleza y la Imaginación. Por primera vez el animal levanta su cabeza de la hierba que come para ver la extensión del cielo sin límites. Empieza a ver que su vida tiene un significado y que él tiene un destino.

El Mundo de los Titanes

Al tener únicamente conocimiento de la guerra, los titanes visten sus armaduras todos los días y descansan con las armas al lado, siempre listos para la batalla. Cada uno de estos dioses celosos posee una feroz figura, imponente y poderosa; su piel es de un lúgubre azul o verde oscuro. Su cara es horriblemente fea, empeñada en una expresión de furia, con ojos saltones y labios gruñones. Una y otra vez, de acuerdo con sus rangos, estos gigantes se precipitan hacia los dioses de la esfera sensual y tratan de arrebatárles su felicidad y gozo. Tratan de capturar el árbol celestial que cumple todos los deseos y, en su tonta envidia, empiezan a derrumbarlo. Sin embargo los dioses los derrotan y caen confundidos. Inmediatamente empiezan a luchar entre ellos, cada uno tratando de obtener mayor poder para sí mismo en la jerarquía de sus ejércitos.

Las titanesas son una de las principales causas de la discordia entre los titanes. Ellas no son menos celosas y codiciosas, pero ganan su guerra no por la fuerza sino por medio de su encanto. Cada titanesa es tan voluptuosa y hechizante como cualquier estrella de cine y sabe cautivar y encantar a la víctima que ha escogido. Como las sirenas Lorelei y Lamia, las titanesas destruyen a aquellos que caen en su poder.

Los habitantes de este mundo parecen descender, desde un punto de vista mitológico, de uno de esos grupos de dioses que tomaron parte en la batalla por la supremacía que se cuenta en las leyendas de Grecia, Irán e India. Por esta razón los he llamado con su nombre griego, aunque no deben equipararse muy cercanamente con Atlas, Prometeo, Hyperión, etcétera. Entre otras formas, se les conoce como antidioses, dioses celosos o dioses enfadados. Por su poder y vigor son como dioses, aunque en términos de alegría y placer no lo son, dado que su motivación es la envidia y la miseria. Su deseo por poseer no proviene del simple deseo o de la avidez, como en el caso de los espectros hambrientos. Quieren cosas porque envidian los logros de otros, así como las cualidades que otros poseen. El éxito de otros les hace sentirse menos, ya que su sentido del yo descansa en el sentir que, como un bebé de brazos, son el centro del universo. Cualquier cosa que otros obtienen, ellos no la pueden tener y esta privación los llena de furia. La profunda insatisfacción, motivada por la buena fortuna de otros, los lleva a vigorosos e incluso violentos padecimientos por tratar de arrebatársela. En el mito, hacen la guerra contra los dioses inferiores por la posesión del árbol de los deseos. Los dioses han ganado este maravilloso árbol como un resultado de sus buenas acciones realizadas en el pasado; los dioses celosos quieren apoderarse de éste sin haber formado los cimientos para su goce. Así que tratan de cortarlo, separando las frutas del árbol de las raíces que lo sostienen, o, en otras palabras, tratan de matar a la gallina de los huevos de oro.

El hombre titán es altamente competitivo y trata de superar a los demás a toda costa, de tal manera que pueda mantener esa sensación de ser la persona más importante en el mundo, tan esencial para su identidad. Siempre trata de ser más inteligente que los demás, más fuerte, más rico o más experimentado, etcétera. En cualquier cosa que hace tiene que superar a los demás; dicha persona es bastante común en el mundo de los negocios o la política, entre otras formas de vida. A pesar de siempre estar tratando de probar su superioridad, los titanes son lo bastante conscientes de las jerarquías y tienden a formar ordenadas estructuras de poder. Son capaces de relacionarse con otros, sólo basándose en el dominio y la sumisión, no como iguales y ejercerán su dominio siempre que puedan; se someterán sólo cuando sientan que el dominio no es posible. Los rangos dentro de los que se acomodan hacen que la cooperación en contra de un competidor común sea bastante efectiva, pero como en cualquier otra dictadura militar, cada miembro está esperando que algún otro se debilite para así afianzar el poder para sí mismo. La jerarquía no está basada en el respeto y la honradez sino en el miedo y la ambición. La conspiración y la traición son una amenaza constante en contra de la estabilidad social y los nuevos líderes se encuentran acometiendo al frente todo el tiempo.

Los hombres titanes compiten a través de la fuerza bruta y astuta; las mujeres son igualmente competitivas, pero usan sus “ardides femeninos” para abrirse paso, manipulando a su presa a través de sus emociones y la fascinación sexual, para hacerlos morder la carnada. El titán busca reducir al mundo a su orden y trata de convertirse en una jerarquía masculina que se centre en él mismo, el Rey del Cosmos. La titanesa trata de formar una vasta familia, en donde se la tenga como la Madre Magna y en la que todos los hombres y mujeres se encuentren en un estado de dependencia infantil hacia ella.

Estos hombres y mujeres titanes representan los extremos de la polarización sexual. La diferenciación sexual es un rasgo de todos los mundos de la esfera sensual, exceptuando a aquellos animales que son hermafroditas o partenogenéticos. Los dioses superiores no se encuentran divididos por el sexo, sino que son andróginos. La división entre hombres y mujeres es un factor importante en la evolución, al dominar todas las formas inferiores de la conciencia. Entre los titanes, la polaridad se encuentra altamente exagerada y es la consecuencia de una distorsión considerable de la conciencia del yo.

Las características psicológicas masculinas y femeninas, que se desarrollan a partir de la masculinidad o feminidad biológica, pueden conceptualizarse de una manera general como la iniciativa y la crianza, respectivamente. Obviamente existen todo tipo de excepciones, dada la compleja naturaleza del condicionamiento humano, no obstante, éste puede ser de gran utilidad como un marco de trabajo general. La mayoría de los hombres tienden a ser más activos y estar orientados hacia metas, en comparación con las mujeres, y son más partidarios de tomar iniciativas y buscar formas nuevas de entender empáticamente al hacer las cosas. Algunos hombres son de apariencia más femenina, y algunas mujeres de apariencia más masculina; algunos hombres son más masculinos que otros y algunas mujeres más femeninas que otras.

Desde el punto de vista de la doctrina del renacimiento no debe olvidarse que la conciencia determina la forma física. El cuerpo físico puede, hasta cierto punto, condicionar a la conciencia que se encuentra unida a éste en esta vida, pero el cuerpo es la objetivización del patrón de las actividades volitivas que se establecieron en una vida anterior. Los hombres y mujeres nacen perteneciendo a uno u otro sexo, debido a que esa forma es la expresión más apropiada de su conciencia. El género biológico se encuentra determinado por la conciencia pasada y ayuda a darle forma a la personalidad nueva. El sexo masculino o femenino no es considerado por lo tanto un fenómeno accidental o arbitrario. Proviene de los intereses y deseos que tuvimos en el pasado. No sólo es posible nacer en una de las tres esferas de los seis mundos de la existencia, sino que además podemos nacer ya sea como hombre o mujer, o como ninguno (en el sentido de ser asexuales), o como ambos (en el sentido de ser andróginos). De la misma manera que el mundo en el que nacemos se encuentra determinado por nuestra actividad volitiva, también lo está el sexo al que pertenecemos.

Los titanes, titanesas y sus equivalentes humanos se encuentran en los extremos de la polaridad sexual. Ningún extremo está amortizado por cualquiera de las cualidades de su opuesto. De hecho, la feminidad en un hombre o la masculinidad en una mujer pueden llegar a ser consideradas vergonzosas. Al ser exageradamente unilaterales y al estar alejados de las características complementarias, los titanes de la rueda son fuerza muscular y agresión, estableciendo el dominio de su ego a través de su energía masculina e iniciativa. Las Titanesas usan su emocionalidad femenina y su atracción sexual para entretejer su propia marca de control, una especie de maternalismo contaminado. Al encontrarse casi completamente identificados con su propio género y al usar sus características sólo para defender su distorsionado sentido del yo, los titanes representan otro de los callejones sin salida evolutivos en los que la conciencia puede andar vagando.

Debido a que los titanes y titanesas se encuentran tan identificados con su sexo biológico, no cuentan con la experiencia de las cualidades psicológicas asociadas con el sexo opuesto, a pesar de que esas cualidades se encuentran latentes en ellos. En los seres humanos el ser psicológicamente masculino tiene en sí mismo el potencial de la feminidad y de la misma forma que el ser humano femenino guarda la masculinidad en sí mismo. Si estas cualidades no son vivenciadas de una manera consciente, entonces tienden a ser proyectadas a el sexo opuesto. Este es el principal componente del enamoramiento, en el que el objeto de adoración es visto como la personificación de las cualidades internas sin realizar. Cuanto más extrema sea la polarización entre aquellos atributos que son expresados en la conciencia y aquellos que no lo son, más intensos serán los dolores del amor y más complicada la relación resultante, ya que el que "ama" es raramente el dechado de virtudes que al principio pareció ser, y al mismo tiempo puede contar con sus propias proyecciones. Los titanes se pierden inevitablemente en los lazos de sus propias expectativas proyectadas, pero continúan buscando en el exterior la masculinidad o feminidad que en realidad se encuentra en ellos mismos. La conciencia humana se encuentra condicionada inicialmente por la forma biológica, aunque no hay razón por la que deba permanecer así. Las características psicológicas que surgen al principio en base al género físico pueden perfeccionarse por medio del proceso de una integración horizontal, para incluir todos los aspectos de una individualidad plena. El individuo sano y maduro une a ambas cualidades: la masculinidad y la feminidad. Por un lado el individuo es capaz de tomar el mando, es inventiva y pasivamente enérgico; tiene vigor y energía simultáneamente, y al mismo tiempo es sensible hacia los demás, cuidadoso de las necesidades de éstos, solidario de sus sufrimientos y receptivo a sus palabras. Las formas masculina y femenina están representadas en su conducta, de tal manera que el individuo no parece ser sólo un hombre o una mujer, sino ambos, e incluso todavía más. El carácter biológico masculino y femenino es trascendido en el individuo que integra la masculinidad y feminidad en una personalidad madura plena.

La integración de ambos polos psico-sexuales no es una tarea fácil, ya que la separación se encuentra reforzada por las insistentes demandas del cuerpo y todas las presiones del condicionamiento social. El crecimiento humano siempre comienza con la auto conciencia, y tenemos que conocer nuestro temperamento básico así como nuestras inclinaciones. Con el objeto de desarrollar tenemos que tomar la materia prima de nuestro yo y darle forma gradualmente, para hacer de ello algo más refinado y más completo. Así, entonces, tenemos que empezar por nuestra naturaleza biológica y sublimada, perfeccionándola con la unión de sus cualidades complementarias. Se tiene que encontrar un escape creativo para las fuerzas masculinas: el trabajar en esto desafía y requiere de iniciativa e ingenuidad, que son los compañeros que brindan aliento y estímulo, e incluso cierta competitividad sana, siempre basada en la amistad y el deseo de llegar más alto, en vez de tan sólo querer ganar. Los impulsos femeninos de cuidado, respeto y servicio necesitan una saludable expresión. Ninguna función es deshonorosa y una mayor masculinidad o feminidad, ya sea en mujeres u hombres respectivamente, debe ser alentada de una manera perspicaz hacia la satisfacción de su carácter psicológico básico. Al mismo tiempo las cualidades sin realizar deben contactarse e integrarse en un todo armonioso.

Hombres y mujeres son capaces de alcanzar un estado balanceado en donde no operen con respecto a sus determinantes de género, e incluso de ir mucho más allá, hasta alcanzar la Iluminación misma. El Buda estaba rodeado de hombres y mujeres que habían logrado ver la Verdad Transcendental. Y así, se debe alentar a todos aquellos que se sientan motivados para hacer el esfuerzo necesario, sin importar su sexo.

Las condiciones sociales normales tienden a reforzar la polarización sexual. En nuestra propia cultura esto resulta evidente con la glorificación del amor romántico, el que, como hemos visto, es la proyección en otra persona de las cualidades propias que no hemos realizado. El aislamiento de la unidad familiar y la insistencia en que la satisfacción personal debe encontrarse en el matrimonio, no fomenta el desarrollo de una individualidad equilibrada. En el núcleo familiar el hombre y la mujer han sido llevados a una proximidad de la que históricamente existen pocos precedentes y que fomenta la dependencia psicológica que tiende a perpetuar los extremos psicosexuales. Se requiere de instituciones sociales muy diferentes si los hombres y mujeres quieren desarrollarse como individuos maduros. El budismo ha considerado tradicionalmente que los intereses evolutivos del hombre y la mujer encuentran una mejor expresión, cuando éstos pasan la mayor parte de tiempo apartados el uno del otro. Por esta razón, las comunidades budistas son para hombres y mujeres por separado. Para empezar, sin el poderoso elemento de la atracción biológica, se aleja la distracción principal; esto no quiere decir que la actividad sexual sea torpe en sí. En una atmósfera mixta la atracción sexual sutil es casi inevitable y se manifiesta como una enojosa distracción cuando uno está tratando de concentrarse en otras cosas. Y de una manera más profunda, cuando aquellas personas en cuestión no han alcanzado el estadio de una individualidad integrada, siempre existe la tendencia a la polarización y proyección -el enamoramiento-. En tanto que al principio esto puede parecer un pasatiempo inofensivo y placentero, puede conducir a enredos y complicaciones, así como a la posibilidad de empezar una familia. A pesar que, de hecho, es posible crecer espiritualmente dentro del contexto de una familia, sus demandas y presiones son tales que la situación no es tan ventajosa como la de una comunidad de hombres o de mujeres por separado.

Claro está, no toda la gente escogerá vivir en el ambiente intensivo y dedicado de una comunidad espiritual como recomienda la tradición budista. Muchos, por ejemplo, escogen vivir en una situación familiar de algún tipo. En cualquier caso, se necesita de un sistema social en el que se aliente al hombre a ir más allá de la competitividad habitual y que apoye a la mujer a servir y apoyar algún fin inteligente que vaya más allá de la familia. Ambos tienen que ser capaces de superar sus determinantes tanto biológicos como sociales, hasta alcanzar una individualidad integrada, en la que los aspectos masculinos y femeninos de cada uno se fusionen. Si esto no sucede, entonces el género biológico puede llegar a dominar la conciencia, permitiéndole que se acentúe y distorsione, lo que trae como resultado el renacer entre los titanes.

La oportunidad para salir del reino de los titanes.

Los titanes, en su envidia intensa, luchan e intrigan para dominar y poseer el árbol de los deseos. Se tienen que topar con un poder que puedan respetar, y así aparece el Buda en este reino como un guerrero, usando una armadura y blandiendo su espada. Sin embargo no le hace daño a nadie con sus armas; les enseña a los titanes a canalizar su desmesurada energía en la batalla por llegar a la culminación de un sendero espiritual, y les muestra como usar su poder, no para destruir, sino para atravesar la confusión y la ignorancia, y para revelar la Verdad.

El Mundo Humano

La esfera humana es el mundo de la experiencia de todos los días. Contiene todo el lado animal de la vida del hombre: su nacimiento, apareamiento y muerte, su búsqueda de sustento y cobijo, así como su lucha con las fuerzas de la naturaleza. En esta esfera se encuentra toda la producción técnica de las majestuosas ciudades, carreteras y sistemas de comunicación, sus complejos desarrollos agrícolas e industriales. También se encuentran incluidas organizaciones sociales como tribus, ciudades estado, reinos, imperios y naciones. Es el mundo de los logros culturales del hombre: su lenguaje, su aprendizaje y conocimientos científicos, sus artes y oficios. Por fin, fuertemente arraigados en la cima de todo ello, esta esfera cuenta con los alcances más elevados de la raza humana, que son las grandes obras de arte y la filosofía, las religiones universales y, sobre todo, aquellos individuos que han llevado al hombre más allá de sí mismo.

En el capítulo anterior examinamos los mundos de la miseria, creados a partir de la conciencia del yo, distorsionada e inmadura. En cada uno, la carga del sufrimiento es tan pesada que no existe mucha energía disponible para desarrollar modos de conciencia más elevados. La agonía de los habitantes en esos mundos no les permite hacer nada más que esperar a que el sufrimiento de su propio y torpe pasado los deje de agobiar, y que sus voliciones nocivas se terminen. Ahora nos ocuparemos de las dos esferas de la felicidad dentro del plano sensorial, que representan el sano desarrollo de la individualidad embriónica, del primer surgimiento de la conciencia del yo para su madurez en el umbral de nuevos niveles de concienciación espiritual: los mundos de los hombres y los dioses.

El renacimiento como humano se considera el más favorable en el comienzo de la vida espiritual, porque contiene un equilibrio entre el placer y el dolor. El dolor constante, como el que se experimenta en los cuatro mundos inferiores es desmoralizador y entorpece cualquier iniciativa. El placer y éxito persistentes tienden a crear complacencia. La vida humana, al contener placer y dolor, nos confronta con las limitaciones de los estadios inferiores de la existencia, en tanto que nos brinda la libertad para hacer evolucionar nuestra conciencia de una manera activa. El mundo humano es, entonces, un punto axial en todo el sistema de los mundos; en éste la evolución inferior puede llegar a ser la Evolución Superior. Dado que la vida humana nos brinda tan raras oportunidades para el crecimiento, el budismo nos enseña que esto es algo muy valioso. Puede que no renazcamos en semejantes circunstancias favorables una vez más, y por el tiempo de muchas vidas, así que debemos tomar total ventaja de este hecho. No debemos desperdiciar nuestra vida de una forma frívola, viviendo descuidadamente en un fracaso por entender su significado verdadero.

La comunicación es el rasgo principal del mundo humano. Aquí, la comunicación se refiere a algo más que la simple emisión de señales de intercambio de comunicación. Muchos animales cuentan con formas de transmisión de señales y sin duda los seres del infierno son capaces de gemir con furia y dolor a otros compañeros de sufrimiento, los espectros hambrientos lloran de avidez y los titanes dan ordenes y profieren gritos de batalla. Pero todos ellos se encuentran preocupados tan sólo por sí mismos, no experimentan sentimiento o consideración alguna con respecto a aquellos a quienes envían sus mensajes. La comunicación en el sentido especial al que nos referimos implica un reconocimiento mutuo de la individualidad. Cada una de las partes es capaz de ver a la otra, libre de proyecciones, como una persona separada, y es capaz de mostrar solidaridad con el mundo de la otra persona. Cada uno de ellos sabe que el otro es un sujeto que vivencia su historia, sintiendo metta por éste, además de mostrar consideración por su punto de vista particular. En tanto que el animal mira a los otros sólo como una fuente de seguridad de grupo, el espectro hambriento los ve como objetos de deseo, el demonio del infierno como agresores amenazantes y los titanes como rivales, el ser humano es capaz de intercambiar con ellos información sobre el mundo (incluso ha logrado elevar esta capacidad a un alto nivel de exactitud y universalidad), además de comunicar y reconocer sus cualidades internas, como el amor, valentía, belleza, honestidad y comprensión.

La capacidad humana en la comunicación superficial y profunda hace posible la cooperación, que a su vez es capaz de brindarnos la civilización y la cultura. Esto marca un enorme aceleramiento en el proceso evolutivo, ya que a través de la cultura las experiencias almacenadas del pasado son transmitidas al futuro. Se retienen los logros tecnológicos y morales de las generaciones pasadas a través de los diferentes medios de transmisión de una civilización particular. Los poemas épicos que se han producido en las tradiciones orales, los libros, la música y la obras de arte, todo esto nos transmite lo que aprendieron nuestros ancestros. Por ello el niño no necesita recapitular, por ensayo y error, el curso entero de la civilización humana, sino que puede aprender del pasado y empezar a partir de los alcances más altos de sus predecesores. Por supuesto, la memoria colectiva incorporada en estos sistemas es selectiva y susceptible al daño, como se demuestra con las repetidas e incidentales quemaduras de libros. No obstante, en nuestra propia edad, más que nunca antes, tenemos una gran riqueza de material a nuestro alcance. Los datos científicos son almacenados en bancos de computadoras, para los que se tiene acceso desde cualquier parte del mundo. Las obras más grandiosas del mundo de la literatura

han sido traducidas a los principales idiomas del planeta. Una gran cantidad de obras de arte se encuentran en galerías públicas y se puede disfrutar de ellas por medio de reproducciones económicas. Intérpretes competentes nos deleitan con lo mejor de la música en la mayoría de las principales ciudades. Con todo lo disponible en nuestro mundo tenemos la oportunidad de escoger, profundizar y extender nuestro conocimiento de la naturaleza física para elevarnos vertiginosamente en los vuelos más sublimes de la Imaginación.

El mundo humano abarca varios niveles diferentes, que corresponden con los grados de madurez en la cultura individual y humana. El punto que comienza con el nacimiento de un ser humano y el primer surgimiento del Homo Sapiens verdadero, hasta la individualidad madura y las cumbres más altas de la civilización -donde el hombre se fusiona con los dioses-, es un camino lento y pesado. Han pasado milenios antes de que el hombre pudiera alcanzar su limitado nivel actual. Pueden distinguirse muchos estadios diferentes a través de los que la sana conciencia pasa, en su transición, desde los estados de los animales hasta los estados de los dioses. Para los fines presentes podemos dividir ese largo pasaje en dos partes, examinando al protohombre y el grupo positivo por un lado y, por el otro al individuo responsable, así como a la comunidad espiritual.

La línea divisoria entre estos dos niveles de la humanidad es la que se marca con el acto de compromiso con respecto a la Evolución Superior. Examinaremos este paso crucial con más detalle en el capítulo siguiente, pero para los fines del presente podemos decir que este compromiso se toma cuando un individuo se siente lo suficientemente atraído hacia el Ideal de la Iluminación, de tal forma que su búsqueda ocupa el centro de su vida, y así, ha ido al Refugio de las Tres Joyas, el Buda, el Dharma y la Sangha, como se conoce este acto de compromiso en el lenguaje tradicional, es decir, cuando se ha empezado en el Sendero Espiral. Es en la esfera humana que la Espiral realmente comienza, así como nuestro examen del segundo nivel de la humanidad, pertenecientes al siguiente capítulo. Se podría decir que el único ser humano verdadero es el individuo comprometido -el que está inspirado por el ideal de la trascendencia del ego- ya que el desarrollo de la individualidad depende del ser capaces de ver más allá de nuestros propios intereses. Hay una línea de desarrollo sano, hasta ese punto, que sin embargo no incluye las distorsiones de la conciencia inmadura del yo que produjo al espectro hambriento, al demonio, al titán o al animal. Este proceso de desarrollo es el que he descrito como el estadio del protohombre y del grupo positivo.

En tanto que no exista una individualidad plena habrá una pertenencia a un grupo; si no hemos diferenciado plenamente nuestros pensamientos y sentimientos propios de los enfoques y actitudes de la sociedad en la que vivimos, si no hemos llegado a percatarnos del condicionamiento que ha tomado forma en nuestra mente y si no nos responsabilizamos plenamente por todas nuestras acciones, entonces seremos simplemente otro miembro más del grupo. Estaremos formados por las presiones y los enfoques de aquellos que nos rodean más que por nuestra propia conciencia individual. De la misma manera que un niño es moldeado por sus padres, maestros y otras influencias, y del que no se puede decir que realmente cuenta con un punto de vista independiente, ni se le puede contar como responsable moralmente, así, la mayoría de los humanos apenas pueden distinguirse del grupo social al que pertenecen. De una forma inevitable, los niños dependen de sus padres para contar con valores morales y una educación social -esto es, por supuesto, normal y sano-. De igual modo, mucha gente necesita el apoyo y la seguridad del grupo, así como sus normas, hasta que su individualidad propia haya madurado. La forma en que madura el niño depende en gran medida de los adultos de su medio; la forma en que madura el protohumano depende del grupo al que pertenece. Por lo tanto tenemos que distinguir los diferentes tipos de grupo.

Pueden analizarse los grupos en términos de los seis mundos. Las sociedades y naciones enteras pueden caracterizarse de una manera general en varios tipos: de los espectros hambrientos, de los titanes, de los demonios o seres infernales, si, respectivamente, la avaricia, envidia, odio o ignorancia son las fuerzas predominantes de la cultura. El protohumano también vive en grupo, pero esta vez el grupo es de tipo positivo. Todas las influencias en esa sociedad tienden hacia la producción de emociones positivas y estados mentales saludables.

En primer lugar, el grupo positivo es lo que yo llamaría sanamente pagano. El humano es el eje de la Rueda y la Espiral, el punto de intersección de la evolución inferior, con la Evolución Superior. El humano posee un cuerpo, que es el producto de un largo proceso de desarrollo biológico, y cuenta con una capacidad de autoconciencia que le permite alcanzar la Budeidad; niega cualquier aspecto de su ser a su propio riesgo. Es decir, el pagano en este sentido reconoce las diferentes fuerzas dentro de sí mismo y dentro de los que le rodean, y les permite una expresión adecuada, pero no deja que éstas lo dominen ni que distorsionen su mente. No siente odio ni desprecio por su cuerpo, ya que dicha actitud produciría represión y conduciría a las torturas de los espectros hambrientos, que no pueden admitir lo que ansían, lo que los lleva a obtener substitutos insatisfactorios. Al mismo tiempo, el pagano saludable no permite que sus demandas instintivas dominen su auto conciencia por completo. Si esto sucediera, viviría tan sólo para comer, dormir y copular, como lo hacen los animales.

Generalmente el sexo es el instinto natural del que más se abusa, debido a su fuerza predominante. En el grupo positivo, el sexo no es considerado como algo "sucio" o pecaminoso; tener deseos sexuales se considera algo normal y saludable, y se reconocen abiertamente los placeres del sexo. Sin embargo, no se lo sobrestima o eleva, poniéndolo como una obsesión consumadora total. Al mismo tiempo, se reconoce su poderosa fuerza disruptiva, ya que puede desbaratar la vida estable de la familia y socavar la armonía de la comunidad. Un marco de referencia de la costumbre y etiqueta, asegura que mientras no haya represión no habrá propensión al exceso, ni a la complacencia neurótica, en tanto que las sanas y decorosas manifestaciones serán expresadas en las relaciones comunes entre los sexos. De esta manera, el instinto sexual tiene una salida sana sin ser una plaga para la mente. En algunas de las culturas paganas más exitosas del pasado, como la Grecia antigua, el sexo no estaba rodeado de muchos tabus, aparte de aquellos relacionados con el incesto. La homosexualidad, con frecuencia, se consideraba algo honorable, incluso noble, y no solamente se la toleraba como si fuera la aberración necesaria de unos cuantos desviados. En primer lugar, permitía una salida sexual para el soltero, sin las responsabilidades que el embarazarse a alguien le impondría. Era considerada también como algo que reforzaba los lazos de amistad entre los hombres -ya que eran los hombres los que comúnmente la practicaban sin el surgimiento de polarizaciones sexuales. Para algunos hombres y mujeres la homosexualidad puede proporcionar una forma por la que pueden mantenerse libres de las ataduras de la vida familiar, de tal manera que puedan dedicarse por completo al seguimiento del Sendero Espiral, sin tener que renunciar al sexo de una vez por todas.

Los hombres y las mujeres en el grupo positivo cuentan con una actitud saludable en relación a su cuerpo, en todos sus aspectos. La persona pagana satisface sus necesidades corporales de una manera sencilla y se asegura de que se encuentra en buena forma física y saludable; no desdeña ni tortura su cuerpo. Es el vehículo de expresión de su ser y el medio a través del que actúa. Por medio del cuerpo humano tiene la posibilidad de crecimiento y por eso lo cuida y alimenta con orgullo y esmero. Esta actitud mental se manifiesta en la forma elegante y placentera con la que se viste y arregla, sin tratar de llamar la atención por medio de la exageración, ni expresando odio hacia sí mismo o descuido a través de una ropa sucia y poco atractiva; con su apariencia muestra un adecuado auto respeto por los demás. De la misma manera, se encuentra en armonía con el mundo natural que le rodea. Aprecia profundamente la vitalidad en todas las cosas y responde inmediatamente a la belleza y sublimidad de su ambiente. Además, tiene cuidado de no explotar o desperdiciar los recursos naturales de su ambiente.

El grupo positivo imparte en sus miembros un sentimiento de confianza y seguridad. Cada uno se siente valorado y no cuenta con sentimientos de odio personal o minusvalía. Confía en su cultura y en aquellos que se la proporcionan, y no cuenta con las sospechas o rebeldías que muchos occidentales modernos sienten hacia la civilización de la que provienen. Ama y respeta las tradiciones de su grupo y trata de preservadas con orgullo. Es capaz de creer en su cultura y, por lo tanto, en sí mismo, lo que le lleva a cooperar con otros miembros del grupo con un espíritu solidario en los asuntos económicos, políticos y sociales de la comunidad. La energía colectiva del grupo es aprovechada para los fines positivos: empresas sociales que beneficiarán a sus miembros, ya sea en una prosperidad material o con belleza y aprendizaje. Ningún enemigo del grupo encauza la agresión excedente, ya que el vigor de toda la comunidad es usado de manera perspicaz.

Las tradiciones del grupo positivo se manifiestan, primero que nada, en los modales y costumbres que garantizan la armonía y las relaciones de respeto entre la gente. Todo niño aprende de la conducta de sus padres que debe actuar de forma educada y amigable con respecto a los otros y, por ejemplo, que a los huéspedes debe tratárseles con amabilidad. Las relaciones sociales, por lo tanto, están caracterizadas por una alta consideración y cuidado. La tradición cubre hasta la cuestión más insignificante, de tal manera que cada persona sabe cuál es la conducta que expresa más adecuadamente esa sensibilidad amistosa para cada situación. Además, imparte un código ético más básico con respecto a la abstención de homicidios, robos, violencia sexual, etcétera. Dado que aun esta sociedad modelo es un grupo, cuyos miembros no han desarrollado un sentido ético natural, entonces, ese código moral tiene que sancionarse por medio de un sistema de justicia que castiga a aquellos que la infringen y recompensa a aquellos que cumplen los preceptos. Cada persona sabrá sus obligaciones como ciudadano y lo que tiene que hacer o no; sentirá plena confianza de que las leyes de su grupo son justas y que esto se manifestará en la adecuada sentencia que seguirá la comisión de un delito.

Todas las influencias de tal tradición positiva son ascendentes. Las ciudades están construidas de una manera que es hermoso mirarlas y agradable vivir en ellas; se fomenta el aprendizaje y las artes, y hay un sentido de idealismo que impregna todos los actos de la vida pública. Las decisiones no son tomadas en base a los intereses sectarios, los que mañosamente luchan por una posición de poder, sino a través de un respeto común por ciertos valores que trascienden los estrechos deseos personales. La sociedad entera se eleva con una visión de una vida más elevada, a la que, por lo menos en cierto grado, se honra y respeta. Sin ese incentivo consistente en una serie de valores superiores, el grupo retrocedería sobre los intereses de sus miembros; dado que éstos están propensos a entrar en conflicto tarde o temprano, la fábrica de la sociedad se escindiría a causa del conflicto, y el

grupo positivo se convertiría en un grupo negativo: ya sea de demonios, titanes o de espectros hambrientos. Sin un ideal que la generalidad haya aceptado, no puede existir un grupo positivo.

No puede fabricarse un ideal, ni es posible tampoco construir una visión artificialmente sobre principios abstractos. Una visión tiene que ser una experiencia viviente, tiene que sentirse vívidamente, dejando a un lado cualquier aspiración egoísta y cualquier valor muerto. Una visión requiere de un visionario; tiene que haber gente en el grupo que vea los ideales claramente y que los personifique lo suficiente, de tal manera que pueda transmitir la visión superior a partir de la que surge el grupo positivo. El grupo tiene que reunirse alrededor de personas que se hayan desarrollado como individuos lo suficiente y que, por lo tanto, cuenten con una experiencia propia de un nivel superior de conciencia. El grupo positivo necesita líderes que sean individuos con una experiencia directa de la verdad. Sólo si los miembros del grupo respetan al más sabio, y si son receptivos para con éste, llegará a existir el tipo de cultura llena de inspiración que mencionamos anteriormente.

Probablemente ha quedado claro ahora que el budismo no es democrático en un sentido inherente, tanto y como a muchos apologistas les gustaría que fuera. Tampoco es aristócrata en el sentido común del término, ni aboga por la subordinación de una parte de la población bajo los deseos egoístas de la otra parte. Su “ideología política” proviene de su creencia de que la vida humana tiene el propósito de nuestra evolución como individuos hacia la meta de la Budeidad. Esto demuestra cómo las diferentes personas se encuentran a diferentes niveles de desarrollo y que, como se puede observar, son sólo unos pocos los que se encuentran en un nivel evolutivo alto. Si las decisiones se encuentran basadas en las opiniones de la mayoría, estarán inevitablemente fundadas en el nivel de entendimiento más bajo. Lo que la mayoría de la gente quiere es aquello que considera más acorde a los intereses de su propio ego limitado, y no algo que pertenece a un código superior de valores. Al mismo tiempo, el budismo no es antidemocrático -es cierto, que el estilo occidental de las democracias parlamentarias del presente es la forma menos ofensiva de gobierno para todo aquel que desea crecer, puesto que apenas impone sus ideas-. De hecho, el Buda no era partidario de ninguna forma de gobierno en particular. Cualquiera que ejerce el poder, sin importar la forma en que lo obtiene, debe estar motivado simplemente por el deseo de gobernar conforme a los principios morales y no de acuerdo con los intereses personales. Si aquellos que gobiernan tienen respeto hacia el bienestar de toda la gente, verán que la justicia sea administrada imparcialmente y con bases éticas, fomentando una cultura superior en general y una vida espiritual en particular, honrando a aquellos que se han entregado a ésta plenamente; así, la importancia de la forma en que fue derivado su poder es secundaria -en tanto que no se haya obtenido a expensas del daño a los otros-. La revolución, a excepción de casos extremos, no puede justificarse debido al rompimiento de la continuidad de una tradición ya la violencia que acarrea. Se podría decir que la principal cuestión dentro de la política no es constitucional sino moral, e incluso espiritual. Sin una moral verdadera y un liderazgo espiritual, no puede existir un grupo positivo.

Por lo tanto, el grupo positivo es como una red de personas que no han llegado a alcanzar una plena individualidad ética y que no se han llegado a comprometer a la realización del ideal Transcendental. No cuentan con un sentido moral ni con una visión espiritual propia. Si se les deja solos van de regreso al limitado interés egoísta. Sin embargo, son capaces de responder a la guía ética y la visión reflejada, que es parte de su herencia cultural. Esto les permite actuar perspicazmente y les alienta a buscar más allá de su persona. El valor de su tradición está garantizado por los individuos creativos que la generaron en el pasado, y por sus sucesores que ahora la mantienen, con una visión renovada y propia. De esta forma, el grupo positivo fomenta una vida feliz, vigorosa y amigable, dedicada a fines más grandes que el propio individuo. Sobre todo, impulsa y educa a aquellos que desean ir más allá del grupo para experimentar la realidad Transcendental por sí mismos, que forma la base última del grupo positivo.

Todos aquellos que han sentido el impulso de alcanzar un nivel superior de conciencia pueden ser miembros de la comunidad espiritual. Si los miembros de la Sangha consideran que su petición es sincera, y que son capaces de afrontar el compromiso que desean tomar, serán aceptados independientemente de sus antecedentes o experiencia pasada. A pesar que es probable que el nuevo miembro de la comunidad espiritual o de la Orden, no se encuentre cerca de la Entrada al Flujo, y que todavía tenga girando en su interior la aidez, el odio y la ignorancia, por lo menos ha decidido que quiere funcionar en una forma bastante nueva. Ha decidido que quiere vivir éticamente, no a partir del miedo al castigo o del amor a la recompensa, sino porque cuenta con un prefiguramiento de respeto y meta hacia todas las criaturas, que constituye la base real de la moral. Desea desarrollar estados superiores de conciencia y, al final, la Visión Clara Transcendental. Quiere desarrollar amistades con otros que estén basadas, no en una superposición de intereses propios, sino en un amor y cuidado mutuos. Cuenta con un vislumbamiento de la visión que inspira a la comunidad espiritual y está preparado para abrir su ser a la influencia de ésta. Se permite a sí mismo ser un participante de la cultura y la tradición, que se encuentra en la base de la comunidad espiritual.

La comunidad espiritual es la realización de la vida humana y es su significado último. El grupo positivo se mantiene en existencia por medio de la Sangha, pero además proporciona un puente para que puedan cruzar hacia la misma comunidad espiritual aquellos que así lo deseen. De alguna manera, es sólo entonces que uno se convierte en un ser humano en total plenitud.

La oportunidad para salir del reino humano

En el mundo humano existe comunicación y cooperación, de tal manera que puede haber cultura, pero esta cultura puede contaminarse fácilmente, y el mundo humano degenera en uno de los mundos del sufrimiento. Tiene que haber una aspiración superior si se quiere que perdure el estado humano. El ser humano tiene que comprometerse a seguir el Sendero espiritual. Así que el Buda en este reino aparece en la forma de un seguidor de la vida espiritual de tiempo completo, y alienta a otros a comprometerse en el ideal de la Iluminación, en los métodos y prácticas que llevan a este Ideal y de llevar a cabo estos dos con otras personas también comprometidas a ellos (estos son los tres ideales del budismo; el Buda, Dharma y Sangha)

Los Cielos de los Dioses

Por encima del mundo humano se extiende, plano sobre plano, el plano de los mundos celestiales; cada uno de una sutileza y una felicidad mayores que el anterior. Los mundos inferiores de estos mundos de los dioses se encuentran todavía dentro del plano de la experiencia de los sentidos, sin embargo, los planos superiores se encuentran dentro de las dimensiones de la forma arquetípica y la cualidad que va más allá de forma. A pesar que los cielos corresponden colectivamente al ascenso Espiral de la Evolución Superior, en el presente capítulo examinaremos los pertenecientes al plano sensorial.

Las palabras en pali y sánscrito que se usan para denominar el término “dios”, provienen de una raíz que significa “brillar”. Los dioses son los que brillan o resplandecen, que viven en un placer y una felicidad puras. Tradicionalmente se reconoce que dichos seres son celestiales y que pueden encontrarse en la tierra. Existen mundos celestiales en los que podemos nacer como dioses, pero también es posible vivir en esta tierra como si fuéramos dioses. Los reyes y príncipes, en tiempos pasados, parecían tener una vida divina llena de poder y riqueza, y capaz de satisfacerles cualquier deseo. Hoy en día también contamos con gente rica y poderosa que se mueve en un plano de opulencia, lejos del alcance del hombre común y corriente. El hecho de que muchos de ellos son notoriamente infelices es un signo, quizá, de que han sido los titanes los que han atrapado a los ricos, y no los dioses que han atraído riquezas por la virtud de sus acciones. Otro tipo de dios en la tierra es aquel que cuenta con logros espirituales, el que ha Entrado en el Flujo; a aquellos que se encuentran más allá se les atribuye el conocimiento Transcendental y brillan con las cualidades ideales que han incorporado. Continuamente experimentan la alegría de la ausencia de la dualidad, y caminan como héroes o heroínas con plena confianza y poder. Sin embargo, el mundo de los dioses, propiamente hablando, es una dimensión de existencia objetiva, en la que cualquier entidad con conciencia del yo puede renacer.

La esfera de los dioses del plano sensorial, de acuerdo con la tradición, consiste de seis niveles. Se dice que los seres del nivel inferior son capaces de interactuar con el plano humano, siendo los espíritus benignos del folklore: hadas, driadas, nereida... y otros espíritus naturales. Por encima de éstos se encuentran los seres de un poder y esplendor superiores que se corresponden, aproximadamente, a los dioses olímpicos de los griegos, aunque su vida sea intachable. Los planos más altos los ocupan, respectivamente: los Dioses satisfechos y los Dioses que se deleitan en las creaciones de otros. Cada ser divino cuenta con un cuerpo físico y una sustancia sutil que no es percibida por el ojo humano común y corriente. Son de una forma muy hermosa y de noble aspecto; todo lo que desean aparece frente a ellos y experimentan constante gozo sensorial y satisfacción. Cuanto más alta sea la esfera, más refinados y satisfactorios serán sus placeres. Los dioses de cada mundo forman una sociedad altamente civilizada, la que normalmente se representa por una corte real presidida por el rey, o el dios principal; pasan juntos el tiempo disfrutando la belleza.

Estos dioses de la esfera sensorial cuentan con una diferenciación sexual aunque, en cada nivel ésta es menor. Tienen actividad sexual, pero en tanto que la polarización entre hombre y mujer se relaja, el sexo se convierte en algo cada vez más sutil. En los niveles inferiores se obtiene gratificación sexual por medio de la copulación, como entre los humanos. Más arriba se logra cogiéndose de las manos, y, progresivamente, sonriendo, por medio de una mirada prolongada, y finalmente con tan sólo una mirada. En este nivel superior la masculinidad y la feminidad están tan estrechamente unidas que, si los ojos de un hombre se encuentran aún por un momento con los de una mujer, se alivia la tensión que trae la unilateralidad, brindando todo el placer de la descarga sexual. Cada rango de los dioses está más altamente integrado que el anterior, y el ascenso a través de sus niveles marca la superación progresiva de la polarización sexual.

Dado que comparten la misma esfera de experiencia sensorial, ya pesar de encontrarse en los niveles más enrarecidos, los dioses no se hallan lejos de la dimensión humana, con la que son capaces de interactuar. Se dice que les gusta visitar lugares de una gran belleza natural, y que se sienten atraídos hacia gente que es feliz y positiva. Les gusta, particularmente, estar rodeados de aquellos que se encuentran desarrollados espiritualmente, y se dice que, con frecuencia, irradian una influencia benéfica sobre éstos, como una especie de ángeles guardianes. Se sostiene también que los humanos pueden desarrollar la facultad de ver y comunicarse con estos seres divinos. El budismo no es el único que sostiene esta creencia, sino que hay muchas otras tradiciones que hablan de sabios que han sido capaces de hablar con seres de dimensiones superiores. Dado que estos dioses son la personificación de un nivel superior de conciencia, sólo los podrán contactar aquellos que han elevado su propia mente humana hasta ese grado.

Estos dioses, al igual que aquéllos de las esferas superiores, son impermanentes; la vida para ellos es inconmensurablemente larga -cuanto más alta se encuentra la esfera, más larga es la vida-, pero todos tienen que morir cuando el patrón de voliciones que los hizo dioses se haya terminado. No hay seres inmortales en la cosmología budista, a pesar de lo extraordinariamente largas que puedan ser sus vidas, como se dice que son las de los dioses. Los dioses están condicionados, como cualquier otro habitante de la Rueda o la Espiral. Ninguno de los dioses es un dios en el sentido creador, ya que los procesos condicionados no tienen ni principio ni fin, y no han sido creados. Desde un punto de vista ético y espiritual, el budismo considera que es sumamente peligroso creer en la idea de un dios único que preside sobre el universo, sin importar si el concepto es presentado en su forma antropomórfica más cruda, o por medio de teorías filosóficas altamente abstractas. Un universo centrado en un dios es imaginado con una autoridad última y, por lo tanto, fomenta la irresponsabilidad moral, ya que sus mandamientos tienen que obedecerse independientemente de los sentimientos personales. También pone un límite en el desarrollo humano, ya que siempre existe la dicotomía irreductible entre el dios y la criatura. Para los budistas no existe un límite para la evolución de la conciencia y es posible trascender todas las dualidades. Los dioses, por refinado que sea su nivel, siempre son inferiores al Buda, ya que todavía se encuentran dentro del proceso condicionado, atrapados en el marco de referencia de sujeto y objeto.

Las esferas de los dioses del plano sensorial son la objetivación de una conciencia ética. Esos seres, que normalmente funcionan con perspicacia y han alcanzado un sentido moral natural, actúan a partir de voliciones saludablemente crecientes. En términos tradicionales, "hacen méritos", es decir acumulan un almacén de potenciales volitivos positivos que finalmente fructificarán en consecuencias placenteras; y las que experimentarán en esta vida, si es que no han establecido demasiada carga negativa en las pasadas que lo contrarreste, o en un renacimiento futuro en un mundo celestial. Si podemos ver que los otros tienen sentimientos propios, y si somos capaces de sentir empatía por ellos, entonces actuaremos de una forma ética y comenzaremos a acumular mérito. Este mérito puede experimentarse muy rápidamente, en tanto que la vida se torna más placentera y tranquila, y las oportunidades, que parecen presentarse solas, son cada vez mejores. Hasta un grado superior, aún se encontrarán las consecuencias de los méritos en los mundos de los dioses, que en su conjunto son más bellos que la tierra, ya que carecen de la mayoría de las características desagradables. Los resultados kármicos de la acción perspicaz se experimentarán como un sentimiento incrementado de bienestar y tranquilidad, y una experiencia sensorial más placentera.

El hecho de que una forma de vida perspicaz esté acompañada, probablemente, de un mayor placer de los sentidos, es un índice de la identidad del sentido ético y estético, de la bondad y la belleza. Alguien cuya mente se encuentra dominada por estados mentales negativos, muy raramente será capaz de apreciar los más refinados deleites de los sentidos. Su placer se encontrará en la liberación de la tensión cautiva y no en el goce de la proporción y la armonía. La contemplación de la belleza sensorial en su plenitud está reservada para aquellos con la conciencia tranquila, cuyos estados mentales tienen cierta correspondencia con las placenteras formas que perciben. El cultivo de un sentido estético debe ir de la mano con el desarrollo de la moralidad, de otra manera degenerará en simple esteticismo -un amplio conocimiento técnico sin apreciación real- o en simple sensualismo. Los dioses del plano sensorial son aquellos que, a causa de su bondad, son capaces de apreciar la belleza.

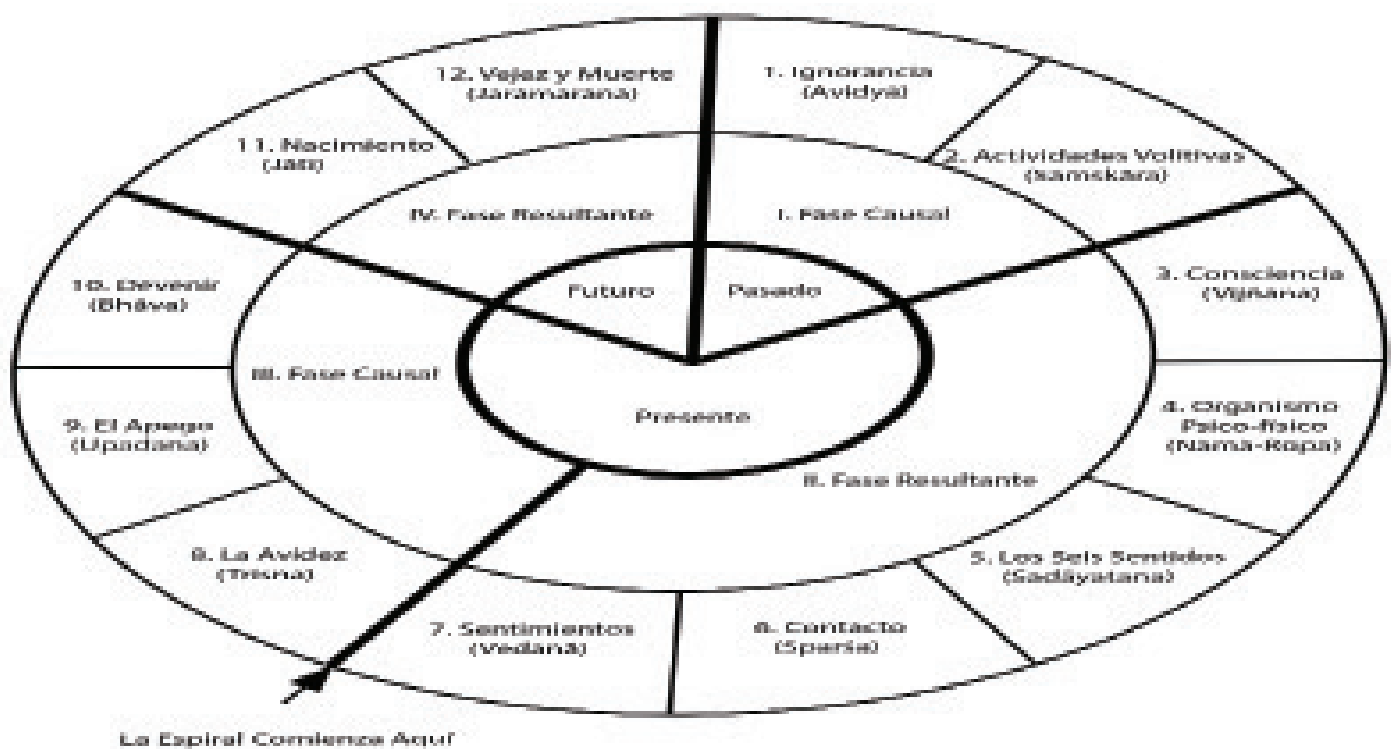
Los placeres de la esfera de los dioses contienen un peligro; es tan placentero vivir en el deleite puro de los sentidos, que el dios puede perder conciencia con respecto a quien es él. El que ahora disfrute de la alegría de los sentidos es el resultado de su concienciación y sus acciones perspicaces, y de su esfuerzo ético pasado. Pero a menos de que continúe esforzándose y tratando de desarrollar su conciencia, se hundirá gradualmente en un estadio de evolución inferior o, cuando mucho, se estancará en donde está. Para la mayoría de nosotros, este atractivo peligro yace en el futuro, pero mantiene un mensaje: cuando estamos felices disfrutando de nuestra persona, tendemos a perder conciencia, cayendo en una conducta torpe. No es que debamos evitar la felicidad o que los dioses deban evitar los placeres de su esfera, sino que debemos esforzarnos todo el tiempo por mantener

la conciencia de nosotros mismos como individuos en desarrollo, bajo las experiencias más placenteras y dolorosas. Para los dioses es demasiado fácil caer en el olvidadizo éxtasis del momento, sin pensar en escalar más alto. Resulta fácil, dentro de la vida espiritual, permitir que se establezca la complacencia.

La oportunidad para salir del reino de los dioses

El Buda en este reino se aproxima a los dioses en sus propios términos; al estar absortos en el placer, responden a la belleza de la melodía que toca con su laúd. La música tiene una cualidad cautivadora, es adorable, pero nunca puede ser atrapada para saborearla eternamente: la melodía fluye siempre pero finalmente se acaba. Con tan sólo escucharla, los dioses se acuerdan de la impermanencia, ya que en su felicidad extrema y deleite no se han dado cuenta del transcurrir del tiempo. Se les remueve de su complacencia y se les incita a ascender la Espiral de la Evolución, cambiando los frágiles placeres del cielo por la felicidad permanente de lo Trascendental.

LOS DOCE ESLABONES DE LA RUEDA



LOS DOCE ESLABONES DE LA RUEDA

Desde la impregnante oscuridad percibimos una figura que, tambaleante, avanza a tientas hacia nosotros. Es un hombre viejo, encorvado por los años, mas no por la sabiduría, su mirada refleja el vacío de una ceguera total y la expresión de su cara muestra una especie de estupidez esperanzada. Piensa que ya ha estado allí anteriormente, parece recordar el paisaje que le rodea y avanza con impaciencia. Pero, ¡ay! nunca ha estado allí, y la escena que se imagina difiere bastante de la realidad. Vacila una y otra vez y cae. Pero cada vez logra ponerse de pie lentamente con una esperanza renovada. Piensa que esta vez podrá recordar la ruta, pero tropieza una y otra vez.

En el siguiente cuadro vemos un alfarero moldeando el barro sobre su rueda, sus diestras manos hacen jarros y jarrones, ollas y platos. Si lo observamos de cerca, vemos reflejados en su cara muchos estados de ánimo diferentes: tristeza, enojo, alegría, culpa, vanidad, los que se siguen unos a otros, uno por uno. Y cada sentimiento dirige sus dedos; cuando se inflama de coraje, el jarro que moldea es duro y desagradable, cuando se encuentra dominado por el odio y la avidez, sus dedos lo reflejan en su creación.

Un mono juguetea en un árbol, saltando de rama en rama, sin quedarse quieto un solo instante. En la punta del árbol ve el brillo de una fruta madura y salta para alcanzarla, sus patas se abrazan al tronco del árbol, su cola enrollada se menea. Coge la fruta y le da un gran mordisco, con la boca llena y aún sin masticar la fruta, de repente ve otra fruta, que se encuentra más lejos aún. Sin darse cuenta, suelta la fruta que acababa de coger, se traga lo que tenía en la boca y se precipita hacia la nueva tentación. Muy pronto, al pie del árbol, hay un montón de fruta a medio masticar.

Cuatro hombres se encuentran sentados en un bote de remo. Uno de ellos tiene los remos, otro se encuentra mirando, un tercero es el vigía y grita con excitación de vez en cuando, informando sobre las vagas formas que ve en el horizonte. El cuarto hombre mantiene un comentario constante acerca de la dirección que llevan, da consejos acerca de cómo piensa que los otros deberían desempeñar su trabajo, y manifiesta sus preferencias acerca del destino que deben tomar. A veces discuten, acusándose unos a otros por no cumplir con sus respectivas tareas. Ninguno de ellos realmente sabe hacia dónde se conducen, y así dan vuelta de aquí para allá, siguiendo tan sólo el capricho del momento. Ignoran los peligros que les rodean: tormentas, rocas y monstruos marinos. Tampoco saben que su bote está haciendo agua y que necesita urgente reparación.

Un hombre está sentado dentro de una casa con cinco ventanas y una puerta, aberturas a través de las que observa al mundo. De la puerta entra y sale un torrente de gente, cada una de ellas vestida a su propio aire, llevando sus bolsas de compras o comida, herramientas de trabajo o bolsos de deportes, algunos felices y sonrientes, otros reflejando malos propósitos. El hombre observa todo este panorama muy cuidadosamente.

Un hombre y una mujer se miran apasionadamente; por fin se encuentran juntos, con las manos entrelazadas y abrazándose se besan en un intento por fundir sus cuerpos en uno.

Un grito de dolor rompe el silencio y un hombre cae de rodillas gimiendo, las manos en la cara. Tiene una flecha profundamente clavada en el ojo derecho.

Es un día caluroso y lleno de polvo, y hay un hombre que ha trabajado en el campo. Se encuentra sentado esperando, cansado y sucio, y sobre todo sediento, ya que no ha bebido nada desde hace bastante tiempo. Tiene la boca seca y siente la lengua tiesa y pesada. De una forma grácil y lenta, una mujer le trae un vaso de agua fría, él la llama con enojo, desesperación e impaciencia.

Una mujer camina por el campo, no ha comido nada en horas y su estómago se queja de hambre. Ve las manzanas que crecen en un huerto y se dirige hacia ellas rápidamente; poniéndose en puntillas logra alcanzar una manzana, arrancándola de la rama.

Perdida en el deseo, una pareja se funde en el acto sexual; debido a su excitación, ninguno de ambos advierte que el vientre de la mujer ha empezado a generar una nueva vida.

Una mujer, con la cara cubierta de sudor, tiene la mente consumida por el dolor. Entre sus piernas abiertas, un médico coge cuidadosamente en sus manos al nuevo ser nacido.

Seis hombres llevan cargando sobre sus hombros un ataúd de madera. Lo bajan lentamente para ponerlo en la rampa que lo llevará al crematorio, con el cuerpo que se encuentra dentro.

Ante nosotros se presentan estas doce escenas, como un cuadro vivo de un escenario que se encuentra girando. En cada vuelta de la Rueda las posturas son ligeramente diferentes, las figuras están vestidas de forma distinta y cuentan con nuevos rasgos. Pero las doce escenas son siempre las mismas, y así serán hasta que las traslademos de la Rueda a la Espiral.

Condicionalidad (Pratītya samutpāda)

Es imposible capturar la riqueza total de la vida a través de las palabras. Estas sirven tan sólo de indicadores o de guías, por medio de las cuales podemos dar rienda suelta a nuestra imaginación con respecto a la realidad que intentan expresar. Con frecuencia, nuestro lenguaje y palabras nos enredan en la red de un entendimiento simplista que es difícil de distinguir, ya que forma parte de nuestro discurso diario. Ya causa de que etiquetamos los objetos en el mundo con sustantivos, llegamos a pensar que éstos son entidades que no cambian -entidades aisladas, que tan sólo interactúan por medio de un sistema de intercambios mecánicos-. Incluso pensamos lo mismo con respecto a nosotros mismos. Cuando buscamos el origen de eventos particulares, tendemos a buscar las causas simples, como si la realidad fuese un gigantesco motor, hecho de palancas y poleas. Buscamos las causas que han producido los eventos más sutiles, de la misma forma que la cuerda pone al reloj en marcha. En tanto que tal enfoque simplificado es perfectamente adecuado para los propósitos más comunes y corrientes, pasa por alto los complejos eslabones de todos los elementos del universo que no se pueden expresar. Los objetos no son opacas unidades solitarias, sino procesos entrelazados con todos los demás procesos que conforman la realidad. Incluso, se podría decir que cada evento singular es el producto del cosmos en su totalidad.

Estos procesos no sólo se encuentran entrelazados en el tiempo y el espacio, sino que además, como hemos visto, se encuentran acomodados en órdenes; cada nivel cuenta con sus leyes propias, las que funcionan y afectan los órdenes, tanto inferiores como superiores, siendo afectados igualmente por éstos. Es esta danza vertiginosa de fuerzas la que trata de comunicar con nuestras llanas palabras. Al hacerla de esta manera, las palabras nos ayudan a reducir esta complejidad cósmica en una unidad práctica simple, para los propósitos del funcionamiento diario, y además, esto es capaz de llevarnos más allá de las palabras mismas, hasta la experiencia de la infalible riqueza de la existencia. La única forma en la que tendremos éxito para llegar a darnos cuenta de esta trascendencia, es usando las palabras, no como signos matemáticos, sino como una poesía, que nos pueda transportar a niveles nuevos de entendimiento directo. Esta es la forma en la que el Buda usó el lenguaje, al tratar de comunicar su visión acerca de la naturaleza de la realidad.

En su famosa fórmula de la Coproducción Condicionada, el Buda muestra que toda persona o evento surge del yacimiento de condiciones, sin las que no podría ocurrir: surge en dependencia de estas condiciones. Cada evento surge en dependencia de una vasta red de condiciones, las que al final abrigan al universo entero. No todas las condiciones cuentan con el mismo poder para determinar, ni tienen la misma importancia como factores condicionantes. Los filósofos budistas han hecho una distinción entre los varios tipos diferentes de relaciones condicionadas: algunas condiciones, en términos occidentales, son causas eficaces, algunas proporcionan el medio ambiente de apoyo en el que un evento puede tener lugar, algunas son catalizadores, y otras surgen simultáneamente con el objeto de condicionar una vez más. No necesitamos detenemos aquí con los detalles de estos y otros tipos de condiciones, lo importante es que el Buda no vio el mundo como un modelo mecánico: A es la causa de B; o como bolas de billar que pegan una a la otra. Dio expresión a su visión en términos de una compleja serie de relaciones condicionadas, entre los procesos que se encuentran en constante cambio. Se parece más a un enfoque ecológico de la causalidad que a uno de tipo mecánico. De esta manera, se hace mucho más justicia a la total complejidad de las cosas, y es más pequeño el paso entre el uso de las palabras y la experiencia directa.

Todos los fenómenos están sujetos al principio de la condicionalidad; ya sea una roca o un mal humor pasajero, puede verse como cada uno es un eslabón en la vasta cadena de condiciones. Ahora pasaremos a explorar la aplicación del principio de la condicionalidad a los fenómenos del nacimiento y la muerte humanos. Habremos de dirigirnos hasta el borde de la Rueda de la Vida, ya que para el propósito de esta exposición es mejor abordar este círculo exterior antes de examinar las seis esferas. Hay doce escenas que se encuentran configuradas alrededor de todo el borde, cada una representa un “eslabón” en la “cadena” de la condicionalidad, que es la vida humana.

De acuerdo con ciertos relatos antiguos, cuando el Buda estaba sentado bajo el árbol de la Iluminación, al haber alcanzado la Iluminación y ser capaz de ver las capas de condiciones de la existencia humana, no estaba buscando una causa primera en un sentido metafísico. El budismo enseña que no existe un principio discernible acerca de los procesos condicionados, y que, por lo tanto, no hay un acto de creación a partir del que todo se ha desprendido. En cualquier condición que nos encontremos, siempre podremos buscar las condiciones de las que dependió su surgimiento. La ronda de condiciones siempre se encuentra girando. Lo que el Buda reveló fue que la cadena de condiciones que conforman la vida humana es circular, sin principio ni fin. Esa cadena consiste de doce eslabones, un número arbitrario, y el proceso se podría analizar en más o menos factores. Cada eslabón puede tomarse como el punto de partida, siendo seguido por todos los demás.

Esta pregunta llevó al Buda a través de diferentes niveles de condiciones, las cuales, en los doce eslabones, se diseminan en tres vidas. Para añadir complejidad a la enseñanza, no todas las condiciones son del mismo tipo de las que proceden. Por lo tanto algunos factores se presentan más de una vez en la cadena. No son una serie de causas que sólo podrían conducir a una regresión infinita. Pero, a partir de sus dificultades aparentes, el mensaje básico de la enseñanza de los doce eslabones de la Coproducción Condicionada quedará claro al ir examinando cada eslabón en detalle. Generalmente la cadena empieza con la ignorancia, ya que es la condición de mayor generalidad, que forma la base de todas las demás. Sin embargo, la ignorancia surge en dependencia de algunas causas, e incluso la muerte da surgimiento a nuevos fenómenos. Tenemos que empezar en alguna parte del círculo y, por cuestiones metodológicas, la ignorancia es el mejor punto.

1. Ignorancia (Avidyā)

Este eslabón está compuesto por la imagen de un ciego que camina tambaleante, sin poder ver adónde va. La ignorancia es como la ceguera, no nos permite ver. Es el entendimiento perspicaz limitado con respecto a la realidad de las cosas, es la falta de imaginación e incluso la ausencia de la Iluminación. Sin embargo, no consiste tan sólo en el hecho que no vemos, sino en que creemos que vemos: somos ignorantes con respecto a la naturaleza real de las cosas, la que creemos conocer. Todas nuestras acciones y pensamientos se encuentran basados en suposiciones acerca del significado y el propósito de la vida, aunque esto es inconsciente y poco sistemático.

Un curso de auto-cuestionamiento radical puede revelar nuestro grado de ignorancia rápidamente. Si empezamos a examinar lo que tenemos en la mente, tratando de discernir como adquirimos lo que pensamos que forma nuestro conocimiento, y cuestionamos nuestras suposiciones subyacentes, nos daremos cuenta de lo poco que realmente sabemos, en el estricto sentido de la palabra. La mayor parte de nuestro conocimiento se deriva de otras fuentes; absorbemos los enfoques de aquellos que nos rodean en una especie de ósmosis -nuestro deseo de pertenencia, de ser parte de un grupo más amplio, hace que aceptemos los enfoques predominantes, los que el grupo considera conocimiento-. Puede ser que los enfoques o hechos de la realidad que el grupo sostiene sean correctos, pero nuestras bases para adoptarlos no han formado parte de nuestra valoración propia, sino de nuestro primitivo deseo de pertenencia. Probablemente nos encontramos influenciados de esta manera en un grado que difícilmente nos percatamos, por nuestra nación, familia, pasado social, educación y los medios de comunicación que nos mantienen al tanto de lo que sucede.

Como hemos visto en el Capítulo Primero, el grupo no solamente forman nuestras opiniones, sino que además nuestros deseos están determinados por nuestras creencias. Son nuestros deseos de adaptación y pertenencia los que nos conducen a adoptar los enfoques de nuestros familiares y amigos. Creemos lo que queremos creer en gran medida y nuestro “conocimiento” es, por lo tanto, una simple racionalización, la cristalización intelectual de nuestras actitudes básicas. Nuestra percepción del mundo está plagada de nuestras reacciones subjetivas.

Aún y cuando empezamos a pensar un poco por nosotros mismos, dejando atrás las someras opiniones acerca de la vida, estamos dispuestos a llegar a algunos juicios finales con respecto a cuestiones de las cuales tenemos muy poca información. Para dar un ejemplo de mi experiencia propia, es sorprendente ver como

algunas personas inteligentes y respetadas pueden rechazar el budismo con un tono frío y nihilista; quizá como resultado de la lectura de traducciones precarias y equivocadas de textos budistas, aunque en otros casos basados en prejuicios. Si estas personas fueran razonables, podrían examinar el testimonio que se les presenta para ver si es fidedigno. Una y otra vez, en muchos ámbitos de la experiencia, suponemos conocimiento de una forma prematura, pensamos que conocemos los motivos de la otra gente, asumimos que entendemos los complejos manejos de la política internacional, confiadamente predecimos el resultado de los eventos de nuestra vida; podemos tener muy poca información del fenómeno en cuestión, pero eso no nos evita llegar a conclusiones. Aún y cuando la información que tuviéramos proviniera de las fuentes que consideramos fidedignas, tan sólo podríamos llegar a una inferencia simple, no podríamos estar seguros de nuestras conclusiones y no contaríamos con una certeza total. La mayor parte de la estructura de nuestro conocimiento es de este tipo. Naturalmente debemos usar la inferencia inductiva, la que nos permitirá hacer predicciones y generalizaciones acerca de lo que sabemos, haciendo uso de toda la evidencia con que contamos. Debemos percatarnos del valor de nuestra evidencia, sin embargo habremos de especular con prudencia, en tanto que formulamos nuestras conclusiones y no debemos olvidar que nuestros juicios son tan sólo inferencias, que no forman parte de un conocimiento certero. El hecho de que generalmente no procedamos de esta manera demuestra, una vez más, el elemento del deseo egoísta que agobia nuestra razón.

Así, perdidos en nuestra ignorancia, formulamos puntos de vista basados en evidencia somera y deseos personales. Estamos rodeados de enfoques que nos influyen, por medio de la cultura en la que crecemos y vivimos. Es casi imposible no recibir ninguna influencia, a menos de que tengamos una mente excepcionalmente fuerte y vivaz.

Nuestras opiniones nos tienen tan encerrados que no alcanzamos a discriminar lo sano de lo dañino. Los enfoques erróneos, en el sentido budista, crecen rápidamente como un virus mental en el débil tejido de nuestras mentes inmaduras. Estos cubren una amplia gama de actitudes, desde las más triviales hasta las más fundamentales. Aquí podemos brindar dos ejemplos: mucha gente, sin haber pensado mucho en su posición, sostiene un enfoque cuasi-igualitario, en tanto que otros tienen una perspectiva materialista. Los cuasi-igualitarios no sólo rechazan las distinciones sociales basadas en el nacimiento, sino que además rechazan la idea de que algunas personas están más desarrolladas que otras, considerando esto elitista o antidemocrático. La actitud detrás de este enfoque sería la siguiente: Soy tan capaz como cualquier otro y nadie es mejor que yo. Estas personas se enfrentan con una gran dificultad para aprender de otros cualquier cosa de importancia y, por supuesto, consideran que el sentir admiración por alguien es señal de debilidad. Un igualitarismo confuso de este tipo es bastante común en Occidente, y da surgimiento a una perspectiva que carece de una dimensión vertical. Todo es categórico y mediocre y se niega cualquier excelencia real. La jerarquía social basada en los privilegios por nacimiento, a diferencia de los méritos que producimos a nivel individual, habrá de distinguirse claramente de la jerarquía espiritual, basada en el logro individual de niveles de conciencia superiores. A menos de que reconozcamos dicha jerarquía espiritual no podremos desarrollarnos a través de los diferentes niveles; no sentiremos respeto por aquellos que han logrado avanzar más que nosotros y seremos incapaces de aprender de éstos. Esta jerarquía no tiene que formalizarse en grados y rangos, sino que, si somos sinceros, nuestra propia experiencia nos mostrará a quienes debemos respetar y si queremos crecer, la perspectiva que poseemos tendrá que incluir esa dimensión vertical.

En tanto que en la confusión del cuasi-igualitarismo todo se somete al nivel de la persona común y corriente, en el materialismo la vida humana es reducida a la gratificación de las necesidades materiales. Si creemos que todos los fenómenos, incluyéndonos a nosotros mismos, son tan sólo disposiciones de la materia, y que la mente es aniquilada en el momento de la muerte, entonces será muy poca la importancia que daremos al desarrollo de la mente. Dentro de esta ideología, la filosofía, la apreciación estética y la cultura en general serán, cuando mucho, simples pasatiempos, que nos servirán de entretenimiento en nuestro camino a la sepultura. Si dentro de estas condiciones sobrevive la ética, ésta será un medio que nos ayudará a organizar nuestras vidas y relaciones con menores inconvenientes. Dicho enfoque sostiene muy pocos valores e ideales, convierte al mundo en un lugar sin sentido alguno, sombrío, con una productividad basada únicamente en los placeres sensoriales, si es que somos afortunados. Mucha gente sostiene este enfoque en la creencia de que es "científico". Sin embargo, dejando algunas cuestiones filosóficas a un lado, antes de que esta perspectiva materialista pueda considerarse científicamente comprobable, todos los fenómenos de la mente tienen que ser explicados satisfactoriamente en términos de las leyes físicas; lo cual está lejos de ser el caso, por lo que el materialismo se convierte tan sólo en una creencia, y sus proponentes se adhieren a él en base a motivos poco racionales. Este enfoque conduce únicamente a una actitud egoísta, hedonista y superficial, caracterizada por la monotonía de una perspectiva aplastante.

Muchos otros enfoques son endémicos en la sociedad en general, infectando a aquellos que no han sido inmunizados por la concienciación. De hecho, una investigación honesta podría llevarnos a la conclusión de que la mayor parte del contenido de nuestros estados mentales es de este tipo. Hay enfoques que nublan nuestra mente y nos confunden con respecto a los diferentes aspectos de la vida. De acuerdo con la enseñanza budista, todos estos enfoques están equivocados, ya que están basados en los dos enfoques que acabamos de mencionar: el eternalista y el nihilista. Resumiendo, el eternalismo es la creencia de que detrás de todos los fenómenos de la experiencia hay un Dios o Ser Absoluto. Los eternalistas piensan que la vida es un esfuerzo por liberar lo más esencial en nosotros, el alma, de la esclavitud de los sentidos y llevada a la unión con el Ser Absoluto. Como una consecuencia de esta forma de ver las cosas surge un sentido ético severo y autoritario, que se manifiesta en un ascetismo voluntarioso. Los eternalistas viven al margen de la vida, viendo las experiencias que la vida brinda como distracciones ilusorias del Dios que se encuentra detrás de todo. Y por otro lado, en el nihilismo existe la creencia de que la muerte es el fin último de la vida y de que no hay una realidad más allá de la que vivenciamos con nuestros sentidos. Antes de que la oscuridad nos devore, lo único que podemos hacer es disfrutar de los placeres sensuales, incluyendo los más refinados. De una u otra forma, nuestra vida se encuentra fundamentada por estas dos actitudes básicas, encontrándonos oscilando entre ellas.

Ambos enfoques se encuentran basados en la distinción entre sujeto y objeto. El eternalismo es la creencia en un sujeto último, que existe sin ningún objeto, y el nihilismo, que el objeto mismo cuenta con una realidad. Atrapados en la división de nuestra conciencia tan sólo podemos pensar en lo que es lo último, al eliminar uno de lo extremos y absolutizando el otro. Incluso, en el mejor de los niveles metafísicos tendemos, ya sea a devaluar nuestra conciencia, sobrevalorando el mundo sensorial, o a sobrevalorar la vida subjetiva, a costo de la devaluación de nuestro mundo circundante. Las distinciones no son sólo de interés filosófico, ya que tienen ramificaciones psicológicas y éticas para todo el mundo. Los eternalistas se apartan de la vida reprimiendo sus instintos y se preocupan solamente de su experiencia subjetiva. Los nihilistas se apropian de la gratificación de los sentidos y no dan importancia al cultivo de sus facultades superiores, excepto con la finalidad de lograr una sensualidad más refinada.

El eternalismo y el nihilismo se encuentran en la base de la conducta, que puede ser indolente o altamente refinada. La mayoría de las grandes religiones del mundo son eternalistas, a pesar de que cuentan con seguidores sumamente inteligentes y sensibles. Al final, ambos enfoques son incorrectos y conducen únicamente a distorsiones y obstaculizaciones, basándose en la división de la conciencia, la que, de acuerdo con el budismo, se encuentra en una fase evolutiva. En tanto que la autoconciencia se diferencia de la masa de la simple concienciación de los sentidos, un aspecto de ésta se identifica con el sujeto y el resto se percibe como el objeto. Gradualmente, los aspectos literal y rígido de los límites de la conciencia se expanden y al final la barrera entre el sujeto y el objeto se desprende de una vez, experimentándose el estadio de la mente que va más allá de toda dualidad, y en el que la realidad se ve como un juego infinito de condiciones del potencial creativo, que no es posible explicar. Y así, no existe un eternalismo, ya que dentro del juego de condiciones no hay nada fijo o permanente que se pueda encontrar, y no hay un ser que sea absoluto. Tampoco existe el nihilismo, porque el individuo es solamente un flujo de estados que surgen en dependencia de cada otro, y la muerte es sólo un punto de transición de un estadio a otro.

En tanto que la diferencia entre sujeto y objeto todavía forma parte de nosotros, no es más que del ancho de un cabello, de modo que somos ignorantes y no vemos las cosas completamente como son; esto es, como una parte de la extensa red de procesos, todos entretejidos e interpenetrantes, y todos surgiendo en dependencia de condiciones. Para el budismo esto es el conocimiento; sólo al tener una experiencia directa de la realidad, como la subida y la bajada de los procesos condicionados, existe certidumbre. Aquí el conocimiento es lo mismo que la compasión, ya que al llegar a este punto sentimos un amor hacia todos los elementos de la realidad, como el nuestro propio, la distinción entre el yo y los otros deja de existir y se puede decir que uno es idéntico a la realidad entera.

La ignorancia es nuestra condición básica y debemos enfrentar esta situación, debemos aceptar que aún nuestro conocimiento mundano está constituido por simples conjeturas inteligentes. De lo único que podemos estar seguros en este momento es de que estamos teniendo ciertas experiencias, cuya naturaleza exacta desconocemos. Cualquier otra cosa es tan sólo una suposición aproximada; dicho escepticismo honesto es el principio del conocimiento. Esto fue propuesto por Sócrates, cuando el oráculo de Delfos lo declaró el hombre más sabio de Grecia, y Sócrates afirmó que si él era el hombre más sabio de Grecia era porque sólo sabía que no sabía nada, mientras que otros declaraban saber cosas. Una vez que nos percatamos de nuestra ignorancia, podemos empezar a cultivar la sabiduría de una forma sistemática.

Hasta que no se reemplace la ignorancia por la sabiduría, necesitaremos ciertas guías intelectuales. No es suficiente erradicar enfoques erróneos, sino que también es necesario cultivar enfoques correctos. Los enfoques correctos son entendimientos intelectuales que nos ayudan a crecer y nos proporcionan las bases con las que llegamos a alcanzar la visión y la sabiduría. Fundamentalmente, un enfoque correcto consiste en ver que entre el eternalismo y el nihilismo hay un punto medio, que es la percepción de las cosas que surgen en dependencia de condiciones. Un enfoque correcto equivale a la Coproducción Condicionada que hemos estado estudiando. Sobre todo, ésta revela un Sendero que podemos seguir, al final del cual la recompensa será la sabiduría.

En tanto que somos ignorantes no podemos más que actuar de una forma ignorante. Así, en dependencia de la ignorancia surgen las actividades volitivas.

2. Actividades Volitivas (Samskāra)

La siguiente imagen que encontramos, siguiendo la dirección de las manecillas del reloj, al borde de la Rueda, es la de un alfarero moldeando jarros en su torno. La función que tendrá el jarro, su habilidad y experiencia, e incluso su estado de ánimo a la hora de manufacturarlo, determinarán la forma que moldeará con la masa de arcilla. Las actividades volitivas son, como el alfarero, fuerzas formativas que moldean nuestro propio futuro; son la suma total de toda nuestra voluntad, ya sea que las intenciones se manifiesten en acciones abiertas, en el discurso o que permanezcan como deseos en nuestro corazón. A pesar de que algunas voliciones pueden ser muy poderosas y tener una influencia dominante, el momento acumulado de todos nuestros deseos es lo que determina el flujo de nuestras vidas. De la misma manera que una cuerda es trenzada con muchísimos hilos delgados, cada uno de los cuales no puede ir más allá de su propio largo, la dirección y la tendencia de nuestro ser obtiene su forma de las innumerables voliciones que hacemos en el curso de nuestra existencia diaria.

Nuestras voliciones son fuerzas formativas, no forman nuestras palabras y actos únicamente a través de la acción del cerebro y el sistema nervioso, sino que se imprimen directamente en el mundo que nos rodea. El pensamiento, el deseo y la conciencia son energías, tal y como lo son la radiación o la electricidad en el orden físico. Un pensamiento tiene una dirección, un momento inherente que se descarga sobre el mundo. Con cada imagen mental, cada anhelo, cada idea coherente, emitimos un muy sutil, aunque extremadamente poderoso campo de energía que influye nuestro medio ambiente. Cuando nuestros pensamientos se concentran y son lo suficientemente intensos, esa influencia puede ser incluso medida. Los fenómenos de parapsicología, telepatía, clarividencia, dariaudiencia, psicokinesis son evidencias de la acción directa de la mente, y algunos de ellos han sido demostrados bajo condiciones de laboratorio. De acuerdo con la tradición budista, se pueden cultivar dichos poderes sistemáticamente, aunque esto se considera de secundaria importancia, o también pueden surgir espontáneamente cuando uno cultiva estados de conciencia superiores. En tanto que nuestra mente puede llegar a estar cada vez más unificada y ser más poderosa, el campo de su influencia se fortalece. Algunas veces dichos poderes surgen como “dotes” en gente que aparentemente no tiene ningún compromiso espiritual. Con frecuencia, esto se explica como el resultado de acciones realizadas en vidas pasadas.

Las actividades volitivas son una especie de campo de fuerza o anteproyecto, en el nivel del orden kármico, que moldea el orden inferior -el mental, el biológico y el físico- y expresa su carácter propio a través de éstos. Los impulsos que nos mueven se manifiestan concretamente, no sólo en nuestras acciones, sino en nuestro cuerpo y los mundos que habitamos. Y de hecho, nuestras vidas son la personificación de nuestras voliciones en el mundo de la experiencia.

El anteproyecto es bastante complejo, codifica a la avidez, el odio y la ignorancia, por medio de los que tratamos de construir una falsa seguridad para nuestro frágil ego, pero además cuenta con rasgos de deseos mucho más creativos. El empuje evolutivo o la fuerza de atracción de la Budeidad se encuentra presente en la mayoría de las personalidades egoístas y distorsionadas. La conciencia, en cualquier estadio, tiene contenida en sí misma el ímpetu por alcanzar niveles superiores. De la misma manera que una semilla contiene a la flor que se desplegará inexorablemente desde su interior, de igual manera la conciencia rudimentaria de los sentidos contiene a la flor entera de la conciencia Transcendental y se eleva hacia ésta. La conciencia primitiva prefigura a la conciencia entera y tiene latente la tendencia para desarrollarse. Es esta propensión de la conciencia para desplegarse la que da poder al proceso evolutivo total. En tanto que la conciencia se torna más compleja, moldea para sí misma organismos a través de los que puede expresarse en cada nivel. Se puede ver el mismo proceso de una forma inversa, desde un punto de vista biológico, en el que se ve a la evolución como el desarrollo de organismos más complejos, que permiten la expresión de niveles de conciencia superiores.

Este proceso recíproco continúa hasta que se alcanza la conciencia del yo. Aquí, el ímpetu vertical de la evolución es intersecado por las oscilaciones de la conciencia individualizada, en tanto que ésta peregrina a través de los ciclos del nacimiento y la muerte. Al estar consciente del yo, tenemos el poder de interrumpir la corriente evolutiva, tratando de estabilizar nuestro yo rudimentario, usando los mecanismos de la aidez, el odio y la ignorancia. Además, contamos con el poder de continuar la evolución, cooperando activamente con la fuerza de nuestra propia conciencia en despliegue. Ambos impulsos, el del deseo evolutivo y el de nuestra ignorancia, forman parte del anteproyecto de nuestras actividades volitivas, y cuando se descargan, diseñan a la materia. Estamos formados por estas tendencias en conflicto y nuestras vidas les dan total expresión. Al final predominará la que nosotros determinemos.

Es el anteproyecto formativo de las actividades volitivas, el que pasa de la vida anterior a la configuración de la vida nueva, formando el cuerpo a partir de la materia. Las tradiciones más comprensibles y la evidencia que parte de la investigación moderna sugiere que hay un intervalo entre una vida y la siguiente, conocido como “estado intermedio”. De acuerdo con el Bardo Thodol, el así llamado Libro tibetano de los Muertos, que da cuentas detalladas de las experiencias de la muerte y el renacimiento, el estado intermedio dura cuarenta y nueve días, aunque esto es simbólico. El tiempo probablemente varía, dependiendo de las actividades volitivas de la persona que ha muerto.

En tanto que la muerte se aproxima, el Libro tibetano de los muertos dice que la conciencia se aleja del cuerpo gradualmente. Es como una disolución de un elemento en el otro: la tierra se disuelve en el agua, el agua en el fuego, etcétera. Tal y como cuando nos dormimos, nuestro aislamiento del mundo se desvanece, cuando morimos el mundo físico se desprende de nosotros lentamente. Cada uno de los sentidos se debilita cada vez más, hasta que quedamos en un estado de conciencia pura, sin ningún rudimento objetivo. No queda nada con lo que nos podamos identificar, y así, experimentamos que nuestro sentido del yo es devorado por la infinitud indiferenciada de la conciencia pura. Sin las bases con las que normalmente fundamentamos nuestro ser, nos encontramos cara a cara con la realidad. Sin nada que la limite o restrinja, se libera a la conciencia pura sin dualidad inherente dentro de nuestra conciencia del yo.

El momento de la experiencia de “la clara luz de la realidad” alborea sobre nosotros, retrocedemos y nos arrebatamos por el suelo sólido de la identidad del yo. La conciencia todavía está conectada con el cuerpo, aunque cada vez más libremente, incluso después de que el corazón ha dejado de latir. Entonces, retrocedemos desde la abrumadora inmensidad de la concienciación pura y nos encontramos otra vez en la escena de nuestra muerte. Pero ya no podemos comunicarnos con los que nos rodean. La conciencia ya no se encuentra situada en el cuerpo y nos hallamos presenciando nuestro propio funeral desde el interior de un cuerpo “hecho en la mente”. Este cuerpo, a pesar de tener la apariencia de un cuerpo físico, no interactúa con el mundo antiguo, excepto que percibimos muy vívidamente lo que allí está sucediendo, debido a que, de alguna manera, es la emanación de nuestras actividades volitivas, se mueve tan velozmente como nuestros pensamientos. Tan pronto y cómo el pensamiento de un lugar viene a la mente, nos encontramos allí, tan pronto y cómo recordamos a un viejo amigo, estamos frente a éste.

De esta manera, descubrimos que hemos dejado de conectarnos con nuestra antigua vida, y que ninguna de las personas con las que pasamos tiempo se percata de que aún estamos entre ellos. Incapaces de permanecer en nuestra antigua vida, oscilamos continuamente entre la experiencia de la realidad latente en nuestra mente y la fuerza de atracción hacia el sentido del yo. No podemos soportar la brillantez de la conciencia pura y, sin embargo, el estado intermedio no nos ofrece nada firme en lo que podamos construir nuestra identidad. Nos encontramos perdidos en la tormenta de las visiones, que son las producciones de nuestras propias actividades volitivas. Ahora las visiones revelan el potencial más profundo dentro de nosotros, ahora éstas representan la aidez, el odio y la ignorancia. En este estado intermedio ponemos en acción todas nuestras inclinaciones internas. Las fluctuaciones se estabilizan gradualmente y nuestra tendencia de carácter global se activa a sí misma. Deseamos poseer un cuerpo otra vez, un cuerpo que cristalice nuestra identidad, y somos llevados a un mundo que se ajusta a nuestro propio anteproyecto volitivo.

De acuerdo con la tradición tibetana, la muerte ofrece una oportunidad única para alcanzar la liberación, o al menos, para lograr un entendimiento más profundo, ya que al encontrarse separada la conciencia de lo que es familiar y seguro, se enfrenta directamente con la realidad. Aún así, si no nos adaptamos a esta experiencia, tenemos la oportunidad de ver nuestras motivaciones propias y de funcionar más claramente, sin escondernos en la comodidad de la familiaridad. Tenemos la posibilidad de hacer surgir cambios mayores en nuestra conciencia, ya que la rutina fija y habitual de nuestro mundo se ha desvanecido. A pesar de que la muerte es el período magno en esta transición, no es el único. Con la muerte nos alejamos de nuestra vida antigua en un sentido textual, pero las experiencias de fracaso o pérdida de los seres amados, o extremas rupturas a través

de la guerra o desastres, son muertes pequeñas en la vida, durante las que “el suelo de nuestro mundo se desprende” y nos quedamos “flotando en el vacío”. Frecuentemente, estas son las veces cuando se mezclan la esperanza y la angustia. El dolor de la pérdida y la inseguridad se equilibran por una conciencia de nuevos horizontes al alcance y la libertad de haber dejado atrás las viejas rutinas limitantes. Generalmente, retornamos a nuestros viejos hábitos, aunque algunas veces después de semejantes experiencias podemos lograr cambios mayores. La meditación también es un estado intermedio, ya que cuando la llevamos a cabo nos encontramos intencionalmente alejados del suelo seguro y de los sentidos. Los sueños, incluso la vida misma, son considerados estados intermedios, no podemos fiarnos de ningún estado condicionado para obtener seguridad, ya que todos los fenómenos son impermanentes.

Con el Libro tibetano de los Muertos queda claro que es posible mantener contacto con una persona muerta hasta el momento en que renace. Por lo menos puede oírnos, aunque nosotros no la oigamos. Se dice que podemos ayudarle bastante si dirigimos nuestros sentimientos positivos hacia ella, e incluso en el caso de los budistas, leyéndoles extractos del Libro tibetano de los Muertos, que le sirve de guía a través de las diferentes experiencias entre la muerte y el renacimiento, y le muestra de qué forma actuar con respecto a dichas experiencias. En la tradición budista tibetana se explora el arte de ayudar a la gente a morir, de tal manera que entre al estado intermedio en una condición clara y con confianza. Nuestra actitud y nuestra conducta pueden tener una fuerte influencia en nuestros amigos muertos y los puede ayudar a enfrentar las desconcertantes experiencias de la muerte con coraje y lucidez. En su momento, esto les capacitará a renacer bajo circunstancias favorables para su futuro desarrollo.

Las actividades volitivas son las que nos conducen a través del estado intermedio, determinando la secuencia y la intensidad de las visiones, así como el mundo en el que hemos de renacer. Por medio de ese proceso de atracción del estado mental que, como la experiencia, es el mecanismo del orden kármico, el patrón de actividades volitivas lleva a la conciencia al mundo propicio en donde el renacimiento puede ocurrir. En algunos mundos, el renacimiento toma lugar mediante el parto, como en el caso de los humanos, pero en otros es aparicional: el sujeto aparece instantáneamente, como un habitante completamente maduro de esa esfera.

Si uno va a renacer en el mundo humano, se encontrará deambulando sobre la tierra en busca de un cuerpo. Nos sentimos atraído por una pareja en particular, que se adapta a nuestras tendencias kármicas. Parece ser que con frecuencia el renacimiento tiene lugar dentro de la misma localidad que uno habitaba anteriormente, e incluso dentro de la misma familia, debido a que buscamos lo que nos parece familiar, y los lazos de sentimientos fuertes, ya sea de avidez u odio, y nos uniremos a los lugares y rostros que recordamos bien. Al ver a la pareja que se ha escogido en el acto de copulación, si se va a renacer como hombre, se siente una fuerte atracción por la mujer, o por el hombre, si las tendencias kármicas de uno encontraran mejor expresión en una mujer. Uno tratará de tomar el lugar del futuro padre del mismo sexo, hacia el que aparentemente siente intensos celos. En el momento en el que el esperma y el ovario se juntan en la matriz, la fuerza total de la energía volitiva de uno se concentra en un punto de fusión y una célula viva empieza a existir. Es tan grande la conmoción de nuestras voliciones en la diminuta célula, que en ese momento perdemos el conocimiento. Algunos seres altamente desarrollados son capaces de mantener la conciencia al entrar en el útero, algunos pueden incluso dejar el útero totalmente conscientes pero, para la mayoría, el momento de la conjunción del esperma, el ovario y las actividades volitivas es el momento en el que somos bañados en las aguas del Leteo, y el recuerdo de todo lo pasado se borra. Algunos niños sin embargo, como hemos visto, retienen algunos recuerdos de sus vidas anteriores, y además, ya sea espontáneamente o por medio de un esfuerzo sistemático, el recuerdo de las existencias pasadas puede retornar en los seres que se encuentran avanzados en el Sendero.

En el momento en el que ocurre la unión del esperma del padre, el ovario de la madre y la conciencia que va a renacer, en dependencia de las actividades volitivas surge la consciencia, el primer destello diminuto de la conciencia rudimentaria en la única célula del embrión.

3. Consciencia (Vijñāna)

El tercer eslabón se encuentra representado por un mono en un árbol, saltando de rama en rama sin descansar, en tanto que su mirada es atraída continuamente por una nueva fruta. El mono representa la chispa de la conciencia de los sentidos, en un estado bastante primitivo, correspondiente al primer momento en la vida mental de un nuevo ser.

Las interpretaciones tradicionales de los doce eslabones se esfuerzan por insistir que, de hecho, nada renace. No hay un “alma” que arroja la cáscara de un cuerpo y toma otro nuevo, como una mano que se quita un guante y se pone otro: ésta sería una postura eternalista. Al mismo tiempo, la vida nueva no es completamente

diferente a la antigua; si ese fuera el caso, no podríamos hablar del renacimiento, y ésta sería una postura nihilista. Se dice que la nueva vida “no es la misma, ni tampoco es diferente” a la antigua; esto no es tan misterioso como suena. Las dos vidas son dos fases diferentes de un proceso continuo, que consiste de un flujo de condiciones. La antigua vida establece las condiciones y, en dependencia de esto, surge la nueva vida. Cuando el mar hace una ola, no hay una sola gota que vaya del principio al final de la ola -las partículas de agua no se mueven a lo largo, sino de arriba hacia abajo-. Sin embargo, hemos hecho referencia a la ola, debido a que hay una continuidad en la causación entre la ola en su origen y el punto en donde se revierte contra la orilla. De hecho, todas las cosas condicionadas son así: un proceso constituido por una serie de condiciones, que surgen en dependencia de unas y otras. Así surge la consciencia, en dependencia de las actividades volitivas.

La concepción es el punto en el que la evolución biológica es intersecada por el continuo de la conciencia del yo. El esperma del padre y el ovario de la madre contribuyen con las bases materiales, pero esto no es suficiente para que la vida principie. Tiene que existir el anteproyecto generado en la vida anterior, el cual podrá manifestarse a través de esa particular combinación genética. Tiene que existir un patrón de actividades volitivas, las que de alguna manera se adaptan al esperma y al ovario, y en el cual se despliegan a través del embrión en desarrollo. Sin los factores genéticos y kármicos, la concepción no podría ocurrir.

La primera chispa de consciencia, por rudimentaria que ésta sea, contiene, en forma condensada, el ímpetu entero de la existencia pasada. Tal y como la primera célula simple del embrión contiene el código genético en su ADN, que determinará las características generales del cuerpo maduro, la consciencia preliminar carga la semilla de la personalidad adulta. La consciencia es el punto en el que las actividades volitivas empiezan a tomar forma en una identidad nueva. En los estudios del renacimiento, algunas características y deformidades físicas parecen ser la consecuencia de acciones realizadas en la vida pasada. Tradicionalmente, se sostiene que el karma determina si uno es bien parecido, feo, fuerte, débil, etcétera. Así es de compleja la motivación humana, y es tan difícil de discernir el funcionamiento de la condicionalidad kármica, que debemos tener cuidado de no atribuir a las acciones pasadas cualquier debilidad física. Incluso la forma física se ve fuertemente influenciada por el patrón codificado en la consciencia. Las energías latentes en los actos de volición comienzan a descargarse moldeando el cuerpo físico. De alguna manera, llevan prendidos un material de configuración que es de gran complejidad orgánica, que le corresponde a éstos, y así, éstos empiezan a configurar. De esta manera el orden kármico de condicionalidad forma los órdenes físico, biológico y mental, sin alterar sus leyes de ninguna forma.

A pesar de que normalmente se pierde el eslabón del recuerdo, entre una vida y la siguiente, las características generales de la personalidad son transmitidas, dado que la personalidad constituye el perfil general de nuestras voliciones. En esa semilla de consciencia se transportan las reacciones de la avidez, el odio y la ignorancia, además de cualquiera que haya de amor, generosidad y concienciación. El embrión no es una tabula rasa, una hoja blanca formada simplemente de su medio ambiente. Venimos a la vida con disposiciones y tendencias, las cuales emergen más claramente al ir madurando. Es por esta razón que los niños con frecuencia muestran marcadas preferencias y repulsiones, las que aparentemente no han aprendido de sus padres. De hecho, con frecuencia se ha notado lo rápido que aparece en el niño una personalidad, mucho antes de que éste haya podido ser moldeado por su medio circundante. Algunos talentos excepcionales y la genialidad, aún los que se manifiestan tempranamente, son explicados como la continuación de tendencias que fueron establecidas en el pasado. Nuestras actividades y respuestas son bastante profundas. Nunca podemos llegar a desenredar completamente todos los factores que nos han hecho lo que somos, ya que muchos de ellos han venido a lo largo de muchas vidas. Un poco de autoanálisis podría ayudarnos a entender lo que sentimos con un poco más de claridad, pero no siempre podremos determinar por qué lo sentimos. Traemos a la vida un residuo de odio con nosotros, así como de avidez, amor y generosidad. Estos se manifestarán, sin importar el tipo de educación que recibimos en nuestra vida presente. Ni nuestros padres, ni nuestro medio social pueden recibir la culpa total por lo que somos, la mayor parte de ella la tenemos nosotros mismos.

La vida comienza con el punto en el que el esperma, el ovario y las actividades volitivas se fusionan. Por lo que la exterminación del desarrollo del embrión es la destrucción de una vida; cuando se hace intencionalmente constituye una forma de asesinato. Debido a que la conciencia del yo no empieza a emerger, o mejor dicho a reemerger, sino hasta los primeros años de la vida del bebé, quizá no sea tan obvio que el aborto es un homicidio. En primer lugar el budismo nos enseña que hacer daño a cualquier ser vivo, en cualquier estadio de evolución, constituye una acción torpe y, por lo tanto, deberá evitarse. Más aún, ya que en el curso normal del desarrollo la consciencia dentro de la matriz representará la entera consciencia del yo, este tipo de acción sería especialmente torpe. Desde el punto de vista de la enseñanza del renacimiento, es importante que se tome en consideración el efecto que esta interrupción tendría en la consciencia del ser, cuya vida ha sido cortada. Al acabar de haber experimentado el trauma de la muerte y la aterrante incertidumbre del estado intermedio, éste ha encontrado, por fin, un punto en el cual puede enfocar su energía, y si la consciencia es cortada abruptamente, el efecto puede

acentuar sentimientos de temor e inseguridad que aumentarán la posibilidad de un renacimiento desfavorable. Todo esto deberá tomarse en cuenta al considerar un aborto. Los efectos en la mujer misma deben considerarse también, ya que muy frecuentemente profundos sentimientos de culpa y remordimiento persistirán por muchos años, además de que pueden tener otras consecuencias kármicas. Si una mujer actúa en contra de sus propios instintos maternos, inevitablemente se verá afectada.

A la luz de todo esto, queda claro que se debe evitar el aborto. La mayoría de los anticonceptivos, sin embargo, no interrumpen el continuo de la vida, ya que la consciencia no surge sino hasta que el espermatozoides y el ovario llegan a juntarse, por lo tanto, ésta no sería, en sí misma, una acción torpe.

La consciencia es el germen, en dependencia del cual se despliega el organismo psicofísico entero.

4. Organismo Psico-físico (Nama-Rūpa)

Este eslabón se encuentra representado por los cuatro hombres sentados en un bote de remos, en el que uno de ellos va conduciendo. Este cuadro muestra todos los diferentes procesos mentales y corporales de los que el ser humano maduro está compuesto, en tanto que la consciencia misma se objetiviza. Este organismo psicofísico está dividido en cinco grupos o categorías de funciones interrelacionadas, representadas por los cuatro hombres, más el bote. A cada elemento de nuestro ser se le puede asignar uno u otro de estos grupos, que son: la forma, los sentimientos, el reconocimiento, la motivación y la consciencia. Esta clasificación no constituye un análisis filosófico de la personalidad humana, sino un tipo de meditación acerca de todo lo que compone nuestra experiencia, cada aspecto que se puede remitir a cualquiera de estos cinco grupos. Al haber descompuesto nuestra experiencia interna y externa en sus elementos constitucionales, podemos examinar cada parte de una forma más detenida. Y lo que encontramos es que cada uno de estos elementos es transitorio, cada aspecto de nosotros es un proceso que surge en dependencia de condiciones, y nosotros somos la suma total de todos ellos, enlazados juntos, en un todo complejo y dinámico. Nos damos cuenta de que no podemos identificar nuestra persona, personalidad, o cualquier estado del ser, con una forma rígida del cuerpo. Esto, a su vez, nos ayuda a darnos cuenta que podemos desarrollarnos, y que cada uno de estos procesos puede funcionar en niveles superiores.

Los Cinco Agregados (Skandas)

Forma (Rūpa)

Nuestro análisis comienza con la forma. Este es un concepto difícil en el pensamiento budista, que difiere en gran medida de nuestro entendimiento común con respecto a la materia. El budismo no acepta de una manera poco crítica el enfoque del “sentido común” de la materia como algo sólido, allí fuera, independiente de la percepción humana. Como con todo lo demás, lo tenemos que comparar con nuestro conocimiento de lo que realmente sabemos. Lo único que podemos sostener con certeza es que estamos vivenciando ciertas experiencias; parecemos ocupar un mundo de objetos que percibimos a través de los sentidos. Pero en realidad nosotros no experimentamos a los objetos, ni a un mundo, sino que experimentamos sensaciones. La reunión de estas sensaciones en el mundo que percibimos es una adición a nuestra experiencia básica. Parte de esta distinción se puede observar si analizamos una situación tal como el sentarse alrededor del fuego. Sentimos el calor en nuestras piernas, con nuestros oídos escuchamos crujidos, vemos las llamas con nuestros ojos y percibimos el acre olor del humo con nuestra nariz. Todas estas sensaciones se nos presentan como la percepción coordinada del sentarse frente al fuego. Si intencionalmente dejamos que el conjunto del cuadro se desvanezca, podemos sentir cada una de estas impresiones como sensaciones puras, alrededor de su propio organismo sensorial, independiente de los otros. Esta es nuestra experiencia básica y eso es todo lo que recibimos, nosotros añadimos el resto.

La aproximación budista es estrictamente empírica a este respecto. Nos invita a dejar a un lado todas las capas de suposiciones ignorantes que poseemos, para llegar a percatar de cuál es nuestra experiencia inmediata antes de convertirla en objetos. Con lo que nos quedamos es la experiencia de los diferentes géneros de sensaciones, actuando como una especie de resistencia. Cuando encontramos algo duro, sentimos que algo está oponiendo resistencia, que nos está empujando o deteniendo. Esta sensación de resistencia es una manifestación de la forma. Dicha resistencia es de cuatro géneros diferentes: tierra, agua, fuego y aire; sin embargo, éstos no son solamente elementos físicos, los términos son simbólicos. La tierra es el impedimento sólido con respecto a nuestros sentidos; el agua es todo lo que da la sensación de flexibilidad con cohesión; el fuego es la experiencia de radiación y calor; el aire es lo que se mueve libremente, resistiendo nuestros sentidos precariamente. Estos cuatro elementos forman la base de toda nuestra percepción, y es a partir de estos escasos datos que derivamos el mundo objetivo tal como lo percibimos. La forma, entonces, no corresponde a la materia.

En la experiencia básica de la sensación no existe referencia a ningún objeto externo, dado que la forma está compuesta sólo de estas resistencias elementales, de las que están hechos el mundo físico y nuestros propios cuerpos. En todo momento un flujo incesante de sensaciones pasa a través de nuestra mente en patrones muy complejos, las cuales surgen y se marchan instante a instante.

Consciencia (Vijñāna)

La forma es el elemento objetivo en nuestra experiencia, que se encuentra alumbrada por la consciencia. Hay una dificultad parecida al considerar a la consciencia como parte del cuarto eslabón, que surge en dependencia de la chispa de la consciencia en el tercer eslabón. El cuarto eslabón, sin embargo, representa el sistema psicofísico totalmente desarrollado, que evoluciona a partir del destello seminal de la consciencia. La consciencia quiere decir, dentro de este contexto, la facultad de la concienciación discriminativa. Las sensaciones de resistencia, es decir, a lo que aquí denominamos la forma, se distinguen y presentan en un acto de concienciación. La consciencia nunca permanece inmóvil, sino en un cambio constante, con el flujo eterno del estímulo. No podemos permitir que nuestras palabras nos confundan, al pensar que la consciencia es una entidad sustancial singular que, como todo lo demás, es un proceso cuyas fases surgen en dependencia de condiciones y se marcha otra vez.

Pensamiento o interpretación (Samjñā)

Las sensaciones presentadas se comparan con la consciencia, por medio de la información sensorial pasada y se ajustan al patrón de percepción que conforma el mundo. El reconocimiento es el proceso de asimilación de las sensaciones, distinguiéndolas como objetos particulares con ciertas propiedades y relaciones. Uno puede observar este proceso en acción cuando, por ejemplo, hay un objeto en la distancia que no podemos discriminar propiamente. Puede que sea una cabra pastando entre los árboles, o puede ser una roca, o algo más. Al mirar, tratando de distinguir lo que es, el objeto es, por un momento, de hecho, una cabra; luego es una roca, ahora algo más. El reconocimiento es el punto en el proceso perceptual donde dividimos nuestra experiencia en sujeto y objeto, en un mundo interior de la mente y un mundo exterior objetivo de las cosas. El sujeto y el objeto son tan sólo una interpretación; ninguno es parte de los datos puros de la experiencia. Nuestra percepción se compone de una serie infinita de juicios tales, cada una es una interpretación de nuestra sensación a la luz de nuestra experiencia propia pasada y de nuestro enfoque con respecto a la vida. Estamos reajustando constantemente nuestra imagen de la vida, en tanto que tratamos de adaptar nueva información a nuestro enfoque general acerca de nosotros mismos y del mundo.

Sentimiento (Vedanā)

Al haber reunido varias sensaciones en un objeto, y al haberle asignado un lugar a ese objeto en nuestro esquema de las cosas, tenemos ciertos sentimientos al respecto. Estos pueden ser directos placeres físicos o dolorosos, o pueden ser de un tipo con una base más mental, en la anticipación o el recuerdo. Algunos objetos estimulan nuestros sentimientos muy poco y si acaso tienen un tono hedónico mínimo. Todo el tiempo estamos evaluando las experiencias nuevas que nos llegan, en tanto que nuestros estados internos cambian y se trasladan.

Voluntad o Motivación (Samskāra)

Finalmente, la voluntad es nuestra respuesta activa a las cosas. Después de evaluar la interpretación de las sensaciones que hemos percibido, surgen las voliciones. Queremos poseer aquellas cosas que juzgamos placenteras y rechazar o destruir aquellas que consideramos dolorosas. La motivación incluye al complejo mundo entero de nuestras emociones, como procesos siempre cambiantes, al igual que cualquiera de los constituyentes de los otros grupos. Si examinamos cuidadosamente los diferentes fenómenos de nuestras emociones, la mayoría de las células en nuestro cuerpo son renovadas por completo por lo menos cada siete años, y nuestros estados mentales son mucho más efímeros. Es este complejo de procesos mentales y corporales el que ahora se despliega, en dependencia de la potente semilla de la consciencia primaria. El patrón de los cinco grupos de la forma, la consciencia, el reconocimiento, los sentimientos y la motivación, que están contenidos en el anteproyecto de la consciencia, se despliega gradualmente en la matriz. Las energías de volición se funden con las energías física y biológica para formar al ser humano.

5. Los Seis Sentidos (Ṣaḍāyatana)

Este eslabón está representado por una casa con cinco ventanas y una puerta. Los sentidos son los “portales” por medio de los que obtenemos nuestras impresiones del mundo. Cada uno de los sentidos es la manifestación de nuestro deseo por experimentar cosas en esa particular forma. De hecho, experimentamos el tipo de sensaciones que queremos y merecemos.

Los seis órganos de los sentidos son los cinco órganos externos de los ojos, oído, nariz, lengua y cuerpo junto con la mente. Tal y como los ojos cuentan con una vista y la lengua obtiene sabores, la mente cuenta con sus datos propios. Los recuerdos, las anticipaciones, las fantasías, los pensamientos, todos son objetos de la mente, y ésta constituye uno más de los sentidos. Es la imaginación, como la simple capacidad para producir imágenes, así como la facultad Imaginativa, capaz de percibir dimensiones superiores de la realidad. Los mundos a los que los sentidos físicos nos dan acceso son, como veremos, los más inferiores. Es a través de la puerta de la mente que tenemos acceso a los mundos superiores, los que no son menos reales que los mundos físicos. La facultad que los percibe, se cultiva a través de la meditación. Como cualquier otro órgano de los sentidos, la mente se desarrolla en respuesta a nuestras voliciones respectivas. Si queremos percibir “mundos” superiores, entonces haremos eso, en tanto que nuestros órganos de percepción mental llegan a adquirir una mayor precisión.

En este estadio del ciclo de condicionalidad, los eslabones son todos los resultantes de las actividades volitivas anteriores. El cuerpo y los sentidos son la consecuencia inevitable de lo que hemos hecho en el pasado. Esto significa que éstos mismos no son voliciones y que, por lo tanto, ninguna evaluación ética puede serles aplicada. El cuerpo y los sentidos son inocentes y no pueden considerarse perspicaces o torpes. Ver simplemente cualquier tipo de cosas no puede ser erróneo. Los problemas surgen, únicamente, cuando empezamos a reaccionar, mentalmente, a lo que percibimos. Por lo tanto, necesitamos darnos cuenta muy bien de lo que pasamos a través de nuestros sentidos. Esto puede exigir que ahuyentemos de la experiencia aquellas percepciones que pueden desencadenar en nosotros reacciones incontrolables, al menos hasta que seamos fuertes para percibirlos sin generar voliciones negativas. Los sentidos son las aperturas a través de las que el mundo exterior es percibido y así, en dependencia de estos, surge la impresión sensorial o contacto.

6. Contacto (Sparsá)

Una pareja abrazándose representa el contacto de los órganos de los sentidos con sus objetos. Con este eslabón el organismo psico-físico comienza a interactuar con el mundo.

Cuando estábamos examinando los cinco grupos que conforman la experiencia humana, vimos que la forma no corresponde a la materia en un sentido común y corriente. La forma es la sensación de resistencia, ya sea la tierra, el agua, el fuego o el aire. Al interpretar estas sensaciones, llegamos a nuestra imagen del mundo. ¿Entonces, qué es lo que estamos haciendo con nuestros órganos de los sentidos? Debemos cuidarnos de las fascinaciones de las especulaciones filosóficas a este respecto, así como con respecto a otras cuestiones, y debemos adherirnos a las tradiciones empíricas budistas. Lo único que podemos saber en este punto, es que contamos con ciertas sensaciones y que gran parte de la imagen que tenemos acerca del mundo está basada en suposiciones elaboradas a partir de los datos puros de estas sensaciones. Por lo general nuestra imagen del mundo es verdadera para propósitos operacionales: normalmente nos permite operar eficazmente, aunque de vez en cuando cometemos errores terribles. Si aceptamos que es como una especie de diagrama de trabajo que ajustamos y mejoramos, en tanto que nuestro entendimiento se incrementa, entonces no surgirá ninguna dificultad. Si olvidamos los datos puros de nuestros sentidos y nos adherimos a nuestras propias construcciones mentales nos meteremos en problemas, debido a que de esta forma vemos las cosas de una manera muy rígida y confundimos nuestra imagen mental con la realidad misma. Por lo tanto, nos cerramos a otros mundos de la experiencia y a la posibilidad de ver las cosas como realmente son.

Tan sólo podemos mantenernos agnósticos acerca de lo que nuestros sentidos perciben. Lo que llamamos el contacto de nuestros sentidos con un objeto no es más que la experiencia de resistencia. El concepto de resistencia, claro está, implica algo que opone resistencia y algo que la resiste. No hay modo que podamos expresar esa experiencia sin la referencia implícita de lo que resiste o lo que es resistido. Quizá, debido a que nos encontramos restringidos por nuestro lenguaje, y por nuestro nivel de conciencia, a pensar que existe algo independiente a la percepción que estamos contactando, es mejor imaginarnos que los cuatro elementos que resisten nuestros sentidos son, de hecho, más especies de espíritus que materia. El mundo al que contactamos no está compuesto de edificios atómicos muertos, sino de una energía viva que le da vida a todo objeto. Es así que nuestros ancestros vieron que cada parte de la naturaleza se encontraba habitada. No podemos volver a captar la inocencia de esa percepción, pero podemos aprender a ver las cosas de una manera vívida, animadas por fuerzas que son idénticas a la rapidez en nuestra propia conciencia. No podemos liberar nuestro ser del estéril enfoque materialista de la naturaleza y volver a captar la experiencia de su maravilla y poder. Las experiencias particulares de resistencia que tenemos nos llegan como consecuencia de nuestra actividad volitiva, tal y como nuestro organismo psicofísico surge desde nuestras voliciones pasadas, en la forma de la consciencia inicial, el tipo de sensaciones que sintamos estarán determinadas por el tipo de cuerpo y de sentidos que poseemos. Desde este punto de vista, se puede decir que no sólo nos creamos a nosotros mismos, sino que también creamos nuestro mundo.

Tenemos sensaciones, las que interpretamos y ponemos en nuestro enfoque total de las cosas. Esto, entonces, da surgimiento a la evaluación de nuestras propias percepciones, y así, en dependencia de las impresiones sensoriales, surgen los sentimientos.

7. Sentimientos (Vedanā)

Para ilustrar este eslabón, se muestra la figura de un hombre con una flecha clavada en un ojo. La flecha representa los datos sensoriales que afectan a los órganos de los sentidos, en este caso al ojo. De una manera bastante vívida, la imagen expresa los fuertes sentimientos que evoca nuestra experiencia sensorial -a pesar de que aquí sólo se implican los sentimientos dolorosos, representa ambos, los placenteros y los dolorosos- No somos como cámaras de televisión, registrando el medio circundante imparcialmente: lo que percibimos tiene un efecto en nosotros, y da surgimiento a sentimientos muy fuertes.

Los sentimientos pueden ser placenteros, dolorosos o de un tono hedónico tan bajo que son neutrales. Se experimenta placer y dolor en varios niveles diferentes, yendo desde las directas sensaciones físicas hasta la alegría de la liberación de la Rueda más sublime. De acuerdo con la psicología budista, la experiencia del dolor directo se limita a un área relativamente pequeña del total de posibilidades de las experiencias conscientes. Sin embargo, éstas son las áreas en las que nos encontramos normalmente.

En su nivel inferior, los sentimientos son respuestas a los cinco sentidos físicos. En las formas más crudas, una liberación de la tensión instintiva acumulada se experimenta como placer, en tanto que la frustración de energías físicas, o el daño del cuerpo, se experimentan de una forma dolorosa. Una forma más refinada de sensaciones puede encontrarse en el goce de la belleza o el desagrado de la fealdad. Muchas de nuestras evaluaciones no son directamente sensuales sino de carácter psicológico; incluyen sentimientos de seguridad e inseguridad, de triunfo y fracaso, al igual que aquellas que derivamos de nuestra anticipación, de las que vendrá el placer o el dolor, o del revivir algunas experiencias pasadas. Los sentimientos incluyen estados de ánimo más generalizados, de bienestar y júbilo, de tristeza y desconsuelo, así como otras respuestas a nuestra experiencia. Nuestros agrados y desagradados inmediatos con respecto a otras personas también son aspectos de los sentimientos.

Hasta aquí, todos los tipos de sensación que hemos examinado se encuentran basados en los sentidos, ya sea directamente a través de los cinco sentidos o a través de nuestras consideraciones mentales de las experiencias sensuales. Estas pertenecen, por lo tanto, a la esfera del deseo sensual, la más baja de los tres niveles mundanos de la existencia. En las esferas superiores no existe el dolor de tipo sensual o mental. El dolor se encuentra limitado por completo a la esfera sensual. En la esfera de la forma arquetípica ocurre una sutil experiencia no mediata de los cinco sentidos. La facultad Imaginativa es la que presencia las visiones y uniones de ésta con sus arquetipos. Esta es de gran belleza, pero la belleza ya no se encuentra limitada por las imperfecciones de la forma física. Es una belleza ideal, pero no una belleza abstracta, ya que es concebida y despierta intensas sensaciones de un placer mucho mayor a cualquier éxtasis terrenal. En la esfera que va más allá de la forma vamos más lejos aún, hasta contactar, no la forma exterior de la belleza, por muy refinada o excelsa que ésta sea, sino la belleza misma. Es un mundo de cualidades puras, cuyas esencias se transmiten directamente a la Imaginación sublimada. Aquí existe el deleite de un tipo aún más poderoso, superando el éxtasis de la dimensión visionaria.

Todavía en todo el camino, desde la sensación física grosera a través de las alturas del placer, en la esfera que va más allá de la forma hay una tensión básica subyacente: la tensión entre sujeto y objeto. En tanto que la rompemos, límite a límite, la tensión disminuye y experimentamos una armonía del yo y los demás, que aumenta como la base del placer. Pero la tensión permanece, por sutil que ésta sea. Hay un dolor final y un placer final: el dolor de la conciencia dividida y, por otra parte, la alegría que viene de la ruptura que ha ocurrido en la distinción entre sujeto y objeto, de una forma total y para siempre, y del experimentar la concienciación no dualista de la Iluminación. Esto es lo que se puede llamar “placer absoluto”, y es la perpetua experiencia de los Budas.

A estas alturas debe haber quedado claro que el budismo no condena el placer. La búsqueda de la Evolución Superior está acompañada de una felicidad y un gozo siempre en aumento. Aún más, cierta cantidad de placer parece ser esencial para el bienestar humano, de otra manera todos, a excepción de los más fuertes, perderían aliciente y su vitalidad se desvanecería. El dolor persistente tiende a colorear nuestra perspectiva mental total, ocasionando un estado de ánimo depresivo y sin esperanzas, a menos que hayamos contactado algo con un sentido más profundo. Una cantidad moderada de placer estimula y ayuda a crear un estado de ánimo de confianza y bienestar, que es la base para un desarrollo futuro. Probablemente no alcanzamos a

comprender el grado en el que nuestro medio ambiente nos influye en este respecto. Cada impresión sensorial deja alguna marca en nosotros, ya sea placentera o dolorosa, a menos de que contemos con la indiferencia del aburrido, el apático o el harto. La fealdad, la suciedad y el ruido de muchas partes en las grandes ciudades afectan poderosamente a sus ciudadanos. Con frecuencia, como un sustituto desesperado de los placeres simples de los alrededores naturales, el hombre moderno busca sensaciones bastante intensas en la música escandalosa, la comida altamente sazonada y las sustancias intoxicantes. Es como si esto fuera lo único que puede alcanzar sus hastiadas sensaciones, consumidas por la fealdad y muertas a causa de la sobreestimulación. Un medio ambiente hermoso y armonioso puede tener un efecto tónico sobre la mente gastada.

El placer y el dolor sólo llegan a ser un problema si los aproximamos de una manera neurótica, y si efectuamos la búsqueda del placer y la evitación del dolor como nuestros únicos principios guías. El placer sensual y el dolor surgen en dependencia de nuestros órganos de los sentidos y su contacto con el mundo. Son de alguna manera derivados de nuestras vidas; y el placer saludable no puede lograrse como un fin en sí mismo. Si esto fuera así, simplemente quedaríamos atrapados una vez más en los giros de la Rueda. Mientras vivimos nuestra vida, el placer puede llegar a nosotros, y nosotros lo recibimos y disfrutamos al máximo, abandonándolo sin lamentos cuando se marcha. Debemos abrirnos al goce de los placeres más refinados tanto y como sea posible, ya que éstos elevarán nuestra conciencia. El dolor indica que algo anda mal, ya sea en nuestro cuerpo o en nuestra actitud hacia la vida. En cualquier caso, debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para retirar la causa del dolor. Si no se puede aliviar, entonces debemos aguantarlo con fortaleza; no debemos permitir que el placer ni el dolor nos agobien, de tal manera que nuestra concienciación se vea minimizada y quedemos perdidos en un nuevo ciclo de vida.

Este eslabón de los sentimientos marca la transición crucial en la cadena entera de la condicionalidad. Este es un punto al que regresaremos en un capítulo posterior, ya que después de los sentimientos la volición entra otra vez en la sucesión de condiciones. Una vez que las actividades volitivas en la vida pasada han sido establecidas forman la consciencia, el organismo psicofísico, los seis sentidos, las impresiones sensuales y los sentimientos; ninguno de éstos tiene una volición conectada con ellos mismos. El cuerpo, los sentidos, los objetos que percibimos y las sensaciones a las que dan surgimiento son todos los resultantes pasivos de nuestras intenciones pasadas. Pero entonces comienza una nueva fase de voluntad en nuestra vida presente. La actividad volitiva puede ser perspicaz o torpe, y así esta transición entre los sentimientos y el siguiente eslabón es el punto en el que, tanto renovamos el ciclo de movimiento de la Rueda, como establecemos el firme ascenso de la Espiral. Es la Rueda la que nos interesa por el momento, y así tenemos que recorrer los eslabones restantes. Más tarde retornaremos y completaremos el ascenso al Sendero.

Si reaccionamos a los sentimientos, entonces deseamos continuar las experiencias placenteras y rechazamos las dolorosas. Sin considerar la dirección general del propósito de nuestras vidas y sin pensar más que en la gratificación inmediata, deseamos u odiamos. Así, en dependencia de la sentimiento, surge la avidez.

8. Avidez (Trisna)

Este eslabón se ilustra con un hombre sentado al que una mujer, que se encuentra de pie, le ofrece una bebida. La palabra que aquí se traduce como “avidez” quiere decir, literalmente, dentro de este contexto, “sed”. Por supuesto, la sed no es más que una sensación física, que surge de la necesidad del cuerpo por agua no es avidez de ningún tipo, sino una necesidad sana. Se usa la imagen de la sed, porque ésta sugiere la intermediación y la fuerza de la avidez neurótica. El hecho de que sea una mujer quien ofrece la bebida a un hombre puede también sugerir la intensidad del deseo sexual.

Ya hemos visto que la avidez es el deseo por disfrutar las cosas, eventos o personas, porque creemos que poseerlas dará más seguridad a nuestro ego. Más particularmente, queremos las cosas que pensamos nos proporcionarían placer y, por lo tanto, afirmarán y fortalecerán nuestro sentido del yo, y nos queremos deshacer de las cosas que juzgamos nos causarán dolor, restringiéndonos y abrumándonos. Así ansiamos y odiamos, dependiendo del sentimiento.

Se dice que hay tres formas básicas del avidez. La primera y más simple, avidez por objetos sensuales. Cualquiera de las facultades de los sentidos, ya sean los cinco sentidos físicos o la mente, puede proveernos objetos para nuestro deseo neurótico. La avidez por la existencia es un deseo profundamente establecido, por existir en un estado fijo del ser, particularmente en uno de los mundos del deleite celestial, y está conectado con el enfoque erróneo del eternalismo: que hay un alma dentro de nosotros, la cual es eterna, y que hay un ser absoluto o Dios. Es nuestro deseo por mantener la identidad del ego, y es la fuerza básica que nos mantiene vivos a la mayoría de nosotros, la voluntad de vivir, como a veces se la llama. La avidez por la inexistencia está

conectada con el enfoque equivocado del nihilismo, que considera que no hay conciencia después de la muerte. Alguien que ansía la inexistencia desea pasar en el olvido completo, el cual cree que viene después de la muerte. En su forma absoluta, quizás es esta una condición muy rara que resulta de la avidez tan severamente frustrada, que cualquier creencia en la posibilidad de alcanzar satisfacción es abandonada. La esperanza humana tiene sus límites y se alcanza un punto en el que uno pierde la voluntad por vivir, ya sea en esta vida o en cualquier otra, porque creemos que no podremos jamás satisfacer nuestra avidez. A pesar de que la avidez de este tipo muy raramente se encuentra en semejante forma extrema, es un elemento que se encuentra en la constitución de mucha gente. Se manifiesta como la lasitud de la desesperación, el deseo por una vida de calma, el deseo por la narcosis o la anestesia; quizá, se encuentra detrás de muchas formas de drogadicción. Es la falta de voluntad para enfrentar las responsabilidades de la identidad individual, el intento por encontrar refugio en la regresión al grupo, en la inconciencia o en cualquier estado de la existencia en el que no se nos exija nada como individuos. Cada uno de estos tres tipos de avidez, la avidez por objetos sensuales, por la existencia y la inexistencia, surge a partir de la sensación, y juntos constituyen las fuerzas básicas que nos motivan a través de la vida, girando y girando en la Rueda. El odio no se menciona aquí, ya que la avidez es tratada como la volición nociva primaria, y el odio se considera como un deseo frustrado.

La avidez no permanece por mucho tiempo como un fenómeno puramente mental. Actuamos en base a ésta, apegándonos a los objetos de nuestros deseos; así en dependencia de la avidez surge el apego.

9. Apego (Upadana)

Una imagen de una mujer arrancando una fruta de un árbol, es la que se presenta en este eslabón. El apego ha tomado efecto en una acción concreta. Se dice que los objetos de apego son de cuatro tipos. Primero que nada, nos apegamos a los placeres sensuales. Nuestros deseos por éstos se tornan en un apego, y vivimos la vida en pro de éstos. Pero no es tan sólo a los objetos de la experiencia sensorial a los que nos apegamos, además nos encontramos atados a nuestros enfoques y opiniones. La forma en que vemos el mundo, nuestras creencias y prejuicios son objetos de los que nos cogemos, haciéndolos parte de nuestra identidad. Es por esta razón que las personas son raramente capaces de sostener una conversación, de una manera amigable, sobre cuestiones acerca de las cuales están en desacuerdo; cuestionar o negar el enfoque de alguien es cuestionarlo a éste o negarlo. Los dogmas religiosos y políticos, frecuentemente son los objetos del mencionado apego, y por ello provocarán persecución, como en el caso de “la guerra santa”. Todos los enfoques erróneos de nuestras actitudes básicas son racionalizados y son las manifestaciones de la ignorancia subyacente a la entera cadena de condicionalidad cíclica. Componemos nuestra ignorancia al asir más ignorancia.

Tan importante es el elemento cognitivo al condicionar nuestra vida, que las dos formas restantes del apego se encuentran conectadas también con los enfoques. La primera es el apego a las observancias externas y reglas éticas como fines en sí mismas. Esto se manifiesta al asumir que el simple cumplimiento de algo, sin la actitud mental correspondiente, es suficiente para obtener los beneficios que esperamos y deseamos. Por ejemplo, sabemos que la práctica regular de la meditación nos ayudará a lograr estados de conciencia superiores. Pero no experimentaremos esos beneficios si lo único que hacemos es sentarnos diariamente, por un período, en la posición de meditación correcta. Tenemos que hacer un intento activo por concentrarnos y refinar nuestra mente. Una vez más, tan sólo “obedecer” los preceptos como si fueran mandamientos, no nos ayudará a desarrollar el sentido ético natural, que es la marca de un individuo maduro. Tendemos a apegarnos a rutinas y patrones de conducta, pequeños rituales personales que nos son familiares y que, por lo tanto, parecen proporcionarnos seguridad y confort. Aún lo que nosotros consideramos nuestra vida y práctica espiritual pueden convertirse fácilmente en hábitos sin sentido, que realizamos de una manera fiel con regularidad, pero sin un esfuerzo o sentido reales. Peor aún, llegamos a pensar que tan sólo llevar a cabo la práctica, realizar los rituales, seguir las reglas de alguna manera nos garantiza un progreso espiritual o, por lo menos, un bienestar material, de una forma un tanto mágica. Este es el mundo de la superstición y la hipocresía, al que la religión está tan propensa. Se debe enfatizar, sin embargo, que la práctica espiritual regular, una rutina perspicaz y una observancia ética son esenciales en el seguimiento del Sendero. Estas sólo constituirán objetos a los que nos apegamos, si las tratamos de una manera superficial y si no las usamos para traer cambios en nuestra conciencia, pero como talismanes, que al poseer nos traerán suerte.

Finalmente existe el apego a la creencia en un ser permanente, no cambiante. El objetivo final del ego inmaduro es el estabilizarse a sí mismo eternamente. Se llega a pensar que esto es posible, que detrás de todas las circunstancias siempre cambiantes de la vida existe un núcleo que se mantiene intacto. Apegarnos a esta idea con respecto a un “ego absoluto” impide, en primer lugar, el desarrollo de nuestra conciencia y, finalmente, desprendernos del ego de una buena vez.

Al apegarnos a los placeres de los sentidos, opiniones, reglas y rutinas, ya la identidad del ego quedamos condenados a seguir en la Rueda, a una nueva ronda de nacimiento y muerte. Así, en dependencia del apego, surge el volver ser.

10. Devenir (Bhāva)

Aquí, la imagen es la de un hombre y una mujer realizando un acto sexual, produciendo una nueva vida. Este eslabón resume a la Rueda de la Vida en su totalidad, ya que la Rueda es un proceso continuo de devenir. La palabra, aquí traducida con la frase “devenir”, es la misma palabra en pali y en sánscrito, y se traduce como “vida”, como en la “Rueda de la Vida”.

Devenir cuenta con dos aspectos: una parte activa y volitiva, y, la otra, resultante pasiva de la fase activa. La marcha de la Rueda consiste en el movimiento desde la volición hasta sus consecuencias como energía potencial de volición, que se satisface a sí misma en los estados del ser y las experiencias concretas. Con este eslabón nos elevamos hacia el enfoque más general de los procesos condicionados. Constituidos por nuestro apego y asimiento de esta vida establecemos tendencias que se descargan en nuestro renacimiento, en una nueva vida en el plano de la existencia que corresponde a nuestras voliciones propias. Y así, en dependencia del devenir, surge el nacimiento.

11. Nacimiento (Jāti)

Este eslabón se representa por la imagen, bastante explícita, de una mujer pariendo. Una vez más, el momento kinético de nuestras voliciones ha resultado en una nueva vida, en cualquiera de los muchos planos de la existencia correspondiente a nuestro patrón de la voluntad. Esta nueva vida es, en sí misma, la condición en dependencia de la que surge la muerte.

12. Vejez y Muerte (Jarāmaṇa)

El eslabón final está representado por un cadáver transportado hacia la pira funeraria. Todo lo que nace está sujeto a experimentar los ataques de la enfermedad, a la declinación de los poderes físicos en la vejez, al dolor de la separación y la pérdida, y finalmente a la muerte. Una vez que el nacimiento ha tenido lugar, se ha puesto en marcha un proceso que tiene que terminar con la muerte, ya que nacimiento y muerte son los dos polos del proceso del volver a ser. La vejez inherente en todas las cosas condicionadas conduce a la “pena, lamentación, aflicción y desesperación”; como el texto lo dice en pocas palabras, “a todos los sufrimientos” que padecen todos aquellos que se aferran a la Rueda. Nosotros nacemos porque nos aferramos, pero tendremos que partir o separamos de lo que nos aferramos.

El Mensaje de la Rueda

Los doce eslabones en la cadena de la condicionalidad cíclica nos muestran como la ignorancia, que se ubica en las profundidades de nuestro corazón, guía todas nuestras acciones; como es que el patrón total de nuestras voliciones mentales forma para nosotros una mente, un cuerpo y una vida nueva, que está en contacto con su mundo apropiado; como es que ese contacto da surgimiento a nuestro placer y dolor, agrados y desagradados. Vemos aquí que tenemos una elección: ya sea de continuar girando en la Rueda o de empezar a ascender la Espiral. Si tan sólo ansiamos el placer y odiamos el dolor, formamos el momento volitivo que nos lleva otra vez hacia un nuevo nacimiento, con su propia porción de dolor y su muerte inevitable. De hecho, es un círculo vicioso y sin fin. Cualquier dolor que sintamos, cualquier frustración o imperfección que veamos en la vida, viene de nuestros propios deseos que, en un análisis final, nosotros mismos hemos creado.

El mensaje de la cadena es simple; sin embargo su explicación es muy sutil y compleja. La cadena entera se divide en tres vidas: la ignorancia y las actividades volitivas pertenecen a la vida pasada; la consciencia, el organismo psicofísico, los seis sentidos, las impresiones sensoriales, las sensaciones, la avidez, la codicia y el volver a ser, pertenecen a la vida presente; el nacimiento y la muerte con la decadencia, pertenecen a la vida venidera. Los doce eslabones pueden analizarse de acuerdo a aquellas que son fuerzas activas volitivas, que tienen un efecto formativo, y aquellas que son resultantes pasivas, resultantes inevitables de las actividades volitivas. Todos los procesos condicionados pueden dividirse, de esta manera en una fase causal, durante la cual se establecen las condiciones, y una fase resultante, cuando los efectos de las condiciones llegan a la madurez. Dentro del orden kármico las voliciones son las que establecen la fase causal. Así, la ignorancia y las actividades volitivas constituyen la fase causal en la vida pasada; la conciencia, el organismo psicofísico, los seis sentidos, las impresiones sensoriales y las sensaciones son la fase resultante en la vida presente; la avidez, la codicia y el volver a ser son la fase causal en la vida presente; el nacimiento, la muerte y decadencia constituyen la fase resultante en la vida venidera.

Se notará que las fases causal es de las vidas pasada y presente son parte del mismo proceso, aunque vistas desde puntos de vista ligeramente diferentes. Se observa la vida pasada de una manera muy general: como una fuerza formativa. En la vida presente se nos muestra en mayor detalle como es que llega a existir ese patrón de energía volitiva. En forma similar, la fase resultante en la vida presente es la misma que en la vida venidera, pero examinada con mayor detalle. El mismo movimiento, de la fase resultante a la fase causal, está presente en cada vida, y cada vida se puede considerar, en sí misma, presente o futura, ya que éstas forman parte de una cadena infinita. Así, cada vida contiene la fase causal del pasado y presente y la fase resultante del presente y futuro. Cada vida, por lo tanto, puede considerarse que contiene treinta y seis eslabones. Los eslabones pueden verse presentes en cada momento de nuestra vida, al ir creando nuestro propio futuro, a partir de nuestros actos de la voluntad, una y otra vez. Cada eslabón se puede observar actuando simultáneamente con todos los otros. La cadena es un proceso dinámico bastante sutil, y no una rígida rutina mecánica.

No debemos dejarnos perder en la complejidad de la cadena, sino debemos tratar de sentir e imaginar las fuerzas que los eslabones representan: las fuerzas humanas del deseo, basadas en la ignorancia, fraguándonos, una y otra vez, mundos de decadencia inevitable que restringen y limitan nuestra conciencia. Entonces reaccionamos a los mundos que nosotros mismos hemos construido, y la cadena se mueve una vez más. Es este proceso el que nos ha traído a la vida, en este mismo momento.

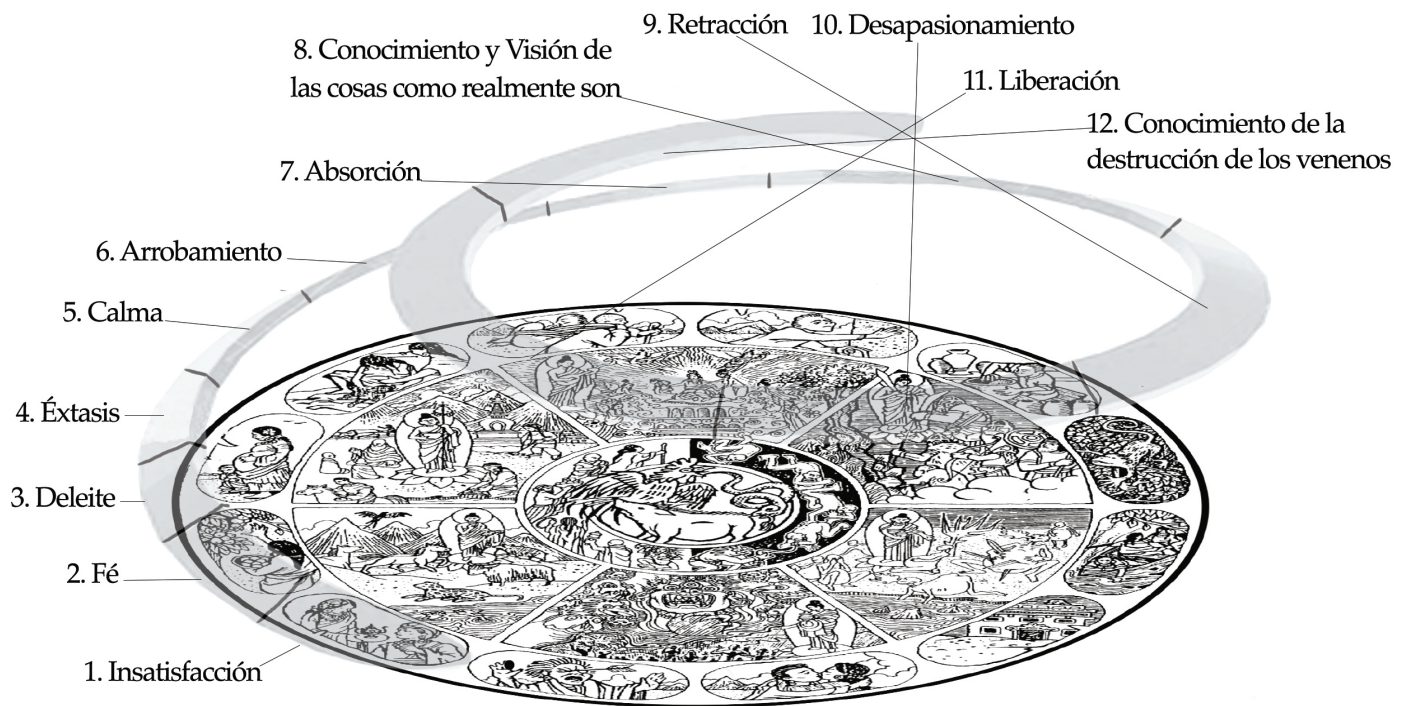
Quizá más peligroso que el agobiarnos en la complejidad de la cadena, es pensar muy prestamente que la entendemos. En una ocasión muy conocida, el amigo y acompañante del Buda, Ananda, comentó a éste acerca de la claridad y franqueza de la enseñanza, y la facilidad con la que puede entenderse. A lo que el Buda respondió diciendo:

“¡No digas eso Ananda, no lo digas. Profunda es, de hecho, esta Ley Causal, y así parece serlo. Al no saber, ni entender, ni penetrar esta doctrina, este mundo de los humanos ha llegado a enredarse como una madeja de hilo, se ha cubierto de moho, se ha vuelto como pasto munya en las corrientes de aire, y es así que este mundo ha sido incapaz de ir más allá de la perdición del derroche, del camino del infortunio, de la caída e incesante ronda del renacimiento!”*

Al final, la enseñanza señala una experiencia que se encuentra más allá de la aprehensión intelectual. Tiene el propósito de alejarnos de nuestra avidez, para guiarnos hacia el Sendero Espiritual y para inducir en nosotros esa visión de la Realidad, como una red de condiciones, un nexo inmenso de fuerzas interpenetrantes del potencial creativo infinito.

* Samyutta Nikaya, XII, 6, 60.

SALIENDO DE LA RUEDA LOS DOCE ESLABONES POSITIVOS



SALIENDO DE LA RUEDA

LOS DOCE ESLABONES POSITIVOS

El mundo humano y los cielos inferiores constituyen los peldaños iniciales del Sendero Espiral que ahora veremos; examinaremos cada peldaño del Sendero por medio de otra cadena de doce eslabones, que es el equivalente Espiral de la cadena cíclica del borde de la Rueda. Esta vez, los eslabones no forman un círculo, sino que ascienden en orden progresivo. Esta cadena evolutiva de coproducción condicionada nos lleva lejos de la Rueda, rompiendo la circularidad infinita de sus vueltas. Cada eslabón en la Espiral proporciona las condiciones para el surgimiento del eslabón sucesivo que se encuentra en el nivel superior, sobrepasándolo, en términos de felicidad, claridad y amor. Todos estos doce eslabones, desde el más bajo hasta el más alto -el de la Iluminación misma- se pueden examinar en la vida humana. Los estados mentales a los que corresponden con la muerte pueden, además, dar surgimiento al renacimiento en los mundos de la pureza y la belleza aún superiores. Exploraremos estos peldaños del Sendero Espiritual en términos de una experiencia interna subjetiva, y de los mundos objetivos que son su expresión concreta.

Los doce eslabones en la cadena de condicionalidad progresiva empiezan con la experiencia de la imperfección. En dependencia de la imperfección, surge la fe, de la fe el gozo, del gozo el éxtasis, y entonces, desplegándose del anterior, tenemos paz, alegría, absorción, conocimiento y visión de las cosas como realmente son, desheredamiento, desapasionamiento, liberación y reconocimiento de que los flujos venenosos mentales han sido destruidos. Los primeros siete eslabones de la imperfección a la absorción, forman parte del Sendero mundano, dado que la Visión Clara de la realidad todavía no ha surgido y cualquier cosa que se haya ganado hasta entonces todavía puede perderse. “El conocimiento de las cosas y la visión como realmente son” es el punto de dicho alcance y, por lo tanto, de la Entrada en el Flujo. A partir de aquí, los eslabones constituyen el Sendero Transcendental. En este capítulo seguiremos el Sendero mundano y, en el siguiente, el Sendero Transcendental.

El Sendero surge a partir de la Rueda, ya que, infinito como es el ciclo de eslabones, hay un punto en el que se abre una brecha por la que podemos escapar. Vimos en el capítulo seis que se puede asignar una de dos fases a cada eslabón de la cadena cíclica. Existe una fase activa causal que es establecida por nuestras voliciones propias. La fase resultante es seguida inevitablemente del ímpetu inherente a la fase causal. Tenemos un cuerpo, órganos de los sentidos y una experiencia sensorial, debido a que así lo dispusimos en el pasado; nuestras voliciones presentes son responsables de nuestra experiencia presente. La cadena cíclica entera consiste de la acción y la reacción entre estas dos fases. En los doce eslabones cíclicos hay tres puntos de transición entre las dos fases: donde la fase causal en la vida pasada le abre camino a la fase resultante en el presente; donde la fase resultante le abre camino a la causal, ambas en la vida presente; y donde esa fase causal le abre camino a la fase resultante en la vida por venir (véase fig. 4, pág. 173). El resultado, viene de la causa sin la posibilidad de variación: al haberle dado el impulso de las voliciones, la Rueda tiene que girar hasta que su energía potencial se ha descargado por completo. No obstante, una vez que el proceso resultante ha dejado de girar hasta su límite es inevitable una reacción posterior. Tan sólo las voliciones nocivas renovadas le dan otro giro a la Rueda. La brecha entre la fase resultante y la fase causal, ambas en la vida presente, es el punto en donde es posible el cambio en la Rueda. La brecha se encuentra entre el eslabón de los sentimientos y el eslabón de la avidez o deseo. Nos llegan las experiencias placenteras y dolorosas como una consecuencia de nuestra constitución psicofísica. Generalmente, en base a esos sentimientos, ansiamos lo que es placentero -o parece serlo- tratando de aferrarnos a ello, y odiamos lo que parece doloroso, tratando de rechazarlo o destruirlo; estableciendo así la fase causal una vez más.

El eslabón de los sentimientos es, por lo tanto, el último eslabón en el proceso resultante después del cual empezamos una nueva ronda de voliciones, las que nos mandarán girando sobre la Rueda una vez más, o nos conducirán sobre la Espiral. Sin embargo, existen diferentes niveles de sentimientos, y si no estamos profundamente conscientes de éstos, continuaremos reaccionando con voliciones insanas. Con frecuencia, nuestras reacciones están basadas en agrados y desagradados relativamente superficiales, e incluso en las sensaciones físicas de placer y dolor. De alguna manera, en un nivel más profundo, nuestra habilidad para imaginar lo que no se encuentra inmediatamente presente da surgimiento a expectativas y anticipaciones, esperanzas y temores. Si llegamos a sentirnos insatisfechos en este nivel es porque queremos y esperamos de la vida más gratificación, sintiéndonos decepcionados con lo que tenemos. Esperamos algo mejor y creemos que podríamos estar plena y perfectamente satisfechos, si tan sólo lográramos la combinación de circunstancias correctas. Esta actitud nos conduce a un estado de deseo u odio adicionales, en tanto que ocupamos toda nuestra energía tratando de crear las circunstancias ideales para nuestra propia individualidad limitada.

1. Insatisfacción (Dukha)

En tanto que vamos girando en la Rueda, puede empezar a crecer otro tipo de sentimiento en nosotros; aunque en un sentido superficial podemos estar bastante felices y experimentar una abundancia de placeres de tipo sensual y psicológico, también empieza a surgir una frustración más profunda. Comenzamos a darnos cuenta que la vida terrenal es imperfecta en su naturaleza. Esta, por supuesto, ofrece placeres muy reales, pero éstos siempre son limitados. Siempre hay algo que los estropea o los echa a perder, y éstos se terminan; cualquier cosa en el mundo en la que tratemos de hallar seguridad y felicidad duraderas será vulnerable. No hay nada de lo que podamos depender: la vida más feliz contiene algunas experiencias de dolor y decadencia. Nunca somos capaces de alcanzar el límite superior en el gozo de cualquier placer, algo dentro de nosotros permanece insatisfecho, siempre experimentamos algún tipo de constricción que nos impide alcanzar una felicidad total. Incluso se dice que la felicidad más refinada de la esfera superior de los dioses contiene un ligero rastro de constricción.

Esta creciente sensación de la imperfección de todo lo que el mundo ofrece no es simplemente la decepción que surge de la ambición frustrada, ni la reacción de una persona débil que se considera defraudada por la vida. Aquel que siente ese tipo de frustración deja de buscar la perfección en las cosas terrenales; cuenta con algún tipo de sospecha o intuición de que es posible alcanzar la verdadera realización, aunque no sabe donde encontrarla. Todo lo que hace por el momento le parece vacío y sin sentido, a pesar que quizá no tenga problemas en sus relaciones con otras personas o en su trabajo, y que esté perfectamente saludable psicológicamente. Sabe que hay algo más con respecto a la vida de lo que ahora se percata, y está buscando un significado más profundo en ella.

Este sentido de imperfección es la expresión natural de una conciencia que desea desarrollarse. La tendencia evolutiva inherente en toda la conciencia ejercita su influencia en nosotros. Nuestra conciencia del yo es la semilla de la conciencia Transcendental, y la restringida circunferencia de la Rueda no puede contenerla por mucho tiempo sin que nos sintamos confinados e incómodos. La naturaleza de la conciencia es expansiva, y si no se le satisface de acuerdo a su naturaleza, surge dolor y frustración. La represión de éste, el más fundamental de los deseos, tiene consecuencias mucho más drásticas que la represión de los instintos, ya que si no satisfacemos dicho deseo, puede amargarnos toda la vida. Mucha gente experimenta esta frustración o sentido de imperfección; algunos simplemente lo pierden en el torbellino de sus propios impulsos reactivos; otros son arrastrados por las presiones del grupo en que viven, porque les obliga a intentar realizar las expectativas convencionales; algunos empiezan su búsqueda pero se desaniman, tarde o temprano, debido a la falta de una guía y un apoyo claros, así como por la confusión de opciones a las que se enfrentan. Esa llamada no es fácil de distinguir de todos los otros deseos que tenemos, y es aún más difícil encontrar una forma de salida si no contamos con la ayuda o el estímulo de otros. No es sorprendente ver que mucha gente que experimenta alguna vez ese sentido de imperfección, simplemente desiste, y continúa su curso en la Rueda. Las instituciones y actitudes sociales predominantes raramente los animan a actuar de esta manera. Sin embargo, ese sentimiento de frustración con respecto a la vida mundana no es algo que debemos tratar de olvidar o curar, sino que debemos reconocerlo y apreciarlo, ya que constituye la entrada al Sendero de la Evolución Superior.

Los que experimentan un sentido de imperfección de una vida limitada se lanzan a la búsqueda de algo más real, si son afortunados encuentran la expresión de ese ideal, lo que por lo menos les da una indicación de lo que buscan. Puede ser que una estatua del Buda, si ésta posee cualidades altamente artísticas, les transmita la paz del estado Iluminado, junto con un entendimiento más profundo y una fuerte empatía hacia todos los seres vivos. Un libro puede llegar a comunicarles la verdad que buscan, o puede que conozcan a alguien que los deje impresionados a causa de las cualidades humanas que ha desarrollado. De esta forma y de otras tantas, a partir de ese sentimiento de frustración, surge una nueva esperanza real; en dependencia de la imperfección surge la fe.

2. Fé (Śraddhā)

En el budismo la fe es un término multifacético, con un significado mucho más extenso que el que la palabra contiene convencionalmente. No es la creencia sin hacer uso de la razón, sino la respuesta sincera del ser total hacia el Ideal. Es la oleada de la facultad Imaginativa que va más allá de nuestra experiencia inmediata, para tocar y, finalmente, asirse de la verdad suprema. Una vez que ha surgido la fe, sabemos lo que se tiene que hacer.

En primer lugar, la fe es una respuesta intuitiva directa; la fuerza de la evolución contenida en nosotros se libera por medio de algo que incorpora la posibilidad de la realización plena y de la perfección. Si esto es una obra de arte, una persona o un libro, el Ideal que manifiesta tendrá una correspondencia con algo en nuestro interior. La conciencia Transcendental latente, dentro de nuestra conciencia del yo, vibra en empatía con la realidad Transcendental reflejada en el objeto que ha encendido nuestra fe. Algo atrae a su similar y nos encontramos atraídos irresistiblemente por lo que sentimos reflejado en nuestra naturaleza más profunda. Al principio, la fe puede parecer un tanto vaga y confusa, sin embargo es una emoción muy poderosa que nos eleva hacia nuestra Meta.

Cuando alcanza su madurez, la fe incluye claridad mental, por lo que llegamos a entender el significado del Buda, el Dharma y la Sangha de una forma racional. Tenemos una comprensión intelectual precisa del Dharma y somos capaces de investigarlo a un nivel intelectual, así como de responder a éste a un nivel emocional. No necesitamos creer ciegamente; y antes de que la fe haya madurado, puede resultar necesario contar con una mente abierta que cuestione la consistencia racional de las declaraciones del Buda acerca de la Iluminación. La fe debe contar con inteligencia y claridad, de tal manera que podamos tener una comprensión clara del Ideal al que se está respondiendo con esa poderosa atracción intuitiva. Si no se encuentra presente el aspecto cognitivo de la fe podemos tomar el camino equivocado. Podríamos confundir la fe con otras emociones menos saludables, como por ejemplo, la necesidad neurótica de obtener seguridad, y esto, a su vez, puede llevarnos a depositar la fe en un gurú al que le gusta ejercer autoridad sobre los demás por razones neuróticas propias.

En tanto que la fe se fortalece y agudiza por medio del desencadenamiento de las emociones y la valoración del intelecto, ulteriormente se confirma por medio de la experiencia. Cuando utilicemos la fe en el seguimiento del Sendero, hallaremos que podremos justificarla, en tanto que obtenemos los beneficios del Dharma, para entender así, por medio de nuestra experiencia propia, algunas de las verdades que yacen frente a nuestros ojos. La fe llega a intensificarse al no estar solamente basada en la respuesta emocional y en la convicción intelectual, sino además, en la firme base de la confianza que ha nacido de nuestra experiencia.

La fe es el primer peldaño en el Sendero Espiritual, el equivalente de la avidez, la cual es el primer peldaño en la vuelta renovada de la Rueda. Ese peldaño, lejos de la Rueda, no se sube todo de una sola vez; cada segundo de nuestra vida se nos presentan sentimientos dolorosos, placenteros o neutros, y tenemos la alternativa de reaccionar con avidez (o con odio) o de responder con fe. Pero si ansiamos o negamos nuestro destino superior y nos identificamos por completo con nuestro presente nivel de experiencia. Nuestros deseos más profundos se encuentran fincados en placeres mundanos. Si sentimos fe, entonces podemos ver cómo surgen los sentimientos placenteros y dolorosos a partir de ciertas condiciones, mientras nuestro corazón se encuentra unido a una felicidad que va más allá de dichas condiciones. De esta forma somos capaces de responder a los sentimientos que surgen durante el curso de nuestra vida.

Gradualmente aprendemos a reconocer la naturaleza condicionada de nuestros sentimientos y a discriminar entre nuestras reacciones de avidez o de odio, así como nuestras sanas respuestas de fe y de metta. Nuestra energía es depositada cada vez más en la Espiral, hasta que con la Iluminación plena no hallamos ningún aspecto de la Rueda en nosotros. Es entre la alternativa del deseo y de la fe donde se encuentra la Evolución Superior. Mientras todavía tengamos que alcanzar el punto de la Entrada en el Flujo, cuando la Espiral se despliega espontáneamente, todo nuestro esfuerzo tiene que estar dirigido a la discriminación de los impulsos sanos e insanos dentro de nosotros. Se tiene que tener una conciencia infatigable en nuestros procesos mentales, de tal manera que veamos claramente hacia donde tienden éstos, para ser capaces de actuar tan perspicazmente como podamos. Nuestro esfuerzo inicial sólo preverá la realización de las acciones torpes más obvias, pero, con el tiempo, aumentará nuestro poder de concienciación y seremos capaces de observar el flujo y reflujo de estados mentales nocivos y saludables en nuestra mente, antes de que éstos alcancen el umbral de una conducta abierta. De esta manera, las tendencias cíclicas en nosotros perecerán gradualmente y la Espiral florecerá.

Este esfuerzo de concienciación y discriminación mental es una de las consecuencias activas de la fe que ha surgido. La fe no es únicamente una apreciación del Ideal, sino el deseo de caminar hacia éste. No es

solamente ver la correspondencia entre la Budeidad y nuestra propia naturaleza más profunda, sino querer hacerla una realidad viviente, querer desarrollar activamente nuestra conciencia. Así empezamos a practicar aplicando las enseñanzas del budismo en nuestra vida, para de esta manera trasladarnos de la Rueda a la Espiral. Al principio, será importante que consideremos el aspecto ético de nuestra conducta, en tanto que estamos tratando de hacer que nuestras acciones sean una expresión de la visión recién descubierta. Trataremos de ordenar nuestra vida de tal manera que nos veremos guiados por los Ideales a los que hemos respondido con fe; la fe entonces da surgimiento a la ética.

El aspecto activo de la fe, el deseo de realizar en nuestras vidas los Ideales, se conoce como el acto de Ir al Refugio de las Tres Joyas: el acto de compromiso hacia el Buda, el Dharma y la Sangha. Es la expresión de Ir al Refugio, y la aceptación de nuestro maestro y nuestros amigos espirituales, lo que formalmente lo integra a uno como miembro de la Sangha, la comunidad espiritual.

Con la fe hemos dado un salto más allá del viejo yo, y nos hemos abierto hacia una esfera de conciencia más amplia. Reconocemos algo que va más allá de nosotros mismos y ya no nos encontramos tan restringidos por nuestro egocentrismo. Sentimos inspiración y un nuevo ánimo de generosidad nos posee; tenemos tanta riqueza interior, que ésta se desborda hacia los demás y contamos con un gran sentido de gratitud hacia nuestro maestro y nuestros amigos espirituales. Ellos han mantenido vivo el mensaje del Buda y nos han ayudado a ver esa frustración causada por la imperfección y el vacío. Los Ideales mismos y aquellos que los personifican nos llenan de sentimientos intensos de reverencia y respeto, sintiendo ganas de expresar nuestra devoción hacia ellos y de honrarlos por sus muchas cualidades excelentes.

El cultivo y expresión de estos sentimientos devocionales es de gran importancia; si no encuentran expresión alguna, como cualquier otro impulso, se marchitarán y morirán. Entre más ricamente los expresemos, más fuertemente se erguirán fortaleciendo nuestra fe. Es por esta razón que en cada tradición budista hay imágenes del Buda, ante las que la gente hace una reverencia, lleva ofrendas o lleva a cabo ceremonias con recitaciones de mantras y rituales. Con frecuencia los altares y los salones en los que éstos están situados, al igual que las palabras y las acciones de las ceremonias, son bastante bellos y profundamente conmovedores, aunque se desconozca el significado exacto de cada ademán y sonido. De esta manera, las emociones se encuentran en cada uno de nuestros esfuerzos por crecer, proporcionándonos la fuerza que nos motivará ir hacia adelante. Una comprensión teórica de las formulaciones del Dharma no es suficiente, uno tiene que estar conectado emocionalmente; tenemos que querer avanzar y tenemos que aprovechar nuestras emociones, de otra manera, éstas optarán por los objetos de la avidez. La fe y la devoción son los aspectos emocionales de la Evolución Superior, y tenemos que tomar medidas activamente para desarrollarlas y expandirlas. Sin las prácticas devocionales de cualquier tipo es probable que el budismo simplemente permanezca como un pasatiempo intelectual.

Por lo tanto, la fe es el primer peldaño en el Sendero, el punto en el que contactamos el Ideal y nos comprometemos a llevarlo a cabo. Nos lleva más allá del estrecho interés personal y empezamos a vivir de una forma más perspicaz, somos más generosos y sentimos gratitud hacia nuestros maestros y amigos en el Sendero, así como devoción por las Tres Joyas y su expresión. Esto corresponde al segundo nivel del mundo humano, donde el individuo se ha separado del grupo y se une a la comunidad espiritual. El verdadero ser humano se caracteriza por su fe en los Ideales. Transcendentales.

A pesar de que la fe es el primer peldaño en el Sendero, no se le abandona en la transición hacia el siguiente, sino que se desarrolla y fortalece cada vez más a través de la Espiral, subyaciendo en cada uno de los eslabones sucesivos.

La fe que se sigue a través de un compromiso activo llega a transformar al individuo, cambia su vida entera; su perspectiva con respecto al mundo es diferente, sus estados mentales se encuentran en un plano nuevo y más elevado, y empieza a experimentar un sentido bastante nuevo de júbilo y placer. En dependencia de la fe surge el deleite.

3. Deleite (Pramodya)

Debido a que nos encontramos viviendo de una manera perspicaz y satisfaciendo nuestra fe, surge una sensación de bienestar y armonía que es lo que constituye el deleite. Entonces, sentimos la satisfacción interior de saber que no hay nada que podamos autorreprocharnos. Nuestra conciencia está tranquila y nos sentimos totalmente satisfechos con nosotros mismos. Al estar llevando nuestras aspiraciones a la práctica, no experimentamos esa sensación de disgusto para con nosotros, ni la decepción que viene con el fracaso de no vivir de acuerdo a nuestros ideales.

No sólo nos sentimos felices con nosotros mismos, sino que además nos sentimos tranquilos con los demás, ya que no hay nada que éstos puedan reprocharnos. Con frecuencia, nuestras dificultades sociales surgen a causa de nuestra actitud defensiva acerca de lo que otros nos acusan, pero en el estadio del deleite no existe ni el más mínimo rastro de inconstancia, por medio de la que otros podrían manipularnos; sentimos una seguridad y confianza psicológicas.

Cuando no experimentamos este tipo de inocencia nuestra mente se nubla y se distrae con sentimientos de culpa y autorreproche. Incluso, nos hace sentir vulnerables todo el tiempo hacia aquellos que quieren explotar nuestras debilidades, y nos sentimos poco tranquilos al estar con otras personas. Dicha culpa puede ser racional o irracional; si es irracional tenemos la sensación neurótica de que hemos hecho algo malo, independientemente de que lo hayamos hecho o no. La persona que experimenta un sentido de culpa irracional, como un resultado de su educación, ha aprendido a pensar que es un pecador y cuenta con un sentido de culpa permanente subyacente y con temor al castigo. Este es un estado mental totalmente torpe y tiene que corregirse tan pronto y como sea posible para reemplazarse con amor hacia sí y seguridad personal. Por otro lado, la culpa racional es bastante sana y nuestro arrepentimiento con respecto a nuestra genuina conducta torpe. Hemos hecho algo erróneo y nos avergonzamos de ello; sin embargo, no sería perspicaz permanecer en este estado de arrepentimiento por mucho tiempo. Por supuesto, tenemos que hacer frente a nuestros defectos propios y a nuestra torpeza, pero debemos aspirar a resolver, tan pronto y como sea posible, los sentimientos de culpa que puedan surgir. En el budismo se le da mucha importancia a la erradicación de sentimientos de culpa. Primero que nada, es importante reconocer lo que hemos hecho, y la mejor manera de hacerla es confesándolo abiertamente a un maestro o amigo espiritual, quien sea capaz de comprender que nuestra acción fue en verdad torpe, pero mantenga una actitud positiva hacia nosotros. Al manifestar esto abiertamente y al expresar nuestro pesar por lo que hicimos, nuestra conciencia puede tranquilizarse una vez más. Sin embargo, algunas veces puede que, debido a la magnitud de la falta o porque nuestra conciencia está en un estado delicado, la confesión no limpiará nuestro corazón por completo y todavía nos sentiremos culpables. En este caso se recomiendan diferentes prácticas devocionales que estimulen los sentimientos de fe e induzcan un estado mental más positivo. Obviamente, una parte crucial de la confesión y de la ceremonia devocional es el firme compromiso de evitar dicha conducta en el futuro.

El deleite es la ausencia perfecta de cualquier sentimiento de culpa o conflicto moral. No es sólo experimentar un sentimiento subjetivo de felicidad y tranquilidad, sino que además experimentaremos objetivamente los frutos kármicos de nuestras acciones perspicaces. Nuestros méritos nos brindarán sus beneficios. Si, durante la muerte el estadio de deleite es predominante, renaceremos en los mundos celestiales de la esfera sensorial y disfrutaremos del sutil deleite sensorial que éstos nos proporcionarán.

La búsqueda del Sendero Espiral nos brinda alegrías desde un principio y éstas irán en aumento en tanto que escalemos más alto. Una vida ética integrada forma las bases de una integración física más profunda, en la que todas las energías en conflicto se armonizan y unifican en una experiencia de felicidad y placer exorbitantes. En dependencia del deleite surge el éxtasis.

4. Éxtasis (Priti)

Con este eslabón, por primera vez, pasamos más allá del plano del deseo sensorial en la esfera de la forma arquetípica. Los siguientes tres eslabones nos llevan a través de todos los niveles arquetípicos, junto con aquéllos de la esfera que va más allá de la forma. Las dos son esferas de la meditación; los estados mentales que las constituyen son bastante diferentes de aquellos que pertenecen a la conciencia común y corriente. Aquí tendremos que forzar nuestro lenguaje hasta sus límites al tratar de comunicar algo acerca de estas sublimes alturas. No obstante, estos estados se encuentran al alcance del que lleva a cabo la práctica de meditación sistemáticamente.

Con la meditación se producen dos efectos primarios relacionados: integra todas las energías de la psique y conduce a la experiencia de emociones más positivas. El estadio de éxtasis surge cuando todos los conflictos y tensiones psicológicos son resueltos y los impulsos subconscientes se liberan y absorben en plena conciencia. Esto trae intensas sensaciones placenteras y una entusiasmada alegría, aún más ligera que la que se conoció en el estadio de deleite. Gran parte del tiempo nos encontramos divididos mentalmente y nuestra energía se esparce tanto en diversos intereses como en distintas preocupaciones, en todo lo que no forma un patrón armonioso. Para complicar la cuestión aún más, con frecuencia no nos percatamos, o nos encontramos confundidos, con respecto a nuestras motivaciones propias. Es como si no fuésemos una sola persona sino una concurrencia de personalidades diferentes, algunas de las cuales pueden estar en conflicto directo con otras. Con rareza somos capaces de utilizar plenamente nuestros recursos emocionales y mentales en una tarea específica, puesto que la mayor parte del tiempo, si no siempre, operamos con una fracción de nuestro potencial

total y no experimentamos la riqueza de una vida vivida con plenitud. Es un hecho sorprendente que muchos grandes artistas y figuras de inspiración del pasado parecen haber gozado de una superabundante energía, y de haber poseído una ambición y entusiasmo que la mayoría de nosotros perdimos en nuestra infancia.

Con el fin de lograr una integración horizontal con respecto a todas nuestras subpersonalidades, tenemos que ejercitar la concienciación y la autorreflexión, conociéndonos a nosotros mismos más plena y profundamente. La meditación, el trabajo positivo -que es la “Subsistencia Correcta” - y la amistad espiritual, todas éstas, nos ayudan en esta tarea clave de la unión de los fragmentos de personalidad en una individualidad equilibrada; pero lo que nos ayudará más será la posesión de una visión, así como la expresión devocional conducente a su realización, porque ésta unirá nuestras energías. De la misma manera que todas las fracciones en conflicto de una nación se unen en el deseo común de prevalecer ante su agresor, nosotros necesitamos algo a lo que podamos dedicarnos, algo que vaya más allá de nosotros mismos. Si dicha meta consiste en armonizar cada aspecto de nuestro ser no podemos darnos el lujo de hacerlo de una forma unilateral, ni de dejar ningún rastro nocivo; ese Ideal es la Iluminación Humana. En el estadio del éxtasis, nuestra fe en las Tres Joyas y nuestra búsqueda activa de una forma de vida perspicaz fructifican en la resolución de todos los conflictos y tensiones, en la liberación de la energía subconsciente y en el fortalecimiento de la fe actual. Un fin bastante alto será lo único que podrá movilizar la fuerza total del corazón humano.

Los conflictos y las tensiones no son meros hechos mentales, sino que también encuentran su expresión en la postura de nuestro cuerpo. Una persona ansiosa encorva los hombros ante los golpes de la vida; una persona enojada aprieta los dientes y está lista para el ataque. Nuestras emociones predominantes dan forma a nuestros músculos constantemente, esto es a lo que el psicólogo Wilhelm Reich denominó “la armadura del carácter”. Una tensión psicológica se resuelve con el estado integrado, esta rigidez empieza a desaparecer y la energía nerviosa atrapada en la musculatura fluye más libremente. El derretimiento de estas obstrucciones, y la liberación resultante de vitalidad física, se experimentan con las sensaciones de placer corporal. El grado con el que sintamos éxtasis dependerá de la cantidad de inhibición anterior y de la tensión -de hecho, ésta puede ser bastante fuerte. El análisis psicológico budista enumera cinco niveles de éxtasis. Primero, se encuentra el “estremecimiento menor”, que sólo es capaz de erizar los vellos del cuerpo. Entonces tenemos, el “éxtasis momentáneo”, que lanza breves pero intensas corrientes a través del cuerpo, como flashes de luz. “El éxtasis torrencial” se desborda a través del cuerpo con flujos y reflujos, como ondas marinas que se rompen en la orilla. “El éxtasis impregnante” lleva el proceso a su culminación y es comparado a un globo lleno de aire, ya que las sensaciones de éxtasis son tan penetrantes y perdurables que llenan al sistema entero.

Estos niveles progresivos de éxtasis no son más que intensas formas de las manifestaciones de tipo físico, que frecuentemente excitan poderosas emociones. Cuando nos encontramos profundamente conmovidos ante algo -el arte o la naturaleza, actos de heroísmo o nuestra comunicación con otra persona- nuestros ojos pueden llenarse de lágrimas o podemos empezar a temblar incontrolablemente. Estas no son señales de debilidad o falta de autocontrol, sino la evidencia de que algo nos ha impresionado profundamente, y de que no podemos contener nuestras emociones dentro de los límites de la expresión normal, porque éstas buscan una descarga más inmediata. Dichas acometidas de energía no son poco comunes en la meditación, y la gente puede empezar a llorar, temblar o reír de una forma bastante involuntaria. Todas éstas pueden ser manifestaciones del éxtasis y no se encuentran caracterizadas únicamente por sensaciones de liberación y placer físicos, sino además por intensos sentimientos de felicidad. Toda nuestra energía psicológica fluye cada vez más poderosamente por medio de nuestra fe, nos sentimos más completos y profundamente satisfechos de que estamos dedicados a la tarea más noble que un ser humano puede emprender. Entre más profundo es el éxtasis, de una forma más pura predomina la experiencia mental, y así, en dependencia del éxtasis surge la calma.

5. Calma (Prasrabhi)

Tarde o temprano se completa el proceso de integración horizontal, y entonces se libera toda la energía atrapada en la tensión, así como el conflicto subconsciente. La experiencia de éxtasis físico se asienta y queda mejor establecida la alegría vigorizada. El hecho de que ya no exista el placer emocionante del éxtasis no significa que el subsiguiente estado sea menos feliz, sino que es mejor aún, pero la felicidad es de una naturaleza más refinada, yendo más allá del cuerpo, que ya no puede contenerla. En este sentido, la concienciación del cuerpo se aleja por completo y el mundo de la experiencia sensorial queda totalmente atrás. Poseemos un estado de completa calma y tranquilidad. La mente se encuentra clara y ligera, muy receptiva y dócil, sin ninguna rigidez ni prejuicios. La calma en que nos encontramos inmersos es profunda y vigorizante al no verse perturbada por ningún estremecimiento de emoción negativa.

En este estado de calma profunda, las emociones fluyen de una forma cada vez más poderosa, aunque todavía en una marejada torrencial, al mismo tiempo que crecen más sutiles y delicadas. Entonces, en dependencia de la calma surge el arrobamiento.

6. Arrobamiento (Sukha)

Al haber usado todos los superlativos disponibles para la felicidad y la positividad, es difícil describir un estado que sea aún más feliz y todavía más positivo -a pesar de que apenas estamos a la mitad de la cadena Espiral-. Sin embargo, esto es a lo que se refiere el arrobamiento: la felicidad, a través de la paz, se eleva a un nivel superior. Aquí, el proceso de integración vertical está reuniendo energía a partir de un nivel mucho más profundo, es decir, a la energía de la inspiración y la creatividad que intensifican la poderosa corriente de la emoción, la cual, desde su burbujeo inicial en el manantial de la fe, se ha reunido en una fuerza inmensa que se extiende ante ésta en una gigantesca corriente de felicidad. Todas las demás emociones positivas también se encuentran presentes: una metta abrasadora, irradiando hacia todas las criaturas; una compasión empática hacia todos los que sufren; regocijo por la felicidad y las virtudes de los demás; gratitud y devoción hacia los que se encuentran más desarrollados. Ningún elemento del prejuicio personal, o de la predilección, estropea la perfecta ecuanimidad de su amor.

La integración vertical continúa hasta que todas las fuerzas de la conciencia mundana fluyen juntas, así que, en dependencia del arrobamiento surge la absorción.

7. Absorción (Samadhi)

No queda nada que se haya excluido de la conciencia; la energía total del ser se encuentra unida en una concienciación plena que se mantiene en un solo punto. Todo se encuentra enfocado en un perfecto equilibrio, en el nivel de refinamiento más elevado. La mente se encuentra elevada y goza de una felicidad sublime. Se encuentra fresca y entusiasta, vivaz y clara, concentrada en una concienciación pura. La experiencia del sujeto y objeto es tan fina ahora, y ambos vibran tan cercanamente uno del otro, que es difícil distinguirlos. Hemos llevado la mente a la cumbre de la excelencia mundana. Es en este punto que ocurre el gran salto a lo Transcendental, ya que en dependencia de la absorción surge el conocimiento y la visión de las cosas como realmente son.

El eslabón de la absorción representa la culminación de ese estadio del Sendero, concerniente principalmente a la meditación. Como anotamos en el capítulo II, el Sendero tiene tres fases principales: moralidad, meditación y Sabiduría. La fe y el deleite se encuentran conectados principalmente con el estadio de la moralidad; el éxtasis, la paz, la alegría y la absorción con la meditación; y lo que queda de la cadena con el cultivo de la Sabiduría Transcendental. Dado que la práctica de la meditación es uno de los métodos centrales de la Evolución Superior, ahora la examinaremos de una forma un poco más detallada.

El propósito de la meditación es ayudarnos a desarrollar estados superiores de conciencia de una forma sistemática. Su objetivo es producir el eslabón superior del Sendero mundano: la absorción. Hay otras técnicas de meditación que se encuentran dirigidas al cultivo de la Visión Clara, pero no nos ocuparemos de ellas ya que implican que se ha alcanzado la absorción. La lógica de nuestra cadena de la Evolución Superior parece decirnos que sólo podemos empezar a practicar la meditación cuando hayamos perfeccionado la fase de moralidad que comprende los primeros tres eslabones de imperfección, fe y deleite.

De hecho, el desarrollo humano nunca llega a alcanzar la pulcritud y el orden que sugiere dicha fórmula, ya que realmente no nos encontramos en un estadio particular del Sendero, sino, más bien, esparcidos en toda el área de éste. Por ejemplo, puede que nuestra experiencia predominante sea la de la imperfección, sin embargo, también tendremos períodos de fe, de deleite y hasta puede haber momentos breves en que sintamos las primeras sensaciones de éxtasis. No obstante, no podremos ir más allá del eslabón que, se podría decir, constituye nuestra base, porque debemos tener cuidado de no intentar correr antes de poder caminar. Aunque también es verdad que, nuestro intento por alcanzar un estadio un poco más elevado del que ahora estamos, nos ayudará a consolidar los niveles inferiores anteriores. Por lo tanto, tenemos que poner nuestro principal esfuerzo en perfeccionar los niveles anteriores; de manera contraria sería inútil nuestra práctica en los siguientes niveles. De esta forma, aunque la práctica de la meditación pueda ser benéfica antes de que se haya afianzado la moralidad, si no tratamos de llevar una vida más ética la meditación no nos llevará muy lejos. Mucha gente que se encuentra en el estadio de la “búsqueda de algo” puede probar la meditación, porque seguramente le resultará de ayuda en su búsqueda; sin embargo, tarde o temprano, si quiere avanzar más tendrá que desarrollar la fe y comprometerse al Ideal del Sendero.

Las dos técnicas de meditación básicas -que son comunes a muchas escuelas de budismo- están interesadas en el cultivo de las emociones positivas por un lado y, por el otro, en la concentración. Las emociones positivas se alcanzarán a través de la concentración y la concentración a través de las emociones positivas -ya hemos visto como los estados mentales elevados están caracterizados por felicidad e integración-. Existe el peligro de que nos desarrollemos de una forma unilateral si no ponemos atención en ambas: la concentración puede volverse un tanto árida, e incluso puede convertirse en algo ajeno a las emociones, y las emociones pueden ser vagas e imprecisas, con una tendencia a la distracción. A pesar de que cada una enfatiza algún aspecto ligeramente diferente del desarrollo, los principios generales son los mismos para las dos técnicas.

Al principio, cuando nos sentamos a meditar, a pesar de que todas las condiciones externas pueden ser ideales, muy pronto nos damos cuenta de que las fuerzas internas nos van a dificultar continuar con el proceso simple del seguimiento de la respiración. A estas tendencias mentales se las conoce como los “obstáculos”, ya que nos impiden llegar a concentrarnos en el objeto de la meditación. Los obstáculos son cinco, y el primero es el deseo de la experiencia sensual. Gran parte de nuestra actividad mental se ocupa de fantasear acerca de cosas diversas; inicialmente al tratar de meditar, puede sorprendernos la persistencia de nuestra mente por explayarse en ciertos deseos y preocupaciones. Estas fantasías pueden ser bastante placenteras, pero nos dificultará alejar la experiencia sensual de una buena vez, para así poder entrar en la dimensión de la forma arquetípica. El odio, el segundo de los obstáculos, de una manera similar, nos absorbe en el pensamiento de las maldades de nuestros supuestos enemigos y planea la revancha que vamos a tomar sobre ellos. El letargo y la pereza son estados de flojera y aburrimiento, que agobian a muchos al tratar de meditar, cayendo en un estado de ensimismamiento amodorrado, llegando incluso a quedarse dormidos. Este estado es generalmente inducido por un conflicto mental, bajo la superficie de la conciencia, en el que la mente sufre una carencia de energía. La ansiedad y el desasosiego ocasionan que nuestra mente revolotee de tópico en tópico, de tal manera que nunca llega a asentarse para meditar. La duda y la indecisión constituyen el último obstáculo, y consisten en la inhabilidad crónica para comprometernos con cualquier actividad o situación, incluso en la práctica de la meditación durante una sesión; no estamos dispuestos a esforzarnos de corazón en el seguimiento de la técnica.

Estos cinco -deseo, odio, letargo y pereza, ansiedad y desasosiego, duda e indecisión- tendrán que dejarse a un lado para poder concentrarnos en la respiración. Mientras estemos llevando a cabo la práctica, debemos continuar atendiendo a la respiración sin importar lo que suceda. Tan pronto y como nos demos cuenta de que hemos caído bajo la influencia de uno u otro obstáculo, tendremos que regresar a la observación de la respiración. Cuanto más perspicaz y feliz sea nuestra vida, más fácil será el deshacernos de los obstáculos.

Si logramos evitar que los obstáculos nos distraigan, entonces seremos capaces de continuar con la práctica de la meditación. Si estamos efectuando la “Conciencia de la Respiración” mencionada en el capítulo II, nos concentramos en la respiración tanto y cómo nos concentraríamos en cualquier objeto, observándola y tratando de sentirla tan plenamente y cómo podamos. Después de un rato la experiencia se convertirá en algo más sutil. La respiración deja de ser una cruda sensación física, pasando a ser algo ligero y delicado, uniforme y estable. Se convertirá en algo fascinante y placentero, sintiendo el flujo del aire que entra y sale del cuerpo, y como la mente se calma y tranquiliza. En este punto, pasamos del simple intento de meditar a la meditación misma; nos trasladamos de la esfera sensorial a la esfera de la forma arquetípica. Así, nos ocupamos por completo de la respiración y pasamos a través de una secuencia de cuatro estados de absorción que nos llevan hasta el pináculo de la cadena de la condicionalidad mundana.

Niveles de Absorción (Dhyāna)

Integración

La primera absorción es el estado de integración horizontal, cuando toda la energía de la conciencia y subconsciencia se unifica. Existe aquí cierta actividad mental discursiva sutil, generalmente conectada con el objeto de concentración, pero es relativamente periférica con respecto a la mente, y la atención se encuentra casi por completo en la respiración. Los sentimientos de éxtasis, como se describen en el “eslabón del éxtasis”, pasan a través del cuerpo, y fuertes sentimientos de júbilo y alegría se apoderan de nosotros.

Inspiración

En la próxima absorción, conocida como el estado de inspiración, el proceso de integración vertical comienza y sentimos como si fuésemos alimentados con energía creativa, desde una fuente superior. El éxtasis y la alegría son más intensos y la unidireccionalidad de la mente ha llegado a alcanzar un estado tan fino, que todo el pensamiento discursivo ha cesado. La mente se encuentra luminosamente clara y ningún pensamiento perturba su tranquilidad.

Permeación

La tercera absorción es el estado de impregnación en el que la mente está inmersa por completo en esa dimensión más alta de concienciación, la que en el estadio anterior apareció únicamente como una fuente exterior de inspiración. Cualquier rastro del mundo sensual se ha alejado de la conciencia y nos movemos en la esfera de la forma pura. El éxtasis ha cesado debido a que la reserva de energías no resueltas se ha agotado, pero la alegría y la felicidad son mayores aún y la mente se encuentra enfocada más agudamente que nunca antes. La respiración se ha alejado de la atención, no debido a que la mente se haya desviado, sino porque, se podría decir, ha ido más allá de la respiración.

Radiación

La cuarta absorción es el estado de radiación; uno experimenta un estado de equilibrio que además es dinámico. La poderosa positividad de nuestra mente, al ir más allá de la alegría de los estadios anteriores, ahora parece irradiar grandes ondas de amor y bienestar, como una especie de aura de influencia benéfica. A pesar de que hay otros estadios de absorción más elevados que pertenecen a la esfera que va más allá de la forma, no son más que refinamientos mayores de este estadio de irradiación, plenamente concentrado, ya que al no haber más energía por unificar, la integración se ha completado. Es sólo esta mente integrada y refinada, la que es capaz de ver la realidad. Si no contamos con estas bases, cualquier visión que logremos estará relacionada únicamente con los aspectos intelectuales de nuestra personalidad. Para que una visión nos transforme, deberá estar respaldada por todo el peso de nuestra mente unificada y purificada, en la cual la razón y la emoción se han unido y resuelto por medio de la Facultad Imaginativa.

Los mundos que corresponden a estos sublimes estados de conciencia son igualmente sublimes. Todos ellos pertenecen a esas esferas de la forma arquetípica que va más allá de la forma, que yace más allá de la esfera sensual. Cada uno de los mundos de la forma arquetípica, sobrepasando las cualidades anteriores de belleza y deleite, posee forma todavía, pero ésta es de un tipo sutil, comunicándose no por medio de los sentidos sino directamente con la mente. Aquí podemos contemplar la belleza al descubierto, sin la arcilla terrenal pero en su forma ideal pura. Dichas formas no tienen nada de abstracto, sino que van más allá de cualquier definición sensorial. Quizá la mejor manera en que podemos llegar a imaginarnos dicha experiencia, es concebir un mundo construido por vigas formadas de luz, arco iris, perfumes sutiles y cuerdas musicales. La esfera que va más allá de la forma es todavía más sutil, ya que en ésta no se puede percibir siquiera la forma pura del mundo arquetípico. Aquí estamos en contacto con las esencias más refinadas de la experiencia: el espacio infinito, la conciencia infinita, la “nada” -en la que vamos más allá de la diferenciación de la experiencia de objetos particulares-, y en la que ni se percibe, ni no se percibe, en la que el sujeto y el objeto se encuentran tan cercanamente fusionados que no podemos encontrar palabras para describir la experiencia. Son estas esferas a las que tenemos acceso a través de la meditación, una vez que hemos pasado a través de las experiencias visionarias más tangibles, de los dioses y de la esfera sensorial. Los dioses en estos planos más elevados, nacen como resultado de su desarrollo de estados meditativos en vidas pasadas. Son tan hermosos y puros como los mundos que habitan; son andróginos, integrando las cualidades masculinas y femeninas de una manera perfecta. Aquí no hay actividad sexual de ningún tipo porque los dioses han trascendido la polaridad sexual, y experimentan alegremente en sí mismos el juego de opuestos que los humanos tratan de encontrar en el sexo.

A pesar de que éste es un estado de absorción bastante excelso, así como lo son sus habitantes, todavía no ha dejado de ser mundano. La evolución aún puede revertirse si las condiciones que lo han producido se agotan, y si no se acumulan nuevos méritos. Sólo a través del esfuerzo constante y la concienciación puede mantenerse, esta parte mundana de la Espiral, ya que la Rueda todavía es más poderosa en nosotros que la Espiral. Los poderes de la ignorancia son tan fuertes en la gente, que la mayoría de nosotros seríamos incapaces de progresar a solas. Necesitamos la cooperación plena y el aliento de las otras personas que nos rodean. La fealdad, la brutalidad y la confusión hacen difícil desarrollar emociones positivas. El odio y la enemistad, o la indiferencia y el desprecio de la gente con la que vivimos y trabajamos, pueden llegar a desalentar a todos, con excepción de los más fuertes. Necesitamos un mundo bello y pacífico, así como compañeros con quienes compartir nuestra fe, y quienes cuenten con más experiencia en el Sendero que nosotros; sin éstos, caeremos de vuelta, una y otra vez. No debemos subestimar el esfuerzo que se requiere para la Evolución Superior, ni sus recompensas tampoco. Si realmente deseamos ascender la Espiral, entonces tenemos que forjar amistad espiritual. Sin ésta, aún aquellos dioses de mundos más elevados que van más allá de la forma pueden retroceder a estados inferiores del ser. Únicamente si logramos alcanzar un estado Transcendental no retrocederemos y nuestro progreso quedará asegurado.

(Nota de Editor: Los siguientes cuatro eslabones de esta cadena corresponden a un plano mayor de experiencia y por eso se les denomina sendero trascendental)

EL SENDERO TRANSCENDENTAL

Después de la muerte de John Milton, un conocido suyo comentó que no había conocido a nadie que, con seguridad alguna, pudiera entender lo que motivaba las acciones de Milton. Nosotros juzgamos a otros de acuerdo a lo que sabemos, y particularmente de acuerdo a lo que nos mueve. Por lo tanto, el hombre menor no puede valorar al hombre mayor, ya que la psicología de éste tiene bases diferentes y no se conforma con ningún patrón mecánico. Sus acciones surgen de fuentes más profundas, alimentadas por las musas y las fuerzas de la imaginación creativa. Su personalidad no tiene esa estructura rígida que hace a sus movimientos predecibles o fáciles de analizar. Aquellos que cuentan con logros Transcendentales son aún más difíciles de entender. Se dice que se parecen a estos tres: a un fantasma, un loco y un niño; a un fantasma porque aparece de la nada, así que no podemos decir de donde provino; a un loco porque sus acciones no se conforman con la lógica convencional y no parecen tener sentido; y a un niño porque cuenta con la sinceridad, la energía y la espontaneidad de la juventud. El Buda mismo comparó a esos grandes seres que habían pasado el punto del no retorno, con monstruos extraños nadando en el profundo océano. Viven en un medio bastante diferente al nuestro, el medio de la Verdad y nosotros no podemos discernirlos propiamente. Todo lo que vemos es la aleta oscura, rompiendo las olas de vez en cuando o una luz plateada debajo del oleaje. Estos pocos vistazos e historias maravillosas que los viajeros relatan son lo único con lo que contamos para imaginarlas. Y con respecto a estos grandes seres que se mueven en las aguas del Dharma, ahora debemos formarnos una impresión.

Hasta este punto los estadios del Sendero que hemos considerado han consistido en el refinamiento progresivo de la distinción entre el sujeto y el objeto. La experiencia aún se encuentra dividida en el yo y el mundo, pero es muy sutil y hermosa. El yo y el mundo, a pesar de ser distintos, se encuentran en armonía y vibrando muy cerca uno del otro. La moralidad ha depurado las emociones negativas más gruesas y la meditación ha unificado a la conciencia, purificándola de sus manchas remanentes, fortaleciéndola y agudizándola. Ahora la mente es capaz de ver la naturaleza real de las cosas, y así, en dependencia de la absorción surge el conocimiento y la visión de las cosas como realmente son.

8. El conocimiento y la visión de las cosas como realmente son. (Yahabhuta-Jñanadarsana)

Por primera vez se levanta el velo de la ignorancia y nos enfrentamos con la realidad directamente. Esto no es simplemente el conocimiento intelectual sino la visión, respaldada por la fuerza plena de las emociones intensificadas y la mente unidireccional. Hasta este eslabón no habíamos podido ver todavía como son las cosas realmente, percibiéndolas de una forma distorsionada y contaminada por la avidez, el odio y la ignorancia en nosotros. Esto nos ha llevado a ver el mundo como si estuviera hecho de entidades estables, formando objetos deseables, los que pensamos que pueden proporcionarnos una satisfacción profunda y duradera. Más aún, nos ha llevado a pensar que somos unidades aisladas, egos que se encuentran fijos e inmutables. Al haber hecho el gran avance evolutivo dividiendo al yo de los demás, adherimos un significado último a esta división. Aun en el estado de absorción, ésta sigue siendo nuestra actitud básica, aunque altamente sublimada. Pero ahora se ven las cosas como son realmente: impermanentes, insustanciales, imperfectas y feas.

Espero que hayamos enfatizado lo suficiente el hecho de que todo lo condicionado es parte de un proceso, cuya naturaleza esencial es el cambio; nada queda exento de esta ley universal, por vasto o duradero que sea. Probablemente nadie negaría dicha verdad, por lo menos con respecto a las cosas de este mundo, aunque la mayoría actuamos como si no fuera así. Nos comportamos como si fuéramos a vivir para siempre, y dedicamos mucho tiempo y energía al servicio de las cosas más perecederas. Algunas personas sostienen que existen seres superiores y estados que son eternos. El budismo niega esto, asegurando que a través de todos los niveles de existencia, aun entre los dioses más elevados, no hay nada que sea permanente, y no hay un ser supremo que se encuentre exento de la ley del cambio.

Para ir aún más lejos, alguien que alcanza este nivel de Visión Clara ve que, lo que normalmente percibimos como cosas y personas, en realidad está compuesto de innumerables partículas agrupadas en complejos patrones de fenómenos objetivos. Etiquetamos estas formaciones como objetos o personas por razones de conveniencia práctica, pero entonces le adherimos una realidad metafísica absoluta a nuestras propias etiquetas. Un árbol no tiene una realidad, aparte de la suma de atributos que se presentan a nuestros sentidos. Es como un puntillista pintando una nube de átomos danzantes, moléculas y, quizá, fuerzas más sutiles en constante movimiento. Aun estas partículas no son realidades, sino que están compuestas de unidades más pequeñas, las que pueden dividirse de una manera indeterminada. Cuando analizamos cualquier objeto, nunca podemos llegar a una sustancia más allá de lo que nuestro análisis puede penetrar. Nunca podemos encontrar nada condicionado

que tenga una realidad sustancial subyacente. Nosotros mismos nos encontramos constituidos de partes, como hemos visto al examinar los cinco grupos que conforman al organismo psicofísico. Todas las cosas, ya sean sujetos u objetos, son procesos unidos en una intrincada red de condiciones mutuas.

El hecho de que todas las cosas condicionadas sean imperfectas es un resultado de las condiciones anteriores. Las cosas condicionadas son efímeras e insustanciales, y no pueden ser fuentes de satisfacción última o de dependencia. Claro está que es posible disfrutar algún tipo de placer y felicidad, pero en el mundo sensorial el placer se encuentra mezclado, de una manera inevitable, con dolor y sufrimiento. Aun en los mundos más altos existe un dolor o frustración sutiles, debido a que la conciencia se encuentra limitada y confinada por las constricciones de ese mundo condicionado. Solamente al estar más allá de todos los mundos, se obtiene una satisfacción duradera en la experiencia de la verdadera perfección. Aquel que posee la Visión no tiene las ilusiones que esa experiencia condicionada puede proporcionarle con esa perfección.

Finalmente se llega a percibir la existencia condicionada como algo feo; no hay nada en ésta que sea digno de la total aprobación del hombre. Experiencias semejantes, como las que tenemos con respecto a la belleza son algo así como reflexiones pálidas de una belleza que no puede encontrarse dentro de lo mundano. La búsqueda y la apreciación de las cosas bellas es, de hecho, una búsqueda por una belleza que yace más allá de los objetos en lo Transcendental mismo.

Con el conocimiento y la visión de las cosas como realmente son, vemos que las cosas condicionadas son bastante diferentes de como normalmente creíamos que eran. El hombre común y corriente se distrae con la superficie brillante del mundo y la confunde con la realidad. Por supuesto, los objetos y la gente de este mundo son reales en el sentido que podemos percibirlos e interactuar con ellos, sin embargo no los vemos como realmente son. Ahora la Visión Clara nos revela nuestro error anterior, pero además nos revela que, de alguna manera, detrás de lo condicionado, o en sus profundidades, yace la realidad incondicionada. La realidad es la naturaleza última de ambos: el mundo y el yo. Se observa que lo incondicionado es permanente, ya que al encontrarse vacío de condiciones va más allá del cambio. Se ve como algo real en una forma última, a pesar de que no cuenta con características fijas por medio de las que se le pueda definir, ni siquiera se le pueden aplicar las categorías de la existencia y la inexistencia. Es perfecto, está completo y es la fuente de la única felicidad perdurable o satisfacción que pudiera existir. Y es la belleza misma, la satisfacción de los deseos y la fuente de todos los placeres. Dado que es Transcendental no puede expresarse con palabras, las que inevitablemente limitarían la definición. Sólo puede percibirse por medio de la Visión Clara penetrante que presenta este estadio.

El Sendero mundano halla su consumación aquí; las sensaciones de la intuición que formaban la fe se han confirmado por medio de la visión directa. Para avanzar, ya no tenemos que usar un gran esfuerzo personal basado en una fuerte intuición y respaldado por la razón. Conocemos por nosotros mismos la naturaleza real de las cosas. A pesar de que todavía podemos funcionar y funcionamos de una forma bastante efectiva en el mundo, dejamos de estar en éste. Somos ahora seres Transcendentales, no seres terrenales; éste es el punto en el que se sobrepasa el retorno, en el que uno entra en la corriente que fluye hacia la Iluminación total y ya no puede ir de regreso. A pesar de que ha tomado lugar este cambio radical en nuestra orientación, todavía permanecen en nosotros las fuerzas de la avidez, el odio y la ignorancia. Aunque nos hemos separado de la Rueda, ésta no ha sido extirpada y todavía ejerce una fuerte influencia, aunque no decisiva. El resto del Sendero Transcendental consiste en la erradicación gradual de cualquier rastro de la Rueda. La visión se ha vislumbrado, pero ahora, se debe transformar al ser entero, para que así se convierta en su expresión perfecta. El que entra en el Flujo empieza a alejar lo terrenal que lleva en sí mismo y así, en dependencia del conocimiento y la visión de las cosas como realmente son, surge la retracción.

9. Retracción (Nirveda)

Hemos visto las cosas condicionadas por lo que son, y no se tienen ilusiones con respecto a éstas. De una manera bastante natural los viejos apegos, basados en esas falsas concepciones, se desmoronan. No se requiere de un esfuerzo real para hacer esto, simplemente perdemos interés en ellos. De la misma forma que un niño deja atrás los juguetes por los que alguna vez peleó y lloró, sin realmente notarlo, nosotros nos retiramos de las cosas terrenales que anteriormente ocupaban toda nuestra energía. Este no es un humor sombrío ni un ascetismo moral, sino un movimiento natural que surge a partir de la experiencia de la felicidad suprema y la belleza Transcendental. Es un desapego sereno y jubiloso, no uno que nos aleja y nos separa de los demás. Ya no nos aferramos a la gente a partir de la avidez, sino más bien, somos totalmente capaces de sentir amor y compasión por ésta. En tanto que el Sendero progresa, la metta y la compasión se conviertan en las emociones dominantes subyacentes a nuestras acciones. Así llegamos a ser, cada vez más y más, y simplemente, una manifestación de la compasión.

El alejarse o retraerse marca las bases del cambio de nuestro involucramiento con las cosas condicionadas. Abre camino a un desapego, incluso, más estable y profundo, ya que en dependencia de la retracción surge el desapasionamiento.

10. Desapasionamiento (Vairagya)

El efecto de nuestra Visión Clara es tan poderoso ahora, que ya no nos emocionamos en absoluto con las cosas terrenales. No es que sintamos indiferencia, sino que experimentamos un amor por igual hacia todas las cosas. Con nuestra base en lo Transcendental nada puede perturbar la calma perfecta y la firme tranquilidad de nuestro ser.

El gran flujo que corre hacia la Iluminación continúa en sus niveles cada vez más sutiles y así, en dependencia del desapasionamiento, surge la liberación.

11. Liberación (Vimukti)

Hasta aquí, la fuerza de la Visión Clara nos ha llevado hasta los límites de lo condicionado. Hemos sido liberados de las fuerzas psicológicas que atan y restringen la mente, y que dan surgimiento a la aidez y el odio. Pero ahora se ataca la barrera más sutil. Destrozamos los lazos de los enfoques entrettejidos de la forma más fina; somos liberados del dualismo de lo condicionado y lo Incondicionado. Desde nuestro punto de vista terrenal seguramente existe lo condicionado y lo Incondicionado. Cuando llegamos a experimentar la verdadera naturaleza de cada cosa, encontramos que se hizo esa distinción desde nuestro punto de vista únicamente, aunque por supuesto, para nuestra ventaja espiritual. Cuando vemos lo condicionado en sus profundidades, nos damos cuenta de que no tenemos una naturaleza fija o definible. Es como si estuviéramos observando el humo que arroja una chimenea: no podemos capturar su forma esencial porque no la tiene -no es más que un flujo constante de formas, que se encuentran cambiando todo el tiempo-. Nuestra mente no puede asirnos o fijarnos, y tiene que retroceder simplemente para disfrutar la rica variedad de sus configuraciones; el humo carece de cualquier característica definible. En realidad todas las cosas condicionadas son de esta manera. Arbitrariamente podemos definir las como árboles, vecinos, etcétera, pero no podemos asir su naturaleza real y esencial. Carecen de semejantes características, y es esa Vacuidad de características la que constituye su naturaleza interior.

La vacuidad en este profundo sentido no es el agujero negro de la nada, sino la abundancia última de las cosas, el hecho de que finalmente nada puede atarse y limitarse a conceptos. La vacuidad, es por lo tanto, el potencial infinito, la creatividad ilimitada. Si observamos de una manera profunda el corazón de cualquier objeto o más específicamente, de cualquier persona, veremos que esta vacuidad es la creatividad absoluta. Cuando cada cosa es vista como realmente es, se convierte en la expresión perfecta del potencial transcendental; ésta es la verdadera naturaleza de lo condicionado. Lo Incondicionado también se encuentra desprovisto de características, es indefinible y la mente no lo puede asir; también se encuentra caracterizado tan sólo por la vacuidad. Lo condicionado y lo incondicionado son vacíos; si observamos las condiciones, veremos en su corazón lo Incondicionado, y si vemos lo Incondicionado hallaremos lo condicionado. Con la liberación, nos deshacemos de la ignorancia sutil que nos hace vernos separados de los demás, es una ignorancia solamente de la perspectiva elevada -no de nosotros, ya que tenemos una ignorancia mayor, con que ocupamos por el momento-. Entonces quedamos libres de lo condicionado y de lo Incondicionado. Nuestra mente es casi idéntica a esa Vacuidad potente, esa Plena Vacuidad como ha sido llamada y la distancia que nos separa de ella no es más que el grosor de un cabello.

La barrera final que se encuentra entre uno y la completa liberación, es el concepto de la libertad misma, incluso de la Vacuidad. Uno tiene que estar libre de la libertad, ver que la Vacuidad es vacía. Todo pensamiento y enfoque, incluso las mismas categorías del budismo que nos han llevado hasta este punto, tienen que ser abandonadas en la experiencia plena y directa de la realidad, sin la mediación de ningún concepto o imagen. Se tiene que abandonar el último rastro de cualquier distinción entre el yo y el mundo. De esta manera, en dependencia de la liberación surge el reconocimiento de la destrucción de los venenosos.

12. El reconocimiento de la destrucción de los venenos (Asravaksayajñana)

Este último eslabón en la cadena evolutiva es el punto que marca la Iluminación. La Budeidad se encuentra desprovista de cualquier tendencia negativa, ya que se han secado por completo los flujos mentales venenosos que surgen desde nuestro egotismo defensivo y que nos intoxican, llenando nuestra vida con vapores nocivos.

Estos son tres: el primero es el veneno del deseo de experiencias sensuales. Este constituye ese anhelo familiar por fijar y confirmar nuestro ego por medio de la obtención de placeres sensuales, ya que sin su experiencia tangible nos sentimos débiles e insustanciales. La persona Iluminada se expresa en la seguridad total de lo Transcendental y, por lo tanto, no tiene necesidad de semejante refugio falso, como el que los sentidos proporcionan. Es capaz de usar los sentidos e incluso de disfrutarlos, pero no tiene una necesidad neurótica de sus placeres. Entonces existe el veneno del deseo por la existencia en cualquier plano, en cualquier mundo. El ego ansía un estado definido, algún modo con que poder definirse con respecto a todo lo demás. Más allá del yo y de lo demás, el Buda no tiene necesidad de dicha personificación, a pesar que decidió funcionar a través de un cuerpo y en un mundo con el fin de ayudar a los seres a obtener la libertad. El además extinguió el veneno más básico, el veneno de la ignorancia, el no querer ver las cosas a partir del temor de que nuestro ego se halle agobiado. Al absorber su mente en la Verdad y su corazón en la felicidad, el Buda no tiene nada que temer, desde la concienciación carente de dualidades en la que vive. No queda en él ni siquiera el más ligero rastro de cualquier tendencia hacia la Rueda, ni siquiera en su forma más rara.

Este estadio no es solamente uno de destrucción de todas las tendencias negativas, es uno de reconocimiento de lo que ha sucedido. El Individuo Iluminado sabe de una manera bastante clara que los flujos mentales venenosos se han secado, sabe que es un ser Iluminado sin experimentar ningún sentimiento de grandeza o exageración. Y aquí hemos ido más allá del poder del lenguaje para describir su experiencia. Todo el Sendero Transcendental, de hecho toda la Espiral Evolutiva, puede atravesarse en el tiempo de una vida humana. Sin embargo, aquellos seres que mueren en cualquier estadio del Sendero cercanos a la Iluminación plena renacerán de acuerdo a su nivel de conciencia y al grado de influencia que la Rueda ejerce en ellos todavía.

A continuación examinaremos los cuatro tipos de Individuos (Nobles) que la tradición contempla y los renacimientos que les esperan.

(Nota del Editor: En la tradición budista temprana del Theravada se clasifican a los individuos que llegaron a ver la naturaleza de las cosas en cuatro diferentes niveles. A continuación se describen como complemento a este capítulo)

Los Individuos Nobles

El entrante al Flujo

Los Entrantes al Flujo son aquellos en los que ha surgido la visión. Ellos han atravesado el Sendero mundano y, así, combinan las cualidades de la moralidad constante y la firme fe en las Tres Joyas, con esa ardiente energía, delicadeza de sentimiento y agudeza de mente que las absorciones perfeccionan. Están llenos de amor y buena voluntad para sus semejantes y cuentan con una positividad inagotable; se dice que han roto cuando menos las primeras tres trabas, de las diez que nos atan a lo condicionado: la traba del enfoque acerca de la personalidad, la duda, así como la dependencia de la moralidad y rituales y prácticas como fines en sí mismos.

Las 3 trabas

Noción del Yo no Cambiante

Estos son los velos de la ignorancia más gruesos que nos ciegan de la irradiación plena de la realidad. El enfoque con respecto a uno mismo que consiste en pensar, ya sea que hay un alma o espíritu que no cambia, o que sobrevive después la muerte, o que la personalidad es idéntica al cuerpo y que, por lo tanto, termina con la muerte. Estos dos enfoques: el eternalismo y el nihilismo, nos imposibilitan ver que la naturaleza real de las cosas es un proceso siempre cambiante. Esta ha sido llamada la traba del hábito, ya que es la tendencia a ver las cosas en una forma fija y habitual, sin reconocer que todo está yendo y viniendo constantemente. Incluso nos vemos a nosotros mismos como si siempre fuéramos a ser los mismos.

Duda

En el sentido de esta traba, no significa que después de ver algo de forma detallada y cuidadosa no lo aceptemos a menos que se presente evidencia, sino esta duda es la crónica renuencia para tomar decisiones con respecto a cosas o situaciones. Preferimos permanecer confundidos y continuar poniendo objeciones, mucho más de lo que sería razonable. Semejante duda tiene bases emocionales; no queremos clarificar nuestra mente con respecto a ninguna cuestión, porque entonces tendríamos que actuar de acuerdo a la conclusión que hemos alcanzado. Así, oscilamos y vacilamos sin movemos nunca. Esta ha sido denominada la traba de la vaguedad, ya que el que duda rehúsa a clarificar su mente, prefiriendo mantener las cosas confusas e indefinidas. El que ha Entrado en el Flujo es capaz de depositar su ser de corazón detrás de su Visión Clara.

Apego a observancias externas y reglas éticas como fines en si mismos

Es esa tendencia para la práctica superficial que constantemente amenaza a aquellos que siguen el Sendero. En lugar de observar los preceptos con el fin de desarrollar la sensibilidad ética subyacente que éstos expresan, los practicamos como si fuesen una lista de reglas. En lugar de meditar con el objeto de desarrollar estados de conciencia más elevados, únicamente nos sentamos unos cuantos minutos por puro hábito, o para cubrir las apariencias. Lo que empezó como una práctica útil e importante y como una pauta de guía, se convierte en una actitud eterna, cuyo significado verdadero se ha perdido. Esta es la traba de la superficialidad: tan sólo vamos a través de las motivaciones exteriores sin buscar el significado interior. Los preceptos, los ejercicios espirituales, los rituales y las ceremonias, todos éstos ocupan un lugar importante en el budismo y son medios bastante efectivos de un desarrollo más alto, pero a menos que se lleven a cabo con conciencia de lo que se está haciendo y esté claro el porque de éstos, entonces podrían ser obstáculos activos para nosotros.

El que ha Entrado en el Flujo ha disuelto estas trabas y, se dice, alcanzará la Iluminación dentro del período de siete renacimientos humanos. Además, puede renacer en esferas superiores de vez en cuando y nunca más renacerá en ninguno de los cuatro mundos del sufrimiento.

El que Regresa Una Vez

Es el siguiente Individuo Noble. Este tiene y ha sobrepasado todas las cualidades del que ha Entrado en el Flujo, y adicionalmente ha debilitado las dos trabas siguientes: el deseo sensual y la aversión. Aún en este elevado nivel estas emociones negativas básicas se encuentran todavía presentes y a pesar de que su poder se halla debilitado, ejercitan cierta influencia funesta. El que ha Entrado en el Flujo ha disuelto las trabas del entendimiento confuso, pero las emociones son mucho más difíciles de transformar. El que Regresa Una Vez tiene suficiente del gallo, la víbora y el cerdo en sí, de tal forma que puede regresar al mundo humano una vez más, en el que alcanzará la Iluminación Plena.

El que No Regresa

Finalmente, disuelve las trabas del deseo sensual y la aversión, que el que regresa una vez tan sólo debilitó. Este ha acabado con todas las ataduras del plano de la experiencia sensorial, de tal manera que no ha de renacer en ninguno de sus mundos. Sin embargo, todavía posee ilusiones sutiles y destellos de avidez tenues que lo atan al mundo de la forma arquetípica y al mundo que va más allá de la forma. Dentro de estos cielos, más elevados atravesará los peldaños del Sendero y alcanzará la Iluminación.

El Iluminado

Es el último en la serie de los Individuos Nobles. Este ha disuelto las cinco trabas restantes que lo atan a lo condicionado, aún en su forma más rara. Aquellos que han alcanzado este estadio han destruido las dos trabas del deseo de la experiencia en los mundos de la forma arquetípica y del que va más allá de la forma. Se dice que el deseo de alcanzar uno de estos estados y de establecerse allí, corresponde al deseo que tiene aquel que cree en Dios, por habitar el cielo con Dios. Sin embargo, el Iluminado disuelve la traba del engreimiento, que aquí es el último rastro de apego con la identidad del ego, como la que tiene todavía el que No Regresa. La traba de la Intranquilidad es la molestia, casi imperceptible, que se produjo por aquella tenue línea divisoria entre el sujeto y el objeto. También se disuelve ésta en la Felicidad impregnante de la no dualidad Transcendental. La última traba es la cadena de la ignorancia. En la mente del que No Regresa todavía existe un delgado velo que cubre la plena irradiación de la realidad, la ilusión más refinada con respecto al sujeto y al objeto. Se deja de lado a ésta y la verdad brilla sin obstrucción alguna, de una forma absolutamente clara.

Alguien que ha alcanzado este estado ya no renace, aunque esto no significa que deja de existir. Se dice que cuando una persona Iluminada muere, que ni existe ni no existe, ni ambos, ni ninguno. Ha escapado a nuestra comprensión. No existe nada en nuestra experiencia que nos permita comprender la naturaleza de su ser. Nuestro lenguaje está edificado en base a la experiencia común en el mundo sensorial. No puede describirse de una forma adecuada al ser Iluminado, ya que cualquier cosa que digamos con respecto a éste, si se toma de una manera literal, puede malinterpretarse, puesto que la Iluminación trasciende por completo lo mundano, cuyo lenguaje estamos utilizando. Por ejemplo, podemos describir el estado en su forma negativa como la ausencia de toda emoción nociva, la destrucción de aquellos flujos venenosos y de la Rueda con todas sus fuerzas. Algunas veces el budismo recurre a una firme negación de todas las categorías del pensamiento diciendo que la Iluminación no es esto, ni lo otro, de tal forma que dejamos de tratar de entenderlo con el intelecto y lo hacemos con una facultad profunda más intuitiva. Sin embargo, esto no nos dice lo que, de hecho, es el estado, y puede conducirnos a suponer que es simplemente como una aspiradora. Podemos intentar usar superlativos, describiéndolo como el estado en el que todas las cualidades más positivas que veneramos se elevan hasta su máximo. Esto tiene la virtud de darnos la imagen de la Budeidad como algo eminentemente deseable, pero existe el peligro de que podamos pensar que es únicamente lo mejor de lo mundano, en vez de encontramos en

otro nivel por completo. Algunas veces se usa la paradoja para forzarnos a unir dos ideas contradictorias, para que así podamos intuir algo que trasciende a ambas. Quizá la forma más efectiva de comunicar el sabor del estado Iluminado es haciendo uso de la Imaginación a través de símbolos e imágenes poéticas. Es este tipo de comunicación de la meta última de la existencia humana la que encontraremos en el siguiente capítulo.

ANEXOS

POSTURA DE LA MEDITACIÓN

Guía de la postura

Las diferentes escuelas de budismo cuentan con ideas distintas en relación a la postura que ha de adaptarse para meditar, así como en relación a la importancia de la misma; en esencia, nuestro objetivo es que la postura adoptada sea cómoda y nos permita mantenemos despiertos. Claro ha de quedar que, en el caso de que te puedas sentar cómodamente en la posición de “flor de loto completo”, el hacerla estaría muy bien; pero a menos que hayas practicado yoga o algo similar durante muchos años, será muy poco probable que puedas adoptar dicha posición lo suficiente. Has de tomar en cuenta tu edad, condición física, flexibilidad...

Me gusta utilizar la palabra “confort” en relación al tema de la postura, no sólo porque se trata de sentarse a gusto, sino también por su interesante etimología. “Fort” significa “fuerza”, de manera que “confort” significa con fuerza”. Sentarse cómodamente también significa sentarse “con Fuerza”. Hay, en general, tres tipos de posturas entre las que es posible elegir. No obstante, si tienes problemas de salud particulares, habrías de buscar tu propia solución para los mismos -siempre tomando en consideración los principios básicos de toda buena postura-.

Hay dos maneras distintas de sentarse en el suelo, aunque también podrías sentarte en una silla. He oído historias horribles acerca de personas a las que, estando de retiro, les han dicho que sólo sentándose en el suelo serían capaces de meditar; de modo que durante la totalidad de su retiro se encuentran en constante lucha con malestares físicos innecesarios. No hay nada de malo en usar una silla si es que esto resulta ser lo mejor para ti.

En el suelo

Puedes sentarte o bien con las piernas cruzadas o bien con una pierna a cada lado de los cojines que utilices. Esta última opción parece ser la más adecuada para mucha gente, pues para adoptar esta postura no has de ser tan flexible como para aquellas otras en las que has de cruzar las piernas. Y por lo tanto debieras elegir esta posición si es que no eres capaz de apoyar el revés de la parte inferior de las piernas según cualquiera de las varias posiciones en las que éstas se han de cruzar.

Cuando te sientas poniendo una pierna a cada lado de los cojines, por lo general necesitas estar bastante elevado sobre al suelo -lo suficientemente elevado como para no poner excesiva presión sobre los tobillos o las piernas-. Pronto te darías cuenta de si estás sentándote demasiado cercano al suelo porque, de ser así, experimentarás dolor. Y es éste un buen momento para afirmar con claridad el hecho de que el dolor no ha de ser aguantado durante la meditación. La experiencia de una cierta incomodidad es común cuando somos introducidos a la meditación después de todo, la mayoría de nosotros probablemente no nos hayamos sentados quietos en el suelo desde que éramos niños, si acaso alguna vez lo hicimos-. Pero lo cierto es que el dolor es la manera de la que se vale nuestro cuerpo para decirnos que lo estamos dañando. Escúchalo.

Si te sientas con una pierna a cada lado de los cojines, las piernas y pies han de apuntar hacia atrás. Los pies no deben estar demasiado aplastados contra el suelo. Los tobillos no deben torcerse de manera tal que los pies sobresalgan a los lados. Los elementos restantes de toda postura adecuada -la posición de la cabeza, las manos... son idénticos sea cual sea la manera en que te sientes, de manera que pasaremos a las posturas en las que sí se cruzan las piernas.

Por lo general, yo tendería a recomendar las posturas de piernas cruzadas a menos que te encuentres claramente mas cómodo con alguna de las otras opciones. Puedes sentarte en “flor de loto completo” o en “medio loto”, o con una pierna colocada enfrente de la otra o sobre ella.

Estas posiciones nunca son, por supuesto, completamente simétricas, pues una pierna ha de estar enfrente de la otra o sobre ella. De manera que si vas a establecer una práctica regular de la meditación, es una buena idea alternar la posición de cada pierna. ¡Suenan más complicado de lo que realmente es!

El hecho que determina el que te sientes derecho o no, es el ángulo que forme la pelvis, lo cual a su vez depende de la altura de los cojines utilizados. En mi experiencia la mayoría de la gente tiende a sentarse a una altura más baja de la adecuada. Todo lo que puedo decir a este respecto es que el utilizar un sólo cojín no es en ninguna manera más “espiritual” que el servirse de un mayor número. Experimenta un poco con la altura de tu asiento para poder determinar cuál es la correcta. Lo que has de lograr es que los cojines alcancen una altura que permita que la pelvis forme un ángulo recto, lo cual implica que sentiremos que el peso del cuerpo conecta con el suelo directamente a través de la pelvis. De manera que

no sean las piernas las que soporten todo el peso. Si estás sentado demasiado bajo, tenderás a inclinar la espalda hacia atrás, mientras que si estás sentado demasiado alto sucederá lo opuesto -arquearás la espalda-.

El concepto de una espalda recta es bastante engañoso, ya que la espina dorsal está por naturaleza curvada y forzarla a mantenerse completamente recta es tan imposible como indeseable. Más bien uno ha de sentir que la espalda se encuentra erecta de manera natural, y no hundida a la altura de los lumbares ni arqueada en exceso.

Necesitamos mostrarnos sensibles y pacientes cuando trabajamos con nuestra postura. Quizás llevemos muchos años sentándonos de una manera bastante inapropiada, por lo que es poco realista poder adoptar una “buena” postura de inmediato. Pero si acertamos con la altura de nuestros cojines de meditación -y esto a veces puede implicar ajustes bastantes pequeños-, debemos ser capaces de adoptar una postura bastante correcta sin demasiados problemas.

El tipo de cojines que utilizamos es un factor importante. No deben ser demasiado blandos -tipo almohada-. Si no eres capaz de conseguir cojines firmes, una opción es enrollar varias almohadas apretadamente para que adquieran firmeza. Si decides practicar la meditación con regularidad, merece la pena hacer una inversión en unos buenos cojines que hayan sido diseñados con ese propósito. Es el único gasto implícito en nuestro intento por lograr una práctica regular, y lo cierto es que resulta de gran ayuda. Algunas personas encuentran más cómodo el uso de pequeños bancos de meditación, los cuales se pueden encontrar con bastante facilidad en nuestros días. La ventaja de un banco es que proporciona una superficie firme en la que sentarse -puedes utilizar un cojín fino para acolchonar el asiento-. La desventaja es que te condicionas a una altura fija, de modo que uno ha de asegurarse de la elevación correcta del banquito antes de comprarlo.

Una vez que han sido establecidos estos elementos básicos de la postura, el resto tiende a sucederse con naturalidad. Los brazos han de estar relajados, apoyados en las piernas o en el regazo, con los codos situados bastante cerca del cuerpo -lo que yo hago es enrollar una manta alrededor de a cintura y meter las manos dentro de la parte superior de la misma-. Si dejas que tus manos cuelguen demasiado abajo, quizás descubras al cabo de un tiempo que el peso de tus brazos, al empujar los hombros hacia abajo, produce molestias en las partes media y superior de la espalda. La cabeza ha de estar ligeramente inclinada hacia delante, pero no hasta un punto en el que se estire de la nuca o la garganta. Advierte que la cabeza es la que ha de inclinarse, no el cuello. El cuello ha de estar tan recto como el resto de tu columna vertebral.

En una silla

El uso de la silla para meditar es totalmente válido. Debe contar con un asiento bastante firme. A veces resulta de ayuda levantar un poco las patas traseras apoyándolas, por ejemplo, sobre una guía telefónica. La ligera inclinación resultante facilitará el mantenimiento de una postura rígida. Los pies deben de estar planos sobre el suelo, lo cual asistirá a la relajación de las piernas, proporcionando además cierta estabilidad y contacto con el suelo. En términos generales, no debes apoyarte en el respaldo de la silla. Si eres alto, busca una silla cuyas patas sean tan largas que permitan que tus rodillas estén siempre situadas más abajo de la pelvis. El resto de esta postura es igual a lo que ya he descrito al hablar sobre las posturas de suelo.

Educando al cuerpo

Todos contamos con hábitos mentales y corporales. Quizás, por ejemplo, tendemos a elevar un hombro más que otro, o a ladear la cabeza. Esto significa que no siempre nos es fácil adivinar si nos estamos sentando bien. Por lo tanto, puede ser útil que alguien observe cómo nos sentamos y que ajuste suavemente nuestra postura. Si por lo general tuerces la cabeza, sentirás que está torcida una vez que haya sido ajustada a una mejor posición, al menos en un principio. La postura es un elemento importante de la meditación y no sólo un asunto de encontrar la postura correcta para luego olvidarse de todo. Tendremos que observar y ajustar nuestra postura como parte de nuestra práctica de meditación.

Existe una clara unión entre el estado de la mente y la postura. Por eso es que algunas de las vertientes del budismo brindan tanta atención a la postura. En la tradición zen, por ejemplo, se dice: “Acierta con el cuerpo y la mente se concentrará de manera natural”. Y si podemos actuar en la mente al actuar en el cuerpo, lo opuesto también es cierto. A menudo el cuerpo se ajustará por sí mismo conforme nuestra concentración aumente. Quizás sintamos que nuestros hombros se relajan o que ciertas tensiones en diversas partes del cuerpo que tendemos a cargar se relajan también, permitiendo así que el cuerpo en general se equilibre. Conforme adquirimos experiencias como meditadores, descubrimos que incluso ajustes físicos muy sutiles pueden marcar una gran diferencia con respecto a cómo nos sentimos al sentarnos, así como en relación a nuestros estados mentales. Pese a que todos los cuerpos tienen sus limitaciones particulares, con paciencia, sensibilidad y una buena postura, el cuerpo puede llegar a ser una gran fuente” de energía y placer dentro del contexto de nuestra práctica. Puede que además descubramos que la meditación es un método a través del cual podemos llegar a modificar la relación que mantenemos con nuestro cuerpo.

Contactando con nuestra experiencia del cuerpo.

Nuestra actitud con respecto a nuestro cuerpo refleja nuestra actitud para con la vida. Es un hecho bien conocido el que muchas personas se sienten poco satisfechas consigo mismas como resultado de contemplar sus cuerpos como objetos. En casos extremos se puede dar origen a trastornos mentales de bastante severidad, sobre todo cuando la gente compara sus propios cuerpos con las imágenes poco realistas de la prensa y la publicidad, imágenes que parecen determinar cómo ha de ser un cuerpo. Nuestra cultura ha creado una separación dramática entre el cuerpo y la mente -tendemos a sobre valorar el uno o el otro-. Y una consecuencia de no experimentarnos como un todo integrado, es la de asociar ciertas emociones con el cuerpo o con la mente. Hay gente que en algunos casos es incapaz de sentir las emociones asociadas con el cuerpo.

Hay personas que se sienten atraídas a la meditación por estar bastante alienadas del aspecto o lado físico de sí mismas. Creen que la meditación les permitirá desaparecer en un mundo abstracto donde el cuerpo ya no es experimentado. Y es verdad que en ciertos estados elevados de concentración, nuestra experiencia del cuerpo puede ser atenuada. Sin embargo, para poder alcanzar tales estados, primero hemos de pasar por otros en los que la experiencia del cuerpo es muy aguda. Además, estos estados dependen, al menos en parte, de nuestra capacidad para experimentar el cuerpo como una fuente de sensaciones agradables. El gozo mental surge a partir del arrobamiento corporal. Dentro del contexto de las prácticas de meditación, emplearemos parte de nuestro tiempo trabajando directamente con el cuerpo, y veremos que el cuerpo conforma la base de la meditación.

MEDITACIÓN DEL SEGUIMIENTO DE LA RESPIRACIÓN

La Atención Consciente

Es posiblemente uno de los métodos más utilizados en la tradición budista para el desarrollo de atención consciente. después de encontrar una postura agradable donde nuestra espalda esté recta sin estar rígida y contactando el cuerpo observamos el flujo de aire cuando entra y sale de nuestro cuerpo, tratando de que nuestra mente se ubique, se mantenga, en todo el cuerpo de sensaciones de nuestra respiración, tratando de cultivar un foco sereno o una concentración tranquila. Dentro de todo el espectro de experiencia al estar tranquilos respirando surge un contento natural que nos permite mantenernos en la respiración de forma fluida y agradable.

Existen varias formas de hacer esta meditación, se puede hacer en un solo estadio en el cual por veinte minutos observamos al aire cuando entra y sale sin enfocarnos en ninguna sensación en particular. También se puede hacer esta meditación en varios estadios progresivos que nos permiten enfocarnos gradualmente. Aquí detallamos ésta meditación en sus cuatro estadios clásicos. Sin embargo también se puede hacer esta misma meditación en tres o dos estadios.

Primer estadio

Cuando lo creas conveniente, comienza por contar “uno” al final de una respiración cualquiera; tras la siguiente respiración cuenta “dos”; tras la siguiente “tres”... Continúa contando al final de cada exhalación hasta que llegues al número “diez”. Comienza entonces a contar de nuevo desde el número “uno” en adelante al igual que antes. Tanto en esta etapa como en la siguiente, recuerda que has de ser consciente de la respiración y no del conteo. El contar tras cada espiración nos ayuda a percatarnos de que nos hemos distraído, lo cual puede ocurrir al principio con bastante frecuencia.

Segundo estadio

Esta etapa sólo se diferencia de la primera en el hecho de que eliges o simulas elegir un momento distinto para contar. Todavía cuentas entre espiración e inspiración, pero ahora lo haces justo antes de cada inspiración, de manera que en vez de marcar una respiración que ya has acabado anticipas la próxima. Aunque puede que sientas que estás contando en más o menos el mismo instante, lo cierto es que acabarás por experimentar esta etapa como bastante distinta a la anterior.

Tercer estadio

Abandona el conteo por completo y simplemente sé tan consciente como puedas del proceso respiratorio y de las sensaciones por éste originadas.

Cuarto estadio

Concéntrate en el lugar de contacto donde primero sientes el aire al inspirar. Para la mayoría de la gente este lugar estará justo dentro de la ventana de la nariz -asumiendo que estés respirando por la nariz, lo cual sería ideal a menos que se dé alguna razón (como por ejemplo un fuerte constipado) que lo dificulte-. Esta sensación es por lo general bastante sutil, pero

no deberías tener ningún problema en adquirir conciencia de la misma una vez que hayas profundizado y desarrollado tu capacidad de atención por medio de las tres primeras etapas. Si la tercera etapa puede ser comparada con la observación del océano al romper sobre la orilla, la cuarta es como observar el océano al romper sobre una roca. Esta sensación, por supuesto, va y viene. Y quizás se haga incluso más sutil conforme exhalas, pues el aire está entonces casi a la temperatura corporal. De manera que la sensación crecerá y menguará, pero has de intentar estar centrado en el mismo punto todo el tiempo. A menos que te concentres mucho, seguirás siendo consciente de la totalidad del proceso respiratorio, y es por ello que yo tiendo a decirles a mis alumnos de meditación que más que evitar ser conscientes de la respiración en su totalidad, se trata de poner el énfasis, el peso de la atención de cada uno, en el punto ya mencionado.

LA MEDITACIÓN DEL AMOR UNIVERSAL

Metta bahavana

La meditación de Metta Bhavana o el desarrollo de metta constituye un proceso gradual que lleva quizá unos meses o mas, sin embargo podemos sentir sus beneficios incluso al principio de este proceso. Poco a poco arrancamos la capa de sentimientos inertes que a través de los años hemos desarrollado y que nos aísla. Nos hacemos más conscientes de la amabilidad del mundo, que se encuentra alrededor de nosotros a un simple nivel cotidiano. Empezamos a emplear un poco más de tiempo y cariño en nuestro trato con otros; nos convertimos en seres menos propensos a reaccionar con sentimientos de enfado o frustración. Hemos introducido en nuestras vidas un método que da prioridad a un deseo por convertimos en personas más humanas, y un método a través del cual realizar este deseo. A través del cultivo de una clara intención de hacer tal cosa, a través de la práctica de la Metta Bhavana, nuestros esquemas emocionales negativos se hacen mucho más visibles.

Llegamos a ser más conscientes de esa taladrante voz interior que todos tenemos, de esa manera excesivamente crítica que tenemos de contemplar las cosas. Nos sensibilizamos al tono emocional de nuestra existencia, el cual determina tanto la calidad de nuestras vidas como la calidad de nuestra contribución a las vidas de otros. Metta es la energía básica que expresa el deseo de que tanto uno mismo como los demás sean felices, de que todos los seres sean felices. Pero a veces esta energía puede ser un poco abstracta; al transformarse en una idea pierde contacto con la realidad. Puede que hayamos conocido a gente de este tipo intentando vendemos flores en los aeropuertos o consiguiendo que aceptemos regalos en la calle. Tienen una sonrisa radiante y una mirada bastante vacía. O si no, tenemos a esas otras personas que son demasiado “simpáticas”, y que quieren que todo sea verdaderamente agradable -lo cual es, por supuesto, muy simpático de su parte, pero que por alguna razón nos molesta. Quizás tengamos la sensación de que estas personas son un poco pegajosas. Son muy amables, pero aun así nos hacen sentir incómodos; tanto ellas como la situación que provocan parecen un poco dulzona. Son personas positivas, pero de una manera un poco superficial y vacía. Probablemente todos conocemos el sentimiento. Quizás incluso nosotros mismos hayamos dispuesto de gran cantidad de esta materia “pegajosa”; hay mucha alrededor. Parece florecer en nuestra cultura. La comercialización de celebraciones tales como “el día del amor y la amistad” es una muestra excesiva de tal hecho ocasiones en las que somos bombardeados con meros sentimentalismos disfrazados de emoción positiva.

Es bastante fácil confundir este tipo de cosas con el sentimiento de metta, sobre todo cuando nuestra práctica de meditación ha perdido contacto con la verdadera naturaleza de la vida. Sí, quizás deseemos que la gente sea feliz, pero lo cierto es, por brutal que parezca, que todos sufrimos, que en ocasiones todos somos infelices. Hay mucho dolor en el mundo y en las vidas de la gente que conocemos.

Metta Bahavana (desarrollo de amor universal)

Primer estadio; desarrollar Metta (Amor incondicional) hacia uno mismo.

Segundo estadio; desarrollar Metta (Amor incondicional) hacia un amigo (a).

Tercer estadio; desarrollar Metta (Amor incondicional) hacia una persona conocida.

Cuarto estadio; desarrollar Metta (Amor incondicional) hacia una persona que encontramos difícil.

Quinto estadio; desarrollar Metta (Amor incondicional) hacia todas las personas y todos los seres vivos.

IR A RETIRO

La meditación que podemos hacer a lo largo de nuestra rutina cotidiana en la ciudad puede variar de una sesión a la otra dependiendo el día particular o incluso como estemos animicamente.

Para verdaderamente tener oportunidad de experimentar lo que nos puede dar la meditación es importante encontrar condiciones que apoyen y sostengan el estado meditativo. Es por esto que a lo largo de los milenios los budistas se han dado a la tarea de crear situaciones específicamente diseñadas para profundizar en la meditación, la reflexión, el silencio y la contemplación, es por eso que vamos a retiros. Los retiros que se hacen en los Centros Budistas de la Ciudad de México toman lugar una vez al mes en lugares apartados de la ciudad, en directo contacto con la naturaleza, cómodos y seguros. En estos lugares podemos crear una rutina a lo largo de cada día que nos permita la quietud, sencillez y oportunidad de simplemente enfocarnos a estar con nuestra mente, en contacto con el entorno, con otras personas y en contacto con niveles más profundos de las cosas.

EL PROGRAMA DE ESTUDIOS FUNDACIONALES Y FORMALES.

El programa fundacional de cursos es de 6 temas básicos:

- | | |
|---|---|
| - El Budismo su enseñanza y su práctica | - ¿Qué es realmente la meditación? |
| - El Bhavacakra: La Rueda de la Vida y Renacimiento | - Las Moradas Sublimas |
| - El Camino Óctuple del Buda | - Samatha y Vipassana: Tranquilidad y Percatación |

Este es el programa fundacional de práctica y estudio de la Comunidad Budista Triratna y se imparte en Coyoacán y en la Colonia Roma. Aunque estos 6 temas están relacionados se puede, si así se prefiere, tomar uno solamente en cualquier orden diferente al aquí descrito. Cada uno de estos temas se imparten en los centros Budistas de la Ciudad de México en períodos completos de seis semanas, dando la oportunidad, a lo largo del tiempo, de finalizar los 6 módulos el mismo día de la semana en el que se inició.

Para los que deseen continuar

Al haber acabado estos 6 módulos fundacionales y después de tomar un retiro de Budismo o meditación fuera de la ciudad con la Orden Budista Triratna podrán, aquellos que lo deseen, inscribirse en el programa de estudios y práctica formales del CBCM. Pide tu tarjeta de constancia de asistencia de los cursos fundacionales.

EL CENTRO BUDISTA DE LA CIUDAD DE MÉXICO Y LA COMUNIDAD BUDISTA TRIRATNA

El Centro Budista de la Ciudad de México es una de las sedes en México de la Comunidad Budista Triratna. En él se llevan a cabo diversas actividades: clases de meditación, cursos, talleres, festivales, retiros, noches de amigos, grupos de estudio, etc. Éstas intentan dar apoyo a las personas interesadas en el budismo y la meditación así como a los que busquen formas prácticas de desarrollo personal.

El principal objetivo del centro es que las personas encuentren un lugar en el cual su experiencia y comprensión del sendero budista se intensifique, y hallen un espacio amigable y desinteresado para llevar a cabo la práctica.

No hace falta membresía ni inscripción para unirse a las actividades del centro excepto en los casos en los que se especifica (actividades y cursos). Las personas nuevas usualmente se unen a las clases abiertas de meditación o a alguna conferencia. Esto les da la oportunidad de conocer el budismo de forma práctica y concreta, así como para conocer a miembros ordenados y a otras personas que meditan.

El centro no tiene fines de lucro y se sostiene por medio de donativos sugeridos por sus actividades (se pueden hacer descuentos de donativo a estudiantes, personas con ingresos limitados, etc.).

La Comunidad Budista Triratna

(Antes Amigos de la Orden Budista Occidental) es un movimiento budista que trata de expresar los principios tradicionales del budismo en el mundo moderno. Este movimiento gira alrededor de una comunidad espiritual llamada Orden Budista Triratna, fundada en 1967 por Sangharákshita.

Está formada por centros de enseñanza de meditación y budismo, centros de arte y salud (Yoga, Tai Chi, Shiatsu) así como centros de retiro. Dentro de está también existen comunidades donde viven las personas que practican regularmente el budismo. Asimismo existen negocios de subsistencia correcta donde se trata de llevar la práctica al ámbito del trabajo. En sí todas estas condiciones son formas en que los hombres y las mujeres involucrados organizan sus vidas y satisfacen sus necesidades ya sea de trabajo, de aprendizaje y de convivencia. Hoy en día la Comunidad Budista Triratna tiene actividades en más de veinticinco países.

Orden Budista Triratna

Es una comunidad de personas comprometidas con las tres joyas, Budha, Dharma y Sangha. Tiene actualmente cerca de mil miembros ordenados los cuales tratan de llevar su compromiso dentro de sus diferentes formas de vida, ya sea enseñando budismo o en sus profesiones o con sus familias.

El budismo que se practica aquí es lo que se conoce como budismo Trikaya. Es decir que la Orden Budista Triratna tiene una aproximación ecuménica a la tradición budista en su totalidad, la cual consiste en tres vertientes principales, estas tres son: la de antiguo Theravada, la del budismo Sino-japonés y la del budismo Indotánico.



CENTRO BUDISTA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

© 2015 Todos los derechos reservados

www.budismo.org.mx